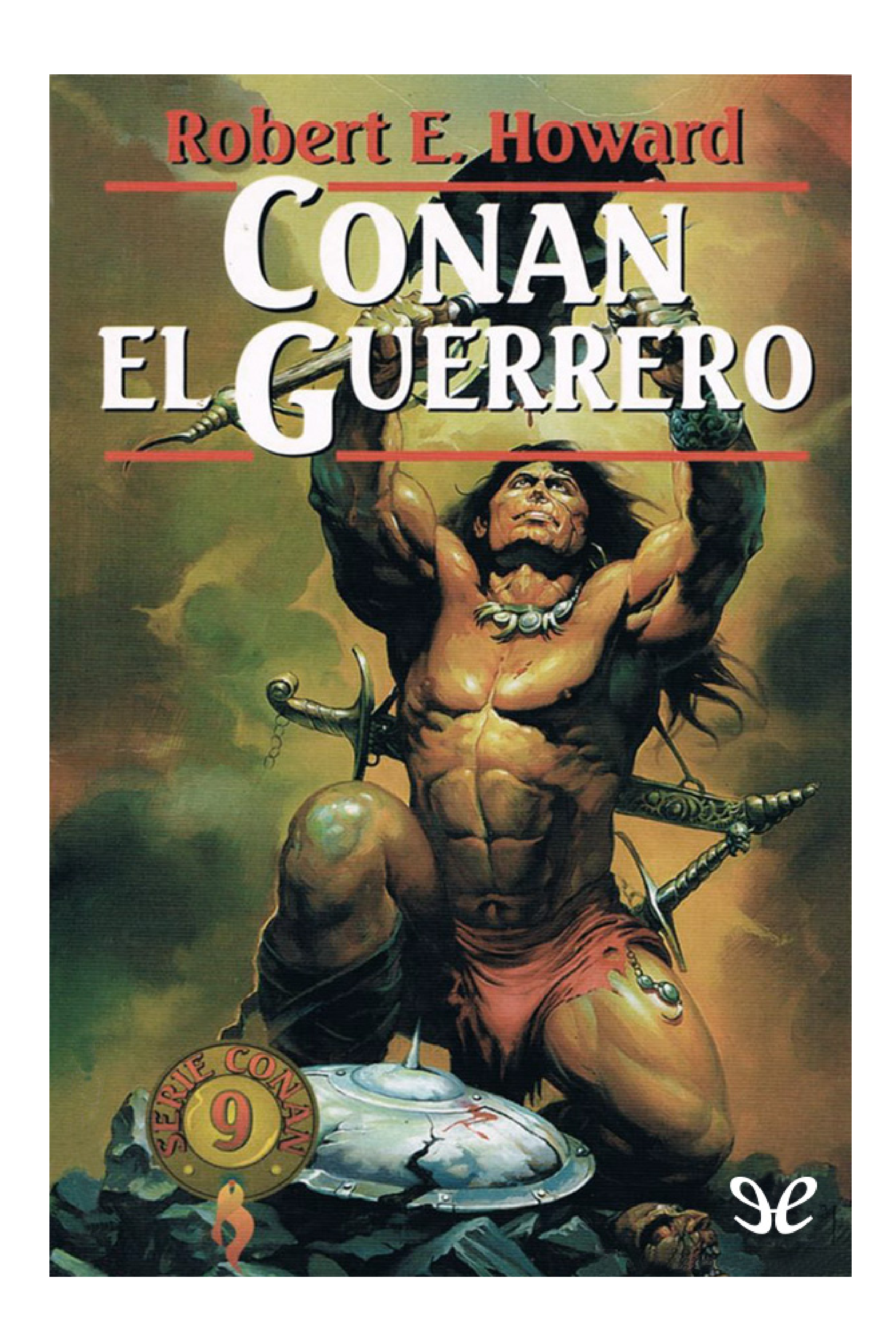

Robert E. Howard
CONAN
EL GUERRERO
SERIE CONAN
9

Poco antes de cumplir los cuarenta años y de coronarse a sí mismo rey de Aquilonia, Conan el cimmerio correrá una de sus mayores aventuras en compañía de la bella pirata Valeria. Huyendo de un gigantesco dragón, ambos se refugiarán en la sureña ciudad de Xuchotl, una misteriosa urbe de gran magnificencia, cuyos verdaderos habitantes desaparecieron hace tiempo. Sólo la habitan ahora dos tribus primitivas, que tratan de exterminarse mutuamente con el auxilio de las armas y de la magia.



Robert E. Howard

Conan el guerrero

Conan: Serie Conan - 9

ePub r1.0

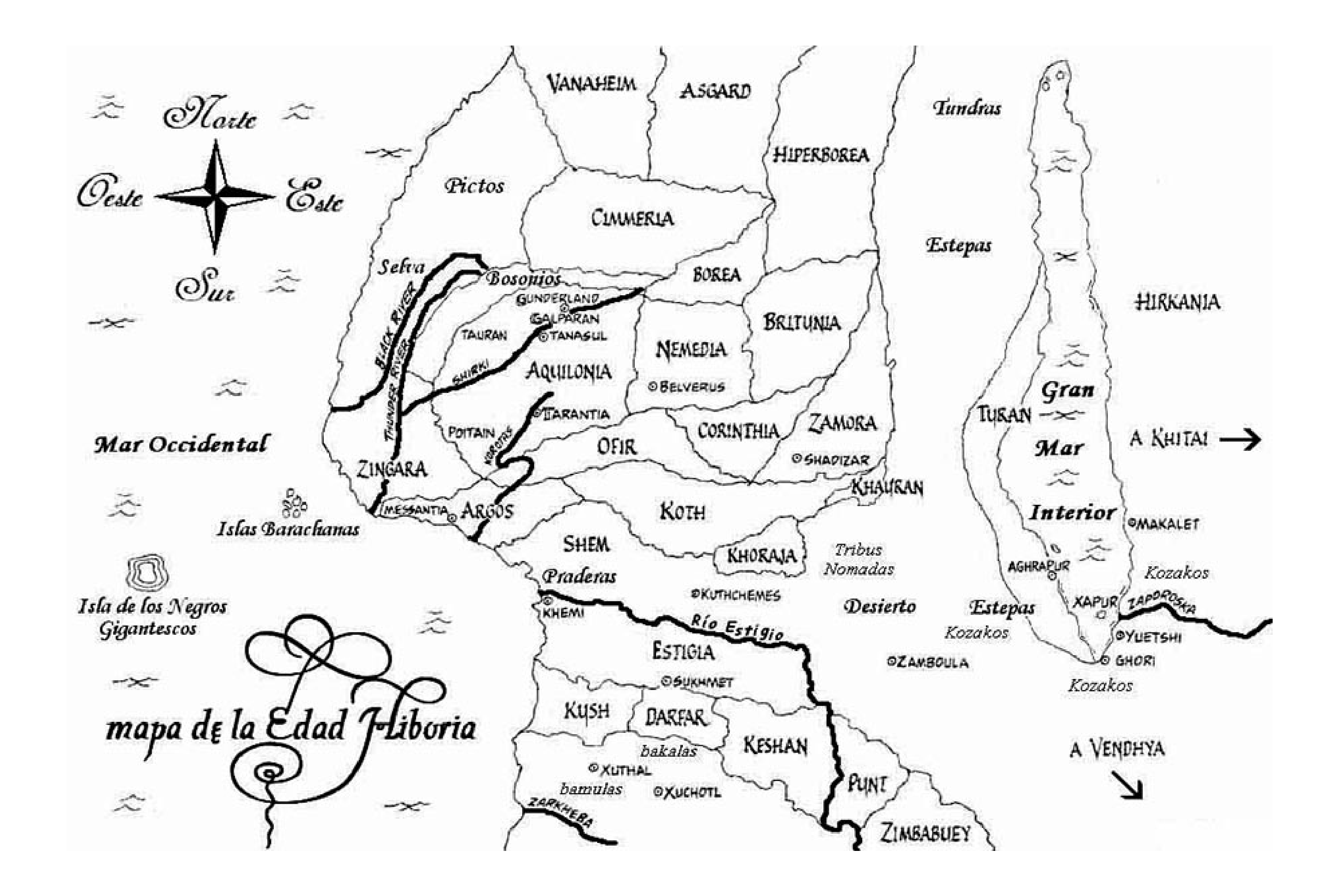
Titivillus 03.02.16

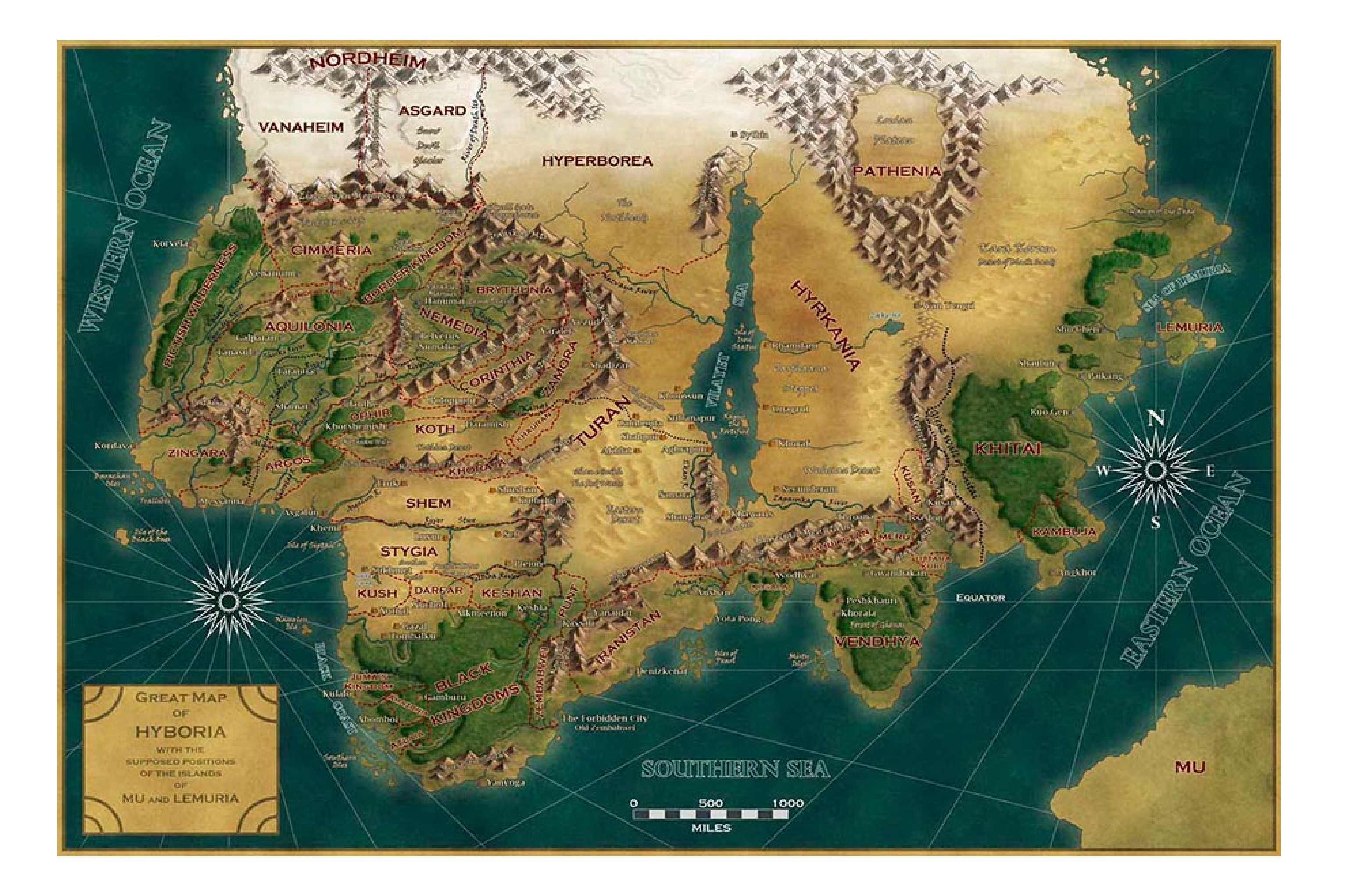
Título original: *Conan the Warrior*
Robert E. Howard, 1967
Traducción: Beatriz Oberländer

Relatos
Red nails, Robert E. Howard, 1936
Jewels of Gwahlur, Robert E. Howard, 1935
Beyond the Black River, Robert E. Howard, 1935

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Tundras
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Estepas
Selva
Bosonios
Borea
Hirkania
Gunderland
Galparan
Tauran
Tanasul
Black River
Thunder River
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Belverus
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
Turan
Gran
Mar
Interior
A Khitai
Mar Occidental
Ofir
Shadizar
Zingara
Khauran
Messantia
Argos
Koth
Makalet
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus
Nomadas
Aghrapur
Kozakos
Praderas
Kuthchemes
Desierto
Estepas
Xapur
Zaporoska
Isla de los Negros
Gigantescos
Khemi
Río Estigio
Kozakos
Yuetshi
Estigia
Zamboula
Ghori
Sukhmet
Kozakos
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
A Vendhya
Xuthal
Punt
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Zimbabuey



GREAT MAP OF HYBORIA WITH THE SUPPOSED POSITIONS OF THE ISLANDS OF MU AND LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
TURAN
HYRKANIA
KHITAI
KAMBUJA
LEMURIA
SEA OF LEMURIA
KUSAN
MERU
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
BLACK COAST
VENDHYA
VILAYET SEA
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
MU
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
The Forbidden City
Old Zembabwei
Korvela
Kordava
Khemi
Angkhor
Peshkhauri
Khorala
Yota Pong
Shadizar
Sultanapur
Aghrapur
Khawarizm
Vendhya
Ruo Gen
Paikang
Shaulun
Shu Chen
Kulalo
Abombi
Gamburu
Yanyoga

Introducción

De los diversos tipos de narrativa, la que brinda la más pura diversión es la fantasía heroica; se trata de historias de espada y brujería, que se desarrollan en un mundo imaginario —ya sea en este planeta, tal como pudo ser hace muchos años, o en el futuro remoto, o en otro mundo, o en otra dimensión— donde la magia funciona y todos los hombres son poderosos, todas las mujeres hermosas, los problemas sencillos, y la vida es una aventura. En un mundo como éste, las radiantes ciudades apuntan con sus brillantes torres a las estrellas; los brujos lanzan hechizos siniestros desde sus guaridas subterráneas; los espíritus malignos caminan, y acechan en las ruinas; los monstruos primitivos se abren camino a través de la selva, y el destino de los reinos depende de las hojas sangrientas de las espadas empuñadas por héroes de primitiva fuerza y valor.

Uno de los escritores más importantes de fantasía heroica fue Robert Ervin Howard (1906-1936), que vivió la mayor parte de su vida en Cross Plains, Texas. Howard escribió muchos relatos de literatura popular para revistas de su época. Jack London, Talbot Mundy, Harold Lamb, Edgar Rice Burroughs y H. P. Lovecraft influyeron mucho en él.

El personaje más importante creado por Howard fue Conan el Cimmerio. Se supone que éste vivió hace unos doce mil años, en la Edad Hiboria, después del hundimiento de Atlantis y antes del comienzo de la historia escrita conocida por todos. Se trata de un gigantesco aventurero bárbaro nativo de Cimmeria, una tierra que se encuentra al norte del continente. Conan atraviesa ríos de sangre y vence a sus enemigos naturales y sobrenaturales, y se convierte finalmente en soberano del reino hiborio de Aquilonia.

Dieciocho historias de Conan fueron publicadas en vida de Howard, y muchas más fueron descubiertas en forma de manuscrito

después de su temprana muerte. He tenido el privilegio de preparar estas últimas para su publicación y de completar aquellas que estaban inacabadas.

Conan llegó de joven al reino de Zamora y vivió durante varios años de forma precaria como ladrón en ese mismo reino, y luego en Corinthia y en Nemedia. Más adelante trabajó como soldado mercenario, primero en el reino oriental de Turan y después en los reinos hiborios. Obligado a huir de Argos, se convirtió en pirata en las costas de Kush, en compañía de la pirata shemita Belit y de un grupo de corsarios negros. Allí se ganó el apelativo de Amra el León.

Después de la muerte de Belit, Conan volvió a trabajar como mercenario en Shem y en los reinos hiborios vecinos. Más tarde prueba suerte entre los kozakos, unos proscritos nómadas de las estepas orientales; luego con los piratas del mar de Vilayet y después con las tribus de los montes Himelios, que se encuentran en la frontera que separa Iranistán de Vendhya. Luego vuelve a trabajar como soldado en Koth y en Argos y se convierte por poco tiempo en co-gobernante de la ciudad desértica de Tombalku. Después vuelve al mar, primero como pirata de las islas Baracha y después como capitán de un barco de bucaneros zingarios. Al comenzar las aventuras de este libro, Conan tiene unos cuarenta años.

L. sprague de camp.

Clavos rojos

Durante un par de años, Conan desempeña con éxito el oficio de pirata como capitán del barco Holgazán. *Pero los demás piratas zingarios, celosos de los triunfos del extranjero que se encuentra entre ellos, finalmente logran hundir su barco delante de las costas de Shem. Conan huye entonces tierra adentro, y se entera de que se están produciendo contiendas en las fronteras de Estigia. El cimmerio se une a un grupo de Compañeros Libres, una de tantas bandas de mercenarios que luchan por cuenta propia bajo el mando de un tal Zarallo. En lugar de conseguir un rico botín, Conan se ve obligado a montar guardia en el puesto fronterizo de Sukhmet, limítrofe con los reinos negros. Allí el vino es agrio y los beneficios escasos. Además, Conan se cansa pronto de las mujeres negras. Su aburrimiento termina con la aparición de Valeria de la Hermandad Roja, una mujer pirata que conoció cuando convivía con los bucaneros de las islas Barachanas. La muchacha toma medidas drásticas ante los excesos de un oficial estigio y luego huye, y entonces Conan la sigue hasta las tierras negras.*

1. La calavera en el risco

La mujer que iba a caballo tiró de las riendas y el cansado corcel se detuvo El animal quedó patiabierto y con la cabeza colgando, como si le hubiera pesado demasiado el arnés dorado guarnecido con cuero rojo. La mujer sacó una bota del estribo de plata y se bajó del caballo. Luego ató las riendas a la rama de un arbusto y miró a su alrededor, con las manos en las caderas.

Lo que vio no le resultó agradable. Unos árboles altísimos se encontraban sobre la laguna en la que el caballo acababa de beber. Unos sombríos matorrales limitaban la visión entre las sombras que proyectaban las densas ramas. Los espléndidos hombros de la mujer se estremecieron, y luego profirió una maldición.

Era una mujer alta, de busto generoso, largas piernas y hombros firmes. Todo su cuerpo reflejaba una fortaleza poco habitual entre las de su sexo, pero a pesar de ello su feminidad no se resentía en absoluto. Se notaba que era una mujer de la cabeza a los pies, pese a su actitud y a su atuendo. Este último era el adecuado, teniendo en cuenta el lugar en el que se hallaban. En lugar de falda usaba unos pantalones de montar de seda, sujetos a la cintura por un amplio fajín. Llevaba unas botas de cuero fino que le llegaban hasta las rodillas, y completaba su atavío una camisa de seda escotada y de mangas amplias. Sobre una de sus bien formadas caderas llevaba una espada de doble filo, y sobre la otra, una larga daga. Su cabello dorado y revuelto, que le caía sobre los hombros, iba recogido con una cinta de raso de color carmesí.

Su silueta se recortaba contra el bosque sombrío y primitivo, y en su pose había algo extraño y fuera de lugar. La figura de la mujer habría resultado más apropiada contra un fondo de nubes, mástiles e inquietas gaviotas. Sus grandes ojos eran del color del mar. Y así debía ser, pues se trataba de Valeria de la Hermandad Roja, cuyas

hazañas se celebraban en canciones y baladas en todos los lugares donde se reunían los marinos.

Después de dejar atado el caballo, avanzó hacia el este, echando de vez en cuando una mirada hacia atrás, en dirección a la laguna, con el fin de fijar su camino en la mente. El silencio del bosque la inquietaba. No se oía cantar ningún pájaro ni se escuchaba crujido de ramas que indicasen la presencia de otros animales. Había viajado durante leguas y leguas por tierras de una quietud sombría, interrumpida tan sólo por los sonidos producidos por su caballo.

La mujer había calmado su sed en la laguna, pero ahora sentía el imperioso acicate del hambre y comenzó a mirar en derredor en busca de algunos frutos, gracias a los cuales había sobrevivido desde que se le agotaron las provisiones que llevaba en las alforjas de la silla de montar.

En ese momento vio enfrente una enorme roca oscura, como de pedernal, que sobresalía entre los árboles. Pero no se divisaba la cima, pues estaba oculta de la vista de la mujer por unas ramas. Pensó que desde la parte más alta del peñasco podría divisar los contornos de la boscosa comarca donde se encontraba.

Una pequeña loma formaba una rampa natural que permitía ascender por el escarpado risco.

Cuando la mujer hubo subido unos quince metros, llegó a una franja boscosa que rodeaba el peñasco. Se internó en la densa vegetación, sin poder ver lo que había más arriba o más abajo. Pero poco después divisó el azul del cielo, y más tarde salió a la cálida luz del sol y vio la franja de árboles que se extendía a sus pies.

Se erguía sobre un amplio rellano que se encontraba casi a la altura de los árboles.

Desde allí se alzaba un saliente rocoso que constituía la cima del risco. Pero algo más llamó su atención en ese momento. Uno de sus pies golpeó contra un objeto que se hallaba entre la alfombra de hojas que tapizaba el saliente rocoso.

Apartó las hojas con la bota vio el esqueleto de un hombre. Su ojo experimentado recorrió el blanco armazón, pero no vio huesos rotos ni señal alguna de violencia. Aquel hombre debió de morir de muerte natural, si bien no entendía que hubiera subido hasta ese lugar para terminar allí sus días.

La mujer trepó hasta lo alto de la cima y echó un vistazo hacia

el horizonte. El techo boscoso, que parecía una pradera visto desde allí, era tan impenetrable como cuando se lo observaba desde abajo. Ni siquiera pudo divisar la laguna en la que había dejado su caballo.

Echó una mirada al norte, en dirección al punto desde el que había llegado. Tan sólo vio la ondulante superficie del verde océano, que se extendía cada vez más lejos. En la distancia se divisaba una borrosa línea oscura: la cordillera que había cruzado unos días antes para internarse después en el inmenso bosque.

Hacia el este y el oeste, el paisaje era el mismo, si bien no se apreciaba la línea oscura de los montes en esa dirección. Luego, cuando se volvió hacia el sur, la mujer se estremeció y contuvo el aliento. A media legua de donde se encontraba, el bosque se acababa súbitamente y daba lugar a una llanura sembrada de cactus. En medio de dicha planicie se alzaban las murallas y las torres de una ciudad. Valeria profirió un juramento que expresaba su asombro. No se habría sorprendido de ver una aldea, ya sea formada por las chozas de ramas de los negros como por las cabañas de la misteriosa raza cobriza que, según se decía, habitaba en algún lugar de aquella zona inexplorada. Pero le sorprendió enormemente el hecho de encontrar allí una verdadera ciudad amurallada, a tantos días de camino de la avanzadilla más cercana de cualquier país civilizado.

Le dolían las manos de sujetarse al saliente rocoso de la cúspide, por lo que Valeria descendió hasta el reborde de piedra con el ceño fruncido. Venía de muy lejos, del campamento de mercenarios situado junto a la ciudad fronteriza de Sukhmet, que se alzaba en medio de extensas praderas y donde montaban guardia fieros aventureros de todas las razas que protegían la frontera estigia contra las incursiones que llegaban como una marea roja procedentes de Darfar. Valeria había escapado ciegamente hacia una región que desconocía por completo. Y ahora se debatía entre el deseo de cabalgar directamente hasta aquella ciudad de la llanura y el instinto de conservación y cautela que le aconsejaban que la evitara, dando un amplio rodeo para proseguir su solitaria huida.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un rumor que percibió entre la densa vegetación que había debajo de ella. La miró, giró en redondo con un gesto felino y empuñó la espada.

Luego se quedó inmóvil, mirando con ojos desorbitados al hombre que se encontraba delante de ella.

Era casi un gigante, cuyos enormes músculos se percibían bajo su piel bronceada por el sol. Su atuendo era similar al de Valeria, pero en lugar del fajín que ella usaba, llevaba un cinturón de cuero. De su cinto colgaban una ancha espada de doble filo y un puñal. —¡Conan el Cimmerio! —exclamó la mujer—. ¿Qué haces siguiendo mi rastro?

El aludido sonrió toscamente y sus fieros ojos azules brillaron con un fulgor que cualquier mujer hubiera entendido, mientras recorrían el espléndido cuerpo de Valeria y se detenían en la blanca piel del generoso escote, que permitía admirar en parte sus opulentos senos. —¿No lo sabes? —dijo él riendo—. ¿Acaso no he expresado admiración hacia tu cuerpo desde que te vi por primera vez?

—Un semental no lo habría dicho más claramente —repuso Valeria con desdén—. Pero lo cierto es que no esperaba encontrarte tan lejos de los barriles de cerveza de Sukhmet. ¿De verdad me has seguido desde el campamento de Zarallo, o acaso te echaron de allí a latigazos por alguna fechoría?

El cimmerio se echó a reír por su insolencia, y todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión.

—Sabes muy bien —repuso— que Zarallo no tiene agallas para echarme del campamento. Sí, es cierto que te he seguido. ¡Y es una suerte para ti, moza! Cuando apuñalaste a aquel oficial estigio, perdiste el favor y la protección de Zarallo y los estigios te proscribieron.

—Lo sé —respondió ella con tono sombrío—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ya viste cómo me provocó aquel oficial.

—Sí —asintió el cimmerio—, y si hubiera estado allí, lo habría acuchillado yo mismo.

Pero la mujer que vive en un campamento militar ha de estar preparada para que le ocurran cosas semejantes.

Valeria dio un puntapié en el suelo y gritó otra maldición. —¿Por qué los hombres no me tratan como a un hombre? —preguntó irritada. —¡Eso está claro! —dijo él, devorándola con los ojos—. Pero has hecho bien en huir, pues los estigios te habrían despellejado viva. El hermano del oficial muerto te siguió, y más

rápido de lo que podrías pensar. No estaba muy lejos de ti cuando lo encontré. Tenía un caballo mejor que el tuyo y te habría alcanzado en una legua aproximadamente. Y estoy seguro de que te hubiera degollado. —¿Y bien? —preguntó ella.

—Y bien, ¿qué? —preguntó el cimmerio, que parecía desconcertado. —¿Qué hiciste con el estigio? —¡Vaya! ¿Qué imaginas que iba a hacer yo? Lo maté, por supuesto, y dejé su cadáver como alimento para los buitres. Eso me demoró, y casi perdí tu rastro cuando atravesaste las montañas. De lo contrario te hubiera alcanzado hace mucho tiempo. —¿Y ahora pretendes llevarme de vuelta al campamento de Zarallo? —preguntó ella con voz sarcástica.

—No seas necia —repuso el bárbaro con un gruñido—. Vamos, muchacha, no seas tan arisca. Yo no soy como el estigio que apuñalaste, y lo sabes muy bien.

—Sí, eres tan sólo un vagabundo sin blanca —contestó Valeria provocativa. El cimmerio se rió. —¿Y qué eres tú? Ni siquiera tienes dinero para comprarte unos pantalones mejores.

Pero tu desdén no me engaña. Tú sabes que he capitaneado barcos más grandes y mayor número de piratas que tú en toda tu vida. Y en cuanto a lo de estar sin blanca, ¿a qué aventurero no le ocurre eso? Bien sabes que por esos mares he ganado suficiente oro como para llenar un galeón. —¿Y dónde están los hermosos barcos y los hombres audaces que capitaneaste, amigo? —preguntó ella con tono de burla.

—Casi todos están en el fondo del océano —repuso el cimmerio sin rodeos—. Los zingarios hundieron mi última nave delante de las costas shemitas. Por eso me uní a los Compañeros Libres de Zarallo. Pero comprendí que me había equivocado cuando nos encaminamos hacia la frontera de Darfar. El país era pobre y el vino bastante malo.

Además, no me gustan las mujeres negras, y ésas son las únicas que había en nuestro campamento de Sukhmet: negras, con anillos en la nariz y dientes limados, ¡bah! ¿Y tú, por qué te uniste a Zarallo? Sukhmet está a una distancia considerable del mar.

—Ortho el Rojo quería convertirme en su amante —repuso ella hoscamente—. Una noche, cuando estábamos anclados en el puerto de Zabela, frente a las costas de Kush, salté por la borda y nadé

hasta la costa. Allí, un comerciante shemita me dijo que Zarallo llevaba a sus Compañeros Libres al sur, para vigilar la frontera de Darfar. Yo no tenía otra alternativa, por lo que me uní a la caravana que se encaminaba hacia el este y finalmente llegué a Sukhmet.

—Fue una locura huir hacia el sur, como tú has hecho —dijo el cimmerio—. Pero en cierto modo también resultó acertado, ya que las patrullas de Zarallo no te buscarán en esta dirección. Tan sólo el hermano del oficial que mataste consiguió hallar tu rastro.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —le preguntó la mujer al cimmerio.

—Nos dirigiremos hacia el oeste —repuso él—. Yo ya había estado en el extremo sur, pero nunca había llegado tan al este. Después de varios días de viaje, llegaremos a las sabanas, donde las tribus negras apacientan su ganado. Tengo buenos amigos entre esa gente. Iremos hasta la costa y buscaremos un barco. Estoy cansado de la selva.

—Entonces sigue solo tu camino —dijo Valeria—. Yo tengo otros planes. —¡No seas necia! —repuso él, mostrándose irritado por primera vez—. No puedes andar sola por estos bosques.

—Claro que puedo.

—Pero ¿qué pretendes hacer?

—Eso no es asunto tuyo —contestó la mujer secamente.

—Por supuesto que lo es —afirmó Conan con tranquilidad—. ¿Crees que te he seguido tan lejos para volverme con las manos vacías? Vamos, sé sensata, muchacha. No voy a hacerte ningún daño...

El cimmerio se adelantó hacia ella, pero Valeria dio un salto atrás y desenvainó la espada. —¡Detente, perro bárbaro, o te ensarto como a un cerdo! —exclamó la mujer.

Él se detuvo de mala gana y preguntó: —¿Quieres que te quite ese juguete y te zurre las posaderas con él? —¡Palabras, sólo palabras! —dijo ella en tono burlón, mientras el brillo del sol se reflejaba en sus ojos azules de mirada indómita.

Conan sabía que ella estaba en lo cierto. Ningún hombre habría podido desarmar a Valeria de la Hermandad Roja con las manos desnudas. El cimmerio frunció el ceño, presa de sentimientos contradictorios. Se sentía decepcionado, pero no dejaba de admirar el valor de la mujer. Ardía en deseos de poseer aquel espléndido

cuerpo y de estrujarla entre sus brazos de hierro, pero a pesar de todo no quería hacerle daño. Sabía muy bien que si daba un paso más en dirección a Valeria, ésta le clavaría la espada en el corazón. Había visto a la joven dar muerte a demasiados hombres en grescas de taberna como para dudar de ello.

Conan sabía que era rápida y feroz como una tigresa. Es cierto que él podía desenvainar su espada y desarmarla, pero no soportaba la idea de empuñar un arma frente a una mujer. —¡Maldita seas, muchacha! —exclamó el cimmerio desesperado—. Te voy a quitar...

Olvidando toda prudencia, Conan dio un paso, y en aquel momento ella se dispuso a atacar con una estocada de efectos mortales. Pero algo interrumpió la escena, que era a la vez jocosa y dramática. —¿Qué es eso?

La exclamación partió de Valeria, pero ambos se estremecieron violentamente.

Conan se volvió como un felino, con la espada en la mano. Atrás, en el bosque, se oían los fuertes relinchos de los caballos, presa de terror y de angustia. Entre los relinchos alcanzaron a escuchar un chasquido de huesos destrozados. —¡Unos leones están matando a nuestros caballos! —exclamó Valeria. —¡No son leones! —dijo el cimmerio con los ojos brillantes—. ¿Has oído el rugido de algún león? En cambio, escucha ese crujir de huesos. Ni siquiera un león podría producir semejante ruido al matar a un caballo.

Conan corrió rampa abajo y ella lo siguió. Ambos habían olvidado su disputa personal y se habían unido ante el peligro común con instintos de aventurero. Los relinchos habían cesado cuando se internaron de nuevo en el bosque.

—Encontré tu caballo atado junto a la laguna —murmuró Conan, deslizándose sin hacer el menor ruido—. Yo até el mío a su lado y seguí tu rastro. ¡Observa ahora!

Habían salido del círculo de árboles que rodeaba el peñasco y miraron en dirección hacia las lindes más cercanas del bosque. Los gigantescos troncos tenían un aspecto fantasmagórico.

—Los caballos deben de estar más allá de estos árboles —musitó Conan con una voz que parecía el susurro de una tenue brisa—. ¡Escucha!

Valeria ya había oído, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Apoyó inconscientemente la mano en el musculoso brazo de su

acompañante. Desde el otro lado de la espesura llegaba un terrible crujido de huesos, junto con un ruido de carnes desgarradas y una respiración ávida, intensa, espeluznante.

—Los leones no hacen semejante ruido —siguió diciendo el cimmerio en voz baja—.

Alguien se está comiendo nuestros caballos. ¡Pero por Crom que no son leones!

El ruido se interrumpió súbitamente y Conan profirió un juramento. Se había levantado una brisa que soplaba directamente desde ellos hacia el lugar en el que se encontraba el enemigo invisible. —¡Ahí viene! —dijo Conan desenvainando la espada.

Los matorrales se agitaron violentamente y Valeria se aferró con más fuerza al brazo de Conan. A pesar de que ignoraba la fauna de la selva, se daba cuenta de que ningún animal conocido podía agitar los arbustos de la misma manera que aquel ser desconocido.

—Debe de tener el tamaño de un elefante —musitó el cimmerio haciéndose eco de los pensamientos de la joven—. Pero ¡qué demonios...!

Su voz se desvaneció y hubo un silencio lleno de estupefacción.

A través de los zarzales había aparecido una cabeza de pesadilla. Unas fauces sonrientes dejaban al descubierto una enorme dentadura amarilla de la que chorreaba babosa espuma rojiza. Por encima de la boca había un hocico arrugado de saurio. Un par de ojos similares a los de una serpiente, pero mucho más grandes, miraban fijamente a la inmóvil pareja que se hallaba sobre la roca. Pero de los enormes belfos no sólo fluía baba, sino también una sangre oscura que caía en gotas al suelo.

La cabeza, muchísimo más grande que la de un cocodrilo, se prolongaba hacia atrás convirtiéndose en un largo cuello lleno de escamas coronado por una cresta de espinas.

Detrás, aplastando los arbustos como si fueran hierbajos, se veía un cuerpo monstruoso, con forma de barril y unas patas ridículamente cortas. El vientre blanquecino casi rozaba el suelo, mientras que el espinazo medía el doble que Conan. Una cola larga y afilada, como la de un gigantesco escorpión, se arrastraba por la hojarasca. —¡Sube al risco, rápido! —exclamó el cimmerio empujando a la muchacha—. No creo que pueda trepar, pero si seguimos aquí podría levantarse sobre las patas traseras y

alcanzarnos…

Con un chasquido de ramas rotas, el monstruo se abalanzó sobre ellos a través de los arbustos. La pareja huyó rápidamente hacia arriba. Mientras Valeria se internaba en la densa vegetación, lanzó una mirada hacia atrás y vio al titán que se alzaba amenazador sobre sus robustas patas traseras, tal como Conan había pronosticado. El espectáculo aterró a la mujer, ya que el animal le parecía cada vez más grande y veía que su cabeza sobresalía por encima de los árboles más bajos. Estuvo a punto de caer hacia atrás, pero la férrea mano de Conan la sujetó con firmeza por un brazo y la arrastró hacia adelante, hasta la franja de árboles, y luego más allá, donde el sol brillaba de nuevo. El monstruo se levantó una vez más y apoyó las patas delanteras sobre el risco, con un impacto tal que hizo vibrar la roca.

Detrás de los fugitivos apareció la enorme cabeza que asomaba entre las ramas, y la pareja miró durante unos instantes aterradores el rostro de pesadilla con los ojos llameantes y las fauces abiertas de par en par. Luego, los ciclópeos colmillos chasquearon en el aire, y la cabeza se retiró y desapareció de la fronda como si se hubiera hundido en la laguna.

Valeria y Conan miraron entre las ramas y vieron al monstruo sentado sobre sus patas traseras en la base del risco, mirándolos sin parpadear.

Valeria se estremeció. —¿Cuánto tiempo crees que permanecerá allí? —le preguntó en voz baja.

Conan dio una patada a la calavera del esqueleto que la joven había hallado momentos antes.

—Este pobre diablo debió de subir aquí para huir del monstruo o de algo parecido.

Seguramente murió de hambre, pues no se ve ningún hueso roto. Ese animal es, sin duda, un dragón como aquellos de los que hablan los negros en sus leyendas. Si es así, no se marchará de aquí hasta que estemos muertos.

Valeria lo miró desconcertada. Su resentimiento había desaparecido y en su lugar surgió el pánico. Había demostrado un valor a toda prueba en miles de ocasiones: durante fieras batallas en el mar o en tierra, en cubiertas resbaladizas a causa de la sangre, ante ciudades amuralladas y en las arenosas playas donde los

miembros de la Hermandad Roja empapaban sus cuchillos con la sangre de otros compinches, luchando por la jefatura del grupo. Pero las perspectivas con las que se enfrentaba ahora le helaban la sangre. Recibir un sablazo en el fragor de la batalla no era nada, pero sentarse indefensa y de brazos cruzados hasta morir de hambre, asediada por un monstruoso sobreviviente de otra época...

El solo hecho de pensar en ello le hacía latir las sienes de horror.

—Pero el monstruo tiene que comer y beber para sobrevivir — razonó Valeria.

—No necesita ir muy lejos para hacer ambas cosas —repuso el cimmerio—. De todos modos, está repleto de carne de caballo, aunque, a diferencia de otros reptiles, no parece que necesite dormir después de una comida abundante. De todos modos, no creo que pueda trepar por el risco.

Conan hablaba sin inmutarse. Él era un bárbaro, y las experiencias de su vida pasada en los páramos salvajes habían calado muy hondo en él. Se sentía capaz de hacer frente a una situación como aquélla con una frialdad de la que jamás hubiera hecho gala una persona civilizada. —¿No podríamos trepar a los árboles y huir por las ramas, como los monos? — preguntó Valeria desesperada. El cimmerio movió negativamente la cabeza.

—Ya he pensado en eso —respondió—. Y he visto que las ramas que dan al risco son demasiado delgadas y se romperían a causa de nuestro peso. Además, tengo la impresión de que ese monstruo es capaz de arrancar un árbol de raíz.

—Entonces ¿nos vamos a quedar aquí sentados hasta que nos muramos de hambre? — exclamó Valeria, furiosa—. ¡Pues yo no pienso hacerlo! ¡Bajaré e intentaré cortarle la cabeza a ese maldito monstruo!

Conan estaba sentado en el saliente rocoso, al pie de la cima. Levantó los ojos y contempló con admiración a la mujer de ojos centelleantes y cuerpo tenso. Pero al darse cuenta de que estaba algo trastornada, prefirió no hacer ningún comentario. Al cabo de un rato de silencio dijo con un gruñido:

—Siéntate y cálmate.

La cogió por las muñecas y la obligó a sentarse en sus rodillas. Valeria estaba demasiado sorprendida para resistirse. Conan agregó enseguida:

—Si atacaras al dragón, sólo conseguirías destrozar tu espada contra sus escamas. Te engulliría de un bocado o te aplastaría como a un huevo con su pesada cola. Tenemos que salir de aquí de algún modo, pero sin dejar que nos devore como a un par de palomos.

Ella no contestó y tampoco rechazó el brazo del cimmerio, que le rodeaba la cintura.

Estaba asustada, lo que constituía una sensación nueva para Valeria de la Hermandad Roja.

En consecuencia, se quedó sentada sobre las rodillas de su acompañante con una docilidad que habría asombrado a Zarallo, del cual la había tildado de mujer endemoniada.

Conan jugó con los suaves cabellos rubios de la mujer, pendiente al parecer tan sólo de conquistarla. Ni el esqueleto que se hallaba a sus pies ni el monstruo que acechaba más abajo parecían turbar en lo más mínimo su interés por Valeria.

Los inquietos ojos de la mujer descubrieron algunas manchas de color entre los árboles. Se trataba de unos frutos; eran unas esferas rojas de gran tamaño que colgaban de las ramas de un árbol cuyas hojas tenían una forma peculiar e intenso color verde. En ese momento se dio cuenta que tenía mucha sed y hambre, sobre todo al comprender que no podía bajar del risco para satisfacer esas necesidades.

—No nos vamos a morir de hambre —dijo—. Podemos alcanzar esos frutos, al menos.

Conan miró en la dirección que señalaba Valeria y dijo con un gruñido:

—Si comemos eso, no tendremos que preocuparnos del dragón. Esos frutos son los que los negros de Kush llaman Manzanas de Derketa. Derketa es la Reina de los Muertos.

Si bebes un poco de ese jugo o lo esparces tan sólo sobre la piel, morirás antes de caer al suelo. —¡Oh! —exclamo Valeria desanimada.

Luego hubo un silencio tenso. La mujer pensó que no tenían salvación, y mientras tanto veía que Conan sólo parecía preocupado por acariciarle la cintura y el suave cabello.

Si estaba pensando en un plan de huida, era evidente que lo disimulaba con gran habilidad.

—Si me quitas las manos de encima —dijo ella finalmente-y

trepas a esa cima, verás algo que te sorprenderá.

El cimmerio la miró perplejo y obedeció, mientras encogía sus anchos hombros.

Conan se aferró al saliente rocoso y miró por encima de los árboles.

Permaneció en silencio durante un momento, inmóvil como una estatua de bronce.

Finalmente murmuró quedo:

—Sí, es una ciudad amurallada. ¿Ibas hacia allí cuando trataste de que me marchara solo a la costa?

—La había visto antes de que tú llegaras. Y no sabía que existiera cuando salí de Sukhmet. —¿Quién podía pensar en hallar una ciudad aquí? —dijo el bárbaro—. No creo que los estigios hayan llegado tan lejos. ¿La habrán construido los negros? Pero no veo rebaños en la llanura, ni cultivos, ni gente en movimiento por los alrededores.

—Quizá no se vean debido a la distancia —sugirió ella. El cimmerio se encogió de hombros y descendió del peñasco.

—Bien, lo cierto es que la gente de esa ciudad no va a ayudarnos; ni podría hacerlo, si quisiera. Pero los habitantes de los países negros suelen ser hostiles a los extranjeros.

Probablemente nos atacarán con sus lanzas...

Conan se calló de repente y permaneció en silencio durante unos instantes, reflexionando y mirando las esferas rojas que se divisaban entre las hojas. —¡Lanzas! —susurró—. ¡Qué necio he sido por no haber pensado antes en ello! ¡Eso es lo que hace una mujer hermosa con la mente de un hombre sensato! —¿De qué estás hablando? —preguntó Valeria.

El cimmerio no se molestó en responder y descendió hasta el bosque, mirando a través de las ramas. El monstruo seguía sentado abajo, observando el risco con la estremecedora paciencia que caracteriza a los reptiles. Es probable que uno de los de su especie hubiera mirado del mismo modo a alguno de los trogloditas antepasados del cimmerio en el amanecer de los tiempos. Conan le gritó una maldición al animal y comenzó a cortar ramas lo más largas posibles. El movimiento de las hojas inquietó al dragón, que agitó su poderosa cola, abatiendo algunos arbolillos como si fueran endebles juncos. El cimmerio lo miró con el rabillo del ojo, y

cuando Valeria ya pensaba que el dragón iba a precipitarse nuevamente sobre el risco, Conan se retiró y trepó hasta el saliente rocoso con las ramas que había cortado. Eran tres ramas resistentes, muy tinas y largas. También había cortado algunos tallos de enredaderas.

—Ya lo ves, las ramas son demasiado finas y los bejucos no llegan al grosor de un cordel —dijo Conan mientras señalaba el follaje que había dejado—. No soportarían nuestro peso. Pero ya se sabe que la unión hace la fuerza. Eso es lo que los renegados aquilonios solían decirnos a los cimmerios cuando llegaron a nuestras montañas para organizar un ejército, con el que pretendían invadir su propio país. Porque nosotros siempre hemos combatido agrupados en clanes y tribus, y no en grandes grupos. —¿Qué demonios vas a hacer con esos palos? —preguntó Valeria.

—Espera y verás.

Conan juntó las tres varas, colocó entre ellas su daga con la punta hacia afuera y luego ató el conjunto con los tallos de las enredaderas. Cuando terminó, disponía de una lanza bastante fuerte y de dos metros de largo. —¿Y qué pretendes hacer con eso? —preguntó de nuevo la mujer—. Antes me dijiste que un arma no podría traspasar las escamas del dragón.

—No tiene escamas en todo el cuerpo —repuso él—. Y ten en cuenta que hay más de una manera de desollar a un buey.

A continuación, el bárbaro se dirigió al bosque y atravesó con la hoja de la lanza una de las Manzanas de Derketa, procurando alejarse para evitar las gotas de color púrpura que caían del fruto. Luego retiró el arma y le enseñó a Valeria la hoja, que estaba empapada en un líquido de color carmesí.

—No sé si esto servirá —dijo el cimmerio—. Aquí hay veneno suficiente para matar a un elefante, pero ya veremos.

Valeria se encontraba cerca de Conan cuando éste se deslizó entre los árboles.

Llevaba la lanza cuidadosamente alejada del cuerpo; asomó la cabeza entre las hojas y le habló en voz alta al monstruo. —¿Qué estás esperando, hijo de padres desconocidos? ¡A ver, levanta de nuevo esa ridícula cabezota, si no quieres que baje y te destroce a puntapiés!

Luego dijo algunas frases más que hicieron estremecer a Valeria,

a pesar de que había convivido durante mucho tiempo con los piratas. Como si el monstruo hubiera comprendido las elocuentes palabras del cimmerio, se levantó con una velocidad aterradora sobre sus patas traseras y alargó el cuerpo y el cuello en un furioso esfuerzo por alcanzar al vociferante pigmeo que turbaba el silencio de su territorio.

Pero Conan había calculado la distancia con absoluta precisión. La enorme cabeza penetró con fuerza, pero en vano, entre las hojas. Y cuando las fauces del monstruo se abrían como las de una enorme serpiente, el bárbaro arrojó la lanza con todas sus fuerzas, y la larga hoja del puñal se hundió hasta la empuñadura en la carne, atravesándola hasta llegar al hueso.

Enseguida las mandíbulas chasquearon convulsivamente, cortando en dos la improvisada lanza, y estuvieron a punto de hacer caer a Conan de la roca. Éste se habría precipitado al suelo de no haber sido por Valeria, que lo cogió por el cinto de la espada con una fuerza desesperada. El cimmerio recuperó el equilibrio y le dio las gracias con una sonrisa.

Abajo se encontraba el enorme monstruo, que aullaba con terrible furia. Sacudía la cabeza de un lado a otro, se golpeaba con las garras y abría la boca de par en par. Por fin logró arrancar el trozo de lanza con una de sus enormes patas. Luego echó la cabeza hacia atrás, expulsando torrentes de sangre por la boca, y miró hacia el risco con una furia tan intensa que Valeria tembló de miedo. Las escamas del lomo del dragón, así como las de los flancos, cambiaron de color y pasaron del pardo al rojo intenso. Los bramidos que del monstruo no se parecían a ningún sonido que hubieran oído Valeria y Conan en su vida.

Al tiempo que lanzaba rugidos ensordecedores, el dragón avanzó en dirección al risco donde se refugiaban sus enemigos. Levantó una y otra vez la cabeza para morder, en vano, el aire. Luego se lanzó con todas sus fuerzas contra la roca, y ésta vibró desde la base hasta la cima.

Tal exhibición de furia primitiva hizo que a Valeria se le helara la sangre en las venas, pero Conan estaba demasiado cerca de lo primitivo como para dejarse impresionar.

El monstruo que había abajo era para Conan un simple ser vivo que se diferenciaba de él tan sólo en la forma y en el tamaño. Así

pues, permaneció sentado y tranquilo, observando las reacciones del enorme animal.

—El veneno empieza a hacer efecto —dijo al fin, convencido.

—No lo creo —repuso Valeria, que consideraba absurdo que algo, por mortífero que fuera, pudiera afectar a aquella montaña de músculos.

—Su voz denota temor —insistió el cimmerio—. Primero era sólo dolor por la herida de la mandíbula, pero ahora comienza a sentir la acción del veneno. ¡Mira, se está tambaleando! Se quedará ciego dentro de un momento... ¿Eh, qué te decía? —¿Está huyendo? —preguntó Valeria. —¡Está intentando llegar a la laguna! —dijo Conan, y se puso en pie lleno de expectación—. Sin duda el veneno le ha dado una sed terrible. ¡Vamos! Estará ciego dentro de unos momentos, pero podría olfatear el camino hasta el pie del risco otra vez. Y si nuestro olor persiste, tal vez se quede aquí hasta que muera. Además, al oír sus bramidos pueden llegar otros de su especie. ¡Vámonos de aquí! —¿Hacia allí abajo? —preguntó Valeria indecisa.

—Claro. Vamos hacia la ciudad amurallada. Quizás allí nos corten la cabeza, pero es nuestra única posibilidad. Aunque nos encontremos con mil dragones en el camino, aquí sólo nos espera la muerte. ¡Andando!

El cimmerio corrió por la rampa con la agilidad de un mono y sólo se detuvo para ayudar a su compañera quien, a pesar de todo, se consideraba tan apta como un hombre para trepar por los aparejos de un barco o para escalar los acantilados de una costa.

Cruzaron la franja boscosa del peñasco y descendieron en silencio, si bien a Valeria le parecía que su corazón hacía más ruido que un tambor. Oyeron unos sonoros gorgoteos provenientes de lo más profundo del bosque, que indicaban que el dragón estaba bebiendo en la laguna.

—En cuanto se haya llenado el estómago volverá —murmuró Conan—. Es posible que el veneno tarde horas en matarlo... si es que finalmente acaba con él.

Más allá del bosque, el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, y la espesura se convertía en un lugar lleno de sombras oscuras y de formas borrosas. Conan cogió a Valeria por la muñeca y se deslizó silenciosamente entre los árboles con la rapidez de un

felino.

—No creo que sea capaz de seguir nuestra pista, pero si el viento soplara ahora mismo en dirección al monstruo podría olernos. —¡Por Mitra, entonces que no sople el viento! —musitó Valeria.

Su rostro era un óvalo pálido en la penumbra. La mujer aferró la empuñadura de su espada con la mano libre, pero esto, extrañamente, la hizo sentirse más desamparada.

Aún se hallaban a cierta distancia del borde del bosque cuando escucharon chasquidos y crujidos a sus espaldas. Valeria se mordió los labios para no lanzar un grito.

—Está sobre nuestra pista —susurró la mujer con evidente temor.

El cimmerio movió negativamente la cabeza y dijo:

—No creo. Me parece que, al no oler nuestros cuerpos en la roca, está vagando por los alrededores para ver si encuentra nuevamente nuestro rastro. ¡Vamos! ¡Si no llegamos a la ciudad, estamos perdidos! Desgajará cualquier árbol al que nos subamos. ¡Con tal que no se levante viento...!

Echaron a correr hasta que los árboles comenzaron a escasear. Detrás, el bosque era un mar impenetrable de sombras, donde aún seguían escuchándose los amenazantes crujidos. El dragón, evidentemente, erraba ciego por el bosque, buscándolos.

—Ya tenemos la llanura aquí delante —dijo Valeria jadeando—. Un poco más y... —¡Por Crom! —exclamó Conan. —¡Por Mitra! —musitó Valeria.

Acababa de levantarse una brisa bastante intensa desde el sur.

Soplaba directamente sobre ellos y en dirección al bosque que se encontraba a sus espaldas. Un segundo después se oyó un tremendo rugido que hizo estremecer los árboles.

Los ruidos se transformaron en un crujido cuando el dragón se dirigió como un huracán en línea recta hacia el lugar de donde llegaba el olor de los odiados enemigos que le habían infligido la dolorosa herida. —¡Corramos más deprisa! —gritó el cimmerio con los ojos centelleantes como los de un lobo acorralado—. ¡Es lo único que podemos hacer!

Las botas de los marinos no están hechas para correr, ni los piratas se entrenan demasiado en este menester. Por ello, al cabo de unos cien metros, Valeria jadeaba intensamente y corría más

despacio, mientras que detrás de ellos el monstruo irrumpía entre los matorrales y salía a terreno abierto.

El robusto brazo de Conan casi levantó a la mujer del suelo cuando le rodeó la cintura. Los pies de Valeria apenas tocaron la hierba cuando fue llevada en una carrera mucho más veloz de lo que ella sola hubiera podido alcanzar. Si lograban evitar al monstruo durante algún tiempo más, tal vez variase la dirección del viento... Pero éste se mantuvo constante, y una rápida mirada por encima del hombro le permitió a Conan ver que el terrible animal se acercaba a ellos como una galera de guerra impulsada por un huracán. El cimmerio le dio un empujón a la mujer y la envió trastabillando a tres metros de distancia, donde cayó a los pies del árbol más cercano. En ese momento el bárbaro giró en redondo y se enfrentó con el monstruo.

Convencido de que allí le esperaba la muerte, el cimmerio actuó según sus instintos y arremetió contra el temible rostro que se cernía sobre él. Saltó con la fuerza de un gato salvaje y hundió su espada en las escamas que recubrían el enorme hocico. De inmediato un terrible impacto le envió rodando a unos diez metros de distancia. El bárbaro cayó maltrecho al suelo.

Conan se puso en pie aturdido, realizando un enorme esfuerzo de voluntad. Lo único que tenía en mente era que Valeria yacía indefensa cerca del espantoso reptil. Por ello volvió a levantarse con la espada en la mano y corrió hacia donde se encontraba la mujer.

Ésta todavía estaba en el mismo lugar adonde el bárbaro la había empujado, aunque empezaba a incorporarse. El monstruo no le había hecho ningún daño. Este, por el contrario, y ante el asombro de la pareja, pasó velozmente al lado de ambos sin prestarles la menor atención. Era evidente que aunque los había seguido con la ayuda de su olfato, ahora los olvidaba debido al sufrimiento de su terrible agonía. Durante su carrera, el saurio se precipitó contra el tronco de un enorme árbol que había en su camino. El impacto desgajó el árbol de raíz; sin duda, el cráneo del reptil se había hundido como consecuencia del tremendo golpe. El árbol y el animal cayeron juntos, y Conan y Valeria vieron, estremecidos, que las ramas y las hojas eran sacudidas por las convulsiones del monstruo al que cubrían, y luego se quedaban inmóviles.

El cimmerio ayudó a Valeria a ponerse en pie, y ambos avanzaron hacia la llanura sin árboles.

Conan se detuvo un instante y miró hacia atrás, en dirección al oscuro bosque que quedaba a sus espaldas. Allí no se movía ni una hoja, ni piaba un solo pájaro. En aquel bosque reinaba un silencio similar al del primer día de la creación.

—Vámonos —murmuró Conan, tomando a Valeria de la mano.

La ciudad parecía hallarse muy lejos del otro lado de la llanura; más lejos de lo que parecía desde lo alto del risco. El corazón de Valeria latía aceleradamente, produciéndole una intensa sensación de ahogo. A cada paso que daba esperaba oír el crujido de los matorrales y temía que vería salir a otro terrible dragón. Pero ya nada turbaba el silencio del bosque.

Cuando se alejaron, Valeria respiró aliviada. Volvió a sentir confianza en sí misma.

El sol acababa de ponerse y un manto oscuro cubría rápidamente la llanura. Las estrellas iban apareciendo poco a poco en el cielo, y los cactus parecían fantasmas.

—No hay ganado ni campos sembrados —murmuró Conan—. ¿De qué vivirá esta gente?

—Tal vez hayan recogido a los animales en los rediles durante la noche —sugirió la mujer—. Y quizá los campos estén al otro lado de la ciudad.

—Quizá —dijo Conan—, Pero yo no vi nada desde lo alto del risco.

La luna se asomó por detrás de la ciudad, recortando las murallas y las torres con su brillo plateado. Valeria se estremeció. El negro contorno que había alrededor del disco luminoso de la luna le daba a la ciudad un aire sombrío y siniestro.

Tal vez Conan pensaba lo mismo, pues se detuvo, miró a su alrededor y dijo:

—Detengámonos aquí. De nada valdría acercarnos a las puertas de la ciudad por la noche, pues probablemente no nos dejarán entrar. Además, necesitamos descansar y no sabemos cómo nos van a recibir. Unas horas de sueño nos pondrán en condiciones de luchar, o de salir corriendo si fuera necesario.

El cimmerio condujo a la mujer hasta un grupo de cactus que crecían en círculo — fenómeno habitual en los desiertos del sur—;

se abrió paso con la espada entre las plantas y le hizo una seña a Valeria para que entrara.

—Aquí estaremos a salvo de las serpientes —le dijo. Ella miró con recelo hacia la negra línea del bosque, que ya estaba lejos. —¿Y si los dragones salieran de entre los árboles? —preguntó.

—Bien, haremos guardia por turnos —repuso el cimmerio, aunque no contestó con claridad a la pregunta de su acompañante.

Contempló la ciudad, que aún se hallaba bastante lejos. No se veía ninguna luz en las torres ni en los edificios que sobresalían por encima de las murallas. Era una negra masa de misterio que se recortaba como un enigma en el cielo iluminado por la luna.

—Acuéstate y duerme —dijo luego—. Yo montaré la primera guardia.

Valeria lo miró indecisa, pero Conan se sentó con las piernas cruzadas delante de los cactus, de cara a la llanura, con la espada sobre las rodillas y dándole la espalda a la mujer.

Sin hacer más comentarios, ésta se echó sobre la arena que cubría el suelo del desierto.

—Despiértame cuando la luna esté alta sobre nuestras cabezas —le dijo Valeria.

El cimmerio no contestó ni se volvió hacia ella. Mientras la mujer se sumergía en un profundo sueño, su última visión fue la de la musculosa figura de Conan, inmóvil como una estatua de bronce recortada contra la tenue luminosidad de las estrellas.

2. El fulgor de las gemas de fuego

Valeria se despertó con un estremecimiento, al ver que el gris amanecer se extendía sobre la planicie.

Se incorporó y se frotó los ojos. Conan estaba cortando una planta de cactus, y pelaba diestramente la piel y las espinas.

—No me despertaste —dijo ella—. ¡Me has dejado dormir toda la noche!

—Estabas muy cansada —repuso el cimmerio—. Y deben de dolerte las posaderas, después de una cabalgada tan prolongada. Los piratas no estáis habituados a andar a caballo. —¿Y tú?

—Yo fui kozako antes que pirata —respondió Conan—. Y esa gente vive sobre la silla de montar. He dormido a ratos, como una pantera que espera junto al sendero el paso de un venado. Mis oídos se mantenían alerta mientras mis ojos dormían.

Lo cierto es que el gigantesco bárbaro parecía tan descansado como si hubiese dormido toda la noche sobre un lecho de plumas. Una vez que hubo quitado todas las espinas, le entregó a Valeria la jugosa hoja de cactus.

—Prueba esto —dijo—. Es un buen alimento y una bebida para el hombre del desierto.

Yo fui jefe de los zuagires, unos nómadas que viven de saquear caravanas. —¿Hay algo que tú no hayas sido? —le preguntó Valeria, en parte con burla y en parte con admiración.

—Sí. No he sido rey de un país hiborio —declaró él sonriendo, mientras masticaba el jugoso cactus—. Pero no pierdo la esperanza de llegar a serlo algún día. ¿Por qué no habría de ser rey?

Valeria movió la cabeza, asombrada de su audacia, y se dispuso a saborear la refrescante planta. Halló que su sabor era agradable y que saciaba su sed. Una vez terminado el frugal ágape, Conan se limpió las manos con arena, se puso en pie, se alisó la tupida

melena y, ajustándose el cinturón de la espada, dijo:

—Bien, en marcha. Si la gente de esa ciudad nos va a cortar el cuello, más vale que lo haga ahora, antes de que empiece a hacer calor.

El humor del cimmerio era un tanto sombrío, pero Valeria pensó que podía resultar profético. Ella también se ajustó el cinto del sable después de ponerse en pie. Los terrores nocturnos habían pasado, y los dragones rugientes del bosque eran como un sueño lejano.

Su andar volvió a ser confiado cuando avanzó al lado de Conan. Fuesen cuales fueran los peligros que les esperaban, sus enemigos serían hombres. Y Valeria de la Hermandad Roja aún no había conocido a un hombre al que temiera.

Conan la miró de reojo, mientras ella caminaba a su lado con su andar tan peculiar.

—Andas más como un montañés que como un marino —dijo el cimmerio—. Debes de haber nacido en Aquilonia, ya que los soles de Darfar no llegaron a broncear tu blanca piel.

Muchas princesas envidiarían la blancura de tu tez.

—Sí, nací en Aquilonia —repuso ella, que se había acostumbrado a los cumplidos de su compañero y ya no se irritaba.

Si se hubiera tratado de otro hombre en vez de Conan, Valeria se habría puesto furiosa por no haber sido despertada para hacer guardia, pues siempre se había negado a que le dieran ventajas por el solo hecho de ser mujer. Pero ahora sentía una secreta satisfacción al ser tratada así por aquel hombre. El cimmerio, además, no había tratado de aprovecharse de la situación propicia en la que se hallaban. Después de todo —se dijo Valeria—, su compañero no era un hombre corriente.

El sol comenzó a brillar sobre la ciudad, bañando las torres con un siniestro color carmesí.

—Anoche era negra a la luz de la luna —murmuró Conan con un gesto supersticioso—, y ahora es roja como la sangre, a causa del sol del amanecer. No me gusta nada esa ciudad.

Pero aun así, se dirigieron hacia ella, y, mientras avanzaban, Conan le hizo notar a Valeria que no había ningún camino que condujera a la población desde el norte.

—Ningún ganado ha salido a la llanura por esta parte de la

ciudad —dijo—. Y no hay señales de que el arado tocase esta tierra en muchos años, o en siglos, quizá. Sin embargo, mira, en esta planicie existieron cultivos hace mucho tiempo.

Valeria observó las antiguas zanjas de regadío que él señalaba, y que se hallaban en parte llenas de agua y rodeadas de cactus. Ella frunció el ceño, mientras miraba con asombro el llano que se extendía en torno a la extraña ciudad, y que llegaba hasta el lejano bosque, formando un enorme círculo. La visión no llegaba más allá de aquel círculo.

La mujer lanzó una mirada inquieta a la ciudad y advirtió que en sus murallas no se veía brillo de cascos ni puntas de lanzas, y que no se oía el sonido de trompetas ni de voces de alerta. Un silencio tan denso como el que reinaba en el bosque se cernía sobre los gruesos muros y las puntiagudas torres.

El sol ya estaba en lo alto cuando se detuvieron ante la gran puerta de la muralla norte, bajo la sombra del macizo baluarte. El óxido cubría los refuerzos de hierro del portón, y las telarañas brillaban tenuemente sobre las bisagras. —¡Esto no ha sido abierto en muchos años! —exclamó Valeria.

—Es una ciudad muerta —dijo Conan con un gruñido—. Por eso las zanjas y los cultivos estaban abandonados.

—Pero ¿quien habrá vivido aquí? ¿Por qué abandonaron este lugar?

—Quién sabe. Tal vez fuera un grupo de fugitivos estigios. Sin embargo, no tiene aspecto de ser arquitectura estigia. Quizá los habitantes de la ciudad fueron exterminados por sus enemigos, o la peste acabó con ellos.

—En ese caso —dijo Valeria—, es posible que ahí dentro haya cuantiosos tesoros.

Intentamos abrir la puerta y exploremos el interior.

Conan observó dubitativamente las enormes puertas, pero a pesar de ello apoyó su robusto hombro contra una de las jambas. Empujó con todas sus fuerzas, y el portón se abrió poco a poco hacia el interior con un intenso chirrido de goznes. El cimmerio se irguió y desenvainó la espada. Valeria miró sobre su hombro y lanzó una exclamación.

No estaban viendo una calle o un patio, como era de esperar. La puerta daba directamente a un enorme salón, cuyo extremo opuesto

casi se perdía a lo lejos. Las dimensiones del recinto eran gigantescas, y el suelo estaba formado por unas extrañas baldosas rojas que parecían arder como si fueran llamas. Las paredes eran de un material verde y brillante. —¡Si esto no es jade, yo soy shemita! —exclamó el cimmerio al tiempo que profería un juramento. —¡Es imposible que haya tal cantidad! —objetó Valeria.

—He robado suficiente jade a las caravanas de Khitai para saber de qué estoy hablando —insistió el cimmerio—. ¡Te digo que es jade!

El techo era abovedado y estaba revestido de lapislázuli, con gemas verdes incrustadas, que brillaban con maléfico resplandor.

—Piedras de fuego verde —gruñó el cimmerio—. Así llaman a esas piedras preciosas las gentes de Punt. Se dice que son los ojos petrificados de reptiles prehistóricos, a los que los antiguos llamaban Serpientes Doradas. Brillan como los ojos de un gato en la oscuridad.

Por la noche, esta sala debe de alumbrarse con esas gemas, pero es posible que la iluminación no resulte agradable. Echemos un vistazo por ahí. Podríamos dar con algún tesoro.

—Cierra la puerta —aconsejó Valeria—. Aún temo que venga algún otro dragón del bosque. Conan sonrió y dijo:

—No creo que los dragones se alejen del bosque. A pesar de todo, accedió a lo que le pedía la mujer. Luego señaló el cerrojo interior y agregó:

—Me pareció haber oído un chasquido cuando empujé la puerta. Mira, el cerrojo se ha roto recientemente. El óxido lo había comido casi por completo y bastó con que yo empujara. Pero si la gente huyó de aquí, ¿cómo es que esta puerta está cerrada por dentro?

—Sin duda escaparían por otro lugar —arguyó, con acierto, Valeria.

La pareja se preguntó cuántos siglos habrían pasado desde que la luz del día se filtrara por última vez entre las hojas de la enorme puerta. Sin embargo, la luz del sol también llegaba a la habitación por otro conducto. Conan y Valeria vieron que en lo alto del techo abovedado había una especie de claraboyas hechas de un material cristalino. Entre éstas las gemas verdes refulgían como los ojos de gatos furiosos. El suelo que había bajo sus pies brillaba con los tonos cambiantes de la llama. Era como avanzar por el infierno, con

unos astros malignos parpadeando en lo alto.

A cada lado del enorme salón había tres galerías con balaustradas, una encima de otra.

—Un edificio de cuatro pisos —murmuró el cimmerio—. Y esta sala se extiende hasta el techo. El recinto es tan largo como una calle. Creo ver una puerta al otro extremo.

Valeria se encogió y dijo:

—Tu vista es más aguda que la mía, aunque en ese aspecto yo tenía fama entre los piratas.

Se dirigieron hacia una puerta abierta y atravesaron una serie de habitaciones vacías, cuyo suelo era parecido al del salón. Las paredes también eran de jade, y en algunas partes de mármol o de calcedonia, con incrustaciones de oro, plata o bronce. En el techo también había piedras verdes. Los intrusos avanzaron como espectros por aquellas habitaciones de brillante suelo rojizo.

En algunas de la estancias no había ninguna luz, y el vano de las puertas era negro como la boca del infierno. Conan y Valeria evitaron aquellos lugares y se internaron tan sólo por las habitaciones iluminadas.

En las esquinas había numerosas telarañas, pero en cambio no se advertía polvo en el suelo ni en las mesas y sillas de mármol, jade o cornalina que llenaban algunas salas.

Aquí y allá se veían alfombras de seda de Khitai, que era prácticamente indestructible. No había ninguna ventana o puerta que diera a la calle o a algún patio. Todas las aberturas daban a otra habitación o salón. —¿No saldremos nunca a un lugar abierto? —musitó Valeria—. Este palacio, o lo que sea, es más grande que el harén del rey de Turan.

—Quienes vivían aquí no pudieron morir de peste —dijo el cimmerio mientras meditaba acerca del misterio de la ciudad abandonada—. En ese caso, habríamos encontrado esqueletos. Tal vez tuvieron miedo de algo y huyeron. Quizá... —¡Al demonio con todo eso! —le interrumpió Valeria rudamente—. Nunca lo sabremos con certeza. Mira esos frisos. Representan figuras humanas. ¿A qué raza pertenecen?

Conan lo miró y negó con la cabeza, al tiempo que respondía:

—Jamás he visto gente como ésa. Pero tienen algo oriental; parecen nativos de Vendhia o tal vez de Kosala. —¿Acaso fuiste rey

de Kosala? —preguntó ella en tono burlón, si bien no exento de curiosidad.

—No, pero sí fui jefe guerrero de los afghulis, que viven en los montes Himelios, más allá de las fronteras de Vendhia. Estas imágenes parecen corresponder a nativos de Kosala.

Pero ¿por qué habrán construido una ciudad tan al oeste?

Las figuras representaban a hombres y mujeres esbeltos, de tez oscura y con facciones finamente modeladas y exóticas. Vestían amplias túnicas y usaban adornos cubiertos de joyas. Casi todos estaban en actitud de danzar, de comer o de hacer el amor.

—Todos éstos debieron de llevar una estúpida vida pacífica, pues no se ven escenas de guerra o de lucha —dijo Conan—. Ven, vamos a los pisos superiores.

Había una escalera de marfil que ascendía en espiral desde la habitación en la que se encontraban. Subieron tres pisos y llegaron a una amplia estancia. Unas claraboyas que había en el techo iluminaban la sala, en la que también brillaban tenuemente las gemas verdes. Al mirar a través de otras puertas, vieron más salas iluminadas. Pero una de las puertas daba a una galería con balaustrada, que se abría sobre una sala mucho más pequeña que la que habían visto en el piso inferior. —¡Maldición! —dijo Valeria, y tomó asiento con disgusto en un banco de jade—. La gente que vivía aquí debió de llevarse todos los tesoros consigo. Estoy cansada de vagar sin sentido por estos cuartos vacíos.

—Todas estas habitaciones parecen estar iluminadas —dijo el cimmerio—. Me gustaría encontrar una ventana que dé a la ciudad. Veamos qué hay detrás de esa puerta.

—Mira tú —repuso Valeria—. Yo me quedaré aquí a descansar un poco.

El cimmerio desapareció por la puerta que estaba enfrente de la que daba a la galería, y Valeria se recostó con las manos cruzadas en la nuca y las piernas extendidas. Aquellas silenciosas habitaciones y salas, con sus brillantes gemas verdes y sus ardientes suelos rojizos, comenzaban a disgustarle. Deseaba encontrar una salida hacia el exterior para abandonar de una vez por todas el laberinto por el que vagaban. Valeria se preguntó qué pies misteriosos y furtivos habrían pisado en los siglos pasados aquellos suelos brillantes, y qué hechos espantosos habrían contemplado

aquellas piedras verdes incrustadas en lo alto.

Un ligero ruido interrumpió las reflexiones de Valeria. Antes de que se diera cuenta realmente de que algo le había llamado la atención, la audaz mujer ya estaba en pie y con la espada desenvainada. Conan aún no había regresado, y ella comprendió que no era él quien había producido aquel ruido.

El sonido procedía de algún lugar situado del otro lado de la puerta que se abría a la balconada. Valeria avanzó sin hacer el menor ruido, atravesó la puerta, llegó a la galería y miró por encima de la balaustrada.

Un hombre avanzaba por la sala.

El hecho de ver a un ser humano en aquella ciudad que creían desierta causó en la mujer una profunda impresión. Valeria observó al desconocido, agazapada detrás de las columnas de piedra y con todos los nervios en tensión.

El hombre no se parecía en nada a las figuras de los frisos. Era algo más alto que el término medio y de tez muy oscura, aunque no era de raza negra. Su único atuendo era un estrecho taparrabo de seda y un cinturón de cuero de un palmo de ancho alrededor de la cintura. El largo cabello negro que le caía sobre los hombros le daba un aspecto salvaje. Era delgado, aunque sus brazos y piernas se veían musculosos, sin el menor vestigio de grasa que suavizase los contornos. Podría decirse que aquel individuo estaba hecho con una notable economía de medios que resultaba repelente.

Pero tanto en su apariencia física como en su actitud había algo que impresionó a la mujer. El hombre se detuvo súbitamente y, medio agazapado, volvió la cabeza en varias direcciones. Una daga que aferraba con la mano derecha tembló visiblemente a causa de las emociones que la atenazaban. Valeria comprendió que aquel desconocido tenía miedo, un miedo rayano en el terror. Cuando volvió la cabeza, la mujer pudo apreciar el brillo de la mirada del hombre entre los mechones de pelo negro.

Pero él no la vio. Atravesó la sala de puntillas y desapareció por una de las puertas abiertas. Poco después, Valeria escuchó un lamento ahogado y luego volvió a reinar el silencio en el edificio.

Llena la inquietud y curiosidad, la mujer avanzó por la galería hasta llegar a una puerta situada encima de aquella por la cual desapareciera el hombre. La puerta daba a un corredor más

pequeño que rodeaba una amplia estancia.

Esta habitación estaba en el tercer piso, y el techo no era tan alto como el de la sala que vieran al principio. Estaba iluminada únicamente con gemas, por lo cual la parte baja de la balconada estaba en sombras.

Cuando hubo acostumbrado su vista a la penumbra, Valeria vio que el hombre aún se encontraba en el recinto. Pero estaba tendido boca abajo en el centro de la habitación.

Tenía las extremidades fláccidas y extendidas, y su daga se hallaba junto a él.

Aquella inmovilidad le causó extrañez a Valeria, hasta que vio una mancha de color carmesí sobre el suelo, debajo del cuerpo.

La mujer miró con atención hacia las sombras que llenaban el recinto, pero no puedo ver nada más.

De repente apareció otro hombre, parecido al anterior, por una puerta que había al otro extremo de la sala. Los ojos del recién llegado brillaron al ver al otro en el suelo, y exclamó con voz agitada: —¡Chicmec!

El otro no se movió.

El segundo individuo avanzó rápidamente, se inclinó y cogió por un hombro al caído para volverlo hacia arriba. De entre sus labios escapó un grito ahogado cuando vio que la cabeza le colgaba inerte hacia atrás, permitiendo ver el cuello, que había sido cortado de oreja a oreja.

El hombre dejó caer al cadáver sobre el suelo y se irguió nuevo, temblando como una hoja al viento. Tenía el rostro ceniciento a causa de pavor. Ya había flexionado una pierna para escapar cuando se quedó repentinamente inmóvil, mirando al otro extremo de la habitación con los ojos desorbitados por el espanto.

Entre las sombras que había debajo de la balconada comenzó a brillar una luz espectral, que no era reflejo de la que producían las gemas verdes. Valeria sintió que se le erizaba el cabello al observar la escena. En el aire flotaba una calavera. Era un cráneo humano, aunque terriblemente deforme, y de él emanaba una luz fosforescente. Por momentos adquiría contornos definidos, y Valeria se dijo que, aunque la calavera pareciera de hombre, tenía de alguna manera un aspecto inhumano.

El hombre seguía inmóvil, paralizado por el terror y mirando

fijamente la aparición.

Ésta se alejó de la pared, y una sombra grotesca se movió con ella. Poco a poco pudo ver que la sombra tenía un cuerpo semejante al de un ser humano. Pero éste brillaba con un fulgor blanquecino, que parecía provenir de los huesos que había debajo. La calavera sonreía con una expresión siniestra, en medio de un halo luminoso y maligno. El hombre no era capaz de apartar los ojos de la espantosa aparición. Habríase dicho que estaba hipnotizado.

Valeria comprendió que no era tan sólo una fuerza mental la que paralizaba al desconocido. También parecía intervenir el fulgor blanquecino, robándole parte de su energía vital e impidiéndole actuar.

El horrendo espectro avanzó flotando hacia su víctima, y ésta finalmente se movió, pero sólo para dejar caer la daga y postrarse de rodillas mientras se tapaba los ojos con las manos. Aguardó sin decir palabra el golpe de la hoja que ahora brillaba en la mano del espectro, el cual se cernía sobre el hombre como la muerte triunfante.

Valeria actuó según el primer impulso de su vehemente carácter. Con un salto felino saltó por encima de la balaustrada y se dejó caer al suelo, detrás del espectro. Éste giró en redondo al oír el golpe de las suaves botas contra el suelo. Pero mientras se volvía, la afilada hoja del sable de Valeria se abatió sobre él y traspasó su carne mortal.

El espectro lanzó una exclamación de dolor y se desplomó con el pecho y el espinazo atravesados por la espada. Al caer, rodó por el suelo su luminosa calavera, dejando ver una melena canosa y un rostro contraído por el sufrimiento de la agonía. Detrás de aquella horrenda aparición había tan sólo un ser humano, un hombre parecido al que estaba arrodillado en el suelo.

Finalmente, este último levantó los ojos al oír el golpe y el grito, y miró con expresión de infinito asombro a la mujer de piel blanca que se cernía sobre el cadáver con una espada chorreante en la mano.

El hombre se puso en pie, tambaleándose y musitando lamentos como si el espectáculo le hubiera afectado la razón. Valeria se sorprendió al darse cuenta de que entendía lo que murmuraba el hombre. Se lamentaba en lengua estigia, aunque en un dialecto que

no alcanzaba a comprender del todo. —¿Quién eres? —le pregunto él—. ¿De dónde vienes? ¿Qué haces en Xuchotl?

Luego, sin dejar siquiera que ella le contestase, el desconocido agregó:

—De todas formas, eres una persona amiga. ¡Diosa o demonio, poco importa, ya que has matado a la Calavera Ardiente! ¡Y era un hombre, después de todo! Nosotros lo considerábamos un demonio que ellos habían conjurado desde las catacumbas... Pero ¡escucha...!

El hombre dejó de desvariar y, al quedar en silencio, se irguió como si hubiera estado escuchando con dolorosa intensidad. Valeria no alcanzaba a oír nada. —¡Debemos darnos prisa! —murmuró él —. ¡Ellos están al oeste del Gran Salón y pueden llegar en cualquier momento...!

Cogió a Valeria por la muñeca con un gesto espasmódico, que ella no pudo eludir. —¿Quiénes son ellos? —le preguntó la mujer.

El hombre la miró con asombro, como si no comprendiera que ella no lo supiera. —¿Ellos? —dijo el hombre, y agregó tartamudeando— Son la gente de Xotalanc. La tribu del hombre al que mataste son los que viven en la puerta del este.

—Entonces, ¿esta ciudad está habitada? —preguntó Valeria sorprendida. —¡Sí, por supuesto! —repuso él impaciente—. ¡Pero vámonos enseguida; debemos regresar a Tecuhltíi! —¿Dónde está eso? —preguntó Valeria.

—Es el barrio de la Puerta Occidental.

La cogió por la muñeca y la condujo hacia la puerta por la que él había aparecido.

Grandes gotas de sudor le perlaban la frente, y sus ojos brillaban a causa del terror.

—Espera un momento —dijo ella, soltándose bruscamente—. No me pongas las manos encima, o te rompo la cabeza. Vamos a ver, ¿quién eres tú y adonde quieres llevarme?

El hombre miró con inquietud en todas direcciones y comenzó a hablar con tal rapidez que a veces se le trababa la lengua.

—Me llamo Techotl y procedo de Tecuhltíi. Ese hombre que yace con la garganta cortada vino de las Salas del Silencio para tratar de tender una emboscada a alguno de los xotalancas. Pero nos separamos, y cuando vine aquí a buscarlo lo encontré muerto. Lo mató la Calavera Ardiente, lo sé, y me habría matado también a

mí si tú no me hubieras salvado.

Pero seguramente él no estaba solo. Es posible que hayan llegado otros individuos desde Xotalanc. ¡Hasta los dioses se estremecen ante la suerte de los hombres que ellos cogen vivos!

Al pensarlo se estremeció, y su piel se volvió más cenicienta aún. Valeria lo miró desconcertada. Comprendía que tenía delante a una persona inteligente aunque trastornada.

La mujer se volvió hacia la calavera, que aún resplandecía en el suelo, y le acercó una de sus botas, cuando el hombre saltó hacia ella con un grito. —¡No la toques! —exclamó—. ¡No la mires siquiera! ¡Te enloquecería! Sólo los brujos de Xotalanc conocen su secreto. Encontraron la calavera en las catacumbas, donde yacen los huesos de los terribles reyes que gobernaron Xuchotl en el oscuro pasado. El solo hecho de mirar esa calavera hiela la sangre y llena de agua el cerebro de la persona que no conoce su secreto. Tocarla significa locura y destrucción.

Ella lo miró con el ceño fruncido. El hombre no le inspiraba confianza, con aquel cuerpo enjuto y sus rizos serpentinos. En sus ojos, detrás del brillo del espanto, asomaba una extraña luz que ella jamás había visto en la mirada de un ser humano en sus cabales. A pesar de todo, parecía saber muy bien lo que estaba diciendo. —¡Ven! —suplicó mientras le tendía la mano, retirándola enseguida al acordarse de las advertencias de Valeria—. Eres extranjera; no sé cómo habrás llegado hasta aquí, pero, seas diosa o demonio, ven en ayuda de Tecuhltíi y tendrás una respuesta a todo lo que me has preguntado. Sin duda llegaste desde el otro lado del bosque, de donde vinieron nuestros antepasados. Pero eres nuestra amiga, porque de lo contrario, no habrías matado a nuestro peor adversario. ¡Vámonos enseguida, antes de que nos encuentren los xotalancas y nos maten!

Valeria miró la calavera que arrojaba una luz siniestra sobre el cadáver del enemigo.

Era como las calaveras de las pesadillas, claramente humanas, pero con algunas deformidades inquietantes. Seguramente el dueño de aquel cráneo había tenido un aspecto monstruoso en vida. ¿Vida? Sí, la calavera parecía tener vida propia. Sus mandíbulas se abrían y se cerraban con chasquidos. El fulgor se hacía cada vez más intenso y vivido, al tiempo que aumentaba también la

sensación de pesadilla. Era un sueño... Toda la vida era sueño...

La voz de Techotl sacó a Valeria del hondo abismo en el que estaba cayendo. —¡No mires esa calavera! ¡No lo hagas! La voz parecía provenir de lejanías insondables. Valeria se estremeció y sacudió la melena como un león. Su visión se aclaraba por momentos.

—En vida albergó el cerebro de un rey de brujos —le decía ahora Techotl—. ¡Pero aún conserva la vida y el fuego mágico de los espacios siderales!

Al tiempo que profería una maldición, Valeria saltó como una pantera y asestó un mandoble al blanco cráneo, que crujió y saltó en pedazos. En algún lugar de la habitación, o de un sitio impreciso, una voz inhumana aulló expresando infinita ira y dolor.

Techotl comenzó a gritar: —¡La has destrozado! ¡La has destruido! ¡Ni la magia negra de Xotalanc podrá reconstruirla! ¡Ahora vámonos, pronto!

—No puedo hacerlo —protestó ella—. Hay un amigo mío cerca de aquí...

La mirada de espanto del hombre hizo que Valeria se callara repentinamente. La mujer miró a su alrededor y vio a cuatro hombres que entraban por otras tantas puertas, convergiendo hacia la pareja que se hallaba en el centro de la habitación.

Los cuatro eran como los otros dos que Valeria había visto. Tenían las mismas extremidades delgadas, la misma melena negra y lacia, la misma mirada extraviada en sus grandes ojos. Iban armados y vestidos como Techotl, pero todos llevaban una calavera blanca pintada en el pecho.

No hubo amenazas ni gritos de guerra. Los hombres de Xotalanc saltaron hacia el cuello de sus enemigos como tigres sedientos de sangre. Techotl les hizo frente con la furia que da la desesperación. Esquivó la espada de uno de los atacantes y se aferró a él para arrojarlo al suelo, donde ambos rodaron y lucharon en tenso silencio.

Los otros tres se abalanzaron sobre Valeria, con los ojos rojos como los de los perros rabiosos.

La mujer mató al primero antes de que pudiera atacarla. La larga espada recta de Valeria le hundió el cráneo cuando el atacante levantaba ya su propia arma. Luego paró el golpe y esquivó otro.

Sus ojos brillaban y sus labios sonreían implacables. Volvía a ser Valeria de la Hermandad Roja, y el silbido de su hoja de acero era como un himno nupcial para sus oídos.

La espada de Valeria rebasó una hoja que había pretendido parar el golpe y se hundió en un vientre cubierto por un taparrabo de cuero. El hombre jadeó en su agonía y cayó de rodillas. Pero su alto compañero se abalanzó en silencio sobre Valeria y descargó una lluvia de golpes con tal furia que la mujer no fue capaz de contraatacar. Ella retrocedió fríamente, parando las estocadas y en espera de una ocasión para devolver los golpes. El adversario no podía mantener por mucho tiempo el ritmo de su ofensiva. Se le cansaría el brazo o le traicionarían los pulmones. Entonces, la hoja de Valeria le atravesaría el corazón.

Una mirada de reojo le permitió ver a Techotl inclinado sobre el pecho de su enemigo, tratando de liberar las muñecas para asestarte una cuchillada.

La frente del hombre estaba cubierta de sudor y sus ojos denotaban el esfuerzo al que estaba sometido. Por más que atacara con denuedo, no pudo romper la guardia de su adversaria. Su respiración se hizo agitada e irregular, y sus golpes comenzaron a debilitarse.

Valeria dio un paso atrás para atraerlo, y en aquel mismo momento sintió que alguien le aferraba las piernas con brazos férreos. Se había olvidado del hombre herido que estaba en el suelo.

Estaba arrodillado y, mientras su compañero lanzaba un grito triunfal, el herido mordió a Valeria salvajemente en un muslo. El xotalanca de elevada estatura saltó, golpeando con todas sus fuerzas y su enorme furia. Ella paró el golpe con gran dificultad y levantó los ojos, observando las chispas que habían saltado con el impacto de los dos sables.

La espada enemiga se alzó una vez más; esta vez, Valeria se creyó perdida, pues estaba casi inmovilizada por el otro contrincante. En aquel momento, una forma gigantesca se cernió sobre el xotalanca, y su grito triunfal se interrumpió en seco. El hombre se tambaleó y cayó al suelo con el cráneo destrozado. —¡Conan! —exclamó Valeria jadeando.

Con un rápido movimiento, la mujer se volvió hacia su enemigo, que aún la sujetaba con fuerza. Lo cogió por la larga melena. La

espada de Valeria brilló en el aire, y el cuerpo decapitado del adversario se derrumbó encima del de su compañero. —¿Qué demonios ha ocurrido aquí? —preguntó el cimmerio, avanzando con la espada en la mano.

Techotl se incorporó; a su lado se hallaba el último xotalanca, que aún se retorcía en los últimos estertores de agonía. Su daga goteaba sangre, y Conan comprendió que no era enemigo. El hombre tenía una herida profunda en un muslo y miró al cimmerio con recelo. —¿Qué significa esto? —volvió a preguntar Conan, que aún no se había recuperado de la sorpresa de encontrar a Valeria en una lucha salvaje con aquellos hombres, en una ciudad que él había creído deshabitada.

Al regresar de su infructuosa exploración por el piso superior, había visto que Valeria no se hallaba en la habitación en la que la había dejado, y le había bastado con seguir el ruido de la pelea. —¡Cinco perros muertos! —exclamó Techotí con un salvaje aire de triunfo—. ¡Cinco clavos rojos para la columna negra! ¡Gracias, dioses de la sangre!

El hombre levantó sus manos temblorosas y luego, con una expresión demoníaca, escupió sobre los cadáveres y les golpeó el rostro con los pies, mientras danzaba de un modo estremecedor. Sus nuevos aliados lo miraban con asombro, y Conan le preguntó a Valeria en lengua aquilonia: —¿Quién es este loco?

La mujer se encogió de hombros y repuso:

—Dice llamarse Techotí. Por lo que ha dicho, deduzco que su gente habita en un extremo de esta increíble ciudad, mientras que estos vivían al otro extremo. Tal vez sea conveniente que vayamos con él. Parece amistoso, y resulta fácil ver que la otra tribu no lo es.

Techotí había dejado de bailar y escuchaba de nuevo con la cabeza vuelta de lado, como los perros. —¡Vámonos ya! —murmuró —. ¡Hemos hecho bastante matando a cinco malditos demonios! Mi gente os recibirá muy bien y os colmará de honores. Venid, Tecuhltíi queda lejos, y en cualquier momento pueden llegar los xotalancas en número excesivo para nuestras espadas.

—Está bien, guíanos —dijo el cimmerio con un gruñido.

Techotí subió por la escalera que llevaba a la galería y les hizo una señal para que lo siguieran. Luego cruzaron una puerta que se abría hacia el oeste y avanzaron por numerosas habitaciones, todas

ellas iluminadas por claraboyas o por gemas verdes.

—No acabo de entender qué clase de edificio es éste —le dijo Valeria en voz baja al cimmerio.

—En cambio, yo sí he visto a este tipo de hombres con anterioridad —repuso Conan—.

Habitan en las orillas del lago Zuad, cerca de la frontera con Kush. Son una especie de mestizos estigios, mezclados con otra raza que llegó a Estigia por el este hace algunos siglos y que fue asimilada por los nativos del país. Son tlazitlanos. Pero estoy seguro de que ellos no construyeron esta ciudad.

El temor de Techotí no pareció disminuir cuando se alejaron de la habitación en la que yacían los muertos. Seguía volviendo la cabeza en todas direcciones para captar los sonidos de presuntos perseguidores, y miraba con angustia cada puerta que iba dejando atrás.

Valeria se estremeció involuntariamente. No le temía a ningún hombre, pero el brillo del suelo y de las piedras preciosas que resplandecían en lo alto, así como el incontrolable terror que demostraba su guía, le habían transmitido una sensación de peligro misterioso e inhumano. —¡Podríamos encontrarlos en el camino a Tecuhltíi! —susurró el hombre súbitamente—.

Debemos tener cuidado para no caer en una emboscada. —¿Por qué no salimos de este condenado palacio y vamos por la calle? —preguntó Valeria.

—No hay calles en Xuchotl —repuso el hombre—. No hay plazas ni patios. Toda la ciudad está construida como un gigantesco palacio bajo un enorme techo. Lo más parecido a una calle es la Gran Sala, que atraviesa la ciudad desde la puerta norte a la del sur. Las únicas puertas que se abren al mundo exterior son las de las murallas; ningún hombre ha pasado a través de ellas en cincuenta años, con excepción de vosotros. —¿Desde cuándo vivís aquí? —preguntó Conan.

—Yo nací en este castillo hace treinta y cinco años, y jamás he puesto un pie fuera de la ciudad. Pero ¡por todos los dioses, guardemos silencio! ¡Estas salas pueden estar llenas de demonios al acecho! Olmec os contará todo cuando lleguemos a Tecuhltíi.

Así pues, continuaron deslizándose sin hacer ruido por aquellas habitaciones, cuya fulgurante penumbra hacía pensar a Valeria que

vagaban por el infierno, guiados por un ser demoníaco de piel oscura y largos cabellos.

Pero fue Conan quien los hizo detenerse cuando cruzaban una de las enormes salas. Sus oídos, habituados a la vida en el bosque y en la montaña, eran más sensibles aún que los de Techotí. —¿Crees que puede haber enemigos esperando para tendernos una emboscada? — preguntó.

—Vagan por estas salas a todas horas —respondió Techotí—, y lo mismo hacemos nosotros. Las habitaciones y las salas que se encuentran entre Tecuhltíi y Xotalanc son tierra de nadie, una zona en disputa. Las llamamos las Salas del Silencio. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hay hombres en las habitaciones de delante —repuso el cimmerio—. Puedo oír el ruido del acero al rozar contra la piedra.

El hombre, que había palidecido, volvió a estremecerse.

—Tal vez sean tus amigos —sugirió Valeria.

—No debemos arriesgarnos —dijo Techotl con la respiración agitada y avanzando febrilmente.

Se volvió a un lado y entró por una habitación en la que había una escalera de mármol que llevaba hacia abajo, en medio de la oscuridad.

—Esto conduce a un pasillo oscuro que hay debajo —dijo Techotl con un murmullo, mientras su frente se llenaba de sudor—. También puede estar ahí, pero debemos correr el riesgo, ya que es más probable que se encuentren en las otras habitaciones. ¡Vamos, deprisa!

Bajaron por la escalera con la rapidez de los fantasmas, hasta llegar a la boca de un corredor oscuro como la noche. Se agazaparon allí durante un momento, tratando de oír algún ruido, y luego se internaron en el pasillo. Mientras avanzaban, Valeria sintió un escalofrío; temía recibir una estocada en cualquier momento. Notó la mano de Conan aferrándola por un brazo, lo que le dio más confianza. La oscuridad era absoluta, y el pasillo parecía interminable.

De repente se quedaron inmóviles al oír un ruido a sus espaldas. Se había abierto una puerta y sintieron que unos hombres entraban en el corredor. Valeria tropezó con lo que parecía una calavera, que

rodó produciendo un ruido siniestro. —¡Corred! —exclamó Techotl con voz agitada, y avanzó por el pasillo como un fantasma.

Valeria notó que Conan la tomaba otra vez por la cintura y la ayudaba a escapar. El cimmerio no veía más que ella en la oscuridad, pero una especie de sexto sentido hacía que no se equivocara. Mientras tanto, oyeron detrás de ellos unos pasos rápidos que se acercaban cada vez más. De repente Techotl dijo: —¡Aquí está la escalera! ¡Seguidme rápido, por todos los dioses!

Valeria se sintió levantada en vilo entre Techotl y Conan al subir las escaleras, y advirtió que los enemigos les seguían a muy poca distancia. Y los sonidos no eran todos de pies humanos.

Algo trepaba retorciéndose por los peldaños; algo que reptaba y chasqueaba, helando el aire a su alrededor. Conan dio una estocada con su sable y sintió que la hoja atravesaba una sustancia que bien podría haber sido carne y hueso. Algo le rozó el pie y se lo dejó helado; el cimmerio sintió un azote y un golpe estremecedor, y enseguida se oyó el grito de agonía de un hombre.

Un momento después, Conan terminaba de subir la escalera y pasaba por una puerta que se abría en la semipenumbra.

Valeria y Techotl ya se encontraban allí, y este último cerró la puerta y corrió un cerrojo en cuanto hubo pasado el cimmerio. Era el primer cerrojo que Conan veía desde que dejaran atrás la gran puerta de la muralla.

Inmediatamente echaron a correr a través de la sala a la que habían llegado, y al cruzar la puerta del lado opuesto, Conan miró hacia la anterior y vio que el cerrojo era golpeado por quienes venían detrás.

Aunque Techotl no aflojara el ritmo de su carrera, ya parecía más sereno. Tenía el aspecto del hombre que se encuentra en terreno conocido, cerca de gente amiga.

Pero Conan volvió a asustarlo terriblemente cuando le preguntó: —¿Qué era eso que encontré en la escalera, Techotl?

—Los hombres de Xotalanc —repuso el aludido—. Ya te dije que terminaríamos por encontrarlos.

—Aquello no era un hombre; era algo que reptaba y resultaba frío como el hielo al tacto. Creo que le hice un tajo con la espada. Cayó hacia atrás, sobre los hombres que nos seguían, y con seguridad mató a uno de ellos en los espasmos de la agonía.

Techotl lo miró con los ojos desorbitados por el miedo, y aceleró la marcha. —¡Era el Trepador! ¡Un monstruo que ellos trajeron de las catacumbas para que los ayudara! No sabemos exactamente lo que es, pero encontramos a algunos de nuestros hombres muertos de forma horrible. ¡En nombre de Set, daos prisa! Si encuentra nuestro rastro, nos seguirá hasta las mismas puertas de Tecuhltli.

—Lo dudo —dijo el cimmerio—. Creo que maté a esa cosa que estaba en la escalera. —¡Deprisa, deprisa! —exclamaba Techotl.

Corrieron a través de una serie de habitaciones iluminadas por las gemas verdes y se detuvieron ante una gigantesca puerta de bronce.

Entonces Techotl dijo: —¡Estamos en Tecuhltli!

3. La gran disputa

Techotl golpeó en la puerta con el puño cerrado y luego se volvió para mirar hacia atrás.

—Muchos de nuestros hombres han muerto delante de esta misma puerta, cuando ya se creían a salvo —dijo. —¿Por qué no nos abren? —preguntó Conan.

—Nos están mirando a través del Ojo —dijo Techotl—, Sin duda les extraña vuestra presencia.

A continuación el hombre levantó la voz y dijo: —¡Abre, Excelan! ¡Soy yo, Techotl, y estoy con unos amigos que vienen de más allá del gran bosque!

—Será mejor que nos abran pronto —dijo el cimmerio con tono sombrío—. Oigo algo que se arrastra por el suelo más allá de la sala.

Techotl palideció y comenzó a golpear con fuerza la puerta, al tiempo que gritaba: —¡Abrid la puerta, condenados! ¡El Trepador viene hacia nosotros!

Entonces, la enorme hoja de bronce se abrió sin hacer ruido, dejando ver una pesada cadena que cruzaba la entrada, sobre la cual había numerosas lanzas y rostros de expresión amenazadora. Luego dejaron caer la cadena, Techotl cogió a sus nuevos amigos por el brazo y los arrastró hacia el interior. Una mirada por encima del hombro cuando la puerta se cerraba le permitió a Conan ver, al otro lado de la sala en semipenumbra, una cosa con forma de ofidio que avanzaba retorciéndose, con la repugnante cabeza manchada de sangre en el aire. En aquel momento la gran puerta de bronce se cerró tras el cimmerio.

Una vez dentro de la habitación, se volvieron a correr los cerrojos y la cadena fue colocada en su lugar. La puerta estaba construida como para resistir los embates de un asedio. Cuatro

hombres se hallaban de guardia; eran delgados y de tez oscura, como Techoü. Empuñaban lanzas y de sus cintos colgaban espadas. En la pared próxima a la puerta había una completa serie de espejos que, según supuso Conan, debía de ser el Ojo que Techotl había mencionado. Estaban dispuestos de tal modo que a través de unas rendijas del muro podía verse perfectamente el exterior sin que desde allí se viera a quienes estaban dentro. Los cuatro centinelas miraban llenos de asombro a los dos forasteros, pero no hicieron ninguna pregunta ni interrogaron a Techotl. Éste pareció plenamente confiado una vez que hubo franqueado la entrada.

—Venid —les dijo a sus nuevos compañeros, pero Conan miró hacia la puerta. —¿Qué hay de los individuos que nos seguían? —preguntó—. ¿no intentarán echar abajo la puerta?

Techotl hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Saben muy bien que no pueden hacer nada contra la Puerta del Águila. Lo que harán será regresar a Xotalanc, junto con su repugnante amigo. Y ahora, os voy a llevar ante los gobernantes de Tecuhltli.

Uno de los centinelas abrió la puerta opuesta a la de bronce y pasaron a un corredor iluminado asimismo por claraboyas y por gemas verdes. Pero a diferencia de las habitaciones que habían visto hasta entonces, aquel pasillo daba la impresión de pertenecer a un recinto habitado. Tapices de terciopelo cubrían las verdes paredes de jade, y sobre el suelo de color carmesí se veían gruesas alfombras. También había bancos y divanes de marfil, cubiertos con cojines de seda.

El enorme pasillo terminaba en una puerta tallada, delante de la cual no había ningún centinela. Sin más ceremonias, Techotl abrió la puerta y condujo a sus amigos hasta una gran habitación, en la que habría unos treinta hombres y mujeres de piel oscura recostados sobre unos divanes. Todos se pusieron en pie, gritando exclamaciones de asombro.

Los hombres, con excepción de uno, eran parecidos a Techotl. Las mujeres también tenían la tez oscura y ojos extraños, y eran de una gran belleza exótica. Vestían unas faldas muy cortas y corpiños de seda dorada, y calzaban sandalias. Sus negras cabelleras, cortadas en forma recta, les caían sobre los hombros desnudos y estaban sujetas con cintas de plata.

En una otomana de marfil, sobre un estrado de jade, se hallaban un hombre y una mujer que diferían sutilmente de los demás. Él era un gigante de torso enorme y espaldas de toro. A diferencia de los otros, tenía una espesa barba negra que le llegaba casi hasta la cintura. El corpulento personaje vestía una túnica de color púrpura que cambiaba de matiz con cada movimiento. En la cinta que recogía sus cabellos brillaban numerosas piedras preciosas.

La mujer que estaba a su lado se había puesto de pie después de proferir una exclamación, al igual que los demás. Después de mirar a Conan, se fijó con ardiente intensidad en Valeria.

Era alta y esbelta; la más hermosa de todas las mujeres que se hallaban en el salón. En lugar de la breve falda, llevaba una ancha banda de seda dorada por delante, y otra igual por detrás. Ambas le llegaban a la altura de las rodillas. Tanto esta tela como la cinta del pelo estaban adornadas con piedras preciosas. Sus ojos, a diferencia de los de otros de su raza, no tenían la misma expresión delirante. No dijo una sola palabra después de su exclamación.

Tan sólo permaneció en actitud tensa, con las manos crispadas, observando a Valeria.

El hombre que estaba en la otomana de marfil se había puesto en pie.

—Príncipe Olmec —dijo Techotl, después de inclinarse con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba—. Te traigo unos aliados que vienen de allende el bosque.

En la Sala de Tezcoti, la Calavera Ardiente dio muerte a Chicmec, mi compañero... —¡La Calavera Ardiente...!

Un rumor temeroso estremeció a la gente de Tecuhltli.

—Así es. Entonces llegué yo y encontré a Chicmec tendido en el suelo, con el cuello cortado.

Antes de que pudiera huir, la Calavera Ardiente vino hacia mí, y cuando la miré, mi sangre se convirtió en agua y la médula de los huesos se me heló. No podía pelear ni huir, y sólo esperaba el golpe mortal. Entonces llegó esta mujer de piel blanca y atacó a la Calavera Ardiente con la espada. ¡Entonces pude comprobar que se trataba tan sólo de un maldito xotalanca con la piel cubierta de pintura y la calavera de un antiguo brujo sobre la cabeza! ¡Ahora la Calavera está hecha pedazos, y el perro que la llevaba yace muerto en el lugar!

El narrador había terminado con fiereza su frase y suscitó nuevas exclamaciones de asombro en los presentes.

—Pero hay más —dijo Techotl—. Mientras yo hablaba con esta mujer, cuatro xotalancas nos atacaron. Yo maté a uno., aquí veis esta herida en la pierna, lo que demuestra la lucha desesperada que tuvo lugar. La mujer mató a otros dos. Pero estábamos en una situación muy comprometida cuando llegó este hombre y le hendió el cráneo al cuarto enemigo. ¡Sí, cinco clavos rojos serán clavados en la columna de la venganza!

Techotl señaló entonces una columna de ébano que se alzaba junto al estrado. Cientos de puntos rojos cubrían su pulida superficie Eran otros tantos clavos rojos hundidos en la negra madera. —¡Cinco clavos rojos por cinco vidas de xotalancas! —gritó de nuevo el hombre con voz inhumana. —¿Quiénes son estos extranjeros? —preguntó Olmec, y su voz parecía el eco de un trueno en la distancia.

—Yo soy Conan el Cimmerio —repuso el bárbaro escuetamente —, y esta mujer es Valeria de la Hermandad Roja, una pirata de Aquilonia. Hemos desertado de un ejército acampado en las fronteras de Darfar, muy al norte, e intentábamos llegar a la costa.

La mujer que se hallaba en el estrado habló en voz alta y apresurada. —¡Jamás llegaréis a la costa! —exclamó—. ¡Nadie se marcha de Xuchotl! ¡Pasaréis el resto de vuestras vidas en esta ciudad! —¿Qué dice esta mujer? —preguntó Conan fieramente, avanzando hacia el estrado con la mano en el puño de la espada—. ¿Quiere decir que somos prisioneros?

—No quiso decir eso —dijo Olmec—. Os consideramos amigos nuestros y no os obligaremos a quedaros contra vuestra voluntad. Pero me temo que existen otras razones que hacen imposible que os marchéis de Xuchotl.

Sus ojos contemplaron a Valeria y enseguida apartó la mirada.

—Esta mujer que me acompaña es Táscela —agregó—, princesa de Tecuhltli. Pero, un momento; que traigan de comer y de beber a nuestros invitados. Seguramente estarán hambrientos y cansados después del largo viaje.

Olmec señaló una mesa de marfil y, después de intercambiar algunas miradas, Conan y Valeria tomaron asiento. El cimmerio se mostraba receloso. Sus fieros ojos azules recorrían la habitación y

no alejaba la mano de la espada. Pero nunca rechazaba una invitación a comer y a beber. Miró por un segundo a Táscela, pero ésta sólo tenía ojos para Valeria.

Techotl, que se había puesto una venda de seda sobre la herida de la pierna, se sentó junto a sus amigos; era evidente que consideraba un privilegio el hecho de atenderlos en todo lo que desearan. Para infundirles confianza, probó cada uno de los manjares y de las bebidas que trajeron antes de colocarlos delante de los invitados. Mientras comían, Olmec permaneció en silencio, recostado en su otomana de marfil, observándolos por entre sus espesas cejas negras. Táscela se hallaba junto a él, con la cabeza apoyada en las manos, y los codos sobre las rodillas. Sus enigmáticos ojos no se apartaban de la blanca silueta de Valeria. Detrás de la princesa estaba sentada una hermosa muchacha de aire sombrío, que daba aire a la mujer con un enorme abanico de plumas de avestruz.

La comida consistía en una buena cantidad de frutos exóticos y desconocidos para los viajeros, de exquisito sabor. La bebida era un vino ligero de color carmesí con saborcillo picante.

—Venís de muy lejos —dijo Olmec—. Lo sé porque he leído los libros de vuestros antepasados.

Aquilonia se encuentra más allá de las tierras de los estigios y de los shemitas, más allá de Argos y de Zingara. Y en cuanto a Cimmeria, se halla aún más lejos que Aquilonia.

—Ambos somos aventureros errantes —dijo el cimmerio con aire despreocupado.

—Lo que me asombra es que hayáis podido atravesar el gran bosque —continuó Olmec—. En tiempos pasados, ni mil guerreros podían abrirse paso impunemente a través de tantos peligros.

—Encontramos un monstruo del tamaño de un elefante —dijo Conan mientras le tendía su vaso a Techotl, que lo llenó con evidente satisfacción—. Una vez lo matamos, no tuvimos más inconvenientes.

El vaso de vino cayó de las manos de Techotl y fue a estrellarse contra el suelo. Una vez más, palideció. Olmec hizo el gesto de incorporarse; parecía la representación viva del asombro. Los demás lanzaron una exclamación de temor. Algunos cayeron de rodillas, pues, al parecer, sus piernas no eran capaces de sostenerles. Tan

sólo Táscela parecía no haber oída nada. Conan miró a su alrededor desconcertado. —¿Qué ocurre? ¿Qué os inquieta? —preguntó. —¿Has... has matado al dios dragón? —¿Dios? Lo que yo he matado era un dragón. No podía hacer otra cosa, ya que el animal quería devorarnos. —¡Pero los dragones son inmortales! —exclamó Olmec—. ¡Se pueden matar entre ellos, pero ningún hombre es capaz de aniquilarlos! ¡Nuestros antepasados guerreros que se abrieron paso hasta Xuchotl no pudieron vencerlos! ¡Sus espadas se quebraban como ramitas contra sus escamas!

—Si a vuestros antepasados se les hubiera ocurrido empapar sus lanzas en el jugo venenoso de las Manzanas de Derketa —afirmó Conan con la boca llena—, para luego hundirlas en la boca o en los ojos de los dragones, habrían comprobado que no son más inmortales que un carnero. Los restos del animal se encuentran en el límite del bosque. Si no me creéis, no tenéis más que ir a verlo.

Olmec sacudió la cabeza, no con incredulidad, sino con admiración.

—Fue precisamente por culpa de los dragones —manifestó Olmec— que nuestros antepasados se refugiaron en Xuchotl. No osaron volver a pasar la llanura para internarse de nuevo en el bosque. Muchos de ellos fueron atrapados y devorados por los monstruos antes de que pudieran llegar a la ciudad. —¿Eso quiere decir que vuestros antepasados no construyeron Xuchotl? —preguntó Valeria.

—Ya era muy antigua cuando ellos llegaron aquí. Ni siquiera sus habitantes de entonces, una raza decadente, conocían su verdadera antigüedad. —¿Procedía tu gente del lado Zuad? —preguntó el cimmerio.

—Así es. Hace ya más de medio siglo, una tribu de tlazitlanos se rebeló contra el rey de Estigia y, después de ser derrotados en el combate, huyeron hacia el sur. Erraron durante varias semanas por las praderas, los desiertos y las montañas. Y por último llegaron hasta el gran bosque. Eran mil guerreros con sus mujeres e hijos. Una vez en el bosque —prosiguió Olmec—, los dragones los atacaron y devoraron a muchos de ellos. Los demás huyeron, y por último llegaron a la planicie, en cuyo centro divisaron la ciudad de Xuchotl. Los habitantes de la ciudad cerraron las puertas de las murallas exteriores —siguió diciendo—. Los nuestros acamparon

delante de la población sin atreverse a abandonar la llanura, pues durante la noche escuchaban el temible ruido de los monstruos luchando en el bosque entre sí. Afortunadamente, los dragones no salieron a la planicie. Al acercarse nuestros hombres a las puertas —continuó—, los habitantes de Xuchotl arrojaron una lluvia de flechas sobre nuestra gente. Éstos se hallaban cercados en el llano, como si el bosque hubiera sido una enorme muralla, ya que internarse en la espesura habría sido una insensatez. Aquella noche —agregó-llegó al campamento, en secreto, un esclavo procedente de la ciudad. Éste era de la misma sangre que mis antepasados. Mucho.antes había atravesado el bosque con algunos compañeros, todos los cuales habían sido devorados por los dragones. Al llegar a la ciudad, fue reducido a la esclavitud. Se llamaba Tolkemec.

Algunos de los presentes murmuraron algo al oír aquel nombre, y escupieron con desdén.

—Tolkemec prometió abrir las puertas a nuestros guerreros —siguió diciendo Olmec—. Tan sólo pidió que le fueran entregados los prisioneros enemigos que se tomaran. Al amanecer abrió las puertas. Los guerreros irrumpieron en la ciudad, y las salas se cubrieron de sangre.

Aquí sólo vivían unos cientos de personas, descendientes degenerados de la que fuera una gran raza. Tolkemec dijo que habían llegado de Oriente mucho tiempo atrás. Procedían de la antigua Kosala y fueron expulsados de esa tierra por los que ahora habitan en ella. Se dirigieron hacia el oeste, y finalmente encontraron esta llanura rodeada de bosques y habitada por una tribu de negros.

"Esclavizaron a los negros y empezaron a construir la ciudad —continuó—. De los montes que hay al este trajeron jade, mármol, lapislázuli, oro, plata y cobre. Manadas de elefantes les proporcionaron el marfil. Cuando la ciudad estuvo construida, dieron muerte a todos los esclavos negros. Sus brujos lanzaron terribles hechizos para proteger la ciudad. De este modo, con artes nigrománticas, resucitaron a los dragones antediluvianos que habían habitado en aquellos parajes y cuyos enormes huesos hallaron en el bosque. Dotaron a esos huesos de carne y de vida, y los monstruos volvieron a andar por la tierra como en el albor de los tiempos. Pero los brujos obligaron a los dragones a quedarse en

el bosque, sin salir a la planicie. De este modo —prosiguió—, la gente de Xuchotl pudo habitar en la ciudad, labrando la fértil llanura hasta que sus sabios aprendieron a cultivar plantas en el interior de la ciudad. Se trataba de plantas que no necesitaban tierra, sino que obtenían el sustento del aire. Así quedaron secas las acequias y más tarde se deterioraron por completo.

«Luego llegaron nuestros antepasados, cuando los constructores de Xuchotl se hallaban ya en plena decadencia. No sabían pelear con la espada ni con artes mágicas. Mis antepasados los mataron a todos menos a un centenar, que entregaron a Tolkemec, según lo pactado.

Éste había sido su esclavo. Durante muchos días y noches resonó en los muros de las salas el eco de agonía de aquellos hombres sometidos al tormento. »Así —agregó—, los tlazitlanos habitaron aquí en paz durante un tiempo, gobernados por los hermanos Tecuhltli y Xotalanc, así como por Tolkemec. Éste tomó por esposa a una muchacha de la tribu. Debido a que había abierto las puertas de la ciudad y además conocía muchas de las artes de los xuchotlas, compartió el gobierno de la tribu con los hermanos que habían dirigido la rebelión y la lucha en tierras lejanas.

«Por consiguiente —concluyó—, reinó la paz en la ciudad, y no hacían más que comer, beber, hacer el amor y criar a los hijos. No había necesidad de arar los campos del llano, pues Tolkemec les enseñó a cultivar los frutos que se nutrían del aire. Además, la matanza de los nativos de Xuchotl rompió el hechizo que mantenía confinados a los dragones en el bosque y éstos llegaban por las noches hasta las puertas de la ciudad, y rugían enfurecidos. La llanura se tiñó de sangre a causa de la eterna lucha entre los monstruos; entonces ocurrió que…

Olmec interrumpió la frase y se mordió los labios. Luego siguió hablando, pero Valeria y Conan notaron que había omitido algo que, sin duda, había considerado inadecuado.

—Después de cinco años de paz, entonces… —Olmec miró brevemente a la mujer que estaba a su lado—, Xotalanc tomó a una mujer por esposa, a la que también deseaban Tecuhltli y el viejo Tolkemec. En su pasión, Tecuhltli quiso raptar a la esposa de Xotalanc, pero ella lo siguió voluntariamente. Tolkemec ayudó a Tecuhltli, pues estaba resentido contra Xotalanc.

Éste exigió que le fuera devuelta su esposa, y el consejo de la tribu resolvió que la decisión debía ser dejada en manos de la mujer. Ella decidió quedarse con Tecuhltli Xotalanc, furioso, trató de llevársela por la fuerza, y los partidarios de ambos hermanos iniciaron una disputa en la Gran Sala.

«Fue un día amargo —dijo—, en el que se derramó mucha sangre por ambos bandos. La pelea se convirtió en combate y éste en guerra declarada. Surgieron tres facciones: la de Tecuhltli, la de Xotalanc y la de Tolkemec. Pero ya en los días de paz estos hombres se habían dividido la ciudad entre ellos. Tecuhltli, nuestro antepasado, habitaba en el sector oeste de la ciudad; Xotalanc en el este, y Tolkemec y los suyos cerca de la puerta del sur. »E1 odio, el resentimiento y los celos provocaron nuevos derramamientos de sangre — prosiguió—. Una vez que la espada se había desenvainado, resultaba difícil devolverla a su vaina. Tecuhltli luchó contra Xotalanc, y Tolkemec ayudó primero a uno y después a otro, traicionando a cada facción según su conveniencia. Tecuhltli y su gente se retiraron al sector de la puerta occidental, donde aún nos encontramos nosotros. La ciudad está conformada como un óvalo. Nosotros, los tecuhltli, que tomamos el nombre de nuestro príncipe, ocupamos la parte occidental de dicho óvalo. Los tres bandos tapiaron las puertas que comunicaban su sector con el resto de la ciudad, con excepción de una, que así podía ser defendida más fácilmente. Bajaron a las cuevas y levantaron paredes que atravesaban las catacumbas, donde yacen los restos de los antiguos xuchotlas, así como de los tlazitlanos muertos en la batalla. Vivían como en un castillo sitiado, efectuando repentinas y violentas incursiones contra el enemigo. »Los xotalancas fortificaron de la misma manera la parte oriental de la ciudad, y Tolkemec hizo otro tanto hacia la puerta del sur. La parte central de Xuchotl quedó vacía y deshabitada. Aquellas enormes salas y corredores se convirtieron en campos de batalla, en una zona en la que reinaba permanentemente el terror.

«Tolkemec peleó contra ambos clanes —siguió diciendo Olmec —. Era un demonio en forma de hombre, peor que Xotalanc. Conocía muchos secretos de la ciudad que jamás reveló a los otros. De las sombrías catacumbas obtuvo muchos secretos que habían pertenecido a reyes y a magos olvidados de los decadentes

xuchotlas a los que nuestros antepasados dieron muerte. Pero de nada le valió toda su magia la noche en que nosotros, los tecuhltli, irrumpimos en su sector y matamos a su gente. Tolkemec fue torturado durante varios días seguidos. »Sí —continuó—; los mantuvimos con vida hasta que nos suplicó que lo matáramos.

Finalmente lo sacamos de la sala de tortura y lo arrojamos a una mazmorra, para que las ratas lo devorasen mientras agonizaba. Pero logró escapar del calabozo por un pasadizo secreto y llegó a las catacumbas. Seguramente murió allí, pues la única salida de las catacumbas pasa por nuestra zona, y jamás volvió a aparecer. Jamás encontramos sus restos, y muchos supersticiosos tecuhltli juran que su espectro vaga por las criptas, lamentándose entre las osamentas de los muertos. Hace doce años dimos muerte a todos los partidarios de Tolkemec; ahora la lucha se limita a los tecuhltli y a los xotalancas, y continuará hasta que hayan desaparecido hasta el último hombre y la última mujer de uno de los dos bandos.

«Hace cincuenta años que Tecuhltli le quitó la mujer a Xotalanc. Medio siglo ha durado la disputa. Yo nací en plena lucha, igual que todos los que se encuentran aquí, con excepción de Táscela. Y todos esperamos morir en esa lucha.

«Somos una raza agonizante, tal como ocurría con los xuchotlas que encontraron nuestros antepasados —siguió diciendo—. Cuando empezó el conflicto éramos cientos de hombres en cada bando. Ahora, los tecuhltli somos tan sólo los que veis delante de vosotros, así como los hombres que protegen las puertas: cuarenta en total. No sabemos cuántos xotalancas hay, pero dudo que sean muchos más que nosotros. Durante quince años no nos ha nacido ningún hijo, y no tenemos noticias de que ocurriera lo contrario con nuestros enemigos.

Nos extinguimos, pero antes de morir mataremos a tantos hombres de Xotalanc como nos permitan los dioses.

Olmec siguió hablando con ojos brillantes de aquella lucha sin fin que tenía lugar en las silenciosas habitaciones, bajo el misterioso fulgor de las gemas verdes. En aquella pelea atroz había muerto toda una generación. Xotalanc había perecido mucho antes, acuchillado en una lucha que tuvo lugar al pie de una escalera de marfil. Tecuhltli murió desollado vivo por los enloquecidos xotalancas, cuando éstos consiguieron capturarlo.

Sin expresar demasiada emoción, Olmec se refirió a las atrocidades más tremendas cometidas por ambos bandos. El cimmerio gruñó de disgusto. ¡No era de extrañar que Techotl se sintiera aterrado ante la posibilidad de que lo capturasen! Olmec también habló de ciertos misterios, de la magia negra que se practicaba en la tenebrosas catacumbas, invocando como aliados a horribles criaturas de las tinieblas. En ese aspecto los xotalancas llevaban ventaja, pues era en sus catacumbas —las orientales— donde yacían los restos de los grandes brujos xuchotlas que guardaban arcanos secretos.

Valeria escuchaba con morbosa fascinación. Aquella disputa era tan brutal que llevaba inevitablemente a la extinción de los habitantes de Xuchotl. Habían nacido en la lucha y morirían en ella. Nunca abandonaban su fortificados dominios si no era para deslizarse hasta las Salas del Silencio, para matar allí a sus adversarios. A veces los atacantes volvían con algún aterrado cautivo, o con los horribles despojos de una refriega. Otras veces no regresaban, o lo hacían en forma de despojos sangrientos que eran arrojados contra las enormes puertas de bronce. La existencia de aquella gente era una pesadilla alucinante, encerrada allí, aislada del mundo, luchando como ratas rabiosas pilladas en la misma trampa.

Mientras Olmec hablaba, Valeria sentía los ardientes ojos de Táscela fijos en ella. La princesa no parecía estar escuchando lo que decía su compañero. Su expresión no reflejaba la ira ni el gozo salvaje que se advertía en los semblantes de los demás tecuhltli. La contienda que obsesionaba a sus compañeros no parecía tener el menor sentido para ella. A Valeria le resultó más repugnante su indiferencia que la abierta fiereza con la que se expresaba Olmec.

—Jamás podremos abandonar la ciudad —dijo Olmec—. Durante cincuenta años nadie lo ha hecho, excepto esos… De nuevo se contuvo.

—Aun cuando no existiera el peligro de los dragones —siguió diciendo—, nosotros, que hemos nacido y nos hemos criado entre los muros de esta ciudad, no nos atreveríamos a abandonarla. No estamos acostumbrados al cielo abierto ni a los rayos del sol. No, nacimos en Xuchotl, y en esta ciudad acabaremos nuestros días.

—Bien, lo cierto es que esta enconada lucha no nos concierne —

dijo el cimmerio—. Si nos acompañáis hasta la puerta oeste, seguiremos nuestro camino.

Táscela se retorció las manos y se dispuso a hablar, pero Olmec la interrumpió.

—Ya está anocheciendo —dijo—. Si vagáis por el llano durante la noche, probablemente seréis presa de los dragones.

—Anoche dormimos en la planicie, a cielo abierto, y no nos molestaron —explicó Conan.

Táscela sonrió con frialdad y dijo:

—No os atreveréis a dejar Xuchotl. Conan la miró con instintivo antagonismo, pero ella no le devolvió la mirada; sólo tenía ojos para Valeria.

—Sí, creo que se atreverán —aseguró Olmec—. Pero oídme, Conan y Valeria. Sin duda, los dioses os han enviado para inclinar el fiel de la balanza del lado de los tecuhltli y darnos la victoria. Vosotros sois guerreros profesionales. ¿Por qué no peleáis para nosotros?

Tenemos riquezas en abundancia. Las joyas más caras son tan corrientes en Xuchotl como los adoquines en las demás ciudades del mundo. Algunas de esas riquezas fueron traídas por los xuchotlas desde Kosala; otras, como las gemas que iluminan las salas, proceden de los montes del este. ¡Ayudadnos a vencer a los xotalancas y os entregaremos tantas joyas como podáis llevaros!

—En ese caso, podrías ayudarnos a destruir a los dragones —dijo Valeria, que temía cruzar de nuevo el bosque, y más aún llevando una buena carga—. Con arcos y flechas emponzoñadas, treinta hombres pueden dar muerte a los dragones que aún queden en la espesura. —¡Desde luego! —contestó Olmec rápidamente—. Ya hemos olvidado el uso del arco, después de tantos años de lucha cara a cara, pero podemos aprender de nuevo. —¿Qué dices a eso? —le preguntó Valeria a Conan.

—Somos vagabundos sin dinero —dijo él, con una sonrisa hosca —. Lo mismo da matar a xotalancas que a cualquier otro enemigo.

—Entonces ¿aceptáis? —exclamó Olmec, mientras Techotl gritaba lleno de júbilo.

—Sí. Y ahora será mejor que nos enseñéis nuestras habitaciones para que podamos dormir y estar descansados, a fin de iniciar la matanza mañana.

Olmec asintió e hizo una seña. Entonces Techotl y una mujer acompañaron a los aventureros a lo largo de un pasillo que comenzaba a la izquierda del estrado de jade.

Al mirar hacia atrás, Valeria vio a Olmec reclinado en su diván, observándolos con intensa mirada. Táscela, sentada en la otomana, susurraba algo al oído de la taciturna sirvienta llamada Yasala.

El corredor no era tan ancho como la mayoría de los que habían cruzado antes, pero sí bastante largo. Finalmente la mujer se detuvo, abrió una puerta, y se apartó para dejar entrar a Valeria.

—Un momento —dijo Conan con un gruñido—. ¿Dónde duermo yo?

Techotl señaló una puerta situada enfrente, un poco más allá. El cimmerio estuvo a punto de objetar algo, pero Valeria lo miró con aire irritado y le cerró la puerta en las narices.

Conan dijo algunas cosas poco amables acerca de las mujeres en general y siguió a Techotl por el pasillo.

El bárbaro echó una mirada a las claraboyas que había en la adornada alcoba en la que iba a dormir. Algunas de éstas eran lo suficientemente anchas como para que pudiera pasar por ellas un hombre delgado, suponiendo que antes rompiera el cristal. —¿Cómo es que no vienen los xotalancas por el techo y destrozan esos cristales? —preguntó.

—No podrían romperlos —repuso Techotl—. Además, resulta casi imposible caminar por esos techos, pues hay torres, cúpulas y planos muy inclinados.

Luego Techotl le dio a Conan más información acerca de la ciudad-castillo, especialmente de la zona de los techltli. Al igual que el resto de la ciudad, estaba formada por cuatro pisos, con torres que se alzaban desde el techo. Cada piso tenía un nombre. En realidad, la gente de Xuchotl daba nombres a cada habitación, sala y escalera de la ciudad, del mismo modo que los habitantes de las ciudades corrientes designan las calles y las plazas. En Tecuhltli, las plantas se llamaban Piso del Águila, Piso del Mono, Piso del Tigre y Piso de la Serpiente, siendo este último el más elevado. —¿Quién es Táscela? —preguntó Conan de repente—. ¿La esposa de Olmec?

Techotl se estremeció y lanzó una mirada sigilosa a su alrededor antes de contestar.

—No... Era la mujer de Xotalanc... La que raptó Tecuhltli y dio

origen a la gran disputa. —¿De qué hablas? —dijo el cimmerio—. Esa mujer es joven y hermosa. ¿Quieres decir que ya estaba casada hace cincuenta años? —¡Así es, lo juro! Ya era una mujer adulta cuando los tlazitlanos llegaron desde el lago Zuad.

Justamente porque el rey de Estigia la deseaba como concubina, Xotalanc y su hermano se rebelaron y huyeron. ¡Es una hechicera que posee el secreto de la eterna juventud! —¿Cómo dices? —preguntó Conan. Techotl volvió a estremecerse.

—No me preguntes nada más. Es un asunto tenebroso, incluso para esta ciudad.

Y al tiempo que se llevaba el índice a los labios, Techotl abandonó silenciosamente la habitación.

4. El perfume de loto negro

Valeria se quitó el cinturón con la espada y lo depositó sobre el lecho en el que iba a dormir.

Vio algunas puertas con cerrojos y preguntó a dónde llevaban.

—Ésas dan a los cuartos vecinos —dijo la mujer, señalando hacia la derecha y hacia la izquierda—. Esta otra conduce a un pasillo y luego a unas escaleras por las que se baja a las catacumbas. Pero no temas, señora, nada ni nadie puede hacerte daño en esta alcoba. —¿Quién ha dicho que yo tenga miedo? —respondió Valeria—. Tan sólo me gusta saber en qué puerto voy a echar el ancla. Y no quiero que duermas a los pies de mi cama. No estoy acostumbrada a dormir acompañada, al menos de otras mujeres. Puedes irte.

Cuando se quedó sola en la habitación, la mujer pirata echó los cerrojos de todas las puertas.

Luego se quitó las botas y se acostó con un gesto de satisfacción sobre la cama. Se imaginó a Conan en la misma actitud, pero lanzando maldiciones por el desaire recibido, y sonrió maliciosamente.

Afuera había caído la noche. En las salas de Xuchotl, las gemas verdes brillaban como los ojos de felinos prehistóricos. Entre las oscuras torres de la ciudad gemía el viento nocturno como un espectro inquieto. Por los corredores y pasillos empezaban a vagar siluetas Furtivas que de vez en cuando se detenían, y permanecían al acecho.

Valeria se despertó de repente. Recortándose contra el tenue fulgor de las gemas verdes vio una sombra que se inclinaba sobre ella. Por un momento, la aparición pareció formar parte del sueño que había tenido. Se había visto as pirando el perfume de unas enormes flores y sintió una languidez que la inducía a algo más que

al sueño. Se hundía en un abismo de deleite sin fin cuando algo le rozó el rostro. Tan sensible estaba que bastó aquel contacto para que despertara abruptamente. Entonces, en lugar de una gran flor, vio a una mujer de piel oscura que estaba a su lado.

La mujer se volvió rápidamente, pero, antes de que pudiese huir, Valeria se había puesto en pie y la había cogido por un brazo. La otra luchó como un gato montes durante unos momentos, pero tuvo que rendirse ante la fuerza superior de su contrincante. Valeria obligó a la mujer a volver la cabeza y advirtió que se trataba de Yasala, la doncella de Táscela. —¿Qué demonios estabas haciendo aquí? —preguntó la pirata—. ¿Qué tienes en la mano?

La mujer no respondió, pero trató de arrojar a un lado lo que llevaba. Valeria le retorció el brazo y el objeto cayó suelo. Era una enorme flor negra de tallo largo de color verde. Tenía el tamaño de la cabeza de una mujer. —¡El loto negro! —exclamó Valeria entre dientes—. ¡La flor que causa un sueño profundo! ¡Estabas tratando de provocar en mí un estado de sopor, y si no me hubieras rozado accidentalmente la cara con los pétalos...! Pero ¿por qué lo has hecho? ¿Qué pretendías?

Yasala mantuvo su hosco silencio. Con un juramento, Valeria la obligó a girar en redondo, hizo que se pusiera de rodillas y le retorció el brazo detrás de la espalda. —¡Habla, o te descoyunto el brazo! —exclamó. La muchacha no lanzó ni un grito. Negó con la cabeza como única respuesta. —¡Ramera! —dijo Valeria, y arrojó a la doncella al suelo.

La mujer pirata observó a la figura postrada con ojos centelleantes. El temor y el recuerdo de la mirada de Táscela despertaban su instinto de conservación. Aquellas eran gentes decadentes, de las cuales podía esperarse cualquier perversidad. Pero Valeria intuyó que había alguien que actuaba entre bastidores, algún horror secreto más temible que una simple degeneración. Pensó que los habitantes de aquella ciudad no eran cuerdos ni normales, y hasta dudaba de que fuesen humanos. La locura brillaba en los ojos de todos, salvo en la mirada intensa y cruel de Táscela, que conocía secretos y misterios más profundos y temibles que cualquier forma de locura.

Valeria levantó la cabeza y escuchó con atención. Las salas de Xuchotl estaban en silencio, como si aquella hubiera sido realmente

una ciudad muerta. Las gemas verdes bañaban la habitación con un brillo fantasmagórico, que se reflejaba en los ojos de la mujer caída en el suelo. Valeria sintió pánico, lo que despojó a su fiera alma del último vestigio de piedad que pudiera tener. —¡Perra! ¿Por qué trataste de drogarme? —exclamó cogiendo a la doncella por los pelos y obligándola a mirarla a los ojos—. ¿Te envió Táscela?

No hubo respuesta. Valeria gritó una maldición y abofeteó a la mujer, primero en una mejilla y luego en la otra. Los golpes resonaron en la habitación, pero Yasala ni siquiera gimió. —¿Por qué no te quejas? —preguntó Valeria con aspereza—. ¿Temes que alguien te oiga? ¿De quién tienes miedo? ¿De Táscela, de Olmec o de Conan?

Yasala siguió sin responder. Permaneció acurrucada, observando a su captora con la mirada de odio de un basilisco. Pero el silencio tozudo siempre suscita la ira, por lo que Valeria arrancó un cordón de seda de una cortina que había allí. —¡Puerca mujerzuela! —dijo entre dientes—. ¡Te voy a atar a ese lecho y te voy a azotar hasta que me digas qué hacías aquí y quién te envió!

Yasala no ofreció la menor resistencia. Durante unos minutos, en la alcoba no se oyó otro sonido que el chasquido del duro cordón sobre la carne desnuda de la doncella. Yasala no podía moverse, pues tenía atados los pies y las manos. Su cuerpo se retorcía bajo el castigo y su cabeza oscilaba de un lado a otro al ritmo de los golpes. Se clavó los dientes en el labio inferior hasta que le brotó un hilillo de sangre. Pero no lanzó una sola exclamación.

La mujer pirata le infligía el castigo con toda la fuerza de su robusto brazo, dejando una marca roja en la piel con cada azote.

Finalmente escapó un débil gemido de los labios entreabiertos de la mujer y Valeria se detuvo con el brazo en alto, mientras se echaba hacia atrás un rubio mechón de cabello. —¿Vas a hablar? —preguntó—. ¡Yo puedo seguir toda la noche, si es necesario! —¡Piedad! —susurró la mujer—. ¡Hablaré!

Valeria cortó los cordones que le sujetaban las muñecas y los tobillos, y la obligó a ponerse en pie. Yasala temblaba violentamente. —¡Un poco de vino! —suplicó, señalando hacia una copa de oro que había sobre una mesita de marfil—. Déjame beber. Estoy débil; después te lo diré todo.

Valeria levantó la copa y Yasala extendió las manos para

recibirla. Luego se la llevó a los labios, pero de repente arrojó su contenido al rostro de la aquilonia.

Ésta retrocedió al sentir el picante líquido en los ojos Como a través de una bruma vio que Yasala cruzaba corriendo la habitación, descorría un cerrojo y, después de abrir la puerta de bronce, huía por la antesala. La pirata salió detrás de ella, con la espada en la mano y el rostro descompuesto por la ira.

Pero Yasala llevaba ventaja y avanzó con sorprendente agilidad, a pesar del duro castigo recibido. Dio la vuelta por un pasillo, bastante por delante de Valeria, y cuando ésta llegó al lugar, se encontró con un corredor vacío, en cuyo extremo opuesto se veía el negro vano de una puerta. Al acercarse, Valeria comprobó que de la puerta surgía un húmedo olor a moho, que la hizo estremecer. Aquélla debía de ser la puerta que llevaba a las catacumbas. Yasala había buscado refugio entre los muertos.

Valeria avanzó hasta la puerta y vio una escalera de piedra que se perdía hacia abajo, en la oscuridad. Evidentemente, conducía a las cuevas y criptas de la ciudad. La mujer se estremeció y pensó en los miles de cadáveres que yacían allí abajo, en sus tumbas de piedra, envueltos en sudarios desgastados por el tiempo. No tenía intención de entrar en aquel dominio de los muertos. Además, era evidente que Yasala conocía cada recodo de aquellos pasadizos subterráneos. Ya se volvía, cuando oyó un grito que surgía de la oscuridad, interrumpido por una sollozo. Parecía provenir de una profundidad considerable, pero las palabras eran audibles, y se trataba de la voz de una mujer. —¡Socorro, por favor! —gritaba—. ¡Ayudadme, en nombre de Set! ¡Aaah!

El sonido se extinguió y Valeria tuvo la impresión de haber oído una risa fantasmagórica.

Sintió un escalofrío. ¿Qué le habría ocurrido a Yasala allí abajo, en las catacumbas? No tenía la menor duda de que había sido ella la que había gritado ¿Habría un xotalanca agazapado allí? Olmec había asegurado que las catacumbas que se extendían debajo de Tecuhltli estaban fuertemente amuralladas, para separarlas del resto. Además, aquella risa no parecía humana.

Valeria avanzó rápidamente por el pasillo, volvió a su habitación y, después de cerrar la puerta tras de sí, corrió el cerrojo. Luego se calzó las botas de fino cuero y se puso el cinto con la espada. Tenía

la intención de ir a buscar a Conan a su habitación para pedirle, en caso de que aún viviera, que se fueran de una vez por todas de aquella ciudad que parecía habitada por demonios.

Pero en el momento en que llegaba a la puerta que daba al pasillo, un prolongado grito de agonía se extendió por las salas. Al grito siguió el rumor de pasos precipitados y el sonido metálico de las espadas.

5. Veinte clavos rojos

En la sala de guardia de la planta conocida como el Piso del Águila había dos centinelas.

Tenían una actitud despreocupada, aunque no por ello dejaban de mantenerse alerta. Un ataque a la gran puerta de bronce siempre era posible, pero durante muchos años el otro bando no lo había intentado.

—Los extranjeros son unos poderosos aliados —decía uno de los dos centinelas—. Según creo, Olmec iniciará mañana mismo un ataque contra el enemigo.

Habló del mismo modo que podía haberlo hecho un soldado durante una guerra. En el mundo en miniatura que era Xuchotl, cada puñado de adversarios era como un ejército y las salas vacías que había entre los sectores hacían las veces de campo de batalla.

El otro meditó brevemente y luego dijo:

—Supón que vencemos a los xotalancas. ¿Qué pasará después, Xatmec?

—Llenaremos la columna de clavos rojos. Quemaremos desollaremos y descuartizaremos a los cautivos.

—Sí, pero ¿y después? —insistió el otro—. ¿Qué sucederá cuando los hayamos matado a todos? ¿No parecerá extraño no tener enemigos contra quienes luchar? Toda mi vida he odiado a los xotalancas y he peleado contra ellos. Si la disputa se acaba, ¿qué nos quedará?

Xatmec se encogió de hombros. Sus pensamientos nunca habían ido más allá de la destrucción de sus enemigos. No imaginaba otra posibilidad.

De repente ambos soldados se irguieron al escuchar un ruido que venía del otro lado de la puerta. —¡A la puerta, Xatmec! —murmuró el último que había hablado—. Voy a mirar a través del

Ojo…

Xatmec, con la espada en la mano, se apoyó contra la puerta de bronce, procurando escuchar a través del metal. Su compañero miró por los espejos y se estremeció profundamente. Había muchos enemigos congregados al otro lado de la puerta. Pero llevaban las espadas entre los dientes, ¡y se introducían los dedos índices en las orejas! Uno de ellos, adornado con un tocado de plumas, se llevó una especie de flautín a los labios y comenzó a tocar.

El grito murió en la garganta del centinela cuando el extraño pitido atravesó la puerta metálica y penetró en sus oídos. Xatmec permaneció apoyado contra la puerta, como si se hubiera quedado congelado en aquella posición. Su rostro parecía el de una imagen de madera, y escuchaba horrorizado. El otro guardia, aunque más alejado de la fuente del sonido, se dio cuenta de la terrible amenaza que suponía aquel pitido. Sintió como si unos dedos hurgaran en su cerebro, llenándolo de impulsos demenciales. Mas con un esfuerzo titánico se liberó del hechizo y lanzó un grito de alarma con una voz que no parecía la suya.

Pero mientras él gritaba, el sonido aumentó de tono. Era como tener un cuchillo en los oídos. El otro, Xatmec, lanzó un alarido y toda la cordura desapareció de su rostro como una llama barrida por el viento.

El centinela de la puerta soltó la cadena como un demente, corrió los cerrojos y, después de abrir la puerta, salió al exterior con la espada levantada, antes de que su compañero pudiera evitarlo. Una docena de espadas se abatieron sobre Xatmec, y por encima de su cuerpo ensangrentado irrumpieron los xotalancas en la sala de guardia, profiriendo gritos aterradores que resonaban por todas partes.

Con la mente aún confusa por la horrorosa hechicería que acababa de presenciar, el otro centinela se enfrentó casi mecánicamente a los enemigos, levantando su lanza. Atravesó a uno de ellos, pero no supo nada más, pues una espada le golpeó el cráneo. Luego, los guerreros de salvaje mirada se dispersaron por las habitaciones que había más allá de la sala de guardia.

Conan saltó de su lecho al oír los gritos y el estrépito del acero. Al momento, el cimmerio tuvo la espada en la mano y abrió la puerta. Techotl corrió hacia él con una expresión de espanto en el

rostro. —¡Los xotalancas! —gritó con voz casi inhumana—. ¡Están dentro de Tecuhltli!

Conan echó a correr por el pasillo en el momento en que Valeria salía de su habitación. —¿Qué diablos ocurre? —preguntó ella.

—Techotl dice que han entrado los xotalancas —repuso el cimmerio apresuradamente—. Y por el ruido, parece ser que así es.

Con Techotl siguiéndolos de cerca, entraron en la sala del trono y vieron una escena que superaba la pesadilla más espantosa.

Veinte personas, entre hombres y mujeres, que lucían blancas calaveras en el pecho, estaban enzarzadas en una pelea con la gente de Tecuhltli. Las mujeres de ambos bandos luchaban tan furiosamente como los hombres, y la habitación ya estaba sembrada de cadáveres.

Olmec, vestido tan sólo con un taparrabo, luchaba delante de su trono, y al mismo tiempo que entraban los dos aventureros apareció Táscela empuñando una espada.

Xatmec y su compañero habían muerto, por lo cual nadie pudo decirles a los tecuhltli cómo entraron los enemigos en la ciudadela. Tampoco había nadie que explicara el motivo de aquel loco intento, pues las pérdidas de los xotalancas eran grandes, y su situación más desesperada que nunca. La destrucción de su aliado con escamas, la de la Calavera Ardiente y la noticia, susurrada por un moribundo, de que los tecuhltli tenían como aliados a dos poderosos personajes de piel blanca, había trastornado por completo a los xotalancas y los había decidido a llevar a cabo aquel plan para morir matando a sus enemigos.

Los tecuhltli, recuperados de la sorpresa, peleaban con la misma furia desesperada, en tanto que los centinelas de los pisos inferiores acudían corriendo a intervenir en la refriega. Era una lucha de lobos rabiosos, ciegos e implacables. Saltaban de un lado a otro, del suelo al estrado, de éste a las mesas de jade o de mármol. Brillaban las espadas, y las cortinas se teñían de rojo. Era la culminación de un odio sangriento que perduraba desde hacía medio siglo, y todos los que se encontraban en la sala se daban cuenta de ello.

Pero la conclusión era inevitable. Los tecuhltli superaban a los invasores en la proporción de dos a uno y contaban, además, con la poderosa ayuda de sus aliados de piel blanca, que entraron en la lucha con la fuerza devastadora de un huracán que se abate sobre

unos arbolillos. Tres enemigos no bastaban para contener al cimmerio, que aun con su gran peso se desplazaba con más rapidez que los demás, sembrando la muerte a su alrededor.

Valeria luchaba a su lado, con una sonrisa en los labios y los ojos centelleantes. Era más fuerte que un hombre normal de Xuchotl, y bastante más rápida y feroz. La espada parecía cobrar vida en su mano, por la destreza con que la manejaba. Sus antagonistas estaban llenos de asombro, y en cuanto levantaban el arma sentían la hoja de la mujer blanca en el cuello antes de lanzar el último suspiro. Sobresaliendo por encima de los combatientes, Conan asestaba mandobles a diestro y siniestro, en tanto que Valeria avanzaba como un fantasma, esquivando, atacando y volviendo a atacar.

No había sexo ni condición que fuese respetada por los enloquecidos combatientes. Las cinco mujeres que habían llegado con los xotalancas yacían en el suelo con una herida en el cuello ya antes de que hubiesen entrado en escena el cimmerio y Valeria. Y cuando algún guerrero se desplomaba, había siempre un filo que atravesaba su indefenso cuello, o un pie que le aplastaba el cráneo.

De pared a pared y de puerta a puerta seguía el combate en oleadas, prolongándose en algunas salas adyacentes a la del trono. Por último, sólo quedaron los tecuhltli y sus blancos aliados frente al estrado. Los sobrevivientes se miraban unos a otros como si hubieran superado el Día del Juicio Final o la destrucción del mundo. Con los brazos y espadas chorreando sangre, observaron los cadáveres de sus hermanos y de sus enemigos. No les quedaba aliento para lanzar vítores; sólo surgió de sus labios un alarido bestial. No era un grito humano de triunfo, sino el aullido de una manada de lobos rabiosos que irrumpe entre los cuerpos de sus víctimas.

Conan agarró a Valeria por un brazo, la volvió hacia él y le dijo:

—Tienes una herida en la pantorrilla.

Ella miró hacia abajo y por primera vez se dio cuenta de que el dolor le atenazaba los músculos de la pierna. Seguramente alguno de los moribundos la había apuñalado desde el suelo en un último esfuerzo antes de morir.

—Y tú pareces un carnicero —repuso Valeria riendo. El cimmerio se sacudió la sangre de las manos.

—Afortunadamente esta sangre no es mía —dijo—. Bueno, tengo algunos arañazos, pero nada de importancia. En cambio, hay que vendar pronto esa pantorrilla.

Olmec llegó aquel momento hasta ellos. Parecía un ogro con el enorme pecho salpicado de sangre. Sus ojos aún centelleaban por los efectos de la batalla. —¡Hemos vencido! —exclamó roncamente —. ¡La lucha ha terminado y los perros de Xotalanc están muertos! ¡Ah, qué pena que no hayan quedado sobrevivientes! Sin embargo, me alegra verlos muertos. ¡Hay veinte perros muertos! ¡Veinte clavos rojos para la columna de ébano!

—Será mejor que cuides de tus heridos —le dijo Conan, que luego se volvió hacia Valeria—.

Vamos, muchacha, déjame ver qué te ocurre en la pierna.

—Un momento —repuso ella con impaciencia—. ¿Cómo sabemos que éstos son todos los enemigos? Puede que sólo sean una parte.

—No habrían dividido el clan en una incursión como ésta —aseguró Olmec, moviendo la cabeza y recuperando su habitual cordura—. Me jugaría la cabeza a que los hemos matado a todos. Eran menos de lo que habíamos pensado y debían de estar desesperados. Pero ¿cómo se las habrán arreglado para entrar en Tecuhltli?

Táscela apareció en aquel momento limpiando su espada con un borde del vestido, mientras en la otra mano sostenía un objeto que le había quitado al emplumado jefe enemigo.

—La flauta de la locura —dijo la mujer—. Un guerrero me dijo que Xatmec les abrió la puerta a los xotalancas, que lo mataron e irrumpieron en la sala de guardia. Ese guerrero llegó desde la sala interior justo a tiempo para ver lo que ocurría y entonces se le heló el alma al oír el extraño pitido Tolkemec solía hablar de estas flautas que los xuchotlas juraban haber visto en algún lugar de las catacumbas, donde habían sido escondidas por un antiguo brujo.

Parece ser que los perros de Xotalanc las encontraron y descubrieron su secreto.

—Es preciso ir a Xotalanc para comprobar si queda alguien con vida —dijo Conan—. Iré yo mismo, si alguien me sirve de guía.

Olmec miró a su gente. Sólo quedaban veinte hombres con vida, de los cuales algunos yacían gimiendo en el suelo Táscela era la

única de los tecuhltli que había escapado sin herida alguna. La princesa estaba indemne, aunque había participado en lo más duro de la lucha. —¿Quién va a acompañar a Conan hasta Xotalanc? —preguntó Olmec.

Techotl avanzó cojeando. Su herida del muslo sangraba de nuevo y tenía otra en las costillas. —¡Iré yo! —dijo.

—No, no vendrás —intervino Conan—. Y tú tampoco vendrás, Valeria; ambos estáis heridos.

—Te acompañaré yo —dijo uno de los guerreros que se estaba vendando el antebrazo.

—Está bien, Yanath, ve con el cimmerio. Ve tú también, Topal —dijo Olmec señalando a otro hombre cuyas heridas eran leves—. Pero antes ayudadnos a transportar a estos heridos a los divanes, para que podamos curarlos.

Hicieron esto rápidamente. Cuando Olmec y Topal se inclinaron para recoger a una mujer herida, Conan tuvo la impresión de que el primero murmuraba unas palabras al oído del segundo. Poco después, el cimmerio y sus dos acompañantes abandonaban la sala del trono.

Conan echó una mirada hacia atrás cuando trasponían la puerta y vio el caos de cuerpos mutilados que reinaba en el gran salón, donde los muertos permanecían en actitudes forzadas, mirando al techo con ojos vidriosos. Entre los cadáveres andaban los vivos, manchados de sangre y con aspecto de fantasmas. El bárbaro oyó que Olmec llamaba a una mujer y le ordenaba que le vendase la pierna a Valeria.

La mujer pirata siguió a la otra hasta una habitación vecina, cojeando levemente.

Los tecuhltli guiaron con cautela a Conan a lo largo de la sala que se extendía más allá de la puerta de bronce de su sector. Luego pasaron por una sucesión de habitaciones iluminadas por las gemas verdes. No vieron a nadie, ni oyeron nada. Una vez que hubieron cruzado la Gran Sala que dividía la ciudad de norte a sur, su precaución aumentó aún más debido a la proximidad del territorio enemigo. Pero tanto las habitaciones como los pasillos estaban desiertos. Finalmente llegaron a un gran vestíbulo y se detuvieron frente a una puerta de bronce similar a la Puerta del Águila de Tecuhltli. La empujaron con mucho cuidado, y la puerta se abrió

lentamente. Los dos tecuhltli miraron con temor hacia las salas que había más allá. Durante cincuenta años, ninguno de los suyos había entrado en aquel recinto, salvo como prisioneros, lo que significaba que no saldrían de allí con vida. Para Yanath y Topal, aquella puerta de bronce era como la puerta del infierno.

Tal fue su espanto que ambos retrocedieron maquinalmente. Conan los empujó y entró en Xotalanc. Los otros le acompañaron tímidamente, mirando inquietos a su alrededor. Sólo el ritmo agitado de su respiración turbaba el silencio de aquellas salas.

En primer lugar hallaron un recinto de guardia como el que había detrás de la Puerta del Águila de Tecuhltli, y desde allí avanzaron por otra habitación que daba a una enorme estancia, que sin duda era la antesala del salón del trono.

El cimmerio observó la enorme habitación, con sus alfombras, divanes y tapices, y escuchó atentamente. No oyó el menor ruido; las habitaciones parecían estar desiertas. Tuvo la impresión de que no quedaba en Xuchotl ningún xotalanca con vida.

—Vamos —murmuró Conan, y comenzó a avanzar por el salón.

Apenas habían recorrido un trecho cuando el cimmerio se dio cuenta de que sólo lo seguía Yanath. Al volverse, vio a Topal con un gesto de horror indescriptible, señalando con un brazo hacia algo que se hallaba detrás de un diván. —¿Qué sucede? —preguntó Conan.

Entonces vio que Topal miraba con el mismo espanto reflejado en su rostro y, al mirar él, sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo.

Detrás del diván asomaba una cabeza monstruosa; era la de una serpiente de gran tamaño, en cuyas fauces abiertas había dos enormes colmillos curvos. Pero el reptil no se movía, y sus grandes ojos tenían la mirada vidriosa de la muerte.

Conan miró detrás del diván y pudo comprobar que aquella serpiente era la más grande que había visto en su vida. El ofidio tenía un color indefinido, que cambiaba a cada movimiento que hacía quien observase al animal sin vida. Una gran herida en el cuello revelaba la causa de su muerte. —¡Es el Trepador! —susurró Yanath.

—Sí, el ser al que acuchillé en la escalera —explicó el cimmerio —. Después de habernos seguido hasta la Puerta del Águila,

seguramente regresó aquí para morir. ¿Cómo habrán podido dominar los xotalancas a semejante monstruo?

Los dos tecuhltli se estremecieron profundamente y uno de ellos dijo:

—Trajeron al Trepador de los túneles que hay debajo de las catacumbas. Ellos habían descubierto secretos que nosotros nunca conocimos.

—Bien, el Trepador ha muerto —dijo Conan—, y si hubieran tenido otro similar, lo habrían llevado en la incursión a Tecuhltli. Ahora vámonos.

Los otros lo siguieron de cerca cuando traspusieron la puerta de plata que había en el otro extremo de la sala.

—Si no encontramos a nadie en este piso, descenderemos a los de abajo. Vamos a explorar Xotalanc desde el techo hasta las catacumbas. Si Xotalanc es como Tecuhltli, todas las salas y pasillos de este piso estarán iluminados. ¡Cómo! —exclamó de repente Conan—. ¿Qué diablos...?

Acababan de entrar en la gran sala del trono, muy parecida a la de Tecuhltli. En ella se veía el mismo estrado de jade, el mismo trono de marfil, las mismas otomanas, alfombras y tapices. No había una columna de ébano con clavos rojos, pero sí una prueba macabra de la lucha entre las dos tribus.

En la pared detrás del trono, se alineaba una serie de estantes en los que se veían, perfectamente conservadas, numerosas cabezas humanas que miraban a los recién llegados con ojos inmóviles.

Topal gritó un juramento, pero Yanath permaneció en silencio, con un brillo de locura en la mirada. Conan frunció el ceño al comprender que la cordura estaba a punto de abandonar al tecuhltli.

De repente Yanath señaló las fúnebres reliquias con un dedo tembloroso. —¡Ésa es la cabeza de mi hermano! —exclamó—. ¡Y aquélla la del hijo menor de mi hermana! ¡Y ésta, la del mayor!

Y comenzó a gemir con unos sollozos sin lágrimas que le estremecían todo el cuerpo. No era capaz de apartar la mirada de las cabezas. Los sollozos se hicieron más agudos y terminaron en aterradoras carcajadas, que a su vez se convirtieron en aullidos inarticulados.

Yanath se había vuelto completamente loco.

Conan le puso una mano en el hombro y Yanath giró rápidamente, para atacar al cimmerio con su espada. Este paró el golpe y Topal intentó sujetar el brazo del demente. Pero éste lo esquivó y hundió su sable en el cuerpo de Topal, que cayó al suelo con un quejido.

Entonces, Yanath corrió hacia la estantería y con aire de derviche trastornado comenzó a acuchillar las cabezas con una furia inaudita.

El cimmerio procuró desarmar a Yanath, pero éste se revolvió y se abalanzó sobre él aullando y riendo. Al comprender que el hombre estaba loco sin remedio, Conan se hizo a un lado cuando el otro pasaba y le hundió la espada en el pecho, dejándolo muerto en el acto.

El loco se desplomó encima de su víctima, que aún respiraba, y al comprobar el cimmerio que Topal estaba agonizando, se inclinó junto al hombre. De nada servía vendarle la terrible herida que le había infligido Yanath.

—No hay esperanzas para ti, Topal —dijo Conan con un gruñido —. ¿Quieres que le diga algo a tu gente?

—Acércate más —le pidió Topal, y Conan obedeció. El cimmerio tuvo que aterrarle la mano a Topal, pues éste intentaba apuñalarlo en el pecho. —¿Qué haces? —exclamó el bárbaro—. ¿También tú te has vuelto loco? —¡Olmec me lo ordenó! —dijo entre estertores de muerte el tecuhltli—. No sé por qué. Cuando levantamos a aquella mujer herida, me lo dijo al oído. Me pidió que te matara cuando volviésemos a nuestro sector, a Tecuhltli…

Y con el nombre de su pueblo en los labios, Topal expiró.

Conan miró a Topal con el ceño fruncido. Todo aquello parecía cosa de locos. ¿Acaso también estaba loco Olmec? ¿Se hallaban los tecuhltli más trastornados de lo que parecía?

El cimmerio se encogió de hombros y salió por la puerta de bronce, dejando a los dos hombres sin vida delante de las cabezas decapitadas de sus familiares.

El cimmerio no necesitaba guías para regresar por el laberinto que habían atravesado. Su primitivo instinto de orientación lo conducía indefectiblemente por la ruta que habían seguido antes. Cruzó las habitaciones con la misma cautela, empuñando la espada, mientras sus ojos examinaban cada sombra y cada rincón. Ahora

temía a sus propios aliados, y no a los espectros de los xotalancas difuntos.

Ya había cruzado la Gran Sala y entrado en las habitaciones ulteriores cuando oyó algo que se movía delante de él, que jadeaba y caminaba haciendo un ruido extraño. Enseguida el cimmerio vio a un hombre que avanzaba dejando un enorme reguero de sangre sobre la brillante superficie.

Era Techotl. Por una profunda herida que tenía en el pecho le manaba en abundancia la sangre, que intentaba detener con una mano. Con la otra aferró al cimmerio por un brazo. —¡Conan! —exclamó, casi ahogándose—. ¡Olmec se ha apoderado de la mujer rubia! —¡Por eso le había ordenado a Topal que me matara! —musitó el cimmerio—. ¡No está tan loco como yo pensaba!

Techotl cayó al suelo, y Conan se inclinó a su lado al comprender que se estaba muriendo.

En aquella salvaje y odiosa existencia que llevaban los tecuhltli, la admiración y el afecto que profesaba Techotl a los aventureros era como un oasis de humanidad que lo diferenciaba profundamente de sus compañeros, los cuales sólo deseaban matar y odiar.

—Yo traté de impedirlo —agregó Techotl, a cuyos labios asomaba la sangre—, pero él me apuñaló. Seguramente creyó que me había matado, pero yo me alejé arrastrándome y luego vine hasta aquí. ¡Ten cuidado, Conan! Olmec puede tenderte una emboscada cuando vuelvas. Mátalo, no es más que una bestia. Llévate a Valeria y huye. No temas atravesar el bosque, pues Olmec y Táscela os mintieron acerca de los dragones. Éstos se mataron entre sí y sólo quedó el más fuerte. Durante doce años no ha habido más que un solo dragón.

Si lo has matado, ya no hay nada en el bosque que pueda haceros daño. El dragón era el dios al que Olmec veneraba y al que ofrecía sacrificios humanos. Ataba y dejaba abandonados a los más viejos y a los más jóvenes en el exterior de las murallas. ¡Deprisa, Olmec se ha llevado a Valeria a la Sala de…!

La cabeza de Techotl cayó inerte a un lado. Había muerto.

Conan se puso en pie, con los ojos ardientes como brasas. De modo que ése era el juego de Olmec, que había utilizado a los dos extranjeros para destruir a sus enemigos. Debió de haber imaginado

que algo semejante anidaría en la mente del jefe de aquella raza en decadencia.

El cimmerio corrió hacia Tecuhltli con temeraria rapidez. Contó mentalmente a los que habían sido sus aliados. Eran veintiuno, incluyendo a Olmec, los que habían sobrevivido a la batalla en la sala del trono. Tres habían muerto desde entonces, lo que dejaba en dieciocho el número de enemigos con los que debía enfrentarse. En su cólera infinita, el bárbaro se sentía capaz de dar cuenta él solo de todo el clan.

Pero la astucia innata del medio en el que se había criado lo impulsó a obrar con más prudencia. Recordó el consejo de Techotl respecto a una emboscada. Era muy probable que el príncipe tomase esa medida, para el caso de que Topal no hubiera conseguido su propósito. Pensó que Olmec esperaría que volviese por el mismo camino que había seguido para dirigirse a Xotalanc.

Conan echó un vistazo a la claraboya bajo la cual estaba pasando, y advirtió que todavía no había comenzado a clarear.

Las estrellas aún brillaban borrosas, pero con cierta intensidad. Los sucesos de la noche se habían desarrollado en un tiempo relativamente corto.

Se apartó del camino que iba a seguir y bajó por una escalera en espiral hasta el piso inferior. No sabía dónde podría encontrar la puerta que le permitiera entrar en Tecuhltli por aquel piso, pero tuvo confianza en que la hallaría.

Siguió andando sigilosamente con la espada en la mano a través del laberinto de habitaciones en penumbra. Sabía que debía de encontrarse cerca de Tecuhltli.

De repente un sonido lo hizo detenerse en seco. Lo reconoció enseguida. Se trataba de un ser humano que procuraba gritar a través de una mordaza. Provenía de algún lugar situado más adelante, a la izquierda. En aquellos silenciosos corredores, el menor ruido se transmitía con toda claridad.

Conan giró hacia un lado y se orientó por el sonido que aún seguía percibiendo. Finalmente vio una puerta abierta, y a través de ella observó con cautela una escena extraña y estremecedora.

En el suelo de la habitación se veía un armazón de hierro, sobre el cual se hallaba tendido y atado un hombre gigantesco. Su cabeza descansaba sobre unos pinchos de hierro que estaban

ensangrentados, pues le había traspasado el cuero cabelludo. Tenía la frente rodeada por una banda de cuero que no lo protegía de los pinchos. El arnés estaba unido a un mecanismo, y éste a una cadena que pasaba por una polea del techo y sostenía una enorme bola de hierro suspendida sobre el pecho peludo del hombre.

Mientras éste se mantenía inmóvil, la bola seguía en su lugar, pero en cuanto el dolor de los pinchos de hierro le obligaba a levantar la cabeza, la bola descendía un par de dedos y ya no volvía a subir. Era evidente que, al final, la enorme esfera de hierro lo aplastaría con su tremendo peso.

La víctima estaba amordazada, y por encima de la mordaza sus grandes ojos se movían frenéticamente, hasta que acabaron por posarse en el hombre que se encontraba en la puerta.

Conan no pudo disimular su asombro. El hombre que estaba en el bastidor de hierro era Olmec, príncipe de Tecuhltli.

6. Los ojos de Táscela

—¿Por qué me traes a esta habitación para vendarme la pierna? —preguntó Valeria—. ¿No podías haberlo hecho en la sala del trono?

Sin aguardar respuesta, Valeria se sentó en un diván y extendió la pierna encima de él. La mujer tecuhltli procedió a vendarle la herida con bandas de seda. La espada de la mujer pirata, todavía manchada de sangre, se hallaba junto a ella, en el diván.

Valeria tenía el ceño fruncido. La otra mujer había realizado su tarea con una silenciosa eficacia, pero recelaba ante la expresión de quien la estaba curando y ante el contacto de sus delicadas manos.

—Se han llevado a los demás heridos a otras habitaciones —repuso finalmente la mujer, con el suave acento de los nativos de Tecuhltli, que no daba, a pesar de su dulzura, sensación alguna de benevolencia.

Un momento antes, Valeria había visto cómo la mujer de palabras suaves apuñalaba en el pecho a una enemiga xotalanca.

—Se llevarán los cadáveres a las catacumbas —agregó la tecuhltli—. Si no, sus espectros permanecerían en las habitaciones y vagarían por ellas. —¿Crees en los espíritus?

—Sé que el fantasma de Tolkemec habita en las catacumbas —dijo la mujer estremeciéndose—.

Yo misma lo vi una vez, estando arrodillada en la cripta junto a la tumba de una reina. Pasó a mi lado bajo la forma de un viejo de enorme barba y largos cabellos, y sus ojos brillaban en la oscuridad. Era Tolkemec, desde luego. Yo lo había visto de pequeña, cuando lo estaban torturando.

Su voz se convirtió en un susurro cuando agregó:

—Olmec se ríe, pero yo sé que el espíritu de Tolkemec habita en las catacumbas. Dicen que son las ratas las que devoran la carne de

los muertos recientes…, pero los fantasmas también comen carne. ¿Quién sabe…?

La mujer se calló de repente cuando vio una sombra que se proyectaba sobre el diván.

Valeria miró hacia arriba y vio a Olmec, que la estaba observando. El príncipe se había bañado para quitarse la sangre que poco antes lo cubría casi por completo. Pero no se había colocado la túnica y por encima y por debajo de su taparrabo, su cuerpo de piel oscura confirmaba la primera impresión de fuerza bestial. Sus ojos negros centelleaban con primitivo brillo.

El príncipe miró fijamente a la mujer tecuhltli, que se levantó enseguida y salió de la habitación. Al atravesar la puerta, la mujer miró a Valeria con un gesto de burla y cinismo.

—No ha hecho un buen trabajo —dijo Olmec acercándose al diván e inclinándose sobre el vendaje—. Permíteme que vea…

Con una rapidez insólita en un individuo de su corpulencia, Olmec se abalanzó sobre la espada de Valeria y la arrojó al otro lado de la habitación. A continuación, el príncipe cogió a la mujer en sus fornidos brazos.

Por veloz que hubiera sido Olmec, Valeria no se quedó atrás, pues mientras él la abrazaba, ella sacó una daga y levantó la mano con rapidez felina. Más por suerte que por reflejos, el príncipe consiguió sujetar la mano de Valeria después de lo cual se inició un salvaje forcejeo. Ella lo atacaba con puños, pies, dientes y uñas, aplicando toda la fuerza de su espléndido físico y la práctica que había adquirido en la lucha cuerpo a cuerpo durante sus años de pirata. Pero a Valeria se le cayó la daga y se vio incapacitada para infligir un verdadero daño a su gigantesco atacante.

El brillo de los ojos oscuros de Olmec no se había alterado, lo que llenó de furia a Valeria, además de la sonrisa irónica que flotaba en los labios del hombre, enmarcados por la larga barba renegrida.

En aquella expresión la mujer vio el compendio de una raza en absoluta decadencia, y por primera vez Valeria sintió miedo de un hombre. Los brazos de hierro de Olmec la dominaban, a pesar de sus esfuerzos, y la mujer sintió pánico. Por otro lado, él parecía insensible a cualquier clase de dolor. Sólo en una ocasión, cuando la mujer le hundió ferozmente los dientes en la muñeca hasta sacarle

sangre, Olmec reaccionó con verdadera violencia. Y fue para abofetearla cruelmente con la mano abierta, con una fuerza tal que aturdió momentáneamente a Valeria.

La mujer gritó al sentirse ultrajada de aquella manera, pero su resistencia fue inútil. Se sintió aplastada bajo el peso del corpulento individuo, y lo miró inerme y jadeante como una tigresa acorralada.

Poco después, él salía de la habitación llevándosela en brazos. Ella no ofreció resistencia, pero el brillo de sus ojos le indicaba a Olmec que no la había conquistado, en espíritu al menos. Valeria no gritó. Sabía que Conan estaba lejos y se dijo que ninguno de los tecuhltli se opondría a la voluntad de su amo. Pero luego advirtió que Olmec avanzaba furtivamente, volviendo la cabeza para ver si lo seguían. No regresó a la sala del trono. La sacó por otra puerta y avanzó por un salón. Al comprender que el hombre temía la presencia de alguien, la mujer echó hacia atrás la cabeza y gritó prolongadamente, con toda la fuerza de sus pulmones.

Otro bofetón brutal la dejó aturdida, y Olmec apresuró el paso y echó a correr.

Pero su grito había tenido eco, pues al volver la mirada hacia atrás, entre las lágrimas que velaban sus ojos, Valeria vio a Techotl que avanzaba cojeando hacia ellos.

Olmec se volvió para observar al hombre que se le acercaba. —¡Olmec! —exclamó Techotl—. ¿Cómo puedes hacer esto? Es la mujer de Conan. Nos ayudó a derrotar a los xotalancas y además...

Sin decir una sola palabra, el príncipe aferró a Valeria con un brazo y con el otro le dio un puñetazo a Techotl en la cabeza, haciéndolo caer sin sentido. Luego se inclinó, sin que parecieran molestarle en lo más mínimo los caóticos movimientos de la mujer, extrajo la espada de la vaina de Techotl y le atravesó el pecho a éste. Arrojó el sable a un rincón y reanudó la carrera por el pasillo.

Olmec no había visto a una mujer de rostro oscuro que lo observó cautelosamente cuando pasó al lado de unos tapices. La mujer desapareció enseguida. Techotl emitió un quejido desde el suelo y se movió un poco. Luego se puso en pie con dificultad y se alejó gritando el nombre de Conan, tambaleándose como un borracho.

Olmec bajó por una escalera de mármol, cruzó varios corredores y se detuvo en una amplia habitación, cuyas puertas estaban

cubiertas por enormes tapices, excepto una de ellas: se trataba de una pesada puerta de bronce, parecida a la Puerta del Águila del piso superior.

El hombre se detuvo ante las hojas de bronce y dijo con voz profunda:

—Ésta es una de las puertas exteriores de Tecuhltli. Por primera vez en cincuenta años no hay centinelas aquí. Ya no los necesitamos, porque hemos aniquilado a los xotalancas. —¡Gracias a Conan y a mí, condenado perro! —exclamó Valeria temblando de ira—. ¡Maldito traidor, Conan te degollará por esto!

Olmec no se molestó en decirle que era Conan quien ya estaría degollado en aquellos momentos, de acuerdo con sus órdenes. Sus ojos inyectados en sangre recorrían el cuerpo de Valeria.

—Olvídate de Conan —le dijo—. Olmec es el príncipe de Xuchotl. Nuestros enemigos ya no existen. No habrá más luchas, y nos pasaremos la vida bebiendo y amando. ¡Bebamos primero!

Olmec se sentó ante una mesa de marfil y colocó a Valeria sobre sus rodillas. Parecía un sátiro de piel oscura con una ninfa de piel blanca sobre las rodillas. Cogió un vaso de vino que había en la mesa y, acercándolo a los labios de Valeria, le ordenó: —¡Bebe!

Pero ella se resistió y el vino se derramó por su rostro —A tu invitada no le gusta ese vino, Olmec —dijo una voz fría a sus espaldas.

El hombre se estremeció y una llama de temor apareció en sus ojos. Volvió lentamente su enorme cabeza y se quedó mirando a Táscela, que estaba de pie agarrando un tapiz con una mano y la otra apoyada negligentemente en la cadera. Valeria se retorció bajo el brazo de hierro que la atenazaba, y cuando sus ojos se encontraron con la ardiente mirada de Táscela, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Aquella noche había aprendido a temer a un hombre, y ahora sabía lo que era tenerle miedo a una mujer.

El príncipe permanecía inmóvil. Había palidecido. Táscela levantó la otra mano y enseñó un pequeño vaso de oro.

—Temí que no le gustara tu vino, Olmec —dijo la princesa con voz insinuante—, de modo que traje del mío, el que traje conmigo hace mucho tiempo desde las orillas del lago Zuad. ¿Entiendes, Olmec?

Gruesas gotas de sudor cubrieron de pronto la frente del

hombre. Sus músculos se aflojaron, y Valeria se libró de su abrazo y se refugió al otro lado de la mesa. Pero aunque la razón la impulsaba a huir de la habitación, algún hechizo que no entendía la mantenía rígida, observando la escena.

Táscela se acercó al príncipe con andar ondulante y burlón. Su voz era suave, susurrante, acariciadora, pero los ojos le centelleaban. Acarició levemente la barba del hombre con sus suaves dedos.

—Eres en egoísta, Olmec —musitó sonriendo—. Quienes guardar a nuestra hermosa invitada para ti solo, aunque sabes que yo también deseaba agasajarla. ¡Has cometido una falta imperdonable, Olmec!

La máscara se cayó por un instante; los ojos de la mujer centellearon y su rostro se contrajo.

Con una inesperada muestra de fuerza le aferró convulsivamente la barba y arrancó de ella un enorme mechón.

Olmec se levantó, lanzó un grito ronco y se tambaleó como un oso. —¡Ramera! —gritó, y su voz resonó por toda la habitación—. ¡Bruja! ¡Endemoniada! ¡Tecuhltli debió haberte matado hace cincuenta años! ¡Vete, ya te he aguantado bastante! ¡Esta mujer de piel blanca es mía! ¡Vete de una vez, antes de que te mate!

La princesa se echó a reír y le arrojó al rostro los pelos ensangrentados. Su risa era más fría que el sonido del pedernal contra el acero.

—Hubo un tiempo en que hablabas de otro modo, Olmec —dijo Táscela—. Cuando eras joven pronunciabas palabras de amor. Sí, fuiste mi amante un día, hace años, y entonces me hablabas con veneración. Me rodeabas con los brazos bajo el loto encantado y yo retenía las cadenas que te esclavizaban. Sabes muy bien que no puedes hacer nada contra mí, que sólo tengo que mirarte a los ojos con el poder que me enseñaron los sacerdotes de Estigia hace mucho tiempo para que te quedes indefenso. Recuerda las noches bajo el loto negro, que se balanceaba por encima de nosotros, moviéndose acariciado por una brisa ultraterrena. No puedes luchar contra mí. Eres mi esclavo, como lo eras aquella noche… ¡y como lo serás mientras vivas, Olmec de Xuchotl!

Su voz se había convertido en un susurro, como el de un arroyo que corre entre las piedras.

La mujer se acercó al príncipe y extendió sus largos dedos sobre el enorme pecho de Olmec.

Los ojos de éste se velaron y sus fornidos brazos cayeron a los lados inertes.

Con una sonrisa de malicia cruel, Táscela levantó el vaso hasta los labios del hombre. —¡Bebe! —le ordenó.

Olmec obedeció maquinalmente; al momento, la expresión de sus ojos reflejó una furia enorme y luego un inmenso temor. Abrió la boca, pero de ésta no salió sonido alguno. Se tambaleó durante un momento y luego cayó como un saco al suelo.

El ruido que produjo el príncipe al caer sacó a Valeria de su éxtasis. Se volvió hacia la puerta y corrió hacia ella, pero con un salto de pantera Táscela se interpuso en su camino Valeria trató de golpearla con el puño con todas sus fuerzas. Sin duda, habría dejado sin sentido a cualquier hombre. Pero Táscela eludió el golpe con un rápido movimiento y aferró a la pirata por la muñeca. Enseguida la princesa le cogió también la muñeca izquierda a Valeria y, sosteniéndolas juntas con una mano, las ató tranquilamente con una cuerda. Aquella noche, Valeria creía haber sido objeto de las peores humillaciones, pero aún tendría que soportar más. Siempre se había sentido inclinada a desdeñar a las mujeres; le parecía imposible encontrar a otra mujer que pudiera manejarla como a una niña. Apenas se resistió cuando Táscela la obligó a sentarse en una silla y la ató al respaldo.

Después de haber pasado por encima de Olmec, la princesa se dirigió a la puerta de bronce, descorrió el cerrojo y la abrió.

—Este pasillo —dijo, dirigiéndose a su prisionera— da a una habitación que en otros tiempos se usaba como cámara de tortura. Cuando nos retiramos a Tecuhltli, nos llevamos la mayor parte de los artefactos con nosotros, pero quedó uno que era demasiado pesado. Aún funciona, y creo que ahora me puede servir.

Una expresión de espanto se reflejó en el rostro de Olmec. Táscela avanzó hacia él, se inclinó y lo cogió por los cabellos.

—Está parcialmente paralizado —agregó la princesa—. Puede oír, pensar y sentir. ¡Sí, puede percibir todas las sensaciones!

Después de esta siniestra observación, se encaminó hacia la puerta arrastrando el gigantesco cuerpo con una facilidad que hizo abrir los ojos de asombro a la mujer pirata.

Táscela recorrió luego el pasillo y desapareció por una puerta de hierro, que se cerró enseguida con un sonido metálico.

Valeria pronunció un débil juramento; se movió en vano, pues estaba bien atada a la silla.

Al cabo de un rato regresó la princesa, sola. Detrás de ella se alcanzó a escuchar un ahogado lamento que provenía de la habitación. Táscela cerró la puerta, pero no corrió el cerrojo.

Valeria permaneció inmóvil, observando a la mujer en cuyas manos se hallaba en aquel momento.

Táscela cogió los rubios cabellos de la pirata y la hizo mirar hacia arriba con rostro impávido. Pero la expresión de sus ojos no era impasible.

—Te he elegido para que recibas un gran honor —le dijo—. Servirás para restituir la juventud a Táscela. ¡Ah, eso te asombra! Sí, mi aspecto es juvenil, pero por mis venas corre el frío de la vejez que se acerca, tal como lo he sentido miles de veces anteriormente. Yo soy vieja, tan vieja que ni siquiera recuerdo mi infancia. Pero en otro tiempo fui una hermosa muchacha. Un sacerdote de Estigia me amó y me reveló el secreto de la inmortalidad y de la juventud eterna. Murió… dicen que envenenado, y viví en un palacio, a orillas del lago Zuad, sin que el paso del tiempo me afectara. Finalmente, un rey de Estigia quiso hacerme suya. Mi gente se rebeló y me trajo a estas tierras. Olmec me llama princesa, y lo cierto es que no tengo sangre real. Pero soy más que una princesa. Soy Táscela, cuya juventud contribuirás a devolver con tu gloriosa juventud.

Valeria se mordió los labios. Intuía en todo aquello un misterio más insólito de lo que había pensado.

La mujer morena desató las muñecas de la aquilonia y la obligó a ponerse en pie.

No era el temor a la fuerza dominante de la princesa lo que paralizaba a Valeria y le impedía reaccionar; eran los terribles ojos de Táscela, ardientes e hipnóticos, los que la mantenían prisionera.

7. El hombre de las tinieblas

—¡Y bien, soy un kushita!

Conan miró al hombre que se hallaba sobre el bastidor de hierro. —¿Qué diablos estás haciendo en ese aparato? —preguntó.

Detrás de la mordaza surgieron una serie de sonidos incoherentes. Conan se inclinó y le quitó el trapo, provocando un lamento de miedo en el prisionero, ya que, con el movimiento, la esfera de hierro había descendido hasta presionar su enorme torso. —¡Cuidado, por Set! —exclamó Olmec. —¿Crees que me preocupa tu suerte? En realidad, me gustaría quedarme aquí para ver cómo esa enorme bola te aplasta las entrañas. Pero tengo prisa. Dime, ¿dónde está Valeria? —¡Suéltame! —dijo Olmec—. Entonces te lo diré.

—Dímelo primero. —¡Jamás! —repuso el príncipe, y cerró la boca con gesto tozudo.

—Está bien —dijo el cimmerio, tomando asiento junto al aparato de tortura—. La encontraré yo mismo una vez que tú hayas sido reducido a pulpa. Y creo que puedo acelerar el asunto pinchándote un poco en las orejas —agregó, extendiendo la espada a título de prueba. —¡Espera! —dijo el cautivo con los labios cenicientos—. Táscela me la quitó y luego me trajo aquí. Yo no he sido más que un títere en sus manos. —¿Táscela? —preguntó el cimmerio escupiendo—. ¡Vaya, esa maldita...!

—No, es peor de lo que tú crees —dijo Olmec jadeando—. Táscela es vieja, nació hace varios siglos. Pero renueva su vida y su juventud mediante el sacrificio de mujeres jóvenes y hermosas. Por eso nuestro clan ha quedado reducido a su estado actual. Extraerá la fuerza vital de Valeria y volverá a tener vigor y belleza. —¿Las puertas están cerradas? —preguntó Conan mirando a su alrededor.

—Sí, pero conozco un camino para llegar a Tecuhltli. Sólo

Táscela y yo conocemos su existencia. Ella cree que tú estás muerto y que yo sigo prisionero. Libérame y te juro que te ayudaré a rescatar a Valeria. Sin mi ayuda no podrás entrar en Tecuhltli. Déjame libre, y la mataré antes de que pueda dominarme con su magia, antes de que nos mire siquiera. Un cuchillo por la espalda hará bien el trabajo. Debí haberla matado hace tiempo, pero temí que sin su ayuda los xotalancas nos derrotaran. Ella también me necesitaba. Esa es la única razón por la que me ha dejado vivir hasta ahora. En este momento ninguno de los dos necesita al otro. Uno debe morir. Te juro que cuando haya matado a la bruja, tú y Valeria podréis marcharos sin que nadie os haga daño. Mi gente me obedecerá una vez muerta Táscela.

Conan se inclinó y cortó las ataduras del príncipe. Olmec se deslizó cuidadosamente bajo la esfera de hierro, se puso en pie y sacudió la cabeza como un toro, mientras profería juramentos y se palpaba el lacerado cuero cabelludo.

Hombro con hombro, los dos individuos presentaban un formidable cuadro de primitivo poder. Olmec era tan alto como el cimmerio, pero más pesado. Sin embargo, había algo repulsivo en el tlazitlano, algo abismal y monstruoso que contrastaba negativamente con la esbelta robustez del cimmerio. Conan se había quitado los restos de su desgarrada camisa y se cubría tan sólo con un taparrabo. Parecía la imagen de la fuerza primitiva tallada en bronce. Olmec tenía la piel oscura, pero no a causa de los rayos del sol. Si Conan era una figura del amanecer de los tiempos, Olmec era una sombría imagen de épocas anteriores.

—Guíame hasta allí, y ve tú delante —dijo el cimmerio—. No me fío un pelo de ti.

Olmec no llevó a Conan de vuelta a la puerta de bronce, pues el príncipe había supuesto, con acierto, que Táscela la habría cerrado, sino hasta una habitación de la zona limítrofe de Tecuhltli.

—Este secreto ha sido guardado durante medio siglo —dijo—. Ni siquiera lo conoce la gente de nuestro clan, y menos aún los xotalancas. El mismo Tecuhltli mandó hacer esta entrada secreta y después mató a los esclavos que la construyeron. Temía verse expulsado algún día de su propio reino por las artes de Táscela, cuya pasión por él pronto se convirtió en odio.

Pero ella descubrió el secreto y puso barras por dentro de la

puerta secreta un día que Tecuhltli volvía de una incursión que había dado escasos frutos. Los xotalancas lo capturaron y luego lo desollaron vivo. Un día que yo espiaba a Táscela la vi entrar por aquí, con lo cual descubrí el secreto.

Olmec apretó un saliente dorado que había en la pared, y una sección de ésta giró hacia adentro, dejando ver una escalera de mármol que llevaba arriba.

—La escalera ha sido construida en el mismo muro y conduce a una torre que sobresale por encima del techo. Desde allí hay unas escaleras que llevan hacia abajo, a las habitaciones. ¡Vamos, deprisa! —¡Después de ti, amigo! —dijo Conan con sorna, mientras empuñaba su enorme espada.

Olmec se encogió de hombros y avanzó hacia la escaleta. El cimmerio lo siguió, y la puerta se cerró tras ellos.

Subieron hasta que Conan estimó que se hallaban por encuna del nivel del cuarto piso.

Arriba brillaban numerosas gemas verdes. Luego había una torre cilíndrica, en cuyo techo abovedado estaban incrustadas las piedras preciosas que iluminaban los escalones. A través de unas ventanas con barras de oro y cristales irrompibles —las primeras ventanas que veía en Xuchotl—. Conan divisó unos montes elevados a lo lejos, así como más torres y cúpulas que se recortaban sombríamente contra las estrellas. Estaba viendo por vez primera los techos de Xuchotl.

Olmec no miró por las ventanas. Al cabo de un momento bajó rápidamente por una de las diversas escaleras que descendían desde la parte superior de la torre y llegaron a un estrecho pasillo, que formaba un ángulo recto a cierta distancia. Se encontraron de nuevo ante unos escalones que llevaban abajo. Allí Olmec se detuvo.

Desde abajo llegaba, apagado pero inconfundible, el grito de una mujer. Uno gritó que expresaba al mismo tiempo furia, temor y vergüenza. Conan reconoció la voz de Valeria.

La repentina ira que aquel grito suscitó en el cimmerio hizo que se olvidara de Olmec. Pasó por delante del príncipe y empezó a bajar por la escalera. Su instinto le advirtió algo, en el preciso momento en que el príncipe le golpeaba con su puño que parecía una maza. El fiero golpe iba dirigido contra el cráneo de Conan,

pero este giró a tiempo y lo recibió en el cuello. Semejante impacto le habría quebrado las vértebras a un hombre menos robusto.

A pesar de todo, el bárbaro se tambaleó hacia atrás, pero en el momento en que caía arrojó su espada, inútil en un lugar tan estrecho, y aferró el brazo aún extendido de Olmec, arrastrando al príncipe en su caída. Ambos cayeron al suelo en un batí burrillo de miembros en movimiento, y en aquel momento el cimmerio consiguió rodear con sus férreos dedos el cuello de toro de Olmec.

Al igual que un perro de caza, Conan siguió aferrándole mientras rodaban, hasta que fueron a dar contra una puerta de marfil situada en el fondo de la escalera. Lo hicieron con un ímpetu tal que destrozaron la puerta y siguieron rodando entre sus restos. Pero Olmec ya estaba muerto, pues los dedos de hierro del cimmerio le habían roto el cuello mientras caían por las escaleras.

Conan se puso en pie y se sacudió de los hombros los trozos de marfil y el polvo que cubrían su cuerpo.

Se encontraba en la gran sala del trono, donde había quince personas reunidas. A la primera que vio fue a Valeria. Delante del estrado del trono había un extraño altar. Frente a éste se alineaban siete enormes velas negras colocadas en unos candelabros de oro. Dichas velas expulsaban un denso humo verde que subía en espiral con turbador aroma. Las espirales se unían para formar una nube debajo del techo. Encima del altar se hallaba tendida Valeria, y la blancura de su piel contrastaba notablemente con el brillante color negro de la losa.

No estaba atada, pero sí estirada, con los brazos encima de la cabeza. En la cabecera del altar había un hombre joven que la sostenía con fuerza por las muñecas. Una mujer arrodillada en el otro extremo le sostenía los tobillos. En aquella postura, la aquilonia no podía hacer ningún movimiento.

Once personas, entre hombres y mujeres de Tecuhltli, estaban arrodillados en semicírculo y observaban la escena con ojos ávidos y ardientes.

Táscela estaba sentada sobre el trono de marfil, y a su alrededor unos incensarios producían un tenue vaho aromático. La mujer no estaba quieta, sino que se retorcía en contorsiones sensuales, como si experimentara un intenso placer al sentir en su carne el contacto del marfil.

El estrépito de la puerta al romperse bajo el impacto de los dos cuerpos no alteró la escena.

Los hombres y las mujeres arrodillados miraron sin curiosidad el cuerpo inerte de su príncipe y al hombre que se encontraba junto a la puerta, y luego volvieron los ojos hacia la convulsa figura blanca que se agitaba en el altar. Táscela lo miró despectivamente y rió con carcajada burlona. —¡Ramera! —exclamó el cimmerio con los puños cerrados, avanzando hacia ella.

Al dar los primeros pasos, oyó un ruido metálico y sintió que un hierro le mordía salvajemente en la pierna. Sólo los tensos músculos de su pantorrilla lo habían salvado de que un cepo de acero le cercenara la pierna. El maldito artefacto había surgido de repente del suelo. —¡Estúpido! —exclamó Táscela riendo—. ¿Crees que no me iba a prevenir contra tu posible regreso? Cada una de las puertas de esta sala está provista de trampas semejantes. ¡Quédate ahí y observa cómo se cumple el destino de tu hermosa amiga! Luego decidiré qué hacer contigo.

La mano derecha de Conan se extendió instintivamente hacia su cinto, pero sólo halló la vaina vacía, sin la espada Esta había quedado en la escalera. La daga se encontraba en el bosque, donde le había servido para matar al dragón. Los dientes de acero de la trampa le dolían en la pierna como si fueran carbones encendidos, pero el dolor no era tan penoso como la ira que le invadía el alma. Estaba atrapado. Si hubiera tenido la espada, seguramente se habría cortado la pierna para arrastrarse por el suelo e intentar matar a Táscela. Los ojos de Valeria lo miraron con muda súplica y Conan se sintió enloquecer de impotencia.

Se dejó caer sobre la rodilla de la pierna libre y trató de introducir los dedos entre los dientes del cepo. La sangre le cubrió las manos al herirse con las aceradas púas, pero éstas no se abrieron.

Táscela hizo caso omiso del cimmerio. Se puso en pie lánguidamente ante sus escasos súbditos y, después de mirarlos durante un momento, preguntó: —¿Dónde están Xamec, Zlanath y Tachic?

—No regresaron de las catacumbas, princesa —repuso uno de los hombres—. Al igual que nosotros, llevaron los cuerpos de los muertos a las catacumbas, pero no volvieron. Tal vez el espectro de

Tolkemec se los llevó. —¡Calla, infeliz! —dijo ella secamente—. Ese fantasma es un mito.

Luego, la princesa descendió del altar empuñando un fino estilete con empuñadura de oro.

Sus ojos brillaban como ascuas. Se detuvo junto al altar y habló con tono suave, pero tenso. —¡Tu organismo me conservará joven, mujer blanca! —dijo—. Me inclinaré sobre tu cuerpo, aplicaré mis labios a los tuyos y lentamente, muy lentamente, hundiré esta hoja en tu corazón. Entonces tu vida, al huir por tu boca, entrará en la mía e infundirá nueva juventud y vigor a mi cuerpo.

Lentamente, como una serpiente que se cierne sobre su víctima, Táscela se inclinó sobre la inmóvil mujer, que la miraba con ojos desorbitados.

Las personas que estaban arrodilladas se apretaron las manos y contuvieron el aliento. Tan sólo se oía el jadeo del cimmerio, que intentaba desesperadamente liberar su pierna de la trampa.

Todas las miradas estaban fijas en el altar y en la blanca figura tendida encima de la losa.

Ni la caída de un rayo habría disipado el embrujo de aquella escena. Y a pesar de ello, un grito bajo y ronco rompió el hechizo e hizo que todos se volvieran. Era un grito estremecedor, que les erizó el cabello a todos los presentes.

Al volverse, vieron una figura de pesadilla recortándose en la puerta que daba a las catacumbas. Se trataba de un hombre de pelo y barba blancos, enmarañados y muy largos.

Unos andrajos cubrían en parte su enjuto cuerpo, dejando ver una piel que no era humana.

Su color era repulsivo. Los ojos centelleantes de la aparición estaban desprovistos de todo vestigio de emoción o cordura. Tenía la boca abierta, pero no para expresar palabras coherentes, sino para proferir aquel grito desgarrador que pareció prolongarse indefinidamente. —¡Tolkemec! —musitó Táscela, lívida, mientras los demás se acurrucaban, dominados por un terror indescriptible —. ¡No había tal mito ni tal fantasma! ¡Has vivido durante doce años en las tinieblas! ¡Doce años entre los muertos! ¿Cuál ha sido tu horrible alimento, en todo este tiempo? ¿Qué alucinante remedo de existencia humana has vivido en la oscuridad de la noche eterna? Ahora comprendo por qué Xamec, Zlanath y Tachic no regresaron

de las catacumbas... ni jamás volverán. Pero ¿por qué has esperado tanto tiempo para actuar? ¿Buscabas algo en las criptas? ¿Algo secreto, que finalmente has encontrado?

Un odioso alarido fue la única respuesta de Tolkemec, que saltó al interior de la habitación pasando por encima del lugar en el que se hallaba el cepo sin que éste se abriera. Tal vez por una casualidad, o tal vez porque Tolkemec conocía todos los recovecos de Xuchotl.

El hombre no estaba loco en el sentido estricto de la palabra. Había vivido aislado de los seres humanos durante tanto tiempo que ya no era un ser humano. Sólo un recuerdo lejano y un profundo deseo de venganza lo relacionaban con sus semejantes. Sólo ese delgado hilo había impedido que desapareciera para siempre por los túneles y las grutas que descubriera mucho antes. —¡Tú buscabas algo oculto! —dijo Táscela—. ¡Y lo has encontrado! ¡Todavía recuerdas la disputa! ¡Después de tantos años aún la recuerdas!

La huesuda mano derecha de Tolkemec empuñaba una extraña vara de jade, en cuyo extremo brillaba una bola de color carmesí semejante a una pepita de granada.

La princesa saltó a un lado a toda velocidad en el preciso instante en que Tolkemec blandía la vara y un rayo de fuego de color carmesí surgía de la bola en forma de pepita de granada.

Táscela lo esquivó, pero la mujer que sostenía a Valeria por los tobillos se hallaba en el camino y recibió el rayo en la espalda. Se oyó un fuerte chasquido y después un chisporroteo aterrador. La mujer se tambaleó y luego se desplomó, al tiempo que se arrugaba y se contraía como una momia.

Valeria rodó sobre el altar y se dejó caer al otro lado de éste. Entonces comenzó a avanzar a gatas, ya que en la sala del trono se había desatado un infierno.

El hombre que había sostenido las manos de Valeria fue la siguiente víctima. Se volvió para correr, pero, antes de que hubiera dado media docena de pasos, Tolkemec, con una agilidad inconcebible para su edad, saltó hasta colocarse entre el hombre y el altar. El rayo rojo volvió a brillar, y el tecuhltli rodó sin vida por el suelo.

Luego comenzó la matanza. Todos echaron a correr por la sala profiriendo gritos demenciales, empujándose, tropezando y

cayendo. Tolkemec saltaba entre ellos e iba volviéndose, sembrando la muerte. Cuando intentaban escapar por alguna puerta, la vara que empuñaba el viejo los abatía como si de un rayo se hubiera tratado.

No elegía una víctima en especial, sino que atacaba al azar, con los jirones de su atuendo azotándole las carnes, y un espantoso alarido que subía o decrecía en intensidad por encima de los chillidos de los tecuhltli. Los cuerpos caían como hojas delante del altar y de las puertas. Uno de los guerreros se abalanzó sobre él, desesperado, con el puñal en alto, pero se desplomó antes de que pudiera acercársele demasiado. Los demás parecían un rebaño enloquecido, no pensaban en resistir ni tenían ninguna posibilidad de escapar.

Todos los tecuhltli, con excepción de Táscela, ya habían caído. La princesa se acercó al cimmerio y a Valeria, que se había refugiado junto a él, y oprimió un saliente que había junto al cepo. Al instante, éste se abrió y la pierna sangrante se liberó, después de lo cual la trampa se hundió en el suelo. —¡Mátalo, si puedes! —dijo la mujer jadeando, al tiempo que ponía una daga en la mano de Conan—. ¡Mi magia nada puede contra él!

El bárbaro saltó delante de las dos mujeres con un gruñido, sin preocuparse por su pierna herida. Tolkemec avanzaba hacia él con los ojos brillantes, pero pareció dudar al ver el arma que esgrimía Conan. Entonces comenzó un temible juego en el que Tolkemec daba vueltas en torno al cimmerio, procurando dirigir sobre él su rayo mortífero. Pero Conan lo evitaba con agilidad felina y a su vez procuraba asestarle una cuchillada a su enemigo. Las mujeres observaban la escena conteniendo la respiración.

No se escuchaba otro sonido que el roce del calzado sobre el suelo. Tolkemec ya no saltaba como antes. Se daba cuenta de que se estaba enfrentando a un rival mucho más peligroso que los que había abatido hasta aquel momento. Seguían moviéndose casi al unísono, esquivando y atacando sin resultado, pero el cimmerio se acercaba cada vez más a su enemigo. Los contraídos músculos de sus piernas ya se disponían a dar el salto definitivo cuando Valeria lanzó un grito. Un rayo rojo había surgido de la vara que empuñaba Tolkemec, pero Conan no había podido apartarse a tiempo, y así el otro tocó en un costado al cimmerio al tiempo que éste se revolvía.

Pero lo había hecho para atacar con su daga. El viejo Tolkemec se desplomó pesadamente con la hoja clavada en el pecho, muerto al fin.

Táscela saltó entonces hacia la vara, que brillaba como una cosa viva sobre las losas. Pero cuando lo hizo, Valeria la imitó, cogiendo un puñal del cinto de uno de los muertos. Y el cuchillo, impulsado por todas las fuerzas de la mujer pirata, se clavó profundamente en la espalda de Táscela y le salió por delante, entre los senos. La princesa gimió y cayó al suelo sin vida. —¡Tenía que hacerlo para quedarme tranquila con mi conciencia! —dijo Valeria, volviéndose hacia Conan encima del cuerpo inerte.

—Bien, así queda saldada la disputa —repuso él—. ¡Ha sido una nochecita infernal! ¿Dónde tendrá esta gente la comida? Me estoy muriendo de hambre.

—Antes hay que curarte esa pierna —dijo Valeria, y rasgó un trozo de seda de una de las cortinas, con el cual procedió a vendarle cuidadosamente la pierna herida al cimmerio.

—Puedo andar a pesar de esto —le dijo Conan—. Vayámonos de esta maldita ciudad, puesto que ya ha amanecido. Estoy harto de Xuchotl y ni siquiera deseo ninguna de sus condenadas joyas. Podrían estar embrujadas. En fin, esta raza se ha exterminado a sí misma.

—Hay suficiente botín en el mundo para ti y para mí, y más limpio que éste —admitió la mujer, al tiempo que su espléndido cuerpo se erguía ante el cimmerio.

Un antiguo fulgor brilló en los ojos de Conan, y esta vez ella no se resistió cuando la tomó con fuerza en sus brazos.

—Hay un largo camino hasta la costa —dijo ella al fin, alejando sus labios de los del bárbaro. —¿Y eso qué importa? —contestó el cimmerio riendo gozosamente—. No hay nada que no podamos conseguir. Antes de que los estigios abran sus puertos para la temporada comercial, tendremos bajo nuestros pies la cubierta de un barco, te lo aseguro. Y entonces le demostraremos al mundo cómo se conquistan los más grandes tesoros de la tierra.

Las joyas de Gwahlur

Los amores de Conan con Valeria no duran mucho tiempo. Tal vez el hecho de que cada uno de ellos quiera mandar contribuye a esa falta de entendimiento. Lo cierto es que terminan separándose. Valeria regresa al mar, mientras que Conan prueba suerte en los reinos negros. Cuando oye hablar de los Dientes de Gwahlur —una fortuna compuesta por joyas antiguas que se hallan ocultas en algún lugar de Keshán—, el cimmerio entra al servicio del irascible monarca de ese país, con la misión de adiestrar a sus ejércitos para una guerra contra el rey vecino de Punt.

1. Los caminos de la intriga

Los peñascos se alzaban directamente desde la selva. Constituían elevadas murallas de piedra que brillaban con resplandor azul y carmesí bajo los rayos del sol y se curvaban a lo lejos, al este y al oeste, por encima del ondulante océano de árboles. Parecían un obstáculo insuperable, pero a pesar de ello había un hombre trepando por las rocas, y ya se encontraba a mitad de camino.

El hombre pertenecía a una raza de montañeses acostumbrados a escalar peñascos inaccesibles. Además, tenía una fuerza y una agilidad poco comunes. Llevaba como único atuendo unas calzas rojas y unas sandalias que se había colgado a la espalda, al igual que su espada y su daga.

El hombre era alto, fornido y esbelto. Su piel estaba bronceada por el sol y llevaba la melena sujeta a las sienes por una tira plateada. Sus poderosos músculos, la vista aguzada y los pies firmes le resultaban de gran utilidad allí, pues aquel peñasco ponía a prueba las cualidades del mejor escalador Cincuenta metros más abajo se hallaba la selva. Le faltaba una distancia similar para llegar a la cima, que se recortaba contra el cielo de la mañana.

Actuaba como empujado por la necesidad o la prisa, a pesar de lo cual se veía obligado a avanzar muy despacio, aferrándose con todas sus fuerzas a los salientes rocosos. Sus dedos encontraban huecos y salientes, pero en muchas ocasiones se sostenía virtualmente con las uñas. No obstante, seguía ascendiendo; arañaba, gateaba y sudaba a cada paso que daba. A veces se detenía para dar un descanso a sus doloridos músculos y para enjugarse el sudor de la frente. Entonces su mirada recorría la espesura para ver si se divisaba algún rastro de seres humanos.

Ahora la cima no se hallaba muy lejos, y vio por encima de su cabeza una hendidura en la uniforme roca del peñasco. Poco

después había alcanzado la hendidura. Se trataba de una pequeña cueva situada justo debajo de la parte superior del talud. Cuando su cabeza sobresalía ya por encima del borde de la cueva, el hombre gruñó y se quedó con los codos apoyados en el saliente. Más que una cueva, aquello parecía un nicho tallado en la piedra.

Dentro había un ocupante. Se trataba de una arrugada momia pardusca que estaba sentada en el suelo de la cueva, con las piernas cruzadas, los brazos plegados sobre el pecho huesudo y la cabeza hundida. Sus extremidades estaban sujetas con tiras de cuero que se habían convertido ya en simples hilos podridos. Si la momia había llevado alguna vez un vestido, las inclemencias del tiempo lo habían hecho desaparecer casi por completo. Pero entre los brazos y el pecho se veía un rollo de pergamino de color amarillo marfileño.

El hombre extendió su largo brazo y se apoderó del pergamino. Sin detenerse a mirarlo, lo guardó debajo de su cinturón y cogió impulso hasta quedar de pie sobre el suelo de la cueva.

Dio un pequeño salto y se aferró al borde superior del talud. Luego, con otro impulso, completó su ascensión.

Una vez arriba, se detuvo jadeando, y miró hacia abajo por el otro lado.

Era como mirar al interior de un vasto cuenco bordeado por una pared circular de piedra. El suelo del cuenco se hallaba cubierto por árboles y una densa vegetación, si bien no era tan compacta como la de la selva que había fuera. Los farallones se prolongaban alrededor del enorme valle sin solución de continuidad. Se trataba de un accidente de la naturaleza tan raro que, como tal, quizá no tuviera paralelo en todo el mundo. Aquel anfiteatro natural medía media legua de diámetro, poco más o menos, y estaba aislado del resto del mundo por los escarpados taludes rocosos que lo rodeaban.

Pero el hombre que estaba arriba no se detuvo a admirar aquel fenómeno topográfico.

Examinó con atención las copas de los árboles que había debajo de él y suspiró de alivio al divisar el brillo de unas cúpulas de mármol entre el espeso verdor de la floresta. Entonces — se dijo— no era un mito; delante de su vista se hallaba el fabuloso y deshabitado palacio de Alkmeenón.

Conan el Cimmerio, también llamado de las Islas Barachas, de la

Costa Negra y de muchos otros lugares adonde lo habían llevado sus aventuras, había ido al reino de Keshán, atraído por la leyenda de un fabuloso tesoro que superaba al de los reyes de Turan.

Keshán era un reino bárbaro situado en la zona oriental de Kush, donde las grandes praderas se confundían con los bosques que se extendían hacia el sur.

Los habitantes de la zona eran de distintas razas mezcladas, y unos nobles de piel oscura gobernaban sobre la mayoría de negros puros. Los gobernantes —príncipes y grandes sacerdotes— decían descender de una raza blanca que en épocas remotas había gobernado un reino cuya capital era Alkmeenón. Una serie de leyendas trataba de explicar el motivo de la decadencia de la raza y el abandono de la ciudad por parte de los sobrevivientes.

Igualmente vagos eran los relatos acerca de los Dientes de Gwahlur, el tesoro de Alkmeenón. Pero aquellas leyendas inciertas habían bastado para llevar a Conan hasta Keshán, después de haber atravesado grandes distancias por la llanura, las selvas tropicales y las montañas.

Una vez en Keshán, que de por sí era considerado un país mítico por numerosos pueblos del norte y del oeste, oyó lo suficiente como para considerar que podía dar crédito a los rumores acerca del tesoro llamado de los Dientes de Gwahlur. Pero no pudo averiguar el lugar exacto en el que se encontraba el tesoro, y para entonces tuvo que dar ya una explicación acerca de su presencia en Keshán, donde los extranjeros no eran bien recibidos.

Sin dejarse intimidar, hizo su oferta con toda frialdad y seguridad a los suspicaces nobles del reino bárbaro. Dijo que era un guerrero profesional que había llegado a Keshán en busca de trabajo. Por una suma determinada, adiestraría a las tropas del reino y las guiaría contra Punt, su enemigo ancestral, cuyos éxitos recientes en el campo de batalla habían suscitado la furia del irascible rey Keshanio.

Esta proposición no era tan descabellada como podía parecer, puesto que la fama de Conan había llegado hasta aquel lejano país. Sus hazañas como jefe de los corsarios negros en las costas del sur habían dado a conocer su nombre, respetado y temido en todos los reinos negros. Ni siquiera se negó a realizar las pruebas que le impusieron los señores de piel oscura. Las escaramuzas eran

incesantes en las zonas fronterizas, y permitieron que en numerosas oportunidades el cimmerio demostrara su destreza en la lucha cuerpo a cuerpo.

Su arrojo y su fiereza impresionaron a los gobernantes de Keshán que, conociendo además su reputación, se mostraron muy bien predispuestos para con el bárbaro.

Lo que Conan deseaba secretamente era conseguir aquel trabajo, para poder justificar su presencia en Keshán el tiempo suficiente y llegar a descubrir así el tesoro de los Dientes de Gwahlur. Entonces se produjo un hecho inesperado Tuthmekri llegó a Keshán al frente de una embajada de Zembabwei.

Tuthmekri era un bribón y aventurero estigio que había conocido a Conan hacía mucho tiempo, si bien ambos se profesaban escaso afecto. Tuthmekri también tenía una propuesta para el rey de Keshán, relacionada con la conquista de Punt. Este reino, que se hallaba al este de Keshán, había expulsado hacía poco a todos los mercaderes de Zembabwei después de incendiar sus comercios.

Su oferta superaba incluso la de Conan. Tuthmekri se comprometía a invadir Punt desde el este con un ejército de lanceros negros, arqueros shemitas y mercenarios, ayudando al rey de Keshán a anexionar el reino hostil. Los benévolos reyes de Zembabwei sólo deseaban un monopolio del comercio, con Keshán y sus tributarios, y como prueba de buena fe, una parte del tesoro de los Dientes de Gwahlur. Tuthmekri se apresuró a aclarar a los suspicaces jefes de Keshán que el tesoro no sería tocado y que se colocaría en el templo mayor de Zembabwei, junto a los ídolos de oro de Dagon y Derketo. De este modo se sellaría el acuerdo entre Keshán y Zembabwei. Tales manifestaciones hicieron sonreír a Conan.

El cimmerio no hizo ningún intento de confrontar su astucia y capacidad de intriga con las de Tuthmekri y su amigo shemita, Zargheba. Pero sabía que si Tuthmekri ganaba, pediría la eliminación de su rival. A Conan no le quedaba más que una solución: encontrar el tesoro antes de que el rey de Keshán se decidiera —pues se decidiría, probablemente, a favor de Tuthmekri — y huir con lo que pudiera. Pero el cimmerio estaba seguro de que el tesoro no se hallaba en Keshán, la ciudad real, que era un conjunto de chozas de adobe con techo de paja que rodeaban un

muro; dentro de éste se hallaba una especie de palacio de piedra, adobe y bambú.

Mientras Conan se consumía de impaciencia, buscando datos acerca del tesoro, el gran sacerdote Gorulga anunció que antes de tomar cualquier decisión sobre la alianza con Zembabwei había que consultar la voluntad de los dioses por medio del oráculo de Alkmeenón.

Aquello infundía temor, e inquietó a los moradores del palacio y de las chozas vecinas.

Durante un siglo ningún sacerdote había visitado la ciudad desierta. El oráculo —decían— era la princesa Yelaya, la última gobernante de Alkmeenón, que había muerto cuando aún era joven y bella, y cuyo cuerpo se había conservado milagrosamente intacto a través de los años.

Desde épocas remotas, los sacerdotes se habían dirigido a la ciudad encantada donde ésta les enseñaba su sabiduría. El último sacerdote que consultó el oráculo fue un hombre malvado que intentaba apropiarse de las valiosas joyas que los hombres llamaban los Dientes de Gwahlur. Pero alguna maldición había caído sobre él en la ciudad desierta, porque al huir de allí sus acólitos contaron tales horrores que durante cien años ninguno de los aterrados sacerdotes osó acercarse a la ciudad ni al oráculo.

En la actualidad Gorulga era el sumo sacerdote. Este tenía confianza en su gestión y anunció que iría con un puñado de hombres a revivir la antigua costumbre. Con la excitación que originó el suceso, las gentes hablaron sin cesar y Conan captó, finalmente, el indicio que aguardaba desde hacía varias semanas. Lo oyó de boca de un sacerdote menor, y el cimmerio abandonó inmediatamente la ciudad la víspera del día en que debían hacerlo los sacerdotes.

Después de cabalgar durante dos noches y un día, al amanecer llegó a los farallones de Alkmeenón, que se hallaban en la zona sudeste del reino, entre una selva casi inexplorada que evitaba la mayoría de los hombres. Nadie salvo los sacerdotes osaba acercarse al lugar hechizado, y ni siquiera éstos habían entrado a Alkmeenón desde hacía cien años.

Ningún hombre había logrado trepar por aquellos taludes cortados a pico, y nadie más que los sacerdotes conocían la entrada

secreta que llevaba al interior del valle. Conan no perdió el tiempo buscando la entrada secreta. Las paredes, que asustaban a los habitantes de las llanuras y de los bosques, no resultaban inaccesibles para un hombre nacido en las montañas de Cimmeria.

Ahora el bárbaro se encontraba en la cima del peñasco y estaba mirando hacia abajo, en dirección al valle circular. Se preguntó qué plaga, guerra o superstición habría hecho que aquellas gentes de una antigua raza blanca abandonaran su fortaleza natural para ir a mezclarse con las tribus negras que rodeaban la zona.

Aquel valle había sido su ciudadela. Allí se encontraba el palacio real, y en dicho valle sólo habían vivido los reyes y sus cortesanos. La ciudad real se hallaba fuera del valle rodeado de taludes, y la densa vegetación ocultaba ahora sus ruinas. Así pues, las cúpulas que brillaban delante del cimmerio eran las de la antigua morada de los reyes de Alkmeenón y parecían haber desafiado con éxito el paso del tiempo.

Conan pasó una pierna sobre el borde y comenzó a descender. La cara interna del peñasco era más quebrada, no tan lisa, razón por la cual tardó menos de la mitad en bajar de lo que había tardado en subir.

Con una mano en la empuñadura de la espada, el cimmerio miró cautelosamente a su alrededor. No había razón alguna para suponer que habría hombres en Alkmeenón, que tenía fama de estar desierta y poblada sólo por espectros de un pasado remoto; pero Conan era receloso y cauto por naturaleza.

Allí reinaba un silencio absoluto. No se movía ni una sola hoja en el valle. Cuando se inclinó para mirar entre los árboles, el bárbaro no vio más que las interminables hileras de troncos que se extendían a lo lejos.

Aun así, se adelantó, extremando las precauciones, observando con ojos inquietos cada una de las sombras que veía a su alrededor y sin hacer el menor ruido. Empezó a encontrar signos inequívocos de una antigua civilización; fuentes de mármol secas y semiderruidas que se alzaban en algunos claros del bosque. Las hierbas y los matorrales habían llenado los jardines, pero todavía podía apreciarse la primitiva disposición de aquellos parques. Anchas calzadas se extendían bajo las frondas, pero el pavimento estaba agrietado y sembrado de hierbas. Vio muros cuidadosamente

tallados que parecían haber pertenecido a antiguos pabellones de caza.

Delante del cimmerio, entre los árboles, alcanzaban a divisarse las cúpulas y el edificio que las sostenía. Finalmente llegó a un amplio claro y se encontró delante de las columnas del pórtico del palacio.

Al ascender por los amplios escalones de mármol, Conan advirtió que el edificio se hallaba en mucho mejor estado de conservación que las demás construcciones que había visto hasta ese momento. Los gruesos muros y los pilares macizos eran, sin duda, demasiado recios para que el tiempo hubiera hecho mella en ellos. La misma quietud irreal se cernía sobre todo el lugar. A pesar de la suavidad de las pisadas de Conan, que andaba como un felino, sus pasos parecían resonar ruidosamente en el denso silencio.

En algún lugar de aquel palacio se hallaba la imagen que en tiempos pasados sirviera como oráculo a los sacerdotes de Keshán. Y también en el palacio, a menos que el sacerdote hubiese mentido, estaba escondido el tesoro de los reyes de Alkmeenón.

El bárbaro pasó por un enorme vestíbulo rodeado de altas columnas que formaban arcadas, entre las cuales había puertas cuya madera estaba reseca por el paso del tiempo. Siguió avanzando en la semipenumbra, y en el otro extremo de la sala pasó por una puerta cuyas hojas de bronce estaban entreabiertas. Entró en un amplio salón abovedado, que seguramente había servido como lugar de audiencias a los reyes de Alkmeenón.

El recinto tenía forma octogonal, y la cúpula que había en el techo tenía numerosas claraboyas, por lo cual la claridad era allí más intensa que en las habitaciones precedentes En el otro extremo había un estrado con escalones de lapislázuli, que conducían a un trono macizo con brazos tallados y un alto respaldo. Conan gruñó y sus ojos centellearon. ¡Se hallaba delante del trono de oro de Alkmeenón, del que hablaban las leyendas! El cimmerio lo observaba con mirada de conocedor y se dijo que por sí solo valdría una fortuna, en el caso de que pudiera llevárselo. Aquel trono encendió la imaginación del cimmerio respecto a lo que podía ser el verdadero tesoro. Ansiaba hundir los dedos entre las piedras preciosas que había oído describir en la plaza del mercado de Keshán, que no tenían ningún paralelo en el mundo: rubíes,

esmeraldas, diamantes, zafiros, ópalos y muchas más, fruto del saqueo de antiguos tesoros.

El cimmerio había esperado encontrar la efigie del oráculo sentada en el trono, pero debía de hallarse en otro lugar, si es que realmente existía. Pero desde que estaba en Keshán, muchos de los mitos se habían convertido en realidad, por lo que no dudaba de que encontraría lo que estaba buscando.

Detrás del trono había una portezuela, que seguramente había estado cubierta en otros tiempos por ricos tapices. Echó un vistazo y comprobó que la puerta daba a una habitación vacía, de la cual partía un pasillo estrecho. Sin cruzarla, Conan examinó otro arco que había a la izquierda del estrado y vio que, a diferencia de los demás, en éste había otra puerta.

Ésta no era corriente, pues también estaba hecha de oro, al igual que el trono, y había sido tallada con extraños diseños.

El bárbaro empujó la puerta y ésta se abrió con facilidad, como si sus bisagras hubieran sido aceitadas recientemente. Una vez dentro, Conan se detuvo.

Se encontraba en una habitación cuadrada de dimensiones reducidas, cuyas paredes de mármol se alzaban hasta el techo adornado con incrustaciones de oro. Ricos frisos de este mismo metal relucían en la parte superior de las paredes. No se veía otra puerta salvo aquella por la que había entrado el bárbaro. Pero había pasado todos estos detalles por alto.

Su atención se centraba en la figura que se hallaba en el estrado de marfil que tenía delante.

Conan esperaba encontrar una imagen tallada con gran destreza, pero no había arte que pudiera reproducir la perfección de la figura que estaba viendo el cimmerio.

No se trataba de una efigie tallada en metal, piedra o marfil, sino del cuerpo real de una mujer que se había conservado durante siglos gracias a algún arte desconocido. Incluso el atuendo de la mujer estaba intacto. Conan frunció el ceño al ver aquello, y lo invadió una extraña inquietud. Las artes que preservaban el cuerpo no tenían por qué haber conservado los vestidos. Sin embargo, allí estaban: una breve falda de seda, sostenida por un cinto con gemas incrustadas, y un corpiño con placas de oro y piedras preciosas. Ni las telas ni los metales daban la sensación de haber resultado

afectados por el paso del tiempo.

Yelaya era una mujer de fría belleza lo cual no tenía nada que ver con el hecho de que estuviera muerta. Su cuerpo parecía de alabastro; era esbelto y voluptuoso al mismo tiempo.

En la oscura cabellera de la princesa brillaba un rubí de grandes dimensiones.

Conan se quedó mirando a la mujer con el ceño fruncido. Luego dio unos golpes en el estrado con su espada. Tal vez el tesoro estuviese escondido en un hueco, pero el sonido indicó que el estrado era macizo.

Se volvió y anduvo por la estancia con cierta indecisión. ¿Dónde buscar primero, con el poco tiempo de que disponía? Un sacerdote al que había oído hablar con un cortesano decía que el tesoro estaba escondido en el palacio. Pero aquello resultaba demasiado vago, a causa de las dimensiones del edificio. Se preguntó si debía esconderse hasta que los sacerdotes se hubieran marchado, para continuar la búsqueda después. Pero pensó que era muy posible que se llevaran las joyas al regresar a Keshán. Conan estaba seguro de que Tuthmekri había sobornado a Gorulga.

El cimmerio se había hecho una idea de los planes que tenía Tuthmekri gracias a su conocimiento de la naturaleza humana. Seguramente había sido éste el que había propuesto la conquista de Punt a los reyes de Zembabwei, aunque su verdadero fin era apoderarse del tesoro de los Dientes de Gwahlur. Sin duda aquellos cautos reyes habrían pedido pruebas de que el tesoro existía realmente, antes de tomar ninguna medida. Las joyas que había solicitado Tuthmekri como garantía serían una prueba convincente.

Una vez que tuvieran la seguridad de la existencia del tesoro, los reyes de Zembabwei actuarían. Punt sería invadido simultáneamente por el este y el oeste, pero los hombres de Zembabwei procurarían que los nativos de Keshán cargaran con el peso de la lucha.

Entonces, cuando tanto Punt como Keshán estuvieran agotados por la contienda, las gentes de Zembabwei aniquilarían a los dos pueblos, saquearían Keshán y se llevarían el tesoro, aunque tuvieran que levantar piedra por piedra cada edificio, o debieran torturar a todos los habitantes del reino.

Pero existía otra posibilidad: si el mismo Tuthmekri encontraba

el tesoro, entonces lo más probable era que engañase a sus amos y se llevase las joyas.

Conan creía que aquella consulta al oráculo no era más que una excusa para persuadir al rey de Keshán para que accediese a los deseos de Tuthmekri, pues no dudaba de que el gran sacerdote Gorulga era tan sutil y astuto como los que formaban parte de aquella gran maquinación. El cimmerio no había intentado comunicarse con el gran sacerdote debido a que en aquel juego de sobornos él no tenía ninguna posibilidad al lado de Tuthmekri. Si lo hubiera intentado, habría caído directamente en manos de los estigios. Gorulga podía denunciar al cimmerio, crearse una reputación de honestidad y liberar a Tuthmekri de su rival, todo a la vez. Conan se preguntó de qué modo habría sobornado Tuthmekri al sumo sacerdote y cuánto podía haberle ofrecido a un hombre que tenía el mayor tesoro del mundo al alcance de la mano.

Sin duda, el oráculo diría que era voluntad de los dioses que Keshán aceptara las propuestas de Tuthmekri, y que no dejaría de decir algo relativo a Conan. A partir de entonces, Keshán sería un lugar muy incómodo para el cimmerio, aunque éste ya había decidido no volver allí al salir de Alkmeenón.

La habitación del oráculo no le proporcionó ningún indicio a Conan. Este regresó al salón del trono y colocó las manos debajo de los brazos del gran sillón. Era pesado, pero pudo moverlo hacia un lado. El suelo era de mármol macizo. Volvió a la habitación, pensando en una cripta secreta que pudiera haber cerca del oráculo. Empezó a golpear las paredes, hasta que finalmente oyó un sonido hueco. Al mirar con más atención vio que había un resquicio en el mármol, y que el siguiente panel era mucho más grande. Entonces insertó la punta de la daga en el resquicio y apretó.

El panel comenzó a abrirse en silencio, dejando ver una especie de nicho en la pared, pero nada más. El cimmerio profirió un juramento. Estaba vacío, y no tenía aspecto de haber albergado un tesoro. Entonces se inclinó sobre el nicho y vio una serie de pequeños orificios en la pared a la altura de su boca. Echó un vistazo a través de éstos y lanzó un gruñido al comprender lo que sucedía. Aquella era la pared que separaba la sala de la habitación del oráculo. Los agujeros no se veían desde la habitación.

El bárbaro sonrió al comprender el misterio del oráculo. De

todas formas, era más sencillo de lo que había esperado. Gorulga se apostaría allí en persona, o mandaría a alguno de sus acólitos, y hablaría por los orificios. Los crédulos hombres de color aceptarían aquella voz como si fuera el oráculo.

En aquel momento Conan recordó algo y extrajo de su cinto el pergamino que le había quitado a la momia. Lo desenrolló con todo cuidado, ya que parecía estar a punto de deshacerse en pedazos. Frunció el ceño al ver los signos que aparecían escritos en él. En sus viajes por todo el mundo, el gigantesco aventurero había adquirido conocimientos muy diversos, sobre todo en cuanto a la escritura de muchas lenguas extranjeras. Esta capacidad lingüística del cimmerio le había salvado la vida en varias ocasiones.

Aquellos símbolos, sin embargo, lo desconcertaban. Resultaban a la vez familiares e ininteligibles, y finalmente descubrió el motivo. Era la escritura arcaica de Pelishtia, que tenía muchas diferencias con la escritura moderna de aquel país, que él conocía. Aquellos signos más antiguos y puros le intrigaban. No obstante, descubrió unas palabras que se repetían: Bit-Yakin. El cimmerio dedujo que se trataba de la Persona que había escrito el pergamino.

Con el ceño fruncido y los labios moviéndose silenciosa e inconscientemente, Conan trató de descifrar el significado del escrito, pero se dio cuenta de que en su mayor parte era intraducible.

Entendió algo, desde luego, y era que el misterioso escriba, Bit-Yakin, había llegado desde lejos con sus criados y había entrado en el valle interior de Alkmeenón. Lo que seguía era incomprensible, aunque algunas frases y caracteres le resultaran familiares. El escrito parecía referirse a unos hechos ocurridos en un extenso período de tiempo. El nombre de Yelaya también se repetía con frecuencia, y al final del documento se advertía que BitYakin sabía que el momento de su muerte estaba próximo. Sin poder reprimir un escalofrío, Conan comprendió que la momia de la pequeña cueva debía de ser la del autor de aquel relato, el misterioso pelishtio Bit-Yakin. Muerto el hombre, sus criados seguramente lo habían colocado en la pequeña cueva situada en lo alto de los farallones, de acuerdo con las instrucciones que había dejado antes de morir.

Era extraño que el nombre de Bit-Yakin no se mencionase en ninguna de las leyendas de Alkmeenón. Evidentemente había

llegado al valle después de que éste fuera abandonado por sus habitantes originales. El manuscrito parecía indicarlo, pero resultaba raro que los sacerdotes no hubiesen encontrado a Bit-Yakin ni a sus servidores. Conan estaba seguro de que la momia y el pergamino tenían más de un siglo de antigüedad. Bit-Yakin había vivido en el valle cuando los sacerdotes acudían a postrarse ante el cadáver de Yelaya. No obstante, las leyendas hablaban siempre de una ciudad. ¿Por qué habría vivido ese hombre en aquel lugar deshabitado, y hacia dónde se fueron sus criados después de colocar en el nicho el cadáver de su amo?

Conan se encogió de hombros y volvió a poner el pergamino en su cinto. Casi al mismo instante se estremeció violentamente y sintió que se le erizaba el cabello. ¡En medio del absoluto silencio que reinaba en el palacio acababa de oír un sonido estridente!

Giró en redondo, agazapándose como un felino con la espada desenvainada. Miró por el estrecho corredor del que parecía provenir el sonido. ¿Habrían llegado los sacerdotes de Keshán? Pensó que esto era improbable, dado el poco tiempo transcurrido. Pero el fuerte sonido metálico era la prueba indiscutible de una presencia humana en aquel palacio deshabitado.

Conan era un hombre de acción directa. Por esa razón, en lugar de escapar en dirección opuesta, como habría hecho la mayoría de los hombres, corrió por el pasillo hacia el lugar de donde provenía el sonido. Sus sandalias no hacían más ruido que las patas de un leopardo. Tenía los ojos entrecerrados y la boca semiabierta en una extraña sonrisa. Se sentía furioso ante aquella amenaza que intuía en el extraño fenómeno.

El cimmerio salió finalmente del corredor y llegó a un pequeño patio. Su mirada se sintió atraída por algo que brillaba bajo el sol. Se trataba de un batintín, un enorme disco de oro que colgaba de un brazo insertado en la pared. Al lado del batintín se hallaba un mazo de latón. En aquel sitio no se advertía rastro alguno de seres humanos. Los arcos de alrededor estaban vacíos. Conan permaneció largo rato a la expectativa, tratando de escuchar algo. En el enorme palacio no se oía ni el más ligero rumor. Agotada su paciencia, dio una vuelta en torno al patio, mirando hacia los arcos y dispuesto a saltar o a atacar como una cobra.

Al llegar junto al gran batintín, observó el arco que se hallaba al

lado. Sólo vio una habitación oscura, llena de escombros. Debajo del disco metálico no se veían huellas de pies. Sin embargo, el cimmerio advirtió un olor peculiar, fétido, que no pudo identificar.

Las fosas nasales de Conan se dilataron como las de un animal al acecho.

Se volvió hacia el arco... y con repentino fragor, las losas del suelo, aparentemente sólidas, cedieron bajo sus pies. Al caer, el bárbaro extendió los brazos y trató de aferrarse al borde del agujero que acababa de abrirse en el piso. Pero los bordes eran endebles, y el cimmerio cayó en una comente de agua helada que lo arrastró a una velocidad estremecedora.

2. El despertar de una diosa

Al principio Conan no intentó luchar contra la corriente, que lo arrastraba en la oscuridad.

Luego consiguió mantenerse a flote y ponerse la espada entre los dientes. De pronto vio un rayo de luz más adelante. Vio la superficie del agua convulsionada, como si algún monstruo de las profundidades hubiera salido al exterior, y divisó también las paredes laterales, que se prolongaban hacia arriba en un techo abovedado. A cada lado se extendía un estrecho saliente debajo de la bóveda, pero estaba demasiado alto para poder asirse a él. El techo estaba roto en un punto; probablemente se había caído, y la luz se filtraba por la abertura.

Más allá de aquel orificio, el túnel estaba a oscuras. Conan sintió verdadero pánico al pensar que podía dejar atrás aquel sitio iluminado para hundirse de nuevo en las tinieblas de lo desconocido.

Entonces divisó algo más: unas escalas de bronce que se extendían desde las cornisas hasta la superficie del agua a intervalos regulares. Había una delante de él, por lo que nadó hacia la escala, luchando contra la corriente que lo arrastraba hacia el centro. Pero el cimmerio bregó palmo a palmo con desesperación y fue ganando terreno. Por fin se encontró debajo de la escala y se asió con fiero impulso del último barrote, y quedó colgando, sin respiración.

Poco después ascendía por los corroídos peldaños, que se curvaron y chirriaron, pero aguantaron. Llegó así hasta la estrecha cornisa que había a lo largo de la pared por debajo de la bóveda del techo. El alto cimmerio se vio obligado a agacharse, pues no tenía espacio suficiente para permanecer erguido. Cerca de la escala había una pesada puerta de bronce, pero no se abrió a pesar de los esfuerzos de Conan. Tomó la espada que sostenía con los dientes y

volvió a envainarla. Escupió sangre, ya que el filo del sable le había cortado los labios durante la lucha contra la corriente. Enseguida volvió su atención hacia el orificio del techo.

Extendió un brazo por el agujero y al tantear el borde pudo comprobar que era suficientemente resistente como para aguantar su peso. A continuación se aferró con ambas manos al borde, se impulsó hacia arriba y pudo salir finalmente del túnel de aguas subterráneas. Se encontró en una amplia habitación que se hallaba en un estado lamentable.

La mayor parte del techo se había desplomado, así como gran parte del suelo, que formaba la bóveda de la que Conan acababa de salir. Derruidas arcadas comunicaban con pasillos y salas, por lo que el cimmerio se dijo que aún debía de encontrarse en el enorme palacio. Se preguntó inquieto si habría muchas corrientes subterráneas como aquélla, pues temía volver a caer en un hueco parecido al anterior.

También pensó si la caída habría sido sólo un accidente. En todo caso, había una cosa cierta: no era el único ser vivo que se hallaba en el palacio. El batintín no había sonado por sí solo, aun cuando con ello no hubieran pretendido causarle la muerte. De repente el silencio del palacio resultó siniestro y cargado de amenazas. ¿Se trataría de alguien empeñado en la misma empresa que él? Entonces recordó algo en relación con el misterioso Bit-Yakin. ¿Y si éste había hallado el tesoro de los Dientes de Gwahlur durante su largo período de residencia en Alknieenón, y sus servidores se lo habían llevado tras la muerte de su amo? La posibilidad de que estuviera buscando algo inexistente enfurecía al cimmerio.

Se internó por un pasillo que, a su entender, debía llevarlo de vuelta a la zona del palacio en la que había estado antes. Se dio prisa, aunque pisó con cuidado al recordar el negro río que fluía bajo sus pies.

Volvió a pensar en la habitación del oráculo y en su misteriosa ocupante. En algún lugar de aquel sector debía de estar la clave que conducía al tesoro, si es que éste aún se hallaba en el palacio.

En aquella parte, el enorme edificio se hallaba casi en ruinas, pero a medida que avanzaba, el estado de las salas y corredores parecía mejorar.

No pudo recordar exactamente dónde se hallaba la habitación

del oráculo ni qué dirección debía tomar. Poco después descubrió un pasillo que recordaba haber visto antes y que lo llevó de vuelta hasta la sala del trono. Había tomado una decisión. Consideraba inútil seguir vagando por el palacio en busca del tesoro. Resolvió esconderse por allí y esperar a que llegaran los sacerdotes de Keshán. Luego, cuando hubieran representado la farsa del oráculo, los seguiría hasta el lugar en el que estaban ocultas las piedras preciosas, pues tenía la certeza de que irían hacia allí. Probablemente se llevaran sólo una parte del tesoro.

Él se contentaría con el resto.

Como atraído por una extraña fascinación, el cimmerio se quedó mirando la inmóvil figura de la princesa y se maravilló ante su helada hermosura. ¿Qué secreto se escondía en aquel espléndido cuerpo inerte?

Entonces se estremeció violentamente. Aspiró ruidosamente el aire y sintió que se le erizaba el cabello. Había visto antes aquel cuerpo, y había observado su frialdad y su quietud. Pero ahora había una diferencia. Los miembros no estaban rígidos; un color rosado animaba sus mejillas y tenía los labios rojos...

Conan desenvainó la espada, al tiempo que profería un juramento. —¡Por Crom, está viva! —exclamó.

Ante estas palabras, las largas pestañas se movieron; sus ojos se abrieron y lo miraron con expresión insondable, oscura y brillante. Conan parecía haber perdido el habla.

La mujer se irguió con movimientos fáciles, pero conservando su mirada hechicera.

El cimmerio se pasó la lengua por los labios y finalmente pareció encontrar palabras. —¿Eres... eres Yelaya? —preguntó.

—Sí, soy Yelaya —contestó ella con voz armoniosa—. No temas, no te haré daño si me obedeces. —¿Cómo puede volver a la vida una mujer que ha muerto hace siglos? —preguntó con tono escéptico el cimmerio, que ya comenzaba a razonar.

Ella levantó los brazos con gesto misterioso y a continuación dijo:

—Soy una diosa. Hace mil años cayó sobre mí la maldición de los dioses de las tinieblas. El ser mortal que había en mí dejó de existir. Pero la diosa nunca murió. He permanecido aquí durante todos estos siglos, despertando día a día al ponerse el sol y reinando

sobre mi corte, compuesta de espectros del pasado. ¡Hombre, si no deseas contemplar escenas que turbarán tu razón para siempre, vete de aquí! ¡Te lo ordeno, vete!

Conan envainó la espada con los ojos entrecerrados, pero no obedeció a la mujer. Se acercó más a ella, como atraído por una poderosa fascinación, y de improviso la aferró por el brazo con la rudeza de un oso. Ella lanzó un grito, que no se parecía en nada al que hubiera lanzado una diosa, y luego se oyó el ruido de una tela rasgada cuando el cimmerio le arrancó el vestido. —¡Una diosa, bah! —exclamó con desdén el bárbaro—. ¡Ya me extrañaba que una princesa de Alkmeenón hablara con acento corinthio! En cuanto me repuse de la sorpresa, recordé haberte visto en otra parte. Tú eres Muriela, una bailarina corinthia de Zargheba. Ese lunar en forma de media luna lo demuestra. Lo vi una vez que Zargheba te estaba azotando. ¡Una diosa!

Conan le dio un golpe en la cadera con la mano y la muchacha gritó de dolor.

La joven ya no tenía el aire imperioso de antes. Ya no era la mística deidad, sino una bailarina humillada y aterrada, como las que solían comprarse en los mercados de esclavos shemitas. La muchacha se echó a llorar. El cimmerio la miró irritado. —¡Vaya con la diosa! Tú eras una de las mujeres veladas que Zargheba llevó a Keshán con él. ¿Creías que me ibas a engañar, pequeña idiota? Hace un año te vi en Akbitana con ese cerdo de Zargheba, y nunca me olvido del rostro ni del cuerpo de una mujer. Te voy a...

Retorciéndose bajo su mano férrea, la muchacha rodeó con los brazos el cuello del cimmerio, mientras su rostro expresaba un profundo terror. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y los sollozos estremecían su cuerpo. —¡Por favor, no me hagas daño! —imploró ella—. ¡Tenía que hacerlo! ¡Zargheba me trajo aquí para que hiciera de oráculo! —¿No temes a los dioses? —preguntó el cimmerio—. ¿Ya no queda honestidad en el mundo? —¡No podía desobedecer a Zargheba, te lo juro! ¿Qué iba a hacer? —¿Qué crees que te harían los sacerdotes si te encontraran poniendo en escena esta farsa?

Al pensarlo, las piernas de la muchacha se negaron a sostenerla y cayó al suelo, abrazándose a las rodillas de Conan y murmurando súplicas incoherentes. —¿Dónde está Zargheba? —le preguntó él—.

¡Vamos, deja de llorar y contesta!

—Está fuera del palacio, esperando a los sacerdotes —repuso Muriela sin dejar de lamentarse. —¿Cuántos hombres vienen con él?

—Ninguno. Vinimos los dos solos.

—Debisteis de abandonar Keshán pocas horas después que yo. ¿Trepasteis por los peñascos?

La muchacha negó con la cabeza, pues los sollozos no le permitían hablar. —¿Vas a contestarme de una vez? ¿Cómo entrasteis en este valle?

—Zargheba conocía el camino secreto —dijo Múñela jadeando —. Se lo reveló el sacerdote Gwarunga, y también a Tuthmekri. Al pie del farallón hay un enorme lago. Bajo la superficie del agua existe una caverna que se puede ver desde fuera. Nos metimos en el agua y entramos. La cueva sale del agua enseguida y sube finalmente por el interior de los muros de roca. La salida en el valle interior se halla oculta por unos densos matorrales.

—Yo trepe por el lado este —murmuró Conan—. Y bien, ¿qué hicisteis después?

—Entramos en el palacio, y Zargheba me escondió entre los árboles mientras iba a echar un vistazo a la habitación del oráculo. Creo que no se fiaba demasiado de Gwarunga. Mientras se hallaba en el palacio, me pareció oír el sonido de un batintín, pero no estoy segura.

Finalmente vino Zargheba, me trajo al palacio y me hizo entrar en esta habitación, donde estaba la diosa Yelaya tendida sobre el altar. Le quitó las ropas y me vistió con ellas. Luego se fue a ocultar el cuerpo y a esperar a los sacerdotes. He pasado mucho miedo. Cuando entraste, sentí deseos de levantarme y pedirte que me llevaras lejos de aquí, pero temía a Zargheba. Cuando creíste que era la diosa viva, pensé que podía asustarte y hacerte marchar. —¿Qué debías decir como oráculo?

—Debía decir a los sacerdotes que tomaran el tesoro de los Dientes de Gwahlur y le entregaran una parte a Tuthmekri como garantía. El resto debía ser llevado al palacio de Keshán. Si no se mostraban dispuestos a acceder a las propuestas de Tuthmekri, debía explicarles que un destino terrible aguardaba a Keshán. Ah, y debía decir también que te desollaran vivo inmediatamente.

—Tuthmekri quería tener el tesoro en un lugar en el que él o los hombres de Zembabwei pudieran encontrarlo con facilidad —dijo Conan sin hacer caso de lo que había dicho la muchacha acerca de él—. Bien, ya me encargaré de arrancarle el hígado a su debido tiempo. ¿Gorulga también participa en la farsa?

—No. Él cree en sus dioses y es incorruptible. No sabe nada acerca de esta confabulación, y habría obedecido al oráculo. Todo era un plan de Tuthmekri. Sabiendo que los de Keshán consultarían el oráculo, él y Zargheba trajeron desde Zembabwei. Vine cubierta de velos y he visto poco durante el viaje. —¡Vaya! —murmuró Conan—. ¡Un sacerdote que cree honradamente en su oráculo y que no se deja sobornar! Me pregunto, entonces, si habrá sido Zargheba quien hizo sonar el batintín. ¿Sabía que yo estaba aquí? Dime dónde se encuentra ahora, muchacha.

—Está escondido entre unos arbustos de loto, cerca de la antigua avenida que lleva desde la pared sur de los farallones interiores hasta el palacio.

La muchacha se calló un momento y enseguida reanudó sus súplicas. —¡Por favor, Conan, ten piedad de mí! ¡Tengo miedo en este viejo palacio! Creo haber oído unas pisadas fantasmales a mi alrededor. ¡Llévame contigo, Conan! Zargheba me matará cuando yo haya hecho lo que espera de mí, lo sé. Y los sacerdotes también me matarían si descubrieran el engaño. Zargheba es un demonio. Me compró a un mercader de esclavos y desde entonces me hizo instrumento de sus intrigas. Tú no puedes ser tan cruel como él. ¡No dejes que me maten aquí, por favor!

La muchacha se había puesto de rodillas y lloraba con gesto suplicante. Su bello rostro estaba cubierto de lágrimas y la cabellera sedosa le caía en desorden sobre los hombros. El cimmerio la levantó y la sentó en sus rodillas.

—Escúchame. Voy a protegerte de Zargheba, y los sacerdotes no sabrán nada de tu impostura, pero debes hacer lo que te voy a decir.

Ella prometió obedecer y se aferró a él como si buscara protección.

—Está bien. Entonces, escucha. Cuando lleguen los sacerdotes, tú harás el papel de Yelaya, tal como había planeado Zargheba. Será de noche, y a la luz de las antorchas no advertirán la

diferencia. Pero les dirás esto: «Es voluntad de los dioses que el perro estigio y el perro shemita sean expulsados de Keshán. Son unos ladrones y traidores que pretenden robar a los dioses. Poned los Dientes de Gwahlur bajo la custodia del general Conan y concededle el mando de los ejércitos de Keshán. Él es el bienamado de los dioses».

La muchacha se estremeció con desesperación, pero accedió. Luego dijo:

—Pero ¿y Zargheba? ¡Me matará!

—No te preocupes de Zargheba —repuso Conan—. Yo me encargaré de ese perro. Di lo que te he ordenado. Vamos, ahora arréglate el cabello y ponte de nuevo esta gema que se te ha caído.

Conan le colocó el rubí en el pelo e hizo un gesto de aprobación.

—Esta joya vale un cargamento de esclavos —dijo—. Ahora ponte la falda de modo que no se vea el desgarrón que te hice. Eso es, y sécate la cara. Las diosas no lloran. ¡Por Crom, ahora vuelves a parecerte enormemente a Yelaya! ¡Si haces de diosa tan bien como lo hiciste conmigo, los engañarás a todos!

—Procuraré hacerlo —dijo Muriela, sin poder dominar un escalofrío.

—Bien, yo voy a buscar a Zargheba —dijo Conan. La joven se sintió presa del pánico, y exclamó con voz alterada: —¡No, no me dejes sola! ¡Este lugar está embrujado, Conan!

—No hay nada aquí que pueda hacerte daño —le aseguró el cimmerio, impaciente—. El único es Zargheba, y voy a encargarme de él. Volveré pronto y estaré mirando, por si algo sale mal durante la ceremonia. Pero si lo haces como es debido, te aseguro que todo marchará bien.

El bárbaro se dio media vuelta y salió apresuradamente de la habitación del oráculo, dejando tras de sí a Muriela, que se lamentaba con voz débil.

Había caído el crepúsculo. Las grandes habitaciones estaban llenas de sombras. Los frisos de cobre brillaban tenuemente. Conan avanzó como un espectro silencioso por las enormes salas, sin poder evitar la sensación de que unos fantasmas invisibles del pasado lo miraban desde la penumbra. No era de extrañar que la muchacha sintiera miedo en aquel sitio.

Descendió por los escalones de mármol del palacio con la espada

en la mano. En el valle reinaba el silencio. Por encima del borde de los taludes, las estrellas comenzaban a centellear. Si los sacerdotes de Keshán habían entrado en el valle, aún estaban lejos, y ningún ruido los delataba. Se alejó hacia el sur por la antigua avenida de losas agrietadas, que se perdía entre los densos matorrales. Al cabo de un rato vio un bosquecillo de árboles de loto, planta característica de las tierras de Kush. Allí según la muchacha, se hallaba Zargheba al acecho. Conan extremó sus precauciones, y desapareció entre la espesura como una sombra de pies de terciopelo.

Se acercó a los arbustos de loto dando un rodeo, y ni un solo movimiento de hojas reveló su presencia. Al llegar al límite de los árboles se detuvo repentinamente, encogido entre la vegetación como un felino al acecho. Delante de él, destacando sobre un fondo de hojas, vio un pálido óvalo. Podía tratarse de una de las enormes flores de loto, pero Conan sabía que era el rostro de un hombre. Y estaba vuelto hacia él. ¿Es que Zargheba le había visto?

El hombre lo miraba directamente. Pasaron unos instantes. El oscuro rostro se movió. El bárbaro podía ver con claridad su corta barba negra.

De repente el cimmerio se dio cuenta de algo extraño. Zargheba no era un hombre alto. De pie, su cabeza apenas hubiera sobrepasado los hombros de Conan. Sin embargo, el rostro del otro se hallaba al mismo nivel que el del bárbaro. ¿Estaría de pie encima de algo?

Conan procuró mirar al suelo, en el lugar en el que se veía el rostro, pero una maleza le tapaba la visión. Luego miró mas arriba y sintió un sobresalto. A través de un claro que había entre las hojas debería haber visto el cuerpo de Zargheba. Pero no vio ningún cuerpo.

Entonces, tenso como un tigre que avanza hacia su presa, el cimmerio se introdujo en los matorrales y apartó unas hojas para ver bien el rostro, que no se había movido. Y no volvería a moverse más, al menos por propia voluntad, estaba contemplando la cabeza cercenada de Zargheba, colgada de la rama de un árbol por la cabellera.

3. El regreso del oráculo

Conan giró en redondo con la agilidad de un felino y miró en derredor. No se veía por ningún lado el cuerpo del hombre asesinado. Un poco más allá, la hierba se veía pisoteada y parecía húmeda. El cimmerio contenía la respiración Y aguzaba los oídos para identificar cualquier rumor. Los árboles y los matorrales se recortaban contra el cielo como negras sombras inmóviles y siniestras.

Un temor primitivo invadió al bárbaro. ¿Sería aquello obra de los sacerdotes de Keshán? En ese caso, ¿dónde se encontraban? ¿Sería Zargheba quien había golpeado el batintín?

Nuevamente acudieron a su memoria Bit-Yakin y sus misteriosos sirvientes. Bit-Yakin había muerto y estaba convertido en una momia arrugada, en su pequeña cripta, saludando al sol del alba todas las mañanas. Pero de los criados no se sabía nada. No había pruebas de que hubieran abandonado el valle siquiera.

Conan pensó en la muchacha, Muriela, que estaba sola en el enorme y sombrío palacio. Se volvió rápidamente y echó a correr por la avenida de losas de piedra, de regreso hacia el edificio de elevadas cúpulas.

Al acercarse vio en el pórtico un fulgor rojizo que se reflejaba en el mármol del suelo. Se internó por los arbustos que había frente al palacio y se situó delante de la escalera de entrada. Unas voces llegaban hasta Conan. Varias antorchas arrojaban sus destellos sobre sus lustrosas espaldas de ébano. Los sacerdotes de Keshán habían llegado.

Pero no venían por la empedrada avenida que acababa de recorrer el cimmerio, que era por donde Zargheba esperaba verlos llegar. Por lo visto, había más de una entrada secreta al valle de Alkmeenón.

Los sacerdotes subían por los anchos escalones de mármol con las antorchas en alto. Conan vio a Gorulga, que encabezaba el desfile y cuyo perfil se recortaba como el de una moneda contra la llama de la tea. Los demás acólitos eran negros gigantescos de piel brillante.

Cerraba la marcha un enorme negro de aspecto maligno, a la vista del cual el cimmerio se estremeció. Se trataba de Gwarunga, de quien Muriela dijo que le había revelado a Zargheba el secreto de la entrada al valle interior por el lago. Conan se preguntó hasta qué punto participaría aquel hombre en la confabulación del estigio.

El cimmerio avanzó hacia el pórtico, pero fue rodeando el borde de los arbustos para que no lo vieran. Los sacerdotes no dejaron a nadie de guardia en la entrada del palacio. Las antorchas ya alumbraban las losas de la larga y oscura sala. Antes de que llegaran a la puerta de bronce que había al otro extremo, Conan había ascendido ya las escaleras y se hallaba detrás de ellos, deslizándose rápidamente por detrás de las columnas que bordeaban las paredes. Ellos no miraron hacia atrás, sino que atravesaron en fila india la amplia habitación, con las plumas de avestruz meciéndose sobre sus cabezas y las pieles de leopardo con las que se cubrían contrastando extrañamente con los mármoles y los metales del antiguo palacio. Se detuvieron durante un momento delante de la puerta dorada que se hallaba a la izquierda del estrado en el que se encontraba el trono.

La voz de Gorulga, el sumo sacerdote, resonó de modo siniestro en el gran espacio vacío.

El hombre pronunció varias frases sonoras, pero ininteligibles para el que escuchaba. Luego el sacerdote abrió de par en par la puerta de oro y entró en la habitación, haciendo una profunda reverencia. Los demás avanzaron y se inclinaron, al igual que su maestro. La puerta de acero se cerró tras ellos. Conan corrió alrededor del trono y entró en la pequeña habitación que había detrás, sin hacer el menor ruido.

Leves rayos de luz atravesaron los orificios cuando el cimmerio abrió el panel secreto. Se deslizó hasta el nicho y miró por los agujeros. Muriela estaba sentada en el trono con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en la pared, a poca distancia de los ojos del

bárbaro.

El delicado perfume de los cabellos de la muchacha llegaba hasta Conan. No podía verle el rostro, pues él se hallaba detrás, pero por su actitud parecía tranquila y seguramente estaría mirando por encima de la cabeza de los sacerdotes, como en un trance eterno. El cimmerio sonrió y pensó para sus adentros que la muchacha era una actriz consumada. Sabía que estaba aterrada, pero ella no lo demostraba. Bajo la incierta luz de las antorchas parecía tener el mismo aspecto de la diosa a la que acababa de reemplazar.

Gorulga entonaba un cántico en una lengua desconocida para el cimmerio, que probablemente era el dialecto antiguo que se había hablado en Alkmeenón en el pasado. Sin duda se había transmitido a través de generaciones de sacerdotes.

El cántico parecía interminable y Conan comenzó a ponerse inquieto. Cuanto más durase aquello, mayor sería el nerviosismo de la muchacha. Si la descubrían... El bárbaro aferró la empuñadura de la espada, pues no soportaba la idea de ver a la pequeña corinthia torturada por aquellos negros.

Pero el cántico, que tenía un tono profundo y amenazador, terminó al fin, y una especie de aclamación a coro de los acólitos rubricó el final.

Luego Gorulga volvió a levantar la voz y exclamó: —¡Oh, gran diosa que habitas en las sombras, permite que tus labios se abran para estos esclavos que apenas osan levantar la cabeza del polvo que hollan tus pies! ¡Habla, gran diosa del valle sagrado! ¡Tú conoces los caminos insondables, y lo que para nosotros son tinieblas, para ti es radiante luz! ¡Derrama tu inmensa sabiduría sobre éstos, tus siervos! ¡Dinos, oráculo de los dioses! ¿Cuál es la voluntad de éstos respecto a Tuthmekri, el estigio?

La espesa cabellera de la mujer se agitó ligeramente ante los ojos del cimmerio. La voz de Múñela llegó con absoluta claridad hasta los oídos de Conan en medio del tenso silencio.

Parecía helada, impersonal, como correspondía a una diosa. Pero el cimmerio se estremeció al notar el acento corinthio de la muchacha. —¡Es voluntad de los dioses —dijo la joven, repitiendo casi palabra por palabra lo que le había dicho él— que el perro estigio y el perro shemita sean expulsados de Keshán! Son unos

ladrones y traidores que intentan robar a los dioses. Poned los Dientes de Gwahlur bajo la custodia del general Conan y concededle el mando de los ejércitos de Keshán. ¡Él es el bienamado de los dioses!

Hubo un estremecimiento en la voz de Muriela cuando concluyó, y Conan comenzó a sudar, pensando que la muchacha estaría a punto de sufrir un colapso. Pero los negros no advirtieron nada, ni siquiera el acento corinthio, que para ellos era desconocido. Dieron unas palmadas y entonaron una salmodia como muestra de obediencia. Los ojos de Gorulga brillaron con fanatismo a la luz de las antorchas. —¡Yelaya ha hablado! —exclamó—. ¡Es la voluntad de los dioses! Hace mucho tiempo, en la época de nuestros antepasados, éstos se ocultaron por mandato divino, y los dioses los libraron de la amenaza de las terribles fauces de Gwahlur, el rey de las tinieblas. Por orden de los dioses también escondieron los Dientes de Gwahlur, y por mandato suyo volverán a la luz. ¡Oh, diosa nacida entre los astros, danos permiso para ir hasta el escondite del tesoro, a fin de entregarlo al bienamado de los dioses! —¡Tenéis mi permiso! —contestó la falsa diosa con un ademán imperioso que hizo sonreír al cimmerio.

Los sacerdotes se retiraron en medio de la luz titilante de las antorchas y el movimiento de sus plumas de avestruz.

La puerta de oro se cerró tras ellos; entonces Muriela, con un quejido, se desplomó sobre el estrado. —¡Conan! —dijo en voz baja —. ¡Conan! —¡Chist, espera! —respondió él a través de los agujeros de la pared, y, después de salir del hueco, cerró el panel.

Una mirada mostró al bárbaro que las antorchas se alejaban por la sala del trono. Sin embargo, una luz intensa iluminaba el recinto. La luna se había elevado sobre el horizonte y su luz entraba por la cúpula, iluminando el trono y sus alrededores.

Cuando el cimmerio se disponía a cruzar la sala del trono, lo detuvo un ruido que parecía provenir del pasadizo que llevaba hasta la habitación del oráculo. Se agazapó en la entrada, vigilando, mientras recordaba el sonido del batintín con el que presumiblemente lo habían atraído para hacerlo caer en la fría corriente subterránea. Le pareció oír unos pasos furtivos por el corredor.

De repente resonó el grito ahogado de una mujer a sus espaldas.

Corrió hacia la puerta que había más allá del trono y, al entrar en la habitación, vio algo inesperado.

Allí había un sacerdote; era Gwarunga, cuyo rostro estaba contraído por la furia. Tenía aferrada a Muriela por la garganta y la sacudía con brutalidad. —¡Traidora! —musitaba Gwarunga con voz sibilante como la de una cobra—. ¿Qué juego es éste? ¿No te dijo Zargheba lo que tenías que decir? ¿Traicionas a tu amo, o es él quien nos traiciona a los demás? ¡Te voy a...!

Un gesto involuntario de la muchacha, que miraba por encima del hombro del sacerdote, puso en guardia a éste. Soltó a Muriela y giró en redondo, en el momento en que se abatía la espada de Conan. El impacto hizo caer al suelo a Gwarunga, de cuya cabeza manó sangre en abundancia.

Conan se adelantó para rematarlo, pues el movimiento repentino del sacerdote hizo que la hoja lo golpeara casi de plano, pero la muchacha rodeó al cimmerio con sus brazos y exclamó: —¡Hice lo que me ordenaste! ¡Ahora sácame de aquí! ¡Por favor, sácame de aquí!

—Todavía no podemos marcharnos —repuso Conan—. Tengo que seguir a los sacerdotes para ver dónde están las joyas.

Allí puede haber un enorme tesoro. Pero puedes venir conmigo. Dime, ¿dónde está el rubí que tenías en el pelo?

—Se me debe de haber caído en el estrado. Estaba tan asustada que cuando se fueron los sacerdotes eché a correr para ir en tu busca, pero ese enorme bruto estaba escondido y quiso estrangularme...

—Bueno, busca el rubí mientras yo acabo con este asesino. ¡Vamos, esa gema vale una fortuna!

Ella titubeó como si temiese volver a la habitación. Entonces, mientras el bárbaro arrastraba a Gwarunga, la muchacha entró en la sala del oráculo.

Conan volvió boca arriba al desmayado negro y levantó su espada. El cimmerio había vivido demasiado tiempo entre gente implacable para sentir impulsos de compasión. El único enemigo inofensivo era el enemigo muerto. Pero antes de que asestara el último golpe, un grito ahogado lo dejó inmóvil. Provenía de la sala del oráculo. —¡Conan! ¡Conan! ¡Ella ha vuelto!

El grito terminó en un gorgoteo y en un ruido sordo de pasos.

Al tiempo que profería un juramento, el cimmerio rodeó el trono a toda velocidad y entró en la habitación del oráculo. Allí se detuvo, jadeando. Aparentemente, Muriela descansaba plácidamente sobre el estrado, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. —¿Qué demonios haces? —le preguntó Conan —. ¡Éste no es momento para...!

Se interrumpió cuando su mirada se detuvo en su pierna izquierda, que estaba cubierta por el vestido. Él mismo había rasgado la tela en ese lugar, pero ahora no se veía el desgarrón.

Conan avanzó unos pasos y puso la mano sobre el cuerpo marfileño..., pero la retiró enseguida como si se hubiera quemado al percibir la fría inmovilidad de la muerte. —¡Por Crom! —exclamó —. ¡No es Muriela! ¡Es Yelaya!

Ahora comprendía el significado del grito frenético que había escuchado de labios de Muriela cuando ésta entró en la habitación. La diosa había vuelto. El cuerpo había sido despojado de su atuendo por Zargheba para vestir a Muriela. Sin embargo, ahora aparecía con la misma seda y las mismas joyas con que Conan la viera por primera vez. El cimmerio sintió que se le erizaba el cabello. —¡Muriela! —exclamó de repente—. ¡Muriela! ¿Dónde demonios estás?

Los muros le devolvieron burlonamente sus gritos. No había más acceso que el de la puerta de oro, y por allí nadie pudo haber entrado o salido sin ser visto por él. Pero era algo indiscutible: Muriela había sido reemplazada por Yelaya en pocos minutos. En sus oídos todavía resonaba el grito de la muchacha, y a pesar de ello, la corinthia parecía haberse esfumado. Dejando de lado toda explicación sobrenatural, Conan pensó que la única posibilidad era que en aquella habitación hubiera una puerta secreta. Y mientras esta idea le pasaba por la mente, vio la puerta.

En lo que parecía lisa pared, divisó una rendija, de la cual sobresalía un trozo de seda. El cimmerio se agachó y comprobó que la tela pertenecía al vestido de Muriela. Sin duda éste había quedado cogido al cerrarse la puerta tras ella, mientras la arrastraban sus captores.

Conan introdujo su daga en la ranura e hizo presión. La hoja se curvó, pero la puerta de mármol acabó por abrirse. El cimmerio levantó la espada mientras escudriñaba en la abertura, pero no vio

nada extraordinario. La luz que se filtraba en la habitación del oráculo que estaba detrás de él le reveló una corta escalera de mármol. Hundió su daga en una grieta del suelo que había delante de la puerta, para evitar que ésta se cerrara, y bajó sin vacilar por la escalera. Una docena de peldaños más abajo se encontró delante de un corredor que se perdía en la oscuridad.

El cimmerio se detuvo al pie de la escalera para examinar unos frescos que adornaban las paredes y que eran visibles gracias a la luz que llegaba desde arriba. Aquello seguramente había sido pintado por pelishtios. Había tenido oportunidad de ver muchos frescos parecidos en las paredes de Asgalun. Sin embargo, las escenas pintadas no guardaban relación alguna con las gentes de Pelishtia, exceptuando una sola figura humana, repetida varias veces. Se trataba de un anciano enjuto de barba blanca, cuyas características raciales resultaban inconfundibles. Las pinturas parecían representar diversos sectores del palacio que había encima. En algunas escenas se reproducían la sala del oráculo con la figura acostada de Yelaya y un gigantesco negro arrodillado ante ella. El viejo pelishtio también estaba pintado en el nicho que había detrás de la pared. Había otras figuras, que parecían obedecer las órdenes del anciano y arrastraban algo desde el río subterráneo. Conan se quedó inmóvil. Enseguida comprendió el sentido de muchas frases del pergamino que no había entendido antes. Todas las partes del rompecabezas encajaban perfectamente ahora.

El misterio de Bit-Yakin y de sus servidores había dejado de serlo.

El bárbaro se volvió y miró hacia el oscuro túnel, sintiendo un escalofrío en la espalda. A continuación comenzó a avanzar por el pasillo, internándose cada vez más en la oscuridad a medida que se alejaba de la escalera. El aire se hacía cada vez más pesado, cargado con el olor fétido que ya percibiera junto al batintín de oro.

En las tinieblas escuchó un sonido que provenía de delante de él. Parecía el roce de unos pies desnudos sobre las losas, o el de un vestido sobre el suelo. No podía decirlo con precisión. Un segundo después, su mano halló una barrera que identificó como una puerta maciza de metal tallado. Empujó sin obtener ningún resultado, y luego la punta de su espada buscó en vano un intersticio. Volvió a empujar, pero fue inútil. Ni siquiera una manada de elefantes

hubiera derribado aquel gigantesco portal.

Mientras estaba inclinado sobre la puerta percibió, al otro lado de ésta, un sonido que identificó enseguida: era un ruido de hierro enmohecido, como el de una palanca al girar sobre su eje. El cimmerio saltó hacia atrás instintivamente; en aquel preciso instante se desplomó un gran bloque de piedra desde arriba con estruendo ensordecedor. Si hubiera saltado un segundo después, Conan habría quedado aplastado debajo de la piedra como una hormiga.

El bárbaro pensó que Muriela se hallaría cautiva detrás de aquella puerta de bronce, en el caso de que aún viviera. Pero era imposible trasponerla, y si seguía en aquel pasillo podía caerle otro bloque encima, y no tener tanta suerte como con el anterior. No podía continuar la búsqueda por allí. Tenía que encontrar otra entrada desde arriba.

Corrió hacia las escaleras y suspiró involuntariamente cuando llegó a ésta y se encontró en un lugar tenuemente iluminado. Pero al subir los primeros escalones, oyó que la puerta de mármol se cerraba y quedó sumido una vez más en las tinieblas.

Algo parecido al pánico se apoderó del cimmerio al verse atrapado en aquel túnel. Se volvió espada en mano, pero no oyó ningún ruido. Tal vez las personas que se encontraban del otro lado de la puerta —si eran personas— creyeran que se habían librado de él con la caída de la piedra, que sin duda había sido soltada por medio de algún mecanismo especial.

Entonces, ¿por qué habían cerrado la puerta superior de la escalera? El cimmerio abandonó aquellas especulaciones y subió peldaño a peldaño, temiendo recibir una cuchillada a cada paso que daba.

Al llegar a la puerta empujó con todas sus fuerzas y maldijo al comprobar que aquélla tampoco cedía. Tanteó la fría superficie y encontró un cerrojo que seguramente se había corrido al cerrarse la puerta. Entonces descorrió el cerrojo y la puerta se abrió. Luego saltó hacia la habitación con el rostro crispado, como la encarnación de la furia, dispuesto a luchar con cualquier enemigo que estuviera al acecho.

La habitación estaba vacía, al igual que el estrado. Yelaya había desaparecido. —¡Por Crom! —musitó el cimmerio—. ¿Estará viva,

después de todo?

Avanzó hacia la sala del trono, absolutamente desconcertado, y enseguida un repentino pensamiento lo hizo entrar en la habitación que se encontraba detrás del estrado. Había sangre en el lugar en el que dejara el cuerpo desmayado de Gwarunga. Pero eso era todo. El negro había desaparecido tan misteriosamente como Yelaya.

4. Los dientes de Gwahlur

Una furia de impotencia dominaba a Conan. No tenía la menor idea acerca de dónde debía buscar a Muriela, y lo mismo le ocurría respecto al tesoro de los Dientes de Gwahlur. Sólo se le ocurrió una cosa: seguir a los sacerdotes. Tal vez al llegar al escondite del tesoro hallara algún indicio. Era una posibilidad muy remota, pero mejor sería que vagar por allí sin rumbo fijo.

Mientras avanzaba rápidamente por la enorme sala en dirección al pórtico, casi esperaba que las sombras inmóviles cobrasen vida y lo atacaran con sus espantosos colmillos y zarpas. Pero cuando llegó al exterior y pisó el mármol iluminado por la luna, tan sólo notó los acelerados latidos de su corazón.

Al pie de los escalones echó una mirada para orientarse respecto a la dirección que debía seguir. De inmediato halló un rastro. Sobre la hierba, que estaba aplastada en determinados lugares donde también se veían algunas ramitas rotas, había numerosos pétalos. Conan, que había seguido el rastro de los lobos en sus montañas natales, no tuvo ninguna dificultad en seguir el de los sacerdotes.

Las huellas se alejaban del palacio entre los exóticos matorrales, en lo que crecían grandes flores blanquecinas. Finalmente, llegó ante una enorme masa rocosa que destacaba de los farallones como un gigantesco castillo. Sin duda, el sacerdote charlatán se había equivocado al decir que las joyas estaban ocultas en el palacio, puesto que el rastro lo había llevado fuera de éste. Sin embargo, Conan tenía la impresión de que todos los puntos del valle estaban conectados con el palacio por corredores secretos.

Agazapado entre las sombras de los matorrales, el cimmerio examinó el enorme peñasco que brillaba a la luz de la luna. Estaba cubierto de tallas grotescas que representaban hombres, animales y unos seres bestiales que podían ser dioses o demonios. El estilo de

las tallas se diferenciaba tan notablemente de lo que se veía en el resto del valle que Conan se preguntó si no sería una reliquia primitiva de épocas anteriores a la fundación de Alkmeenón.

En la roca había una enorme puerta. Alrededor de ésta habían sido talladas las fauces de un dragón. La puerta era de bronce y parecía muy pesada. No había cerraduras a la vista, pero en las dos hojas, que estaban abiertas de par en par, se veía un extraño mecanismo, seguramente usado como cerrojo, cuyo funcionamiento sólo debían de conocer los sacerdotes de Keshán.

El rastro demostraba que Gorulga y sus acólitos habían entrado por aquellas puertas. Pero Conan vaciló. Si esperaba hasta que salieran quizá se encontrarían con que le cerraban la puerta, cuyo mecanismo parecía muy seguro. Si los seguía al interior de la cueva, al salir podían dejarlo encerrado dentro.

Finalmente se decidió y se internó en la cueva. En algún lugar de aquel recinto se encontraban los sacerdotes, los Dientes de Gwahlur y tal vez la clave de lo que le había ocurrido a Muriela. Los riesgos nunca habían arredrado a Conan en sus empresas.

La luna iluminaba una parte del túnel por el que se internó el cimmerio. A lo lejos percibió un tenue resplandor, y de allí parecía llegar un extraño cántico. Los sacerdotes no estaban tan lejos como había pensado. El túnel desembocaba en una caverna de pequeñas dimensiones con un alto techo abovedado. Unas incrustaciones que había en la roca producían una luminosidad fosforescente. Bajo la tenue luz, el bárbaro pudo ver una imagen de aspecto monstruoso que se encontraba en un altar. En la cueva desembocaban media docena de túneles, y por el más grande se divisaba el luminoso titilar de las antorchas. El cántico iba en aumento.

Conan se internó temerariamente por el pasadizo, y al cabo de un rato se halló contemplando una caverna de mayores dimensiones que la anterior. Allí no había fosforescencia, pero la luz de las antorchas alumbraba un altar con la imagen de un dios más repugnante aún que el anterior. Parecía un sapo, y delante de él estaban arrodillados Gorulga y sus acólitos, que entonaban monótonos cánticos. El cimmerio pensó que habían avanzado muy poco. Evidentemente, penetrar en la cripta secreta del tesoro constituía un ritual muy complicado.

El bárbaro empezaba a impacientarse cuando los sacerdotes se

incorporaron y se internaron por un túnel que había detrás del ídolo. El los siguió a cierta distancia. No había demasiado peligro de que lo descubrieran, ya que se deslizaba entre las sombras como una criatura de la noche, en tanto que los sacerdotes estaban completamente absortos en su grotesco ceremonial. Al parecer, ni siquiera habían notado la ausencia de Gwarunga.

Llegaron a una caverna de grandes dimensiones, por cuyas altas paredes se veían galerías que formaban diversos pisos. Volvieron a iniciar el ritual, ahora delante de un altar cuyo dios tenía un aspecto todavía más espantoso que los anteriores.

Conan se apoyó en la pared, cerca de la entrada de la cueva, en cuyo interior brillaban las antorchas. Vio una escalera que ascendía en espiral de galería en galería. El techo se perdía en las sombras.

Pero el cántico cesó súbitamente. Los sacerdotes arrodillados levantaron la cabeza y el cimmerio no pudo evitar un estremecimiento.

Una voz inhumana, imposible de identificar, resonó estertóreamente por encima de ellos.

Los sacerdotes permanecieron inmóviles, con la mirada fija en una luz fantasmagórica que iluminaba una figura. La luz se hizo más intensa, y entonces los acólitos gritaron. Habían reconocido aquella silueta vestida de seda y oro. —¡Yelaya! —exclamó Gorulga, con el rostro ceniciento—. ¿Por qué nos has seguido? ¿Qué quieres de nosotros?

Se volvió a oír la terrible voz, ampliada por los innumerables ecos de la bóveda: —¡Malditos seáis los sacrílegos! ¡Que caiga la perdición sobre quienes negáis al verdadero dios!

De los labios de los sacerdotes surgió un grito de asombro. Gorulga parecía un buitre desconcertado a la luz de las antorchas.

—No... no comprendo —dijo tartamudeando—. Nosotros te somos fieles. En la habitación del oráculo nos dijiste... —¡No recuerdes lo que se dijo en la sala del oráculo! —tronó la voz—. ¡Cuidado con los falsos profetas y los falsos dioses! Un demonio ocupó mi lugar en el palacio y os dio una falsa profecía. Ahora escuchad y obedeced, pues yo soy la única diosa verdadera. ¡Os brindaré una oportunidad de salvaros!

«Sacad el tesoro de los Dientes de Gwahlur de la cripta en la que se halla desde hace tanto tiempo —continuó—. Alkmeenón ya no es

un lugar sagrado porque ha sido profanado por gente de poca fe. Poned el tesoro en manos de Tuthmekri, el estigio, para que él lo lleve al santuario de Dagon y de Derketo. Sólo esto puede salvar a Keshán de la ruina que los demonios de las tinieblas planean para nuestro país. Coged, pues, el tesoro y volved inmediatamente a la capital de Keshán. Entregad allí las joyas a Tuthmekri y haced desollar vivo a ese maldito extranjero llamado Conan en la gran plaza de la ciudad.

No hubo la menor vacilación. Temblando de horror, los sacerdotes corrieron atropelladamente hacia la puerta que había detrás del repugnante ídolo. Gorulga encabezaba la fuga. Se amontonaron en la puerta lanzando exclamaciones, y poso después sus pasos se perdieron por los túneles.

Conan no los siguió. Estaba furioso y lo consumía el deseo de descubrir la verdad de aquel fantástico asunto. ¿Sería aquélla la verdadera Yelaya, o la pequeña Muriela, que finalmente lo había traicionado? En ese caso...

Antes de que hubiera desaparecido la última antorcha por el oscuro túnel, el cimmerio ya trepaba con expresión vengativa por la escalera de piedra. El fulgor disminuía de manera apreciable, pero el bárbaro aún podía distinguir la figura blanquecina que permanecía inmóvil en la galería. Sintió un sudor frío en la frente, pero no dudó. Se acercó con la espada en alto y se cernió como la misma muerte sobre la inescrutable figura. —¡Yelaya! —gritó—. ¡Vuelve a morir, tú que has estado muerta durante mil años!

De la boca de un túnel que se abría a espaldas del cimmerio surgió una forma imprecisa.

Pero el ruido apenas perceptible que produjo puso sobre aviso a Conan. Este se volvió como un tigre y asestó un mandoble casi a ciegas. Su enorme espada atravesó al atacante y le salió entre los hombros.

Conan extrajo el sable mientras la víctima caía al suelo con un último gemido de agonía. El hombre se retorció durante un momento y luego se quedó inmóvil. Bajo la tenue luz, Conan vio un cuerpo negro y robusto, de piel brillante. Había matado a Gwarunga.

Entonces el cimmerio se volvió hacia el cuerpo de la diosa. Unas cuerdas la mantenían atada por el pecho y las rodillas a una de las

columnas. A pocos pasos de distancia, las ataduras no se veían a causa de la poca luz.

—Debió de seguirme cuando bajé por las escaleras de la puerta falsa, en la sala del oráculo — musitó Conan—. Seguramente imaginó que estaba allá abajo y quitó la daga que yo había colocado para que no se cerrara la puerta. ¡Ah, aquí está!

El cimmerio quitó la daga con la que pretendía apuñalar a Gwarunga de entre sus rígidos dedos y la examinó detenidamente. Comprobó que en efecto era la suya y se la colocó nuevamente en el cinto.

—Luego se llevó a Yelaya —siguió razonando Conan— para engañar a esos necios. Después gritó lo que convenía, y su voz no fue reconocida, ya que la desfiguraban los múltiples ecos de la caverna. Y en cuanto a esa luminosidad azulina... me parece familiar. Sí, es una sustancia que usan los piratas de Estigia. Probablemente Tuthmekri se la entregó a Gwarunga, por si la necesitaba. Familiarizado con las ceremonias de sus compañeros, Gwarunga debió de entrar en la cueva después que los demás sacerdotes —siguió musitando—.

Llevaba el cuerpo de Yelaya y lo colocó en un sitio para representar la comedia, mientras sus compañeros se dedicaban al interminable ritual.

El cimmerio descubrió otra fuente de luz. Procedía de uno de los túneles que daban al rellano y seguía la dirección que habían tomado los sacerdotes. Tal vez comunicara con otra cueva, en la que se encontraban los sacerdotes en ese momento. Apresuró el paso y volvió a escuchar más adelante los cánticos de los sacerdotes de Keshán.

De repente vio una puerta a la izquierda, enmarcada en la fosforescencia azulina. Hasta sus oídos llegó un sollozo desgarrador. Se volvió rápidamente y observó a través de la oquedad luminosa.

Estaba mirando en el interior de una habitación excavada en la roca viva, no de una cueva, como las anteriores. El techo abovedado brillaba por efectos de la sustancia fosforescente.

Las paredes estaban cubiertas casi por completo de arabescos dorados.

Cerca de la pared de enfrente, sobre un trono de granito y mirando hacia la puerta, se hallaba el monstruoso y obsceno Pteor,

dios de los pelishtios. Estaba hecho de latón, y sus exagerados atributos masculinos reflejaban lo rústico del culto. Sobre su regazo se hallaba tendida una figura inmóvil. —¡Maldición! —murmuró el cimmerio, y observó con recelo la estancia.

Al ver que no tenía otra entrada ni había más personas, avanzó en silencio y miró a la muchacha, cuyos hombros se movían convulsivamente por el llanto. La joven tenía el rostro oculto entre las manos, y sus muñecas estaban sujetas por unos grilletes de oro y unas cadenas del mismo metal a otros grilletes que tenía el ídolo en los brazos. El cimmerio tocó con la mano derecha el hombro desnudo de la muchacha y ésta se estremeció. Después de lanzar un grito, levantó su rostro bañado en lágrimas. —¡Conan! —exclamó Muriela, y tendió los brazos hacia él, pero las cadenas se lo impidieron.

El cimmerio colocó las delgadas cadenas sobre las rodillas del ídolo y las rompió con la espada.

—Tendrás que llevar estas pulseras hasta que encontremos un cincel o una lima —dijo con un gruñido, refiriéndose a los grilletes —. Vosotras, las actrices, sois muy emotivas. Veamos, ¿qué te ha ocurrido?

—Cuando volví a la sala del oráculo —comenzó a explicar Muriela—, vi a la diosa tendida, tal como la había visto la primera vez. Grité y eché a correr en tu busca, pero alguien me sujetó por detrás, me tapó la boca con la mano, me arrastró por una escalera y luego a través de una habitación oscura. No supe quién me había atrapado hasta que cruzamos una gran puerta de metal y llegamos a un túnel, cuyo techo brillaba como el de esta sala.

«¡Estuve a punto de desmayarme cuando los vi! —siguió diciendo la joven—. ¡Aquellos no eran seres humanos! Son unos demonios de pelo grisáceo, que andan torpemente y hablan una jerga que no parece humana. Se quedaron allí, y parecían estar esperando algo. Oí que desde fuera alguien trataba de abrir la puerta. Entonces uno de esos seres empujó una palanca que había en la pared y oí un estruendo, como si hubiera caído una enorme piedra al otro lado de la puerta de bronce. Luego me llevaron por sinuosos corredores y subimos una escalera hasta llegar aquí, donde me encadenaron a este espantoso ídolo —continuó—.

Después se fueron y me dejaron sola. Conan, ¿quiénes son esos

seres?

—Son los servidores de Bit-Yakin —repuso él con un gruñido—. Encontré un manuscrito que revelaba algunas cosas acerca de ellos y después vi una pintura en la pared que me indicó el resto. Bit-Yakin era un pelishtio que llegó al valle interior con sus criados, una vez que la gente de Alkmeenón hubo abandonado el lugar. Encontró el cuerpo de la princesa Yelaya y descubrió que los sacerdotes volvían de vez en cuando para hacerle ofrendas, pues en aquella época Yelaya aún era venerada como diosa.

«Preparó un nicho en la pared, detrás del estrado, y habló a través de unos agujeros, haciendo creer a los sacerdotes que era la voz de la diosa —siguió diciendo—. Así nació el oráculo. Los sacerdotes nunca sospecharon nada. No veían a los servidores de Bit-Yakin, pues éstos se escondían cuando se realizaba alguna ceremonia. Así vivió y murió Bit-Yakin en este palacio sin que los sacerdotes se enteraran. Sólo el cielo sabe cuánto tiempo permaneció aquí, pero debieron de haber sido siglos. Los sabios pelishtios son capaces de prolongar sus vidas durante cientos de años. Yo he visto a algunos de ellos.

"Nadie podría decir por qué vivió aquí solo y desempeñó el papel del oráculo —prosiguió—, pero imagino que lo hizo para mantener inviolado el palacio y que nadie viniera a turbar la paz reinante. Bit-Yakin comía los manjares que le traían como ofrenda a Yelaya. Sus criados comían otras cosas. Yo siempre he sabido que existía un río subterráneo que partía del lago en el que las gentes de las altiplanicies de Punt arrojaban a sus muertos. Ese río pasa por debajo del palacio, y mediante unas escaleras que llegan hasta el agua ellos se apoderan de los cadáveres. Todo esto fue consignado por Bit-Yakin en el pergamino y en unos frescos pintados en las paredes. »Pero el anciano acabó por morir —agregó Conan—. Sus criados lo momificaron según las instrucciones que él les había dado, y luego lo pusieron en una pequeña cueva que hay en los taludes rocosos. El resto es fácil de imaginar. Los servidores, que gozaron de una vida más larga que su amo, siguieron viviendo aquí. Cuando llegaba un sacerdote, lo descuartizaban. Por ese motivo, hasta la llegada de Gorulga nadie se atrevió a consultar el oráculo.

"Es evidente que cada cierto tiempo los criados renovaban los vestidos de la diosa, como vieron hacer a su amo —concluyó—.

Seguramente poseen alguna estancia en la que las sedas no se ven afectadas por el paso del tiempo. Ellos devolvieron la diosa a su sitio después de habérsela llevado Zargheba. Y ellos también le cortaron la cabeza a éste y la colgaron de un árbol.

Múñela se estremeció, pero al mismo tiempo suspiró aliviada.

—Ya no volverá a azotarme —dijo.

—No lo hará, mientras esté en el infierno —convino el bárbaro —. Pero vámonos. Gwarunga estropeó mi plan al llevarse a la diosa. Voy a seguirlos y procuraré robarles el tesoro cuando lo hayan encontrado. Camina siempre a mi lado. No puedo estar vigilándote continuamente.

—Pero ¿y los criados de Bit-Yakin? —preguntó la joven con un susurro temeroso.

—Tendremos que arriesgarnos —repuso él—. No sé qué pasará por sus cabezas, pero hasta ahora no han demostrado ninguna intención de salir a pelear a terreno abierto. Vámonos.

Conan cogió a la muchacha por la mano y la condujo por el pasillo. Mientras avanzaban, oyeron el cántico de los sacerdotes mezclado con el rumor de una corriente de agua. La luz se hizo más intensa, y fueron a salir a una plataforma natural que daba a una caverna gigantesca. Desde la galería contemplaron una escena fantástica.

Por encima de ellos resplandecía el techo fosforescente. A unos treinta metros por debajo se extendía el suelo uniforme de la caverna, que en su extremo más alejado era recorrido por un río de aguas tempestuosas y llenas de espuma. La corriente surgía de la oscuridad, reflejaba en su superficie miríadas de fulgores del techo y, tras recorrer la cueva, iba a perderse nuevamente en las tinieblas.

El cimmerio y su compañera se encontraban en una plataforma desde la cual se extendía un puente natural de piedra que iba a terminar en forma de arco en otra plataforma situada en la pared opuesta de la cueva, después de pasar sobre el riachuelo. Por debajo del puente, a unos tres metros de distancia, había otro puente más ancho que seguía la misma dirección.

En ambos extremos había una escalera tallada en la roca que unía aquellos enormes arcos.

Después de seguir la curva del arco que se alejaba de la plataforma en la que se encontraba, Conan divisó una abertura en la

pared de la cueva, a través de la cual se veían las estrellas.

Pero su atención se vio atraída por la escena que se desarrollaba debajo de ellos. Los sacerdotes habían llegado a su destino. Allí, en una esquina de la cueva, se alzaba un altar de piedra sobre el cual no había ningún ídolo. No se podía ver si éste se hallaba más atrás, porque aquella parte se encontraba completamente a oscuras.

Los sacerdotes habían puesto sus antorchas en unos agujeros que había en el suelo de piedra, de modo que las teas formaban un semicírculo de fuego delante del altar, a varios metros de distancia de éste. Ellos también formaron un semicírculo en el interior del otro, y Gorulga, después de levantar los brazos en una invocación, se inclinó sobre el altar y puso las manos encima de éste. La losa superior se abrió hacia atrás cuando el gran sacerdote la hubo levantado, y apareció una pequeña cripta.

Gorulga extendió su largo brazo hacia el orificio y sacó un cofrecillo de bronce. Dejó caer la losa del altar a su posición anterior, y puso encima el cofrecillo. Enseguida procedió a abrir la tapa de éste. A los interesados observadores que se encontraban en la plataforma superior les pareció como si hubiese dejado en libertad una llama de un fulgor intensísimo que brillaba y palpitaba dentro del cofre. El corazón del cimmerio dio un vuelco. Conan echó mano a la empuñadura de su espada, con gesto mecánico. ¡Los Dientes de Gwahlur, al fin! ¡El tesoro que convertiría a su poseedor en el hombre más rico del mundo!

De repente, Conan se dio cuenta de que en torno al altar sólo brillaba la llama maligna de los Dientes de Gwahlur, que seguía creciendo cada vez más. Los sacerdotes negros estaban inmóviles como estatuas de basalto, y miraban con un gesto de profundo estupor.

A continuación, el misterioso espacio situado detrás del altar comenzó a iluminarse, y al hacerlo pudieron verse unas figuras espantosas que parecían surgir de la noche y del silencio sin fin.

Al principio parecían estatuas de granito gris. Pero aquellos seres peludos de aspecto repulsivo estaban vivos. Sólo sus ojos parecían tener vida, como si fueran ascuas ardientes.

Gorulga gritó con horror, al tiempo que levantaba los brazos con ademán defensivo.

Un brazo más largo avanzó hacia él y una mano le aferró la

garganta. Gritando y debatiéndose, el sumo sacerdote fue arrastrado hasta quedar tendido sobre el altar. Entonces un puño se abatió sobre él como una maza, y los gritos de Gorulga cesaron.

Su cuerpo quedó inerte sobre la losa, con el cráneo aplastado. A continuación, los antiguos sirvientes de Bit-Yakin se abalanzaron como una turba demoníaca sobre los sacerdotes, que seguían inmóviles del horror.

La matanza que siguió fue repugnante y estremecedora.

Conan vio cuerpos negros desgarrados por las manos infrahumanas de los atacantes, contra cuya terrible fuerza y agilidad nada valían las dagas ni las espadas de los sacerdotes. Vio cuerpos alzados en vilo y arrojados contra el altar Vio una antorcha sostenida por una mano monstruosa, que se retorcía en vano. Tan sólo un sacerdote logró escapar, dando alaridos, pero una turba sangrienta de formas horrorosas lo perseguía de cerca. El fugitivo y sus perseguidores desaparecieron por el negro túnel, mientras los gritos del hombre seguían llegando cada vez más debilitados por la distancia.

Muriela estaba de rodillas, con los ojos cerrados y abrazada a las piernas de Conan. Era la viva imagen del espanto.

Pero el cimmerio entró en actividad. Echó una mirada al orificio por el que se veían brillar las estrellas, luego observó el cofre, que aún relucía sobre el altar ensangrentado, y allí vio una ocasión desesperada. —¡Voy a por el cofre! —exclamó—. ¡Quédate aquí! —¡No, por favor! —gritó la muchacha aferrándose a sus rodillas—. ¡No! ¡No me dejes! —¡Quédate quieta y no abras la boca! —dijo el cimmerio, librándose de los brazos de Muriela.

Desdeñando la escalera, el cimmerio bajó de plataforma en plataforma con varios saltos ágiles. Al llegar al suelo no vio rastro alguno de los monstruos. El fulgor que había precedido a la aparición de los antiguos sirvientes de Bit-Yakin desapareció con ellos. Tan sólo las joyas que se hallaban en el cofre de bronce seguían proyectando su luz centelleante.

Conan se apoderó del cofre, pero antes miró con avidez su contenido: unas gemas de forma extraña que resplandecían con brillo helado, ultraterreno. Cerró la tapa de un golpe, se colocó el cofrecillo bajo el brazo y corrió escaleras arriba. No tenía ningún deseo de enfrentarse a los infernales criados de Bit-Yakin. ¿Por qué

habrían esperado tanto para atacar?, se preguntó. Imposible saberlo. Ningún ser humano podía explicar las reacciones de aquellos monstruos. No había duda de que poseían una inteligencia similar a la humana.

Pero en el suelo de la caverna yacía la prueba de su espíritu bestial.

La muchacha corinthia aún seguía arrodillada cuando llegó el cimmerio. Este la cogió por la muñeca y le levantó, al tiempo que le decía con un gruñido: —¡Es hora de que nos vayamos!

Demasiado aterrada para darse cuenta de lo que sucedía, la joven se dejó conducir a lo largo del estrecho puente de piedra. Sólo cuando estuvieron encima de la corriente, la muchacha miró hacia abajo, lanzó un grito y se tambaleó en el aire. Conan profirió una maldición, le rodeó la cintura con el brazo y la llevó en volandas hasta el otro extremo del puente natural. Luego corrieron por el corto túnel que había al otro lado, y un momento después ambos salían a una estrecha cornisa rocosa situada en la cara exterior de los farallones que rodeaban el valle. Abajo, a menos de treinta metros, las hojas de los árboles se agitaban a la luz de las estrellas.

Al mirar hacia el bosque, el cimmerio dejó escapar un suspiro de alivio. Se sentía capaz de bajar por aquel talud, aun cuando tuviera que cargar con la muchacha y el cofre. Depositó en la roca el cofrecillo, que aún estaba manchado con la sangre de Gorulga, y ya se disponía a atarse el cofre a la espalda con su cinto cuando quedó inmóvil al oír a sus espaldas un ruido siniestro e inconfundible. —¡Quédate aquí! —le dijo a la atemorizada corinthia—. ¡No te muevas!

El cimmerio desenvainó la espada y se deslizó por el túnel con toda cautela.

En mitad del puente había un cuerpo grisáceo. Uno de los antiguos criados de Bit-Yakin venía siguiendo a la pareja. No cabía ninguna duda de que el monstruo los había visto a ambos. Conan no vaciló. Tenía que acabar con él antes de que volvieran los demás sirvientes.

Se abalanzó directamente sobre el monstruo, que no era simiesco ni humano. Era un ser de pesadilla surgido de las misteriosas selvas del sur a las que no había llegado el hombre y donde se oía permanentemente el redoble de los tambores.

Ambos se encontraron en la parte más alta del arco del puente, bajo el cual corrían furiosas las aguas a unos treinta metros. Conan atacó, como un tigre, al monstruo con rostro de troglodita y asqueroso cuerpo grisáceo. Asestó un mandoble con su espada, poniendo en el golpe hasta el último vestigio de energía de su cuerpo. Aquel golpe hubiera deshecho el cuerpo de un hombre. Pero los huesos del antiguo sirviente de Bit-Yakin parecían hechos de acero. A pesar de ello, el mandoble le destrozó parte del pecho y la sangre manó a borbotones de la enorme herida.

Antes de que el cimmerio pudiera dar un segundo golpe, un brazo gigantesco lo barrió del puente como si de una mosca se hubiera tratado. Mientras caía, el rumor de la corriente de agua le pareció a Conan un fúnebre doblar de campanas. Pero su cuerpo dio una vuelta en el aire y fue a caer en parte sobre el puente que había debajo. Se balanceó precariamente por un instante y finalmente sus dedos se aferraron al borde opuesto del puente, evitando la caída. Luego saltó sobre el arco de piedra. Todavía llevaba la espada en la mano derecha.

En aquel momento vio al engendro que sangraba en abundancia y corría hacia el extremo del puente con la intención de bajar por la escalera hasta donde se encontraba Conan. Una vez que llegó al final de éste, el monstruo se detuvo repentinamente. En la entrada del túnel había visto a Muriela con el cofre bajo el brazo y un gesto de horror en el rostro. Bramando un rugido triunfal, el monstruo aferró a la muchacha con un brazo y cogió el cofrecillo con la otra mano. Luego retrocedió para cruzar el puente. El cimmerio gritó una maldición, pues comprendió que no llegaría a tiempo. Tenía que subir la escalera de piedra que lo separaba del puente superior y, para entonces, el ser infrahumano ya habría desaparecido por el laberinto de túneles que había al otro lado.

Pero el monstruo perdía fuerza. La sangre no había cesado de manar de la tremenda herida que tenía en el pecho, y ahora se balanceaba como borracho sobre el arco. De repente se desplomó sobre la roca y luego se precipitó al abismo. La muchacha y el cofre cayeron de sus manos inertes. Muriela lanzó un grito terrible.

Conan se hallaba casi debajo del sitio al que había caído el monstruo. Este golpeó contra el segundo puente, pero rebotó y se precipito a las rugientes aguas. La muchacha, en cambio, logró

mantenerse en el borde del arco de piedra. El cofre cayó a un lado de Conan, y Muriela hacia el otro, ambos al alcance de la mano del cimmerio. Durante unos instantes, el cofre rodó sobre la piedra; la muchacha se asió desesperadamente a las rocas con un brazo, mirando a Conan con los ojos desorbitados de espanto.

El bárbaro no dudó. Ni siquiera miró hacia el cofre que contenía las riquezas de toda una era. Dio un salto que habría avergonzado a la pantera más ágil y cogió a la muchacha por la muñeca, cuando los dedos de ésta ya resbalaban por el puente. Luego, dando un tremendo tirón, le levantó sobre la roca. El cofre rebasó el borde y, después de trazar un arco, fue a caer a las aguas, a treinta metros de distancia. Una blanca mancha de espuma señaló el lugar en el que los Dientes de Gwahlur desaparecieron para siempre de la vista de los hombres.

El cimmerio apenas se molestó en mirar. Corrió por el puente y trepó por los escalones de piedra llevando bajo el brazo a la muchacha, que estaba medio desmayada. Un aullido espantoso le hizo volver la cabeza cuando alcanzaba el arco superior y vio a los demás monstruos que irrumpían en la caverna, por la parte de abajo, con las manos ensangrentadas Corrieron hacia arriba y comenzaron a subir por las escaleras que unían entre si los salientes rocosos. Conan se echó a la muchacha a la espalda e inició el descenso con temeraria rapidez. Cuando los fieros rostros asomaron por la abertura, el cimmerio y la muchacha desaparecían ya por el bosque que rodeaba los farallones exteriores del valle de Alkmeenón.

Conan depositó a Muriela en el suelo, en medio de la densa vegetación.

—Bien, creo que podemos descansar —le dijo—. Es casi imposible que esos monstruos nos sigan fuera del valle. No obstante, buscaré un caballo que dejé atado junto a un pozo, no lejos de aquí. Allí estará, si no se lo han comido las fieras El cimmerio la miró extrañado y agregó: —¡Por Crom! ¿Puedes decirme por qué te echas a llorar precisamente ahora?

Muriela se cubrió el rostro con ambas manos, y su cuerpo se estremeció a causa de los sollozos.

—Has perdido las joyas por mi culpa —dijo ella con infinita pena—. Si me hubiera quedado fuera, en la plataforma, el monstruo

no me habría visto. ¡Debiste coger el cofre y dejarme caer a mí!

—Sí, creo que me hubiera convenido más —repuso él con una sonrisa—. Pero olvidémonos del pasado. Vamos, deja de llorar. Eso es. Ahora, vámonos.

—Entonces, ¿me llevas contigo? —preguntó la joven esperanzada. —¿Qué otra cosa puedo hacer? —dijo el cimmerio reanudando la marcha.

Luego la miró detenidamente, hizo un gesto de aprobación y volvió a sonreír al ver la falda rasgada, que dejaba a la vista una generosa parcela de su cuerpo marfileño.

—Creo que una buena actriz como tú me puede ser útil. No tenemos nada que hacer en Keshán. Nos iremos a Punt Los naturales de ese país adoran a una diosa de marfil y extraen oro en abundancia de sus ríos Les diré que Keshán está intrigando con Tuthmekri contra ellos —lo cual es muy cierto— y que los dioses me envían para protegerlos. Procuraré introducirte en secreto en el templo en el que se halla su diosa de marfil, para que ocupes su lugar. ¡Entonces nos resarciremos de la pérdida del cofre y les quitaremos hasta la última pepita de oro!

Más allá del río Negro

Llegado a Punt con Muriela, el cimmerio consigue llevar a cabo su plan y aligera a los fieles de aquel país de una buena cantidad de oro. Luego sigue viaje hacia Zembabwei.

Una vez allí, se une a una caravana de mercaderes y la guía hacia el norte, por las fronteras del desierto —en las que merodean sus antiguos compañeros, los bandidos zuagires—, consiguiendo llevarla a salvo hasta Shem. Después sigue viaje hacia el norte y atraviesa los reinos hiborios hasta llegar a su brumoso país natal. Conan tiene ahora cuarenta años, pero no aparenta esa edad, salvo por una actitud más madura hacia las mujeres y las riñas. De regreso en Cimmeria, encuentra a los hijos de sus antiguos amigos, que a su vez han formado ya familias. La vida sigue siendo muy sombría en aquel país, y las comunicaciones con los reinos hiborios son escasas. Ningún colono de estas naciones ha cruzado la frontera cimmeria desde la destrucción de Venarium, que tuvo lugar unos veinte años atrás. Pero ahora los aquilonios se extienden hacia el oeste, a través de las Marcas Bosonios, hasta llegar a los límites con las tierras de los pictos. Y hacia allí se dirige Conan en busca de trabajo para su espada. Se alista como explorador en Fuerte Tuscelan, el último puesto fronterizo aquilonio situado en la orilla oriental del río Negro, ya dentro del territorio bárbaro. En esa zona está teniendo lugar una sangrienta batalla con los pictos.

1. Conan pierde su hacha

El silencio era tan absoluto en el bosque que los pasos de las suaves botas de cuero turbaban la quietud. Al menos eso le parecía al caminante, si bien éste avanzaba por el sendero con la cautela recomendable a todo aquel que se aventuraba más allá del río Trueno.

Se trataba de un hombre joven, de estatura media, con una mata de pelo rubio que asomaba por debajo del casco. Su atuendo era bastante corriente en aquel país. Llevaba un rústico jubón sujeto por un cinto, unos calzones de cuero y botas del mismo material que le llegaban un poco más abajo de las rodillas. La empuñadura de la daga sobresalía por el borde superior de una de sus botas. El cinturón que llevaba era ancho, de cuero, y de él colgaba una pesada espada y una bolsa de piel de venado. Al parecer, no había temor en los grandes ojos que observaban la densa vegetación a ambos lados del sendero. Aunque no era alto, el hombre era de constitución armoniosa y sus cortas mangas dejaban ver unos brazos musculosos.

El viajero seguía imperturbable su camino, a pesar de que la última cabaña de colonos se encontraba varias leguas atrás y de que cada paso que daba lo acercaba al peligro que se cernía sobre el denso bosque como una sombra amenazante.

Hacía bastante menos ruido de lo que creía, si bien se daba perfecta cuenta de que el rumor de sus botas podía poner sobre aviso a los aguzados oídos que se ocultaban en la espesura traicionera. La actitud despreocupada del hombre era falsa. Sus ojos y oídos estaban alerta, sobre todo estos últimos, pues no había mirada que pudiera penetrar más allá de unos metros en ambos sentidos.

Su instinto lo hizo detenerse de repente, con la mano en la

empuñadura de la espada.

Permaneció inmóvil en medio del camino, conteniendo el aliento y preguntándose si en realidad había oído algo alarmante. El silencio era absoluto. No se oía el canto de un ave ni el chillido de una ardilla. Luego su mirada se detuvo en unos matorrales que tenía delante.

No había brisa y sin embargo estaba seguro de haber visto unas ramas que se movían.

Sintió que se le erizaba el cabello y permaneció indeciso durante un instante, seguro de que un movimiento en cualquier dirección podía significar su muerte.

Entonces se oyó un fuerte chasquido tras las hojas. Los matorrales se agitaron violentamente, se escuchó un grito ahogado y surgió una flecha de la espesura, que fue a perderse entre los árboles que bordeaban el camino. El viajero dio un salto y se puso a cubierto.

Agazapado detrás del tronco de un árbol y con la espada temblándole en la mano, el hombre vio que los arbustos se abrían y una alta figura avanzaba hacia el sendero. El caminante no pudo dominar su sorpresa. Aquel desconocido iba vestido igual que él, si bien los calzones no eran de cuero, sino de seda. Por otro lado, llevaba una cota de malla negra y un casco que cubría su oscura melena. El casco atrajo la mirada del otro. No tenía cimera, sino que estaba adornado con dos pequeños cuernos de toro. Evidentemente, aquel casco no había sido hecho por una mano civilizada. Pero tampoco era civilizado el rostro que había debajo. Era oscuro, lleno de pequeñas cicatrices, y en él destacaban unos fogosos ojos azules. Resultaba tan primitivo como el bosque del que había surgido. El hombre empuñaba una enorme espada en la mano derecha, y uno de los filos estaba empapado de sangre.

—Vamos, ya puedes salir —dijo el desconocido con un acento poco familiar para el caminante—. No hay peligro. Sólo era uno de esos perros. Sal de ahí.

El otro salió con gesto receloso y se quedó mirando al desconocido. Se sintió extrañamente indefenso al observar la talla del hombre del bosque, su amplio pecho cubierto por la malla oscura y el robusto brazo que empuñaba el sable ensangrentado. Se movía con la agilidad de una pantera; resultaba demasiado ágil y

flexible para ser producto de la civilización, aun cuando se tratara de la relativa civilización de las fronteras.

El desconocido se volvió y apartó los matorrales. Aun sin comprender muy bien lo que había sucedido, el viajero avanzó y echó una mirada a las matas. Allí había un hombre tendido. Era bajo, de piel muy oscura y poderosos músculos. Llevaba tan sólo un taparrabo, pero de su cuello colgaba un collar de dientes humanos y llevaba una ancha pulsera en el brazo. Una espada corta colgaba del cinto que sujetaba el taparrabo. En la mano aferraba todavía un arco de pesada madera oscura. El hombre caído tenía una larga cabellera negra.

Esto era lo único que se podía decir de su cabeza, pues le habían partido el cráneo de un golpe. —¡Un picto, por todos los dioses! —exclamó el viajero del este.

Los fieros ojos azules se volvieron hacia él. —¿Te sorprende?

—Bueno, me dijeron en Velítrium, y también en las cabañas de los colonos situadas a lo largo del camino, que estos demonios se deslizaban a veces a través de la frontera, pero no pensé que me iba a encontrar con uno de ellos tan lejos, en el interior.

—Te encuentras a sólo una legua al este del río Negro —le informó el desconocido—. Y han sido abatidos a más distancia que ésa de Velítrium. Ningún colono entre el río Trueno y Fuerte Tuscelan se encuentra realmente seguro. Yo encontré el rastro de este perro a casi una legua al sur del fuerte, esta mañana, y lo he seguido desde entonces. Llegué junto a él en el momento en que tendía el arco hacia ti. Un segundo más y habría sido tarde. Pero afortunadamente tuve tiempo de desviar el disparo.

El caminante miraba con los ojos desorbitados al otro hombre, asombrado de que hubiera seguido el rastro de uno de aquellos diablos de la selva y lo hubiera matado. Eso suponía un conocimiento del bosque que resultaba increíble, incluso en Conajohara. —¿Perteneces a la guarnición del fuerte? —preguntó el viajero.

—No soy soldado. Me dan la paga y las raciones de un oficial de línea, pero realizo mi misión en los bosques. Valannus sabe que resulto más útil en las orillas del río que encerrado en el fuerte.

El hombre más alto empujó el cadáver con el pie, y volvió al sendero. El otro lo siguió de cerca y dijo:

—Me llamo Balthus y anoche me encontraba en Velítrium. Aún no he decidido si voy a tomar una parcela de tierra o entrar al servicio del fuerte.

—Las mejores tierras cercanas al río Trueno ya están cedidas —dijo el otro con un gruñido—.

Los terrenos son excelentes entre la Cañada de la Cabellera, que has dejado atrás, y el fuerte, pero eso está demasiado cerca del río. Los pictos suelen presentarse a menudo para incendiar y asesinar, como intentaba hacer ése. Y no siempre vienen solos. Algún día intentarán expulsar a los colonos de Conajohara. Y lo malo es que tal vez lo logren. Este asunto de la colonización es descabellado. Existen magníficas tierras al este de las Marcas Bosonias. Si los aquilonios se hicieran con algunas de las enormes propiedades de sus barones y plantaran trigo donde ahora sólo se cazan venados, no tendrían que cruzar la frontera para despojar a los pictos de sus tierras.

—Ésa es una forma un tanto extraña de hablar para un hombre que está al servicio del gobernador de Conajohara —dijo Balthus.

—El asunto no me afecta porque soy un mercenario —le explicó el otro—. Pongo mi espada a las órdenes del que paga mejor. Nunca he plantado trigo, ni lo haré, mientras puedan obtenerse otras cosechas en el mundo. Vosotros los hiborios, os habéis extendido hasta donde resultaba aconsejable. Cruzasteis las marcas, quemasteis algunas aldeas y, después de exterminar a varias tribus, adelantasteis las fronteras hasta el río Negro. Pero dudo que podáis llevar la frontera más hacia el oeste. Vuestro estúpido rey no comprende lo que ocurre aquí. No os enviará refuerzos y no hay suficientes colonos como para contener un posible ataque en gran escala a través del río.

—Pero los pictos están divididos en pequeñas tribus —dijo Balthus—. Jamás se unirán, y por ello derrotamos a cada una de sus tribus por separado.

—O incluso a tres o cuatro tribus juntas —admitió el hombre alto—. Pero algún día se levantarán y unirán treinta o cuarenta tribus, como hicieron los cimmerios cuando los aquilonios trataron de extender sus fronteras más al norte. Destruyeron unas pocas tribus y construyeron un fuerte, el de Venarium. Bueno, supongo que habrás oído hablar del asunto.

—Así es —repuso Balthus estremeciéndose. El recuerdo de aquel sangriento desastre constituía una mancha en las crónicas de un pueblo guerrero y altivo.

—Mi tío estaba en Venarium —siguió diciendo Balthus-cuando los cimmerios escalaron las murallas. Fue uno de los pocos que escaparon a la matanza. Le he oído relatar el suceso más de una vez. Los bárbaros bajaron de las montañas sin previo aviso y atacaron Venarium con tal furia que nadie los pudo contener. Hombres, mujeres y niños fueron asesinados. Venarium quedó reducida a un montón de ruinas humeantes, y así sigue hasta hoy. Los aquilonios fueron rechazados hasta más allá de las marcas y desde entonces no han intentado volver a colonizar Cimmeria. Pero tú hablas de Venarium como si la conocieras. ¿Has estado allí?

—Sí, estuve —repuso el otro con un gruñido—. Yo era uno de los integrantes de la horda que escaló las murallas. No tenía quince años, pero mi nombre ya era respetado en el consejo de las hogueras.

Balthus retrocedió instintivamente, mirando fijamente a su interlocutor. Le parecía increíble que el hombre que caminaba con tranquilidad a su lado fuera uno de esos demonios sedientos de sangre que habían escalado los muros de Venarium para matar y saquear a mansalva. —¡Entonces tú también eres un bárbaro! —exclamó sin poder dominarse.

El otro asintió sin ofenderse.

—Soy Conan el Cimmerio.

—He oído hablar de ti —dijo Balthus, con un nuevo interés en la mirada.

No era de extrañar que el picto hubiese sido abatido. Los cimmerios eran unos bárbaros tan feroces como los pictos, pero mucho más inteligentes. Seguramente Conan había pasado mucho tiempo entre gente civilizada, si bien ese contacto no había debilitado sus primitivos instintos. El recelo de Balthus se convirtió en admiración al ver el fácil andar de aquel hombre cuya engrasada cota de malla no hacía el menor ruido. —¿De qué parte de Aquilonia eres? ¿De Gunderland tal vez? —preguntó Conan.

Balthus movió negativamente la cabeza y dijo:

—No, soy de Taurán.

—He encontrado buenos conocedores del bosque entre los

nativos de esa provincia aquilonia.

Pero los bosonios os han protegido a los aquilonios durante muchos siglos de la ruda vida de las selvas. Necesitáis endureceros.

Aquello era cierto. Las Marcas Bosonias, con sus poblaciones fortificadas y llenas de valientes arqueros, habían servido desde hacía mucho tiempo como escudo contra los vecinos bárbaros. Ahora, entre los colonos aquilonios de más allá del río Trueno estaba surgiendo una raza capaz de enfrentarse con los bárbaros en su propio terreno, pero su número era todavía reducido.

El sol todavía no se había puesto, pero no se veía, pues se hallaba oculto por las densas frondas. Las sombras se alargaban mientras los dos hombres avanzaban por el sendero.

—Será de noche antes de que lleguemos al fuerte —dijo el cimmerio, y agregó—: ¡Escucha!

Se detuvo en seco, agazapado y con la espada en la mano, transformado en la imagen salvaje del recelo y la amenaza. Balthus también había oído el tremendo alarido. Era el grito de un hombre que agonizaba o se hallaba preso de un intenso terror.

Conan corrió por el sendero, alejándose de su compañero. Éste procuró seguirlo. Entre los colonos de Taurán era considerado buen corredor, pero Conan lo superaba ampliamente.

Balthus olvidó su preocupación cuando oyó un nuevo grito. Éste no parecía humano, sino el chillido de algún demonio que se abatía sobre su presa.

Balthus aflojó el paso y un sudor pegajoso le cubrió la frente. Conan no vaciló. Avanzó por una curva del camino y desapareció. El otro se sintió invadido por el pánico y echó a correr tras él otra vez.

El aquilonio estuvo a punto de chocar con el bárbaro, que se hallaba en el sendero junto a un cuerpo caído. Pero el cimmerio no miraba el cadáver empapado de sangre, sino que observaba atentamente la densa vegetación que había a ambos lados del camino.

Balthus soltó un juramento. Era el cuerpo de un hombre bajo y gordo, que vestía como los mercaderes adinerados. En su rostro fofo y pálido había una expresión de tremendo horror.

Tenía el cuello cortado de oreja a oreja, y su corta espada aún estaba envainada, lo que indicaba que había sido atacado por

sorpresa. —¿Ha sido un picto? —preguntó Balthus en voz baja, volviéndose hacia la espesura.

Conan movió la cabeza y dirigió la mirada hacia el hombre muerto.

—Fue un demonio del bosque —repuso—. ¡Éste es el quinto, por Crom! —¿Qué quieres decir? —¿Has oído hablar de un hechicero picto llamado Zogar Sag? —preguntó Conan.

Balthus negó con la cabeza.

—Vive en Gwawela, la aldea salvaje más cercana que hay al otro lado del río. Hace tres meses se escondió junto al camino y se apoderó de una reata de muías de una caravana que se dirigía al fuerte. Drogó a los arrieros. Aquellos animales pertenecían a este hombre. Era Tiberias, un mercader de Velítrium. Las muías iban cargadas de pequeños barriles de cerveza. El viejo Zogar se detuvo a beber cerveza antes de cruzar el río. Uno de los colonos, Soractus, descubrió su rastro y llevó a Valannus y a tres soldados hasta donde estaba el viejo picto, borracho perdido. Ante la insistencia de Tiberias, el gobernador Valannus recluyó a Zogar Sag en una celda, que es la peor ofensa que se le puede hacer a un picto. El viejo logró escapar y mandó decir que iba a matar a Tiberias y a los cinco hombres que lo habían capturado, y que lo realizaría de un modo que haría temblar a los aquilonios en los años futuros.

«Pues bien, Soractus y los soldados murieron. El primero en el río; los soldados, casi a la misma sombra del fuerte. Ahora muere Tiberias. Todas las víctimas, con excepción de este último, como puedes ver, estaban decapitadas, y seguramente sus cabezas adornan ahora el altar que Zogar Sag ha erigido en honor de su dios. Pero las víctimas no han sido asesinadas del modo como lo hacen los pictos. —¿Qué quieres decir?

Conan señaló el cuerpo del mercader y dijo: —¿Cómo crees que han hecho eso, con un cuchillo o con una espada? Mira de cerca y verás que sólo una garra ha podido hacer una herida semejante. La carne está desgarrada, no cortada.

—Tal vez fuera una pantera… —empezó a decir Balthus sin mucha convicción.

El cimmerio negó con la cabeza.

—No, estoy seguro que se trata de un ser demoníaco —repuso— invocado por Zogar Sag para llevar a cabo su venganza. Tiberias fue

necio al dirigirse a Velítrium sin compañía al anochecer. Volvía montado en su mula, posiblemente con un bulto de buenas pieles de nutria para vender en el fuerte. La cosa saltó desde esos matorrales. Mira cómo están aplastadas estas ramas. Tiberias lanzó un solo grito, le cercenaron el cuello y lo enviaron a vender pieles de nutria al infierno —continuó Conan—. La muía se internó en el bosque. ¡Escucha! Aún se la oye avanzar entre los árboles. El demonio no tuvo tiempo de llevarse la cabeza de Tiberias. Prefirió marcharse cuando llegamos nosotros.

—Sólo podía temerte a ti —dijo Balthus—. No debe de ser una criatura tan terrible si huye de dos hombres. Pero ¿cómo sabes que no era un picto con una especie de garfio? ¿Acaso lo viste?

—No, no lo vi. Tan sólo noté que se movían los matorrales. Pero si quieres más pruebas, observa esto. El que mató a Tiberias ha pisado el charco de sangre sobre el que yacía el mercader. Ahí hay una huella de sangre.

El cimmerio señaló debajo de las hojas, en el borde del camino.
—¿Eso lo ha hecho un hombre? —preguntó el aquilonio.

Balthus sintió un escalofrío. Ni un hombre ni un animal que él conociera hubieran hecho aquella huella monstruosa de tres dedos, que recordaba lejanamente la de un ave o la de un lagarto. Entonces extendió la mano por encima de la pisada y soltó un gruñido.

—Mide bastante más de un palmo —dijo—. ¿Qué será? En mi vida he visto una huella semejante.

—Es un demonio de los pantanos —contestó Conan sombríamente—. Abundan en las ciénagas que hay más allá del río Negro. Se les puede oír aullar como almas en pena cuando el viento llega desde allí por la noche. —¿Qué podemos hacer? —preguntó el aquilonio mirando inquieto por entre las sombras.

Se preguntó qué monstruosa cabeza habría visto el desdichado mercader para que su rostro reflejara tal expresión de horror.

—Sería inútil tratar de seguir a un demonio —dijo Conan, mientras se sacaba una corta hacha de leñador del cinto—. Intenté seguirlo después de que matara a Soractus, pero perdí su rastro a los diez pasos. Es como si le hubieran crecido alas, o se hubiese hundido en la tierra hasta llegar al infierno. Tampoco me molestaré en buscar la muía. Llegará sola al fuerte o a la cabaña de algún colono.

Mientras hablaba, el cimmerio cortó con el hacha un par de ramas de unos tres metros de largo, y les quitó las hojas. Luego ató una enredadera al extremo de un palo y la fue entrelazando entre las dos varas hasta formar una camilla rudimentaria.

—El demonio no se llevará la cabeza de Tiberias si yo puedo evitarlo —dijo Conan—.

Trasladaremos el cadáver hasta el fuerte. Está a algo menos de una legua. Nunca me cayó bien este gordo estúpido, pero no debemos permitir que los pictos se ensañen con los cadáveres de los hombres blancos.

En realidad, los pictos eran de raza blanca, aunque de piel morena, pero los hombres de la frontera no los consideraban blancos.

Balthus cogió el extremo posterior de la litera, en la que Conan había instalado sin ceremonia alguna el cadáver del mercader. Luego avanzaron por el sendero lo más rápido que pudieron. El cimmerio, después de sujetar el cinturón del mercader a una de las varas de la camilla, se había pasado el otro extremo del cinto por los hombros. Llevaba la litera con una sola mano, mientras que en la otra empuñaba una espada desenvainada. Sus ojos incansables observaban la siniestra espesura sin dejar escapar un solo detalle El bosque estaba en penumbra y la bruma azulada arrojaba un manto de misterio sobre aquel lugar.

Habían cubierto una tercera parte del camino, y los fuertes músculos de Balthus comenzaban ya a dolerle un poco, cuando otro grito hizo detenerse a los dos hombres. —¡Una mujer! —exclamó el aquilonio—. ¡Por Mitra, una mujer ha gritado ahí cerca!

—Quédate aquí —dijo el cimmerio, y se internó por la espesura como un lobo detrás de su presa.

Balthus sintió que se le erizaba el cabello y dijo en voz alta: —¿Quedarme aquí solo con un cadáver y un demonio oculto entre los árboles? ¡Yo voy contigo!

Y sin decir más, echó a correr detrás del cimmerio. Éste lo miró y no hizo ninguna objeción, si bien no moderó el paso para adaptarlo al de su compañero. De repente Conan se detuvo delante de una arboleda, espada en mano. —¿Por qué te detienes? —dijo Balthus, que llegó jadeando y secándose el sudor de la frente.

—Ese grito vino de esta arboleda o de sus alrededores —explicó

el bárbaro—. Sé muy bien de dónde proceden los sonidos, pero...

De pronto se volvió a oír el grito, esta vez detrás de ellos, en dirección al sendero que acababan de dejar. Era el alarido de una mujer dominada por el terror. De improviso se convirtió en una risa burlona que parecía surgir de los labios de un ser demoníaco.

—En nombre de Mitra... —murmuró Balthus con el rostro. absolutamente pálido.

Al tiempo que profería un juramento, Conan giró en redondo y volvió por donde había venido, seguido de cerca por el aquilonio. Cuando el bárbaro se detuvo, Balthus chocó con sus fornidas espaldas y oyó la respiración del cimmerio. Éste se hallaba inmóvil como una estatua.

Al mirar por encima del hombro de Conan, Balthus sintió un escalofrío. Algo se movía entre los matorrales; se trataba de algo que no andaba ni volaba, sino que se arrastraba como una serpiente. Sin embargo, no se trataba de un reptil. El contorno de la criatura era impreciso; más alta que un hombre, aunque no más voluminosa, arrojaba una luz extraña.

Conan volvió a maldecir, y arrojó su hacha con una furia inaudita. Pero la cosa siguió deslizándose sin cambiar de dirección. Durante un segundo vieron a una extraña criatura alta, luminosa y sombría a la vez, que se perdía entre la espesura como una llama fantasmagórica.

Con un rugido de impotencia, el cimmerio se internó en el follaje y llegó al sendero. Luego se inclinó sobre la litera en la que yacía el cadáver de Tiberias. El cuerpo ya no tenía cabeza. —¡Nos han engañado con unos maullidos! —exclamó el cimmerio blandiendo la espada, furioso—. ¡Debí haberlo imaginado! Ahora habrá cinco cabezas adornando el altar de Zogar.

—Pero ¿qué es esa cosa, que puede gritar como una mujer y reír como un demonio, que brilla como un fuego fatuo y flota entre los árboles?

—Es un diablo de los pantanos, ya te lo he dicho —repuso el cimmerio—. Bien, prosigamos nuestro camino. Ahora, al menos la carga no será tan pesada.

Y después de decir esto, Conan cogió la litera y reanudó la marcha junto con su compañero.

2. El hechicero de Gwawela

Fuerte Tuscelan se alzaba en la orilla oriental del río Negro, cuyas olas lamían el pie de la empalizada. Los edificios del interior estaban hechos de troncos, incluso el alojamiento del gobernador, que se levantaba sobre la empalizada mirando en dirección a la sombría comente. Más allá del río se extendía un gran bosque, que parecía una selva. Los centinelas vigilaban día y noche sobre las plataformas de la valla, mirando constantemente la verde espesura. Rara vez aparecía alguna figura amenazadora, pero los centinelas sabían que eran observados con odio. En el bosque no parecía haber vida, si bien ésta era abundante no sólo en cuanto a animales, sino a hombres, que eran los más feroces animales de presa.

Allí en el fuerte, terminaba la civilización. Fuerte Tuscelan era la última avanzada de las razas hiborias dominantes. Más allá del río reinaba la vida primitiva. Sobre las chozas de techo de paja sonreían siniestramente las calaveras, y delante del fuego de la hoguera unos hombres de pelo hirsuto y ojos de serpiente hacían sonar tambores y afilaban las puntas de sus flechas. Esos hombres primitivos observaban con odio el fuerte desde sus escondites entre los matorrales. En un tiempo, sus cabañas se habían alzado donde ahora estaban la empalizada de troncos y las casas de los rubios extranjeros Primero llegaron los mercaderes y luego los sacerdotes de Mitra, que venían con los pies descalzos y las manos vacías, para morir en su mayoría de forma horrible. Después se presentaron los soldados; se trataba de unos hombres que empuñaban hachas, y traían a sus mujeres y niños en carretas tiradas por bueyes. A orillas del río Trueno y del río Negro los aborígenes fueron desalojados de su país y los mataron sin miramientos. Pero la gente de piel oscura no olvidó nunca que Conajohara había sido una vez su tierra.

El centinela de la puerta oriental lanzó un grito de alerta A

través de la mirilla del portón brilló la llama de una antorcha, que se reflejó en un casco, y en unos ojos que miraban recelosos.

—Abrid la puerta —dijo Conan hoscamente—. Ya veis que soy yo, ¿no?

La disciplina militar lo exasperaba.

La enorme puerta se abrió hacia el interior, y Conan y su compañero entraron en el fuerte.

Balthus vio que el acceso se hallaba flanqueado a ambos lados por sendas torres que sobresalían de la empalizada. Había troneras para disparar flechas desde el interior del fuerte.

Los centinelas lanzaron una exclamación al ver la carga que traían los hombres. —¿Nunca habéis visto a un hombre sin cabeza? —les preguntó el cimmerio.

—Ése es Tiberias —dijo uno de los soldados con el rostro pálido —. Lo reconozco por su jubón.

Valerius, mi compañero, me debe cinco monedas de plata. Cuando Tiberias salió de aquí con su muía, le aposté a que el mercader volvería sin cabeza.

Conan le hizo una señal a Balthus y ambos depositaron la camilla con su carga sobre el suelo; luego, el cimmerio se encaminó a la casa del gobernador, acompañado por el aquilonio. Éste observaba con curiosidad los alojamientos de las tropas, situados contra la empalizada, así como las caballerizas los puestos de los mercaderes y otros edificios. En el centro había una plaza o patio en el que los soldados hacían su instrucción y donde ahora se hallaban las hogueras encendidas, con corrillos de hombres en derredor. Muchos de ellos se volvieron al notar que algo sucedía en la puerta. Las espigadas figuras de los lanceros y batidores aquilonios se mezclaban con las de los arqueros bosonios, más bajos y corpulentos.

El gobernador los recibió personalmente, pues las normas sociales estrictas habían quedado al este de las marcas. Valannus era un hombre joven, cuya noble presencia se veía realzada por la responsabilidad de su cargo.

—Me informaron de que abandonaste el fuerte al amanecer —le dijo a Conan—. Temía que los pictos finalmente te hubieran cogido.

—Cuando me corten la cabeza, todo el río se enterará —repuso el cimmerio—, porque las mujeres pictas llorarán a sus muertos

desde aquí hasta Velítrium. Escuché los tambores del otro lado del río y salí de exploración yo solo.

—Los tambores suenan todas las noches —manifestó el gobernador.

—Anoche era diferente. Lo ha sido desde que Zogar Sag regresó desde esta orilla.

—Debimos haber hecho lo que tú aconsejabas —dijo el gobernador con un suspiro—. O devolverlo a su casa con algunos regalos, o ahorcarlo. Pero...

—Vosotros, los hiborios, no aprendéis con facilidad las costumbres de estas tierras fronterizas —repuso Conan—. Bueno, ya es tarde para echarse atrás, pero puedo asegurar que no habrá paz en la frontera mientras Zogar viva y recuerde el tiempo que pasó en las mazmorras. Yo iba siguiendo a un picto que tenía ganas de disparar algunas flechas. Le rompí la cabeza, y di con este muchacho que se llama Balthus y viene de Taurán para ayudar a conservar estas tierras.

Valannus miró con gesto de aprobación el aire marcial y el aspecto robusto del aquilonio.

—Me alegra conocerte —le dijo—. Quisiera que viniera más gente de tu pueblo para aquí.

Necesitamos hombres de verdad. Muchos de nuestros soldados, e incluso de los colonos, vienen de las provincias orientales y no saben nada de las zonas boscosas ni de la vida agrícola.

—Eso es cierto, Valannus —terció Conan—. Pero escucha, hemos encontrado a Tiberias en el sendero.

A continuación le explicó al gobernador en pocas palabras lo ocurrido. —¡No sabía que hubiera abandonado el fuerte! —exclamó Valannus palideciendo—. ¡Debía de estar loco!

—Lo estaba —afirmó Conan—; al igual que los otros cuatro. Cada uno de ellos, a su tiempo, enloqueció y salió al bosque, donde hallaron la muerte. Algo los llamó desde lo más profundo de las frondas. Zogar Sag ejerce una magia que los aquilonios no podéis contrarrestar.

El gobernador no respondió. Se limitó a pasarse una mano por la frente perlada de sudor. —¿Se han enterado de esto los soldados? —preguntó enseguida.

—Dejamos el cadáver a la entrada.

—Debisteis haber disimulado el hecho y ocultado el cuerpo en algún lugar del bosque. La moral de los soldados no es muy alta.

—Se habrían enterado de todos modos. Si hubiera escondido el cadáver, habría aparecido en el fuerte como el de Soractus: atado a la parte exterior de la puerta, para que los centinelas lo encontraran allí por la mañana.

Valannus se estremeció. Se acercó a una ventana y miró en silencio el río, negro y brillante bajo la luz de las estrellas. Más allá se extendía la selva, con sus ruidos misteriosos y siempre cambiantes.

—Después de todo —dijo Valannus como hablando consigo mismo—, ¿qué sabemos nosotros, qué sabe nadie acerca de los secretos de la selva? Nos han llegado rumores acerca de bosques y de grandes llanuras que se extienden hasta lejos, para terminar en las costas del océano Occidental. Pero no sabemos a ciencia cierta lo que hay entre este río y el mar.

Ningún hombre blanco ha vuelto con vida de allí. ¿Quién sabe qué seres terrestres o ultraterrestres habitan más allá del círculo luminoso y de las tierras que conocemos? ¿Quién sabe qué dioses y qué demonios se veneran bajo la sombra de las selvas paganas? —siguió preguntando—. Un sabio de las ciudades del este se burlaría de los conocimientos de Zogar Sag, que son los de un hechicero primitivo. Y sin embargo ha vuelto locos a cinco hombres y los ha matado de un modo que nadie puede explicar. Me pregunto si ese viejo será humano.

—Cuando pueda tenerlo al alcance de mi hacha, esa pregunta tendrá respuesta —aseguró Conan con un gruñido.

Luego se sirvió un par de vasos del vino del gobernador, tomó uno y entregó otro a Balthus.

Valannus se volvió hacia Conan y lo miró pensativamente. Luego dijo:

—Los soldados, que no creen en fantasmas ni en demonios, están al borde del pánico. Tú, en cambio, que crees en brujos, hechizos, ogros y fantasmas, no pareces temer a ninguna de esas cosas en las que crees.

—No hay nada en el universo que el acero no pueda cortar —afirmó el cimmerio—. Yo le arrojé mi hacha al demonio y no sufrió ningún daño. Pero quizá le erré en la oscuridad. Bien pudo ocurrir

eso.

—Conan —dijo Valannus levantando la cabeza —, de ti dependen más cosas de las que tú imaginas. Conoces la debilidad de esta provincia, que es como una delgada cuña insertada en las tierras salvajes. Sabes bien que la vida de toda la gente que vive al oeste de las marcas está supeditada al fuerte. Si éste cayera, al cabo de poco tiempo las puertas de Velítrium saltarían en pedazos. El rey, o los consejeros de Su Majestad, han ignorado mis peticiones de enviar más tropas a la frontera. No saben nada acerca de la situación aquí reinante y se niegan a gastar más dinero en esta zona. El destino de la frontera depende de los hombres que ahora se encuentran en ella. »No ignoras que la mayor parte de las tropas que conquistaron Conajohara han sido retiradas —siguió diciendo —; las fuerzas que me dejaron son insuficientes, sobre todo desde que el maldito Zogar Sag envenenó unos depósitos de agua, por lo cual murieron cuarenta soldados en un solo día. Muchos otros enfermaron a causa de esa maniobra. Los hay enfermos de fiebre, mordidos por serpientes o atacados por las fieras de la selva. Los soldados creen que Zogar es capaz de dar órdenes a los animales para que nos ataquen y nos destruyan.

«Cuento con trescientos lanceros, cuatrocientos arqueros bosonios y unos cincuenta hombres que, al igual que tú, tienen mucha experiencia de la vida en el bosque —prosiguió—.

Cada uno de éstos vale por diez soldados, pero, como ves, su número es muy reducido.

Francamente, Conan, mi situación es muy precaria. Las tropas hablan de desertar; tienen la moral baja y temen que caiga sobre nosotros la peste negra, desatada por Zogar Sag.

Cuando veo a un soldado enfermo, comienzo a sudar y temo que se vuelva negro y se muera delante de mis propios ojos.

«¡Conan, si la plaga cae sobre nosotros, los soldados desertarán en masa! —agregó—. La frontera quedará desprotegida y nada impedirá que las hordas de salvajes invadan Velítrium... o lleguen más lejos quizá.

«Para que podamos retener Conajohara, es menester que muera Zogar Sag —concluyó—. Tú has penetrado en territorio desconocido hasta donde no lo ha hecho ningún otro hombre del fuerte. Sabes dónde se halla Gwawela y conoces algunos caminos que hay al otro

lado del río. ¿Quieres mandar un grupo de hombres esta noche y tratar de matar o de capturar al brujo? Sé que es una locura y que hay muy pocas posibilidades de que volváis con vida.

Pero si no intentamos eso, la destrucción del fuerte será inevitable. Puedes llevarte todos los hombres que quieras.

—Una docena de hombres será mejor para este trabajo que todo un regimiento —dijo Conan—, Quinientos soldados no podrían entrar en Gwawela y volver después, mientras que doce sí pueden hacerlo furtivamente. Déjame elegirlos. ¡Ah, y no quiero que vengan soldados!

—Permíteme que vaya —dijo Balthus con vehemencia—. He cazado ciervos toda mi vida en Taurán.

—Está bien. Valannus, cenaremos en la cantina en la que se reúnen los extranjeros y allí seleccionaré a mis acompañantes. Saldremos dentro de una hora. Descenderemos en barca por el río y después de desembarcar nos internaremos en el bosque. Si vivimos hasta entonces, estaremos de vuelta al amanecer.

3. Los reptiles en la oscuridad

El río parecía una mancha borrosa entre paredes de ébano. Los remos se hundían suavemente en las aguas, impulsando la barca sin hacer ningún ruido. El hombre que estaba arrodillado en la proa apenas si podía ver a unos metros por delante de la embarcación.

Conan se orientaba por sus instintos y por su familiaridad con el río.

Nadie decía una palabra en la barca. Balthus había examinado a sus compañeros en el fuerte antes de salir de la empalizada para embarcar en la lancha que los esperaba.

Pertenecían a una nueva raza que había crecido en la frontera; eran hombres a quienes la necesidad había enseñado las artes de las tierras salvajes. Siendo aquilonios de las distintas provincias occidentales, tenían muchas cosas en común. Vestían de forma parecida, usaban armas similares —hachas y espadas cortas— y eran todos delgados, musculosos y taciturnos.

En cierto modo eran salvajes, aunque había una gran diferencia entre ellos y el cimmerio.

Se trataba de hijos de la civilización que habían vuelto a la barbarie a causa de las circunstancias. Conan, en cambio, descendía de cientos de generaciones de bárbaros. Ellos habían adquirido destreza en los bosques; él había nacido en el bosque. Ellos eran lobos, pero el cimmerio era un tigre.

Más allá del fuerte, el río trazaba una amplia curva. Las luces del fuerte desaparecieron rápidamente y la lancha se deslizó durante un cuarto de legua, esquivando los obstáculos casi milagrosamente.

Después su jefe gruñó y los hombres remaron hacia la orilla opuesta. Conan tanteó hasta encontrar una raíz que sobresalía del agua. Nadie dijo una sola palabra. Todas las instrucciones habían

sido dadas en el fuerte. El cimmerio se deslizó en silencio como una pantera por un costado del lago y desapareció entre los matorrales. Otros nueve hombres lo siguieron con el mismo sigilo. Para Balthus, que aferraba la raíz mientras mantenía el remo sobre sus rodillas, resultaba increíble que diez hombres pudieran desaparecer en la espesura sin hacer el menor ruido.

Se dispuso a esperar. No cruzó ni una sola palabra con el otro hombre que se había quedado junto a él. En algún lugar, a media legua al noroeste, se encontraba la aldea de Zogar entre los densos bosques. Balthus sabía lo que tenía que hacer. Debía esperar, junto con su compañero, a que regresara el resto del grupo. Si Conan y sus hombres no volvían con las primeras luces del alba, ambos regresarían remando hasta el fuerte e informarían de que la selva se había cobrado un nuevo tributo.

El silencio era opresivo. No llegaba ningún rumor de la oscura arboleda, invisible más allá de las masas negras que constituían los arbustos de la orilla. Balthus no oía los tambores, que habían callado hacía algunas horas. Parpadeó, tratando de ver algo a través de la oscuridad. Los intensos olores nocturnos del río y de la húmeda floresta cercana le producían una sensación de ahogo. No lejos de allí se oyó un ruido como el que provoca un gran pez al saltar en el agua. El aquilonio sintió que la lancha se mecía levemente por las olas producidas. La popa del bote se movió, alejándose de la orilla. El hombre que estaba atrás debía de haber soltado la raíz que estaba aferrando. Balthus volvió la cabeza para susurrar una advertencia y vio el bulto del otro en la oscuridad.

Éste no le contestó. Pensando que tal vez estuviera dormido, Balthus tendió el brazo y lo cogió por un hombro. Ante su estupor, el hombre se desplomó sobre el suelo de la embarcación. Balthus tocó el cuerpo. Su corazón latía aceleradamente. Los dedos del joven tocaron el cuello del otro y sus mandíbulas se cerraron convulsivamente, pero no se le escapó ni un solo grito. Había palpado una enorme herida abierta. Al hombre le habían cortado el cuello de oreja a oreja.

Presa de horror y de pánico, el aquilonio fue a ponerse en pie; entonces, un brazo musculoso surgido de la oscuridad le rodeó el cuello, impidiéndole gritar. La lancha se movió violentamente. Balthus sacó su cuchillo de la bota y apuñaló a ciegas con fiereza.

Notó que la hoja se hundía en algo y llegó hasta sus oídos un alarido infernal que recibió por respuesta un sonido terrible. La oscuridad pareció cobrar vida a su alrededor. Una clamor bestial se alzó desde todas partes, y lo aferraron otros brazos. La lancha volcó bajo un montón de cuerpos que se agitaban, pero antes de caer debajo de ella, algo se estrelló contra la cabeza de Balthus y las tinieblas invadieron por completo al aquilonio.

4. Las bestias de Zogar Sag

Unas llamas deslumbraron a Balthus cuando recobró el sentido. Parpadeó y sacudió la cabeza. El resplandor le hacía daño en los ojos. Una confusa mezcla de sonidos surgía en derredor haciéndose más claros a medida que iba recuperando sus facultades. Levantó la cabeza, miró con aire aturdido a su alrededor y vio una serie de figuras negras recortadas contra la luz de las hogueras.

Balthus recobró súbitamente la memoria y la comprensión. Vio que estaba atado a un poste en un espacio abierto rodeado por unas figuras terribles. Más allá de éstas ardían unas hogueras cuidadas por desnudas mujeres de piel oscura. Al fondo había unas chozas de adobe con techo de hojas, y más atrás, una empalizada con una enorme puerta. Pero vio todo esto superficialmente. Toda su atención estaba centrada en los hombres que lo miraban con fijeza.

Eran unos individuos bajos, de cuerpo ancho y hombros robustos, cubiertos tan sólo por un taparrabo. El fuego hacía resaltar su recia musculatura. Sus rostros aparecían inexpresivos, pero los ojos les centelleaban con la llama que brilla en la mirada de un tigre al acecho. Una banda de cobre sujetaba sus hirsutas melenas. Empuñaban hachas y espadas. Algunos llevaban rudimentarios vendajes y tenían la piel manchada de sangre. Se notaba que hacía poco tiempo que habían estado luchando ferozmente.

Balthus apartó la mirada y estuvo a punto de proferir un grito de horror. A pocos pasos de distancia vio algo espantoso. Era un montón de cabezas humanas. El joven reconoció los rostros que tenía delante. Pertenecían a los hombres que habían seguido a Conan a la selva.

A primera vista no descubrió entre ellos la cabeza del cimmerio, pues sólo se divisaban algunos semblantes. Pero allí habría diez u

once cabezas. Sintió deseos de vomitar. Detrás de las cabezas yacían los cuerpos de media docena de pictos, y Balthus sintió una alegría maligna. Al menos los exploradores habían cobrado su tributo de vidas enemigas.

Al apartar la vista del terrible espectáculo, el aquilonio advirtió que había otro poste a su lado, en el que se retorcía un hombre bajo sus ataduras. Sólo llevaba puestos los calzones de cuero de los batidores. Balthus reconoció a uno de los hombres de Conan. La sangre manaba de su boca y de una herida que tenía en el costado. Levantó la cabeza y murmuró con dificultad, en medio del clamor de los pictos:

—A ti también te han capturado…

—Vinieron por el agua y le cortaron el cuello a mi compañero —dijo Balthus—. No los oímos hasta que estuvieron encima de nosotros. No sé cómo lo hicieron.

—Son demonios —afirmó el hombre de la frontera—. Debieron de estar al acecho cuando bajábamos por el río. Fuimos a meternos en una trampa. Las flechas llovieron sobre nosotros antes de que nos diésemos cuenta. La mayor parte de nuestros hombres cayó en el primer ataque. Tres o cuatro se internaron en la espesura y lucharon cuerpo a cuerpo. Pero los pictos eran muy numerosos. Habría sido mejor para ti y para mí que nos hubieran matado en el acto. Seguramente Conan pudo ponerse a salvo. Pero no podemos culparlo.

En circunstancias normales, habríamos llegado a esta aldea sin que nos descubrieran. Pero los pictos disponían de una vigilancia especial, ya que no suelen tener centinelas en las orillas del río. Además, aquí hay demasiados salvajes, y no todos son de Gwawela.

También los hay de las tribus del oeste, así como de la zona superior e inferior del río.

Balthus miró a aquellos seres feroces. Aunque entendía poco acerca de sus salvajes costumbres, comprendió que su número era excesivo en relación con el tamaño de la aldea.

No había chozas suficientes para acomodarlos a todos. Entonces advirtió que había manifiestas diferencias en las pinturas de los rostros y pechos de los diversos grupos.

—Deben de haberse reunido aquí por orden de Zogar Sag —siguió diciendo el otro—. Ahora, quizás el viejo haga con nosotros

alguna de sus sesiones de magia. Bien, un hombre de la frontera sabe que no ha de morir en la cama. De todas formas, habría preferido haberme muerto ya junto con los otros.

Los pictos lanzaron un aullido lobuno, que creció poco a poco de volumen, y sus filas se agitaron impacientes. Balthus dedujo que se acercaba alguien importante para ellos. Al volver la cabeza, pudo comprobar que las estacas estaban clavadas delante de una enorme cabaña, más grande que las demás chozas y adornada con calaveras humanas. En aquel momento, una extraña figura atravesó bailando la puerta de la cabaña. —¡Zogar! —murmuró el batidor, y su cuerpo se contrajo.

Balthus vio a un individuo de mediana estatura, casi cubierto por las plumas de avestruz insertadas en un arnés de cuero y cobre. En medio de las plumas asomaba un rostro odioso y maligno.

Al tiempo que daba grandes saltos, el brujo entró en el círculo de salvajes y giró delante de los dos cautivos. Aquel rostro feroz resultaba cada vez más amenazador a medida que avanzaba.

De repente quedó inmóvil como una estatua. Las plumas se agitaron levemente. Los pictos que aullaban se callaron. Zogar Sag estaba quieto y parecía aumentar de tamaño. Balthus tuvo la sensación de que el picto rebasaba su estatura, aunque era más bajo que él. Sacudió la cabeza para alejar aquella ilusión.

El brujo comenzó a hablar en tono áspero y gutural. Acercó la cabeza a los prisioneros que estaban en las estacas y sus ojos brillaron como ascuas.

El batidor le escupió en el rostro, y Zogar soltó un aullido, saltando espasmódicamente en el aire. Los demás pictos corearon el aullido de su jefe y corrieron hacia los hombres de las estacas, pero el brujo los contuvo. Una seca orden de éste hizo que algunos corrieran hacia la puerta. La abrieron de par en par y volvieron enseguida al círculo. Éste se dividió rápidamente en dos grupos, a derecha e izquierda. Balthus vio que las mujeres y los niños se deslizaban hacia las cabañas, y se quedaba mirando desde allí, detrás de puertas y ventanas.

Un tenso silencio se hizo en la aldea cuando Zogar Sag se volvió hacia el bosque en tinieblas. Se puso de puntillas y lanzó una larga llamada infrahumana que resonó en la noche. Desde algún lugar de la espesura respondió otro aullido más profundo. Balthus se

estremeció, pues a juzgar por el timbre de la voz el grito no había sido proferido por una garganta humana. Recordó lo que le había dicho Valannus en el sentido de que Zogar se jactaba de dominar a los animales salvajes. El batidor estaba lívido y se mordía los labios.

Toda la aldea contuvo el aliento. Zogar Sag se quedó quieto como una estatua, aunque sus plumas temblaban ligeramente. De repente se vio que el hueco de la puerta ya no estaba vacío.

Los pictos emitieron un ronco jadeo y se apiñaron. Balthus sintió que se le erizaba el cabello. El ser que estaba en la puerta era la encarnación de una espantosa pesadilla. Tenía un color pálido y parecía brillar con tenue luz. Pero su cabeza feroz, así como los grandes colmillos curvos que surgían de ésta, no tenían nada de irreal. Se acercó en silencio, como un fantasma del pasado. En efecto, se trataba de un enorme felino sobreviviente de una edad antigua y salvaje. Era un tigre con dientes que parecían sables. Ningún cazador hiborio había visto uno de aquellos animales desde hacía siglos. Se contaban leyendas en las que se hablaba del color espectral de su piel y de su fiereza demoníaca.

La bestia que se acercó a los hombres de las estacas era mucho más grande que un tigre y tan voluminosa como un enorme caballo. Sus lomos eran demasiado musculosos. Tenía gigantescas mandíbulas, que daban un aspecto brutal a su cabeza. Debía de tener un cerebro pequeño, en el que no se albergaban otros instintos que los de destrucción. Era una monstruosidad en la evolución de los carnívoros, un horror todo colmillos y garras.

Éste era el ser espantoso al que había llamado Zogar Sag. Balthus ya no dudaba de la capacidad del brujo. Pero sólo la magia negra podía haber establecido un dominio sobre aquel monstruo de cuerpo poderoso y cerebro diminuto.

El enorme felino pasó delante del montón de cadáveres y de cabezas humanas sin mirar siquiera. No se trataba de un animal carroñero; tan sólo cazaba seres vivos en su existencia dedicada a la destrucción. Un hambre estremecedora se reflejaba en sus grandes ojos que no parpadeaban. Sus enormes fauces se abrieron. El brujo retrocedió y su mano señaló a los prisioneros.

El tigre se agazapó en el suelo y Balthus recordó, incluso en aquel momento, lo que se contaba acerca de la ferocidad del animal y cómo podía hundir sus colmillos con toda facilidad en el cráneo

de los enormes elefantes. El hechicero volvió a gritar y el monstruo saltó en el aire al tiempo que rugía ensordecedoramente.

Balthus jamás había imaginado que un ser vivo pudiera dar semejante salto, que era la encarnación de la destrucción absoluta. La bestia se echó encima de su compañero con las enormes garras extendidas y los colmillos babeantes. La estaca se partió por la base y se cayó al suelo. Un segundo después, el gigantesco tigre retrocedió hacia la puerta arrastrando un espantoso bulto ensangrentado que apenas tenía algo de humano. El aquilonio se quedó paralizado, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Con su salto titánico, la enorme bestia no sólo había roto la estaca, sino que también había desgarrado el cuerpo de su víctima, arrancándolo del poste al que estaba sujeto. Sus grandes garras lo descuartizaron. Balthus cerró los ojos y se estremeció. Había cazado osos y panteras, y conocía su fiereza, pero nunca había llegado a imaginar que existiera una bestia capaz de convertir a un hombre en un despojo ensangrentado en tan poco tiempo.

El tigre de dientes de sable desapareció por la puerta y poco después resonó un hondo rugido en el bosque, que se perdió en la distancia. Los pictos y el brujo seguían mirando hacia la puerta abierta, como si esperaran algo más.

Un sudor frío cubrió de pronto la piel del aquilonio. ¿Qué nuevo horror entraría por aquel portalón para convertir en carroña su propio cuerpo? Un pánico tremendo lo asaltó mientras forcejeaba inútilmente para romper sus ataduras. La noche extendía su negro manto más allá de las hogueras. Balthus notó que las miradas de los pictos se posaban en él. Eran miradas ávidas, desprovistas por completo de cualquier rasgo de humanidad. Se dijo que en realidad aquellos no eran hombres, sino demonios de la tenebrosa selva.

Zogar lanzó otro aullido estremecedor hacia la noche, muy distinto del anterior. Ahora se apreciaba un tono sibilante, y el aquilonio pensó enseguida en un reptil.

Esta vez no hubo respuesta; sólo un momento de silencio, durante el cual Balthus sintió que los latidos de su corazón iban a ahogarlo. Luego se oyó un silbido y el sonido de alguien que reptaba. A Balthus se le erizó el cabello. En la entrada de la cabaña había un nuevo visitante.

El aquilonio reconoció nuevamente a otro monstruo de las

antiguas leyendas. Había oído hablar de la antigua serpiente maligna que se balanceaba en el hueco de la entrada, con su enorme cabeza y su cuerpo blanquecino y fosforescente lleno de escamas. La lengua bífida entraba y salía de su boca, y el brillo de los colmillos reflejaba las llamas de las hogueras.

Balthus ya no sentía sus emociones. El horror de su sino lo había paralizado. Se trataba del reptil que los antiguos llamaban la Serpiente Fantasma, el monstruo pálido y abominable que se deslizaba por las noches dentro de las cabañas y devoraba a familias enteras.

Aplastaba a sus víctimas entre sus anillos, como la pitón, pero a diferencia de otras serpientes constrictoras, sus colmillos destilaban un veneno que producía la locura y después la muerte. También se creía que aquel animal había desaparecido hacía mucho tiempo. Valannus tenía razón. Nadie sabía qué seres vagaban por las selvas que había mas allá del río Negro.

La serpiente descomunal avanzaba en silencio, produciendo tan sólo un tenue roce al reptar por el suelo. Llevaba la cabeza siempre a la misma altura, y el cuello se curvaba hacia atrás dispuesto al ataque.

Balthus miró como hipnotizado las fauces aterradoras que pronto lo tragarían. Entonces algo brilló como un relámpago al cruzar sobre la hoguera, y el enorme reptil se estremeció con espantosas convulsiones. Como en un sueño, el aquilonio vio una hoja que atravesaba el cuello del poderoso oficio por debajo de la cabeza. La punta de acero sobresalía por el lado opuesto.

Mientras azotaba el suelo con una furia inaudita, el enloquecido reptil rodó hacia el círculo de pictos que observaban la escena. La lanza no le había destrozado las vértebras, sino que tan sólo le había traspasado los poderosos músculos del cuello. Su cola azotó como un látigo y derribó a una docena de salvajes; las mandíbulas chasquearon, arrojando una lluvia de veneno, que ardía como ruego líquido, sobre un grupo de hombres.

Los pictos se dispersaron aullando y maldiciendo. Algunos se cayeron y fueron aplastados por los que venían detrás, que corrieron a refugiarse en las chozas. La gigantesca serpiente rodó sobre una hoguera y esparció las brasas en todas las direcciones.

En medio de la confusión atroz. Balthus notó que algo le estaba

sucediendo en las muñecas.

De repente se sintió libre y una mano lo arrastró detrás del poste. Era Conan.

El cimmerio tenía la cota de malla y la espada que empuñaba en la mano derecha ensangrentadas. —¡Vamos! —murmuró Conan—. ¡Vamos antes de que se recobren del pánico!

Zogar Sag había desaparecido. Balthus sintió en su mano el mango de un hacha, y el cimmerio arrastró al joven tras él, hasta que Balthus fue recuperando sus facultades y comenzó a mover las piernas.

Entonces Conan lo soltó y ambos corrieron hacia la gran cabaña en la que estaban clavadas las calaveras. Dentro había un altar de piedra, iluminado por la luz fantasmagórica que venía de fuera. Sobre el altar sonreían de forma tenebrosa cinco cabezas humanas.

Reconoció enseguida una de ellas: era la del mercader Tiberias. Detrás del altar se alzaba un ídolo de aspecto bestial, aunque tenía contornos humanos. Entonces un nuevo horror estremeció a Balthus cuando la figura se levantó repentinamente entre rechinar de cadenas y levantó los brazos deformes hacia las tinieblas.

La espada de Conan brilló en el aire y se abatió para destrozar la carne y el hueso. El cimmerio llevó a Balthus en torno al altar, pasó por delante de un bulto informe que yacía en el suelo y salió por una puerta trasera de la cabaña.

Detrás de ésta reinaba la oscuridad. La alocada fuga de los pictos no los había llevado en aquella dirección. Corrieron hacia la empalizada y allí se detuvieron. Conan alzó a Balthus y lo levantó como a un niño, hasta donde alcanzaba su brazo. El aquilonio se aferró a las puntas de los maderos cortados y saltó encima, sin preocuparse de los arañazos que recibía.

Luego se volvió y desde arriba le tendió una mano al cimmerio. En aquel momento apareció un picto corriendo. El salvaje se detuvo y observó a los dos enemigos.

Conan le arrojó el hacha con mortal puntería, pero para entonces el salvaje ya había lanzado un fuerte grito de advertencia, que se alzó por encima del clamor de la aldea y se cortó en seco cuando el picto se desplomó con el cráneo destrozado.

El espanto no había embotado los instintos de los salvajes. Cuando oyeron el grito de alarma se produjo un momento de

silencio; luego unas cien gargantas respondieron con aullidos feroces, pues los pictos reaccionaban para repeler el ataque que intuían en la advertencia del grito.

Conan dio un gran salto, se aferró a la muñeca de Balthus y saltó ágilmente por encima de la empalizada, mientras el aquilonio apretaba los dientes a causa del esfuerzo. Poco después, ambos se perdían en la espesura.

5. Los hijos de Jhebbal Sag

—¿En qué dirección está el río? —preguntó Balthus desconcertado.

—No debemos ir al río —repuso el cimmerio—. Los bosques que hay entre la aldea y la orilla están infestados de salvajes. ¡Iremos en la única dirección que no esperan que sigamos! ¡Hacia el oeste!

Balthus miró hacia atrás y vio a los pictos, que los observaban desconcertados desde la empalizada. No habían llegado a tiempo para ver saltar a los fugitivos. Encontraron el cuerpo del picto muerto, pero no vieron a nadie más.

El aquilonio comprendió que todavía no se habían dado cuenta de la fuga del prisionero.

Por el ruido parecía que en aquel mismo momento estaban matando a la serpiente con flechas. El monstruo había quedado fuera del control del brujo. Poco después, los gritos se convirtieron en un clamor frenético.

Conan se echó a reír. Corría hacia el oeste por el sendero con la misma seguridad que si se hubiera tratado de un ancho camino. Llevaba de la mano a Balthus, que a veces tropezaba con una piedra o un arbusto.

—Ahora nos perseguirán —dijo el cimmerio—. Zogar ha descubierto tu huida y sabe que mi cabeza no estaba en el montón. ¡El muy perro! Si hubiera tenido otra lanza, se la habría arrojado después de habérsela lanzado a la serpiente. Sigamos por este camino y alejémonos todo lo que podamos de la aldea, aunque sea en dirección contraria a la que nos conviene para regresar. Ellos esperan que vayamos hacia la orilla del río en dirección al este. —¡Se recuperaron del pánico con una rapidez endemoniada! —dijo Balthus jadeando mientras corría.

—No le temen a nada por mucho tiempo —repuso el cimmerio

con un gruñido..

Estuvieron corriendo durante un buen trecho. Se internaban cada vez más en la selva, alejándose de la civilización con cada paso que daban, pero Balthus no discutió la decisión de Conan, y éste dijo al fin:

—Cuando estemos suficientemente lejos de la aldea, volveremos describiendo un gran círculo. No hay otro poblado a muchas leguas de distancia de Gwawela, y los pictos se encuentran en esa zona. Los rodearemos para regresar. Además, no podrán seguirnos el rastro hasta que no se haga de día. Entonces descubrirán nuestras huellas. Pero antes del amanecer abandonaremos el sendero y nos adentraremos en el bosque.

Y siguieron corriendo. Los gritos de los pictos se fueron apagando a sus espaldas. Balthus jadeaba y sentía un fuerte dolor en un costado; la carrera se había convertido en una tortura para él. Conan se detuvo súbitamente y miró hacia atrás. La luna asomaba como una enorme mancha blanca entre las hojas. —¿Nos internamos en la maleza? —preguntó Balthus sin dejar de jadear.

—Déjame tu hacha —musitó el cimmerio con suavidad—. Alguien nos sigue. —¡Vamos a la espesura! —dijo Balthus alarmado. Conan negó con la cabeza. La luna estaba en lo alto e iluminaba tenuemente la arena del sendero. —¡No podemos luchar contra toda la tribu! —insistió el aquilonio.

—No hay un ser humano capaz de encontrar nuestro rastro tan rápidamente —susurró el bárbaro—. Ahora no hables.

Hubo un tenso silencio, y Balthus pensó que los latidos de su corazón denunciarían su presencia a una legua de distancia. De repente, y sin sonido alguno que anunciara su llegada, apareció una cabeza de aspecto feroz en el sendero. Balthus temió que fuera el tigre con colmillos de sable. Pero esta cabeza era más pequeña y estrecha. Se trataba de un leopardo que olfateaba el camino enseñando los dientes. El viento soplaba en dirección a los hombres, por lo cual el animal no alcanzaba a localizarlos con precisión.

Balthus sintió un escalofrío cuando vio que el felino levantaba la cabeza y los miraba con ojos ardientes como brasas. En ese momento Conan arrojó el hacha.

El arma trazó una curva acerada a la luz de la luna y el leopardo rodó por el suelo con un rugido de agonía. Tenía la hoja del hacha

clavada en la cabeza.

Conan saltó en dirección al felino, cogió el hacha y arrastró el cuerpo del leopardo hasta unos matorrales para que no se viera desde el sendero. —¡Vámonos, deprisa! —dijo Conan, avanzando en dirección sur y abandonando el sendero—.

Detrás de este leopardo vendrán los pictos. Zogar envió a este felino para que nos persiguiera, pero los salvajes quedaron atrás. Ya tienen una idea de la dirección que hemos tomado. Si encuentran el leopardo muerto, procurarán seguir nuestro rastro aunque a estas horas les resultará difícil hacerlo.

El cimmerio siguió adelante tratando de dejar el menor rastro posible, pero con Balthus el asunto era más complicado y más lento.

No oyeron ningún ruido a sus espaldas. Habían avanzado media legua cuando Balthus dijo: —¿Acaso Zogar Sag caza cachorros de leopardo y los adiestra como sabuesos?

El cimmerio negó con la cabeza.

—No —repuso—. Ese leopardo llegó de la selva para obedecer sus órdenes.

—Entonces, si puede dominar a los animales a su voluntad —insistió el aquilonio—, ¿por qué no les ordena a todos que sigan nuestras huellas y nos atrapen?

Conan no contestó enseguida. Luego repuso con cierto tono de ironía:

—No puede dar órdenes a muchos animales al mismo tiempo, como lo habría hecho Jhebbal Sag. —¿Jhebbal Sag? —preguntó Balthus, que había oído aquel nombre dos o tres veces en toda su vida.

—En otras épocas, todos los seres vivos lo veneraban. Pero eso fue hace mucho tiempo, cuando los animales y los hombres hablaban el mismo lenguaje. Los hombres olvidaron a Jhebbal Sag, y lo mismo ocurrió con las bestias. Tan sólo unos pocos de unos y otros lo recuerdan. Todos éstos hablan la misma lengua.

Balthus no contestó. Pero recordaba el poder de la llamada del brujo.

—Los hombres civilizados se ríen —agregó Conan—. Pero ninguno podría explicar cómo hace Zogar Sag para llamar a tigres, serpientes y leopardos, y obligarlos a que le obedezcan.

Dicen que es mentira. Así es el hombre civilizado; cuando no

puede explicar algo, afirma que no existe. La gente de Taurán estaba más cerca de lo primitivo que la mayor parte de los demás pueblos aquilonios. Allí se conservaban muchas supersticiones de origen antiquísimo. Balthus acababa de ver cosas increíbles y no podía refutar las palabras del cimmerio.

—He sabido que en algún lugar de este bosque existe una antigua arboleda consagrada a Jhebbal Sag —siguió diciendo Conan —. No lo sé, pero sí es cierto que en esta selva hay más animales que recuerdan que en otros lugares.

—Entonces ¿hay más fieras siguiéndonos el rastro? —Sí. Zogar Sag nunca dejaría la persecución en manos de un solo animal. —¿Qué podemos hacer en ese caso? —preguntó Balthus inquieto, empuñando el hacha. —¡Espera!

Conan se volvió, se arrodilló y comenzó a escarbar el suelo con el cuchillo. Balthus vio que había dibujado un símbolo en la tierra.

El aquilonio sintió un escalofrío. No había viento, y sin embargo las hojas se agitaron por encima de sus cabezas y se oyó un extraño lamento fantasmagórico entre las ramas. Conan miró hacia arriba, luego se puso en pie y observó el símbolo que había trazado. —¿Qué es eso? —preguntó Balthus en voz baja. El signo le era desconocido al aquilonio, y parecía arcaico.

—Una vez lo vi tallado en la roca de una caverna en la que no había entrado ningún ser humano en millones de años —dijo el cimmerio—. La cueva estaba en unas montañas remotas, más allá del mar de Vilayet, a medio mundo de distancia de aquí. Más tarde vi a un brujo que lo reproducía en la arena a orillas de un río. Me dijo que estaba dedicado a Jhebbal Sag y a quienes lo veneraban. ¡Mira!

Se retiraron a la espesura y esperaron en tenso silencio. Del este llegaba el rumor de unos tambores. Otros tambores contestaron en el norte y en el oeste.

El aquilonio se sobresaltó, pues sabía cuan lejos estaban los segundos tambores de los primeros. Estaba a punto de iniciarse un drama sangriento.

Balthus contuvo la respiración. Entonces las ramas se apartaron con un leve movimiento y apareció una magnífica pantera. La luz de la luna brillaba sobre su oscura pelambre.

El felino avanzó hacia ellos con la cabeza baja. Estaba

olfateando el rastro de los dos hombres. De repente se detuvo y se quedó completamente inmóvil, tocando con el hocico el símbolo dibujado por Conan en la tierra. Permaneció así durante un buen rato, con el cuerpo y la cabeza pegados al suelo, delante del extraño signo. Balthus sintió un escalofrío, dado que la actitud del animal era de adoración y temor a la vez.

Luego la pantera se levantó y retrocedió lentamente, manteniendo el vientre casi pegado al suelo. Al llegar a los matorrales, giró súbitamente y escapó con la velocidad del rayo, como invadida por un pánico repentino.

Los ojos de Conan brillaron con un fulgor tan intenso como jamás había iluminado la mirada de ningún hombre civilizado. En aquel momento era un ser primitivo y había olvidado al hombre que estaba junto a él. Parecía encontrarse en los tiempos inmemoriales de la creación del mundo.

Luego el destello de los ojos del cimmerio se apagó y condujo en silencio a Balthus por las frondas.

—De ahora en adelante no debemos temer a ningún animal —dijo Conan al cabo de un rato—.

Pero hemos dejado una señal que los hombres pueden leer. No encontrarán nuestro rastro con facilidad, y, hasta que descubran el símbolo, ni siquiera sabrán que nos dirigimos hacia el sur. Pero allí los bosques están llenos de pictos. Si seguimos caminando después del amanecer, seguramente nos encontraremos con ellos. En cuanto hallemos un buen lugar, nos esconderemos para esperar a que caiga la noche y podamos llegar hasta el río. Tenemos que avisar a Valannus. —¿Por qué? —¿No has visto que las orillas del río están llenas de pictos? —dijo Conan—. Por eso nos sorprendieron cuando llegamos con la lancha. De otro modo no habría ocurrido. Zogar Sag está intentando un ataque en gran escala, y no una simple incursión. El brujo ha hecho algo que no recuerdo haber visto hacer a ningún picto. Ha unido a quince o dieciséis tribus. Lo ha conseguido por medio de la magia, y lo seguirán más fielmente que a un jefe guerrero.

Ya viste cómo lo respetaban en la aldea. Y había cientos de ellos escondidos, que no llegaste a ver. Además, vienen muchos más de las aldeas lejanas. Pronto dispondrá de unos tres mil guerreros salvajes, por lo menos. Yo permanecí en la espesura y los oí hablar

cuando pasaban. Van a atacar el fuerte, y no tardarán en hacerlo, pues Zogar mantiene a los hombres en un estado de frenesí. Si no los conduce a la batalla, surgirán luchas entre ellos.

Están como lobos exasperados, sedientos de sangre. No sé si conseguirán tomar el fuerte — agregó—. De todas formas, debemos cruzar el río y dar la voz de alarma. Los colonos que hay camino de Velítrium deben entrar en el fuerte o regresar a Velítrium. Mientras los pictos asedian el fuerte, pueden extenderse hacia el interior.

Al tiempo que hablaba, Conan se internaba con su acompañante en la espesura. Después gruñó de satisfacción. Habían llegado a un punto en el que se veía una calzada de piedra en dirección al sur. Balthus se sintió más seguro cuando avanzaron por ella. Ni siquiera un picto podría seguir su rastro sobre las losas de la roca. —¿Cómo has conseguido escapar a la matanza? —preguntó el aquilonio al cabo de un rato.

Conan se golpeó levemente la malla y el casco de acero y dijo:

—Si hubiera más hombres de la frontera con arnés, serían menos las calaveras que adornan las chozas de los salvajes. Pero la mayoría de ellos hacen ruido cuando van armados, y por eso no usan cota de malla. »Nos estaban esperando a ambos lados del sendero, sin moverse —siguió diciendo—. Y cuando un picto está inmóvil, hasta los animales de la selva pasan a su lado sin notar su presencia. Nos vieron cruzar el río y se quedaron en su sitio. Si hubieran tendido la emboscada después de que desembarcáramos, yo me habría dado cuenta. Pero permanecieron quietos y no se movió ni una sola hoja. Podrían haber engañado al mismo demonio. La primera sospecha que tuve fue cuando vi moverse unas ramas sin que se hubiera levantado viento. Me arrojé al suelo y grité a mis hombres que hicieran lo mismo, pero actuaron con lentitud. »La mayor parte de ellos cayeron bajo las primeras flechas, que vinieron de ambos lados.

Algunas de ellas pasaron por encima del sendero y derribaron a los pictos que estaban enfrente. Yo los oí gritar —dijo el cimmerio con una sonrisa de satisfacción—. Cuando vi que los demás habían sido abatidos, eché a correr y desaparecí en la oscuridad. Estaban todos a mi alrededor. Corrí, gateé y trepé. También me arrastré sobre el vientre cuando los oí pasar cerca.

«Intenté dirigirme a la orilla del río y vi que estaban allí,

esperando que hiciera eso —agregó—.

De todos modos, hubiera podido llegar al agua y echarme a nadar después de quitarme la cota de malla. Entonces oí unos tambores en la aldea y supe que habían tomado a un hombre prisionero.

«Estaban tan absortos contemplando las maniobras de Zogar que pude haber estrangulado a un centinela en un punto en el que la valla estaba a oscuras —siguió diciendo—. Una vez dentro, le quité la lanza, que fue la que le arrojé a la serpiente. Y también el hacha que llevas en la mano era del picto.

—Pero ¿qué fue eso..., eso que mataste o heriste en el altar de la cabaña? —preguntó Balthus.

—Era uno de los dioses de Zogar. Uno de los hijos de Jhebbal, que tenía que estar encadenado al altar. Era un mono-toro que los pictos consideran sagrado, como el dios gorila de Gulah. Bueno, está amaneciendo —dijo el cimmerio—. Aquí hay un buen sitio para esconderse hasta que se haga la noche y podamos llegar al río.

Se trataba de un promontorio cubierto de matorrales. Conan se tendió en el suelo, cerca de la parte superior, junto a unas rocas cubiertas por las zarzas. Desde allí podían observar el bosque que había debajo sin ser vistos.

Balthus pensó que sería muy difícil, incluso para un picto, seguirle el rastro a alguien sobre un suelo de piedra a lo largo de la legua y media que acababan de recorrer. Sin embargo, temía a las fieras que obedecían a Zogar Sag, pues no tenía demasiada fe en el símbolo.

Conan, en cambio, estaba seguro de que los animales no los seguirían.

Una claridad fantasmagórica se extendió sobre la zona. El cielo fue cambiando de tono, y pasó del negro a diversos tonos de rojo hasta llegar al azul claro. Balthus sintió hambre, pues ya había calmado su sed en un arroyo que habían vadeado. Allí reinaba un silencio absoluto, tan sólo interrumpido veces por el canto de un pájaro. Ya no se oían los tambores, y Balthus volvió a pensar en la siniestra escena que se había desarrollado ante el altar.

—Lo que llevaba Zogar eran plumas de avestruz, ¿verdad? —preguntó—. Las he visto en los cascos de algunos caballeros que llegaban desde el este para visitar a los barones de las marcas. Sin

embargo, me parece que no hay avestruces en estos bosques, ¿no es así?

—Traen esas plumas desde Kush —repuso Conan—. La costa se encuentra muy lejos de aquí, en dirección oeste. A veces llegan barcos de Zingara para traficar con las tribus de la costa.

Traen armas, adornos y vino, que cambian por pieles, mineral de cobre y oro en polvo.

Algunos traen plumas de avestruz, que llegan desde Kush pasando por Estigia. Los hechiceros pictos las aprecian considerablemente y compran todas las que pueden. Pero ese comercio es muy arriesgado, puesto que los pictos llegan al extremo de intentar apoderarse del barco que trae las plumas. Y la costa es peligrosa. Lo sé porque he navegado con los piratas de las Islas Barachas, que se encuentran al sudeste de Zingara.

Balthus miró al cimmerio con admiración y dijo:

—Ya me parecía que no te habías pasado toda la vida en esta frontera. Has mencionado diversos países. ¿Adonde te llevaron tus viajes?

—He llegado muy lejos; mucho más lejos que cualquier hombre de mi raza. He visto las grandes ciudades de los hiborios, de los shemitas, de los estigios y de los hirkanios. Estuve en los reinos desconocidos que se encuentran al sur de Kush, y también viajé a la zona oriental del mar de Vilayet. He sido capitán mercenario, pirata, kozako, vagabundo, general... Demonios, lo he sido todo menos rey de un país civilizado. Y tengo que llegar a serlo antes de morir.

Le hizo gracia su propia broma, y sonrió hoscamente. Luego agregó:

—Este tipo de vida me gusta tanto como otro cualquiera. No sé cuánto tiempo me quedaré en la frontera. Un mes, tal vez un año. No lo sé. Yo soy un vagabundo.

Balthus observó el bosque que se extendía delante de ellos. Esperaba ver fieros rostros pintados entre las hojas de un momento a otro. Pero pasaba el tiempo y la profunda calma no se alteraba. Balthus se dijo que los pictos habían perdido su rastro y habían abandonado la persecución. El cimmerio, en cambio, comenzó a inquietarse.

—Teníamos que haber visto algún grupo buscándonos por el

bosque. Si han dejado de perseguirnos, es porque van detrás de una pieza mayor. Tal vez se estén agrupando para cruzar el río y atacar el fuerte. —¿Vendrían tan al sur si creyeran que han perdido la pista? —preguntó Balthus.

—Por lo general, cuando buscan un rastro investigan por la espesura en muchas leguas a la redonda. Algunos de ellos pueden haber llegado más lejos sin que lo hayamos visto desde aquí. Pero creo que se disponen a cruzar el río. Debemos tratar de llegar hasta la orilla.

Cuando descendieron, Balthus comenzó a temer que en cualquier momento caerían en manos de los salvajes. Pero Conan estaba seguro de que no había ninguno en la zona.

—Estamos bastante lejos de la aldea —dijo el cimmerio—. Nos encaminaremos directamente hacia el río. No sé a qué distancia se encuentra. Ojalá lleguemos sin sufrir ningún percance.

Con una premura que el aquilonio consideró temeraria, se dirigieron hacia el este. En las frondas no había ninguna señal de vida. Conan tenía la certeza de que los pictos se estaban congregando en los alrededores de Gwawela, si es que aún no habían cruzado el río. Pero creía que no lo atravesarían durante las horas del día.

—Si cruzaran de día, algunos batidores los verían y darían la voz de alarma. Por lo tanto, es probable que lo hagan de noche, por arriba y por abajo del fuerte, para que no los vean los centinelas. Luego otros cruzarán en canoas, directamente hacia la empalizada del río. En cuanto comience el ataque, los que estén escondidos en el bosque, en la orilla oriental, asaltarán el fuerte desde los otros lados. Lo intentaron antes y les salió mal, pero esta vez vienen en número suficiente como para conseguir su propósito.

Los dos hombres seguían avanzando sin detenerse. Balthus comenzaba a sentirse deprimido por el silencio y la oscuridad del bosque. Pensó en las abiertas arboledas y en las praderas de Taurán, bañadas por el sol; en la alegre luminosidad de la casa de su padre, de techo inclinado y grandes ventanales; en el ganado que pastaba entre la hierba alta y jugosa, y en la grata camaradería con los nobles y fornidos agricultores y ganaderos.

El aquilonio se sentía solo a pesar de su compañero. En realidad, Conan parecía formar parte de aquella selva. El cimmerio podía

haber pasado muchos años en las ciudades más importantes del mundo, podía haberse codeado con los grandes gobernantes de la tierra, incluso era posible que algún día pudiera realizar su sueño de llegar a rey de una nación civilizada; pero a pesar de ello, no era más que un bárbaro, y lo seguiría siendo. Tan sólo se preocupaba de los aspectos fundamentales de la vida. Los detalles pequeños y amables, las deliciosas trivialidades que tanto pesan en la vida de un hombre cultivado, no tenían ningún sentido para él. El derramamiento de sangre y la violencia eran los elementos naturales de la vida del cimmerio. Un lobo no deja de ser un lobo por el hecho de correr con una jauría de perros.

Las sombras se iban alargando cuando llegaron al río y miraron a través de los matorrales.

Podían ver las orillas desde el sitio en el que se encontraban. El lugar estaba completamente desierto. Conan miró hacia la otra orilla y dijo:

—Debemos correr otro riesgo. Vamos a cruzar el río a nado, pero no sabemos si ellos ya lo han hecho antes. En ese caso, la otra orilla podría estar llena de pictos. Hay que arriesgarse; nos encontramos dos leguas al sur de Gwawela y creo que es bastante distancia.

De repente giró y se arrojó al suelo, al tiempo que se oía el chasquido de la cuerda de un arco. Una leve sombra blanca cruzó como un relámpago y Balthus comprendió que se trataba de una flecha. Luego Conan dio un salto felino y se adentró en los matorrales. El aquilonio entrevió un brillo acerado y enseguida se oyó un grito de agonía. Balthus se internó en las zarzas, detrás del cimmerio.

En el suelo había un picto con el cráneo hendido por la espada de Conan. Pero otra media docena de salvajes iban a abalanzarse sobre el cimmerio con las hachas y las espadas en alto. Habían dejado de lado los arcos, inservibles para la lucha cuerpo a cuerpo; tenían la cara y el pecho pintados con colores chillones.

Uno de ellos arrojó su hacha contra Balthus, pero erró en el blanco, por lo que se abalanzó sobre él con la daga en alto. El aquilonio se volvió y aferró al salvaje por la muñeca, dirigiendo el cuchillo contra el que lo empuñaba. Ambos hombres cayeron al suelo y rodaron por la hierba. El picto era como una bestia, con

músculos poderosos como cuerdas de acero.

Balthus trataba de rechazar a su enemigo para poder emplear el hacha. El picto lo retenía por la muñeca y a su vez intentaba soltarse por acuchillar al aquilonio. Éste hizo un esfuerzo supremo, liberó la mano derecha y hundió el hacha en el cráneo pintado con un último y desesperado golpe.

Balthus se puso en pie jadeando y miró a su alrededor buscando a Conan, si bien esperaba verlo dominado por un gran número de enemigos. Sólo entonces comprendió toda la fuerza y la fiereza que emanaban del cimmerio. Éste ya había abatido a dos enemigos con un poderoso mandoble, y en aquel momento esquivaba la espada de un picto y luego se agachaba para dejar pasar por encima de su cabeza la gruesa hoja de un hacha. Pero antes de que el picto que la manejaba se enderezara, la hoja del cimmerio le atravesó la espalda y quedó atascada en el esternón. Los dos salvajes que quedaban atacaron a Conan uno por cada lado.

Balthus arrojó su hacha contra uno de los pictos, y lo hizo con tal puntería que redujo a los atacantes a uno solo. Conan dejó de hacer esfuerzos por liberar su espada del cuerpo del enemigo y giró en redondo para enfrentarse al picto con las manos desnudas. El achaparrado guerrero, a quien Conan le sacaba una cabeza, dio un salto atacando con un hacha en una mano y un cuchillo en la otra. La daga desgarró la cota de malla del bárbaro, pero éste aferró a su enemigo por un brazo y por la cintura y lo levantó como si de una pluma se hubiera tratado.

El salvaje se retorció en el aire, moviendo frenéticamente las piernas y el brazo libre. De repente, Conan lo arrojó con todas sus fuerzas contra el suelo. Fue tal la violencia del golpe que el picto rebotó sobre la tierra. Luego quedó inmóvil, en forzada postura. Había muerto con la espina dorsal rota. —¡Vámonos! —dijo Conan, al tiempo que conseguía liberar su espada y recogía un hacha enemiga—. Coge un arco y algunas flechas. Vamos a tener que confiar en nuestras piernas otra vez. El grito de los pictos debe de haber llegado a oídos de los suyos y estarán aquí dentro de muy poco. ¡Si intentamos cruzar el río a nado, nos acribillarán a flechazos antes de que lleguemos a mitad de camino!

6. Las hachas rojas de la frontera

Conan no se internó profundamente en el bosque. Al llegar a unos cien metros del río dejó de correr en diagonal y avanzó paralelamente a la orilla. Detrás de ellos oyeron los agudos gritos de los salvajes. Balthus pensó que los pictos habrían llegado al claro en el que yacían los cadáveres. Después, otros gritos indicaron que los salvajes habían iniciado la persecución. Los dos hombres habían dejado un rastro que cualquier picto podría seguir.

Entonces el cimmerio corrió más deprisa, y Balthus apretó los dientes procurando mantenerse cerca de él. Le parecía que habían pasado siglos desde que comieran por última vez. Lo único que lo mantenía en pie era su fuerza de voluntad. La sangre le palpitaba con tal fuerza en los oídos que no se dio cuenta de que los gritos se habían apagado en la distancia.

Conan se detuvo súbitamente, y Balthus aprovechó para apoyarse jadeando contra un arbusto. —¡Han dejado de perseguirnos! —dijo el cimmerio frunciendo el ceño.

—Vendrán… en silencio… hacia nosotros —dijo Balthus respirando con dificultad.

El cimmerio negó con un gesto de la cabeza y dijo:

—En una caza corta como ésta habrían venido aullando sin cesar. No, han regresado. Creo que oí otros gritos detrás de ellos poco antes de que cesaran sus chillidos. Los estaban llamando. Eso es una suerte para nosotros, pero no presagia nada bueno para los hombres del fuerte. Seguramente los pictos se están agrupando en Gwawela para atacarlo. Tenemos que cruzar el río cuanto antes.

Conan reanudó la carrera en dirección este, sin tratar de ocultarse. Balthus lo siguió cada vez con mayor dificultad. Se estaban adentrando en los arbustos y matas que bordeaban la orilla cuando el cimmerio detuvo a su compañero con una mano. Oyeron

un chapoteo rítmico, y al mirar entre las matas vieron una canoa de troncos, cuyo único ocupante venía subiendo por el río siguiendo la corriente. Era un robusto picto con una pluma blanca en el pelo.

—Es un habitante de Gwawela y emisario de Zogar —musitó Conan—. La pluma blanca así lo indica. Ha ido en misión de paz a donde viven las tribus que hay río abajo y ahora trata de regresar para tomar parte en la matanza.

El salvaje estaba a la altura de los dos hombres; Balthus estuvo a punto de dar un salto al oír claramente a su lado los sonidos guturales de la lengua picta. Enseguida se dio cuenta de que era Conan, que había llamado al hombre de la canoa en su propia lengua. Éste se estremeció, miró hacia la espesura y dijo algo. Luego cambió de rumbo y se dirigió hacia la orilla. Balthus vio que Conan colocaba una flecha en el arco que había cogido de los pictos.

El salvaje llegó a la ribera, miró hacia los matorrales y preguntó algo. Como toda respuesta se oyó el chasquido de la cuerda de un arco. La flecha se hundió en le pecho del picto, que, con un grito ahogado, cayó rodando al agua.

Conan saltó con rapidez y aferró la canoa que ya se estaba llevando la corriente. Balthus corrió detrás y saltó al interior de la barca. El cimmerio hizo lo mismo, y dirigió la canoa hacia la orilla opuesta remando con todas sus fuerzas. El aquilonio observó admirado los músculos que se movían bajo la piel bronceada del bárbaro. El cimmerio parecía hecho de hierro. No conocía el cansancio. —¿Qué le dijiste al picto? —preguntó Balthus.

—Le dije que se acercara a la orilla, pues había un explorador blanco en los alrededores que podía lanzarle una flecha en medio del río.

—Eso es juego sucio —objetó el aquilonio—. Pensó que le estaba hablando un amigo. Lo cierto es que imitaste perfectamente a los pictos...

—Necesitábamos esta canoa, y había que atraerlo a la ribera para que la corriente no se la llevara. ¿Qué es mejor, traicionar a un picto o a los hombres cuya vida depende de nuestro regreso al fuerte?

Balthus ponderó durante unos momentos lo que le había dicho el cimmerio y luego preguntó: —¿A qué distancia estamos del fuerte? El cimmerio señaló un riachuelo que había cerca de allí y

que desembocaba en el río Negro.

—Ésa es la Cañada del Sur, que está a unas tres leguas del fuerte. Es la frontera sur de Conajohara. Más allá de ese río hay pantanos y no hay peligro de que ataquen por allí. A dos leguas y media del fuerte, la Cañada del Norte forma otro límite. También hay pantanos detrás. Por ello, los ataques sólo pueden venir del oeste, a través del río Negro. Conajohara es como una cuña, con una punta de unas seis leguas de ancho hincada en territorio picto.
—¿Por qué no seguimos en la canoa hasta llegar al fuerte? —preguntó Balthus.

—Porque debido a los recodos que forma el río, llegaremos antes a pie. Además, podríamos encontrar a los pictos cruzando la corriente.

Comenzaba a anochecer cuando pisaron la orilla este. Conan avanzó en dirección norte, a una velocidad que volvió a producirle dolores en las piernas al aquilonio.

—Valannus quería que se construyera un fuerte en la desembocadura del norte —agregó Conan—, y otro en la del sur. De este modo se podría vigilar constantemente el río. Pero los gobernantes no lo escucharon. Es gente estúpida, que sólo vive para tomar vino y pasar el rato con las bailarinas. Los conozco muy bien. No ven más allá de los muros del palacio.

Pretenden combatir a los pictos con maniobras diplomáticas. Valannus y otros hombres como él deben de obedecer las órdenes de unos necios. Así nunca conquistarán la tierra de los pictos. ¡Y hasta puede llegar el día en que vean a los bárbaros irrumpir en sus ciudades!

Una semana antes, Balthus se habría echado a reír al pensar en semejante posibilidad. Pero ahora no respondió. Había sido testigo de la fiereza indómita de los salvajes que vivían más allá de las fronteras.

El aquilonio se estremeció y echó una mirada en derredor. Recordaba que los pictos podían haber cruzado el río y estar al acecho en aquel lugar. Oscurecía rápidamente.

Un ruido leve hizo temblar a Balthus. La espada de Conan brilló en el aire, pero la bajó al divisar a un perro enflaquecido y lleno de cicatrices que los miraba desde los matorrales.

—Ese perro pertenecía a un colono que trató de construir su

cabaña a orillas del río, a una legua al sur del fuerte —dijo el cimmerio—. Los pictos lo mataron e incendiaron su casa.

Encontramos al hombre muerto y al perro malherido entre tres pictos que había matado.

Casi habían descuartizado al animal. Lo llevamos al fuerte y le curamos las heridas. Pero escapó al bosque y se volvió salvaje. ¿Qué, Lobo —dijo Conan dirigiéndose al perro—, vas a atacar a los hombres que te curaron?

El animal movió la cola, pero no ladró. Después echó a andar detrás de los dos hombres en silencio, como un fantasma.

—Que venga con nosotros —agregó el cimmerio—. Puede olfatear a un picto a cien metros de distancia.

Balthus sonrió y acarició la cabeza del animal. Este mostró involuntariamente los dientes, como si hubiera olvidado lo que era una caricia. Pero enseguida volvió a menear la cola complacido.

El aquilonio recordó los rollizos perros de su padre, que jugueteaban en el patio de su casa antes de salir a cazar, y los comparó con este otro animal enjuto y receloso. Suspiró y se dijo que la vida en la frontera era tan dura para los animales como para los hombres.

Lobo avanzó delante de ellos y Conan dejó que los guiara. Las últimas luces del día se habían extinguido y la oscuridad era absoluta. Siguieron avanzando rápidamente. De repente, el perro se detuvo. Tenía el cuerpo tenso y las orejas erguidas. El cimmerio también oyó algo. El viento trajo hasta ellos un coro de alaridos demoníacos.

Conan maldijo como un poseso. —¡Hemos llegado demasiado tarde! ¡Están atacando el fuerte! ¡Vamos!

Siguieron a la carrera, confiando en que el animal olfatearía a los pictos en caso de que éstos estuvieran emboscados. Balthus, presa de pánico, se había olvidado del hambre y del cansancio. Los gritos se hacían cada vez más nítidos a medida que avanzaban. También podían oír los juramentos de los soldados. En ese momento Conan se alejó del río y describió un amplio semicírculo que los llevó hasta un promontorio, desde el cual podían ver el bosque. Vieron el fuerte, iluminado por antorchas que habían sido izadas sobre largas pértigas para que arrojasen luz al claro exterior. En el límite del claro se veían densos grupos de salvajes

pintarrajeados El río era un hervidero de canoas pictas. Los salvajes tenían el fuerte completamente rodeado.

Una lluvia de flechas caía sin cesar sobre la empalizada desde la espesura y desde el río. El vibrante sonido de las cuerdas de los arcos se superponía a veces a los gritos. Varios cientos de salvajes desnudos, empuñando hachas y aullando como lobos, corrieron desde los árboles hacia la puerta del este.

Se encontraban a algo menos de cien metros de su objetivo cuando una lluvia de flechas se abatió sobre ellos desde el fuerte, dejando el claro sembrado de cadáveres y haciendo huir a los sobrevivientes a la espesura Los ocupantes de las canoas avanzaron hacia la empalizada que daba al río y recibieron otra lluvia de flechas, además de una andanada de pequeñas catapultas que estaban situadas en las torres de la empalizada. Piedras y pedazos de troncos volaron por el aire y destrozaron media docena de canoas, matando a sus ocupantes. Las demás canoas volvieron a la orilla opuesta. Un grito de triunfo surgió de la empalizada y fue contestado por un clamor de una furia indescriptible. —¿Intentamos entrar en el fuerte? —preguntó Balthus, impaciente por tomar parte en la lucha.

Conan negó con la cabeza, tenía los brazos cruzados y la cabeza inclinada, como una sombría figura meditabunda.

—El fuerte está sentenciado —dijo—. Los pictos tienen sed de sangre y no se detendrán hasta que unos u otros hayan sido aniquilados. Y son varios por cada soldado que hay dentro del fuerte. No podemos entrar ahí, y si lo hiciéramos, sólo conseguiríamos que nos matasen junto con Valannus.

—Entonces, ¿no es posible hacer otra cosa que salvar nuestro pellejo?

—Podemos hacer algo. Avisar a los colonos. ¿Sabes por qué los pictos no intentan incendiar el fuerte con flechas encendidas? Porque no quieren que las llamas pongan sobre aviso a la gente del este. Planean tomar el fuerte y luego seguir camino y atacar antes de que nadie se entere de nada. Podrían cruzar el río Trueno y atacar Velítrium por sorpresa. Al menos acabarían con todos los pobladores que hay entre el fuerte y el río Trueno.

—Hemos fracasado en nuestro intento de avisar a los del fuerte —agregó Conan—, y tampoco veo muy claro de qué habría valido si

hubiéramos podido informarles. El fuerte tiene pocos defensores. Unos cuantos ataques más y los pictos saltarán la empalizada. Pero podemos dar la alarma a los colonos que hay de aquí a Velítrium. ¡Vamos! Estamos fuera del círculo que han formado los pictos para rodear el fuerte.

Dieron un amplio rodeo al tiempo que escuchaban el tono cambiante de los gritos, según los salvajes estuvieran atacando o fueran rechazados. Pero los alaridos de los pictos seguían expresando una furia infernal, así como absoluta confianza en su triunfo definitivo.

Sin darse cuenta, salieron al camino que llevaba hacia el este. —¡Corramos! —gruñó el cimmerio.

Balthus apretó los dientes. Había seis leguas hasta Velítrium. Al aquilonio le parecía que llevaban siglos peleando y corriendo. Pero la agitación que dominaba su espíritu le movía a realizar esfuerzos titánicos.

El perro, que corría junto a ellos con la cabeza pegada al suelo, gruñó amenazadoramente. —¡Hay pictos más adelante! —musito Conan, y examinó el suelo a la tenue luz de las estrellas, apoyándose en una rodilla—. Pero no puedo decir cuántos son. Probablemente sea un grupo pequeño; algunos que se separaron de los otros para matar a los colonos en la cama. ¡Adelante!

Finalmente divisaron un tenue resplandor entre los árboles y oyeron un coro de gritos feroces. Siguieron corriendo, y al cabo de un rato se enfrentaron a una escena terrible. En el camino había una carreta tirada por bueyes, cargada de modestos enseres caseros. Estaba ardiendo, y los animales yacían en el suelo con el cuello cortado. Junto a los bueyes había un hombre y una mujer desnudos y mutilados. Por encima de ellos danzaban como poseídos cinco pictos que blandían hachas ensangrentadas. Uno de ellos agitaba el vestido manchado de sangre de la mujer.

Al ver aquello, una furia incontenible inundó a Balthus. Levantó el arco, apuntó en dirección a la negra figura que se recortaba contra las llamas del carro y soltó la cuerda. El picto que agitaba el camisón dio un salto y cayó muerto, con una flecha clavada en el corazón. De inmediato los dos hombres y el perro se abalanzaron sobre los otros salvajes.

Dominado por una furia demencial, Balthus sorprendió al primer

enemigo con un mandoble feroz que le destrozó la pintada cabeza. Luego saltó y siguió luchando. Conan ya había matado a uno de los dos pictos que quedaban, y cuando Balthus fue a atacar al otro, comprobó que había llegado tarde. El mandoble se volvió hacia el perro, que se alejaba del quinto picto con los dientes chorreando sangre.

Balthus no dijo nada cuando vio los dos cuerpos blancos tendidos junto a la carreta incendiada. Ambos eran jóvenes; la mujer era casi una niña. Su rostro no había sido mutilado y, pese a la terrible expresión de la muerte, era hermosa. Pero su esbelto cuerpo estaba espantosamente acuchillado. El aquilonio tragó saliva con dificultad. La tragedia lo abrumaba.

—Una pareja joven que quería independizarse —dijo Conan sin dejar traslucir ninguna emoción, al tiempo que limpiaba su espada —. Se dirigían al fuerte cuando los pictos los atacaron. Esto es lo que le ocurrirá a todo hombre, mujer o niño que se encuentre a este lado del río Trueno si no se refugian en Velítrium cuanto antes.

A Balthus le temblaban las rodillas mientras seguía a Conan, que continuaba avanzando con paso imperturbable. Había cierta afinidad entre el cimmerio y el enorme perro que caminaba junto a él. Lobo ya no gruñía. Hallaron el camino expedito.

De repente el cimmerio se detuvo y profirió un juramento. Le mostró a Balthus un sendero que partía desde el camino hacia el norte. Era una antigua senda de carretas, en parte cubierta de hierbas, que habían sido aplastadas recientemente. El cimmerio, que veía como un gato en la oscuridad, también le enseñó las huellas de varias carretas que se alejaban del camino.

—Algunos colonos se han internado por ahí —dijo Conan—. Deben de haberse dirigido al borde de los pantanos que hay a unas tres leguas de aquí en busca de sal. ¡Maldición, los van a cercar y a matar como corderos! Escucha, ve delante y despierta a los colonos que encuentres para que se refugien en Velítrium. Yo iré a advertir a los que están recogiendo sal. No volveremos por la calzada sino directamente a través de los bosques.

El cimmerio salió del camino sin más comentario, y se internó por el sendero. Belthus, después de mirarlo durante unos segundos, se alejó por la calzada. El perro lo siguió y avanzó ágilmente hasta su lado. Cuando el aquilonio hubo avanzado un trecho, oyó gruñir a

Lobo. Se volvió rápidamente y vio un fulgor fantasmagórico que se perdía en la espesura en la dirección que Conan había tomado. El perro seguía ladrando, con el pelo erizado y los ojos centelleantes. Balthus recordó la tétrica aparición que se había llevado la cabeza del mercader Tiberias cerca de allí, y vaciló. El espectro debía de estar siguiendo a Conan. Sin embargo, el gigantesco cimmerio había demostrado en muchas ocasiones que sabía cuidarse solo. El aquilonio se sentía más obligado para con los indefensos colonos que se hallaban en el camino de los salvajes pictos. El horror de los dos cuerpos mutilados de la carreta superaba al de la forma fantasmagórica que seguía a Conan.

Por lo tanto, siguió avanzando por el camino, cruzó un riachuelo y avistó la primera cabaña de colonos; se trataba de una casa baja hecha de troncos. Poco después estaba golpeando en la puerta. Una voz preguntó qué quería. —¡Levantaos! ¡Los pictos han cruzado el río! —exclamó el aquilonio.

Entonces se oyó un grito ahogado, y casi enseguida se abrió la puerta y apareció una mujer en ropa ligera. El cabello le caía en desorden sobre los hombros. Llevaba una vela en la mano y un hacha en la otra. Estaba muy pálida y parecía aterrada. —¡Pasa! —le dijo a Balthus—. ¡Resistiremos dentro de la cabaña!

—No. Tenemos que ir a Velítrium. Ni siquiera el fuerte podrá soportar el ataque. Ya debe de haber caído. No te detengas a vestirte. Toma a los niños y ven conmigo. —¡Pero es que mi marido se ha ido a buscar sal junto con otros hombres! —dijo la mujer, tras la cual se asomaban las caras asustadas de tres niños pequeños.

—Conan ha ido a avisarles. Nosotros debemos seguir advirtiendo a los demás colonos por el camino. La mujer suspiró aliviada. —¡Demos gracias a Mitra! —exclamó—. Si el cimmerio ha ido a reunirse con ellos, se salvarán.

Enseguida se volvió hacia los niños, cogió el más pequeño en brazos e hizo salir a los demás. Balthus apagó la vela y se quedó escuchando durante un momento. No se oía ningún ruido por la oscura carretera. —¿Tienes caballos? —le preguntó el aquilonio a la mujer.

—En el establo hay uno —repuso ella retorciéndose las manos.

Balthus corrió hacia allí, sacó al animal y puso a los niños encima, diciéndoles que se sujetaran entre ellos y a las crines con el

cordel. La mujer tomó el caballo por las riendas y emprendieron la marcha.

El aquilonio avanzaba detrás, alerta. Le agobiaba pensar que el fuerte ya habría caído en poder de los salvajes. Luego los pictos avanzarían como un huracán por la carretera en dirección a Velítrium, borrachos y sedientos de sangre.

Encontraron otra cabaña. La mujer iba a gritar para advertir a sus ocupantes, pero el aquilonio la contuvo. Corrió hacia la puerta y golpeó con los nudillos. Le contestó otra mujer, y Balthus repitió la advertencia. Al cabo de un rato salía otro grupo de la cabaña: una anciana, dos muchachas y cuatro niños. Al igual que en la primera casa, el esposo se había ido a recoger sal, sin sospechar ningún peligro. Las dos jóvenes parecían a punto de gritar, aterradas, pero la anciana, una recia veterana de la frontera, las calmó con duras palabras. Ayudó a sacar dos caballos del establo y colocaron a los niños en uno de ellos. La anciana hizo subir a una de la jóvenes en el otro caballo y luego explicó:

—Está encinta. Yo, en cambio, puedo andar... y pelear, si es necesario.

Mientras se alejaban, una de las muchachas dijo:

—Al atardecer pasó una joven pareja por la carretera. Les dijimos que se quedaran a pasar la noche en nuestra cabaña, pero querían adelantar camino.

—Se encontraron con los pictos —les explicó Balthus lacónicamente, y la joven se estremeció de horror.

Estaban a cierta distancia de la cabaña cuando oyeron un prolongado aullido a lo lejos. —¡Un lobo! —exclamó una de las mujeres.

—Sí, un lobo pintado, con un hacha en la mano —dijo Balthus —. ¡Rápido! ¡Seguid avanzando y avisad a los colonos! Yo os protegeré por detrás.

Sin decir una sola palabra, la anciana reemprendió la marcha junto con los suyos. Cuando desaparecían a lo lejos, el aquilonio vio los pálidos rostros de los niños, que se volvían para mirarlo. Recordó a su familia de Taurán y cayó de rodillas sobre el camino, gimiendo porque la flaqueaban las piernas. Se apoyó en el robusto cuello de Lobo y sintió en el rostro la cálida lengua del perro.

Entonces se puso en pie y murmuró sonriendo:

—Vamos, Lobo, tenemos muchas cosas que hacer.

En aquel momento se divisó un resplandor rojizo entre los árboles. Los pictos habían incendiado la última cabaña. Balthus sonrió al pensar que las llamas servirían para poner sobre aviso a los demás colonos de la carretera. Estarían despiertos para cuando llegaran las fugitivas.

Pero enseguida su rostro se tornó sombrío. Pensó que las mujeres avanzaban muy despacio.

Iban a pie y con caballos sobrecargados. Los veloces pictos las alcanzarían al cabo de poco, a menos que...

El aquilonio se ocultó detrás de un montón de troncos que había al borde del camino. Hacia el oeste ardía una cabaña, y cuando llegaron los pictos, sus sombras rápidas y furtivas se recortaron contra las llamas. Balthus tensó el arco y una de las siluetas cayó al suelo. Los demás desaparecieron inmediatamente entre las frondas que bordeaban el camino. De repente apareció otra silueta, que avanzó sigilosamente hacia los troncos. La cuerda del arco vibró y el picto lanzó un grito, se tambaleó y cayó al suelo con la flecha clavada en el muslo. Lobo saltó sobre los troncos y corrió hacia la maleza. Ésta se agitó violentamente, y al cabo de un rato el perro se agazapaba al lado de Balthus con el hocico ensangrentado.

No aparecieron más salvajes, y el aquilonio temía ya que lo hubieran adelantado por entre los árboles, cuando oyó un silbido a sus espaldas. Profirió una maldición al comprobar que era una flecha que se había clavado en el tronco detrás del cual se ocultaba. El perro se deslizó silenciosamente hacia la espesura y poco después se oyó un confuso rumor de gritos y de gruñidos. Lobo regresó al cabo de un rato y pasó su cabeza ensangrentada por debajo del brazo del aquilonio. Sangraba abundantemente por una herida que tenía en el lomo. Por el momento habían cesado los gritos de los pictos.

Los salvajes que se escondían a ambos lados del camino intuyeron el fin de sus compañeros, pero decidieron que era preferible un ataque frontal. Quizá se daban cuenta de que había un solo hombre detrás de los troncos. Atacaron repentinamente, corriendo hacia los maderos.

Tres de ellos cayeron atravesados por las flechas, y los otros dos vacilaron un momento.

Uno huyó corriendo camino abajo, pero el otro se abalanzó sobre los troncos con los ojos centelleantes y el hacha en alto.

Al levantarse, Balthus resbaló. El resbalón resultó providencial. El hacha del picto le cortó un mechón de cabello, y el salvaje cayó sobre los troncos al haber golpeado en falso. Antes de que hubiera podido ponerse en pie, Lobo había dado buena cuenta de él.

Siguió un momento de tenso silencio, durante el cual Balthus preguntó si el picto que había huido sería el último que quedaba del grupo. Evidentemente se trataba de una pequeña banda, quizá de exploradores. A cada momento que pasaba aumentaban las posibilidades de salvación para las mujeres y los niños que se dirigían a Velítrium.

De repente una lluvia de flechas silbó sobre la cabeza del aquilonio. Tal vez se trataba de un nuevo grupo, que había sido avisado por el picto fugitivo. Los vio llegar a la luz de las llamas de la cabaña, deslizándose por detrás de los troncos de los árboles.

Balthus disparó tres flechas y a continuación arrojó el arco a un lado. Como si advirtieran la situación comprometida de su enemigo, los salvajes no se acercaron lanzando alaridos, sino en un silencio que le resultó estremecedor al aquilonio.

Éste acarició rudamente la cabeza del perro, que gruñía a su lado, y murmuró: —¡Está bien, Lobo, vamos a darles su merecido!

Luego, Balthus se puso en pie blandiendo el hacha. Las negras figuras se deslizaron al unísono hacia el montón de troncos apilados y se abatieron sobre el aquilonio. Las hachas y los cuchillos, manejados con tremenda fiereza, brillaron en la penumbra.

7. El demonio en la hoguera

Cuando Conan se alejó del camino que llevaba a Velítrium, no esperaba encontrar a los colonos hasta haber recorrido unas tres leguas. Pero no había avanzado la mitad de ese trecho cuando oyó lo que parecía ser un grupo de hombres. Se dio cuenta de que no eran pictos, y les llamó la atención con un grito. —¿Quién va ahí? —contestó una voz hosca—. Sigue en tu sitio hasta darte a conocer o te disparamos una flecha.

—No podrías darle ni a un elefante en esta oscuridad —dijo el cimmerio con impaciencia—.

Vamos, necio. Soy yo, Conan. Los pictos han cruzado el río.

El jefe de los colonos dio un paso adelante. Eran hombres corpulentos, de rostro taciturno y empuñaban pesados arcos.

—Ya lo sospechábamos desde hace algún tiempo —dijo el que parecía ser el jefe—. Uno de nuestros hombres hirió a un antílope y lo persiguió hasta cerca del río Negro. Los oyó gritar corriente abajo y regresó corriendo a nuestro campamento. Abandonamos las carretas y ahora volvíamos tan rápido como podíamos. Si los pictos atacan el fuerte, enviarán a sus hombres hasta nuestras cabañas.

—Estoy seguro de que vuestras familias están a salvo —dijo el cimmerio—. Mi compañero fue a avisarles y a llevárselos a Velítrium. Si volvemos a la carretera, podremos dar con la horda principal. Será mejor que vayamos hacia el sudeste, a través del bosque. Adelante, yo os acompaño.

Conan los siguió, explorando por los alrededores, pero sin perderlos de vista. Los colonos estaban a cierta distancia y el bárbaro maldijo al oír el ruido que hacían al caminar.

Acababa de cruzar una pequeña cañada cuando giró en redondo. Su primitivo instinto le decía que lo estaban siguiendo. Se quedó inmóvil, alerta, hasta que el rumor de los colonos se apagó en la

distancia. Entonces llegó hasta él una voz velada, que reconoció enseguida. —¡Conan! ¡Conan! —decía—. ¡Espérame! —¡Balthus! —exclamó con sorpresa, y agregó—: ¡Aquí estoy! —¡Espérame, Conan!

Ahora la voz le llegaba claramente.

—Pero ¿qué diablos haces aquí? —preguntó el cimmerio, y agregó de repente—: ¡Por Crom!

Conan estaba agazapado, y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. No era Balthus el que se dirigía hacia el otro lado de la cañada. Un resplandor fantasmagórico brillaba entre los arbustos y se movía en dirección a él en la oscuridad como una fosforescencia verdosa.

El ser se detuvo a algunos pasos de Conan y éste lo observó tratando de distinguir su contorno, que aparecía borroso.

Entre las tenues llamas, vio una túnica verde que parecía cubrir a algún ser demoníaco.

Entonces el cimmerio se estremeció al oír que el espectro le hablaba. —¿Por qué te quedas ahí como un cordero, esperando a que te degüellen, Conan?

La voz parecía humana, pero tenía cierta vibración que resultaba ultraterrena. —¿Como un cordero? —dijo el cimmerio con una ira que se sobrepuso al momentáneo temor que había sentido—. ¿Crees que tengo miedo de un pobre demonio picto de los pantanos? He oído que me llamaba un amigo y por eso me sorprendí.

—Fui yo el que hablé con su voz —repuso el otro—. Los hombres con los que ibas pertenecen ahora a mi hermano. No le robaré la sangre a su cuchillo. Pero tú eres mío. ¡Pobre necio, has venido desde las lejanas montañas de Cimmeria para enfrentarte con tu destino en las selvas de Conajohara!

—Ya tuviste una ocasión de matarme —dijo Conan con sorna—. ¿Por qué no lo hiciste entonces?

—Mi hermano aún no había pintado de negro una calavera, ni la había arrojado al fuego que arde perpetuamente ante el altar de Gulah. Pero un murciélago ha volado sobre los Montes de los Muertos y ha dibujado tu imagen con sangre sobre la piel de tigre que cuelga ante la cabaña en la que duermen los Cuatro Hermanos de la Noche. —¿Por qué me han sentenciado a muerte los dioses de las tinieblas? —preguntó el cimmerio.

Algo que no se sabía si era mano, pie o garra surgió de entre el tenue fulgor e hizo una marca sobre la tierra. Allí se dibujó un símbolo ardiente, que al cabo de un rato se extinguió, pero no sin que antes lo hubiera reconocido el asombrado cimmerio.

—Te atreviste a trazar este signo, que sólo puede hacer un sacerdote de Jhebbal Sag —dijo el espectro—. El trueno resonó en la negra Montaña de los Muertos. El viento mensajero de los Cuatro Hermanos de la Noche susurró tu nombre en mi oído. Aquí se acaban tus aventuras.

Ya eres hombre muerto, y tu cabeza pronto adornará el altar de mi hermano. Tu cuerpo alimentará al alado hijo de Jhil. —¿Quién demonios es tu hermano? —preguntó el cimmerio, empuñando la espada y aflojando lentamente el hacha del cinto al que estaba atada.

—Zogar Sag, un hijo de Jhebbal Sag que a veces visita su arboleda secreta. Una mujer de Gwawela durmió bajo esos árboles sagrados. Su hijo fue Zogar Sag. También yo soy hijo de Jhebbal Sag, y me dio a luz un ser llameante de los reinos remotos. Zogar Sag me ordenó venir. Me hizo materializar en este mundo con encantamientos y con su propia sangre. Él y yo somos uno y estamos unidos por lazos invisibles. Sus pensamientos son los míos. Si me golpean, él siente dolor. Si lo acuchillan, yo sangro. Pero ya hemos hablado bastante. Pronto tu espíritu aparecerá ante los fantasmas de la Oscura Tierra.

—Me gustaría ver qué aspecto tienes —musitó Conan, que ya había logrado liberar su hacha—.

Tú, que cruzas los caminos como un pájaro y despides fuego, a pesar de que hablas como un ser humano.

—Lo vas a ver —dijo la voz de la llama—. Mira, y llévate esta imagen contigo a la Tierra Oscura.

Las llamas crecieron y luego disminuyeron de altura. Un rostro comenzó a tomar forma. Al principio, el cimmerio creyó que se trataba del mismo Zogar Sag.

Pero aquel rostro estaba a mayor altura que el del propio Conan y tenía una apariencia demoníaca, debido a la oblicuidad de los ojos, a las orejas puntiagudas y a la delgadez lobuna de los labios. Conan ya había observado aquellos rasgos en el rostro de Zogar Sag, pero se acentuaban en el semblante que ahora se encontraba

delante del cimmerio. Los ojos eran como dos brasas rojizas.

Otros detalles estaban a la vista: un torso estrecho, cubierto de escamas de serpiente y que, no obstante, tenía forma humana; brazos de hombre, pero piernas delgadas que terminaban en unos pies anchos, provistos de tres dedos. El fuego azulado fluctuaba también a lo largo de sus monstruosas extremidades. Conan veía todo esto como a través de una bruma.

De repente, el ser se arrojó sobre el cimmerio, aunque éste no lo hubiera visto avanzar. Un largo brazo con garras se adelantó hacia el cuello de Conan. Éste gritó, rompiendo el hechizo que lo tenía inmovilizado, y saltó hacia atrás al tiempo que atacaba con el hacha. El demonio eludió el golpe y su estrecho rostro se acercó al de Conan con una rapidez increíble, entre el chisporroteo de llamas oscilantes.

Pero el bárbaro no tenía miedo. Sabía que toda criatura materializada en carne humana podía ser muerta con armas corrientes, si se las sabía manejar.

Una de las garras cayó sobre el casco del cimmerio. Si lo hubiera tocado un poco más abajo, habría decapitado a Conan. Pero éste replicó al instante con su ancha espada, que hundió con salvaje gozo en el vientre del espectro. Luego saltó hacia atrás, al tiempo que liberaba el arma.

Las garras le habían arañado el pecho, desgarrando la cota de malla como si fuera de tela.

El segundo salto de Conan fue como el de un lobo famélico. Volvió a enterrar la espada en el cuerpo del monstruo y sintió que los brazos de éste se cerraban en torno a su espada.

Pero aquellos miembros ya estaban débiles, y el cimmerio se zafó del abrazo mortal.

Entonces, su espada cortó el aire con un silbido aterrador.

El demonio se tambaleó y cayó de costado, con la cabeza colgando tan sólo de un trozo de piel. Las llamas que lo rodeaban ascendieron súbitamente, impidiendo ver la figura caída.

Un olor a carne chamuscada llegó hasta la nariz del cimmerio que, sacudiéndose la sangre y el sudor de la frente, echó a correr hacia el bosque. Estaba herido en una pierna. Lejos, hacia el sur, vio el tenue resplandor de lo que parecía una cabaña incendiada. A sus espaldas oyó un aullido aterrador que le hizo apresurar la marcha.

8. El fin de Conajohara

Hubo varias luchas cabe el río Trueno, fieras batallas ante los muros de Velítrium, y el hacha y la antorcha camparon por sus respetos a orillas del río. Numerosas cabañas de colonos quedaron reducidas a cenizas antes de que las pintarrajeadas hordas se retirasen a sus aldeas.

Una extraña quietud siguió a la tormenta. La gente se reunía y hablaba en voz baja, y hombres con vendajes ensangrentados bebían en silencio su cerveza en las tabernas que había a orillas del río.

En una de esas tabernas, delante de Conan el Cimmerio, que bebía sombríamente un gran vaso de vino, se presentó un enjuto trampero con una venda en la cabeza y un brazo en cabestrillo. Era el único sobreviviente de Fuerte Tuscelan. —¿Fuiste con los soldados hasta las ruinas del fuerte? —le preguntó el trampero.

Conan asintió con la cabeza.

—Yo no pude volver —musitó el otro—. ¿La lucha continuaba?

—Los pictos habían regresado al otro lado del río Negro. Algo debió de atemorizarlos, aunque sólo el diablo sabe qué pudo haber sido.

El trampero se miró el brazo vendado, suspiró y dijo:

—Se dice que casi no encontraron cadáveres que pudieran enterrar.

—Sólo cenizas —repuso Conan—. Los pictos apilaron los cuerpos dentro del fuerte y les prendieron fuego antes de volver a cruzar el río. También pusieron sus propios muertos junto con los de Valannus.

—Valannus murió entre los últimos, en la pelea cuerpo a cuerpo que tuvo lugar cuando los salvajes saltaron la empalizada —dijo el trampero—. Trataron de cogerlo vivo, pero él los obligó a que lo

mataran. Los pictos nos tomaron prisioneros a diez de nosotros, cuando estábamos tan débiles ya que no podíamos defendernos. Dieron muerte a los otros nueve.

Yo todavía estaba vivo cuando Zogar Sag murió, y en la confusión me escabullí y vine hasta aquí. —¿Zogar Sag ha muerto? —exclamó Conan lleno de asombro.

—Sí. Yo lo vi morir. Por eso los pictos no atacaron Velítrium tan ferozmente como lo hicieron con el fuerte. Fue muy extraño. Zogar Sag no resultó herido en la batalla. Estaba bailando entre los muertos, empuñando el hacha con la que había destrozado la cabeza al último de mis compañeros. Se acercó a mí, aullando como un lobo, y de repente se tambaleó y dejó caer el hacha. Entonces comenzó a dar vueltas, gritando como nunca había oído gritar a un hombre o animal. Cayó delante de mí y de la hoguera que había hecho encender para quemarnos. Echaba espumarajos por la boca y profería juramentos entrecortados. De repente se quedó inmóvil y los pictos gritaron que había muerto. En el tumulto que siguió, yo pude deshacerme de las ataduras y escapé en dirección al bosque.

—Insisto en que lo vi bien a la luz de las hogueras agregó el trampero—. Ningún arma lo había tocado y sin embargo estaba lleno de marcas rojizas, como heridas de espada, en el vientre, en el pecho y en el cuello. ¿Qué crees que pudo causarlas?

El cimmerio no contestó, y el trampero, al notar el silencio, siguió diciendo:

—Vivió de la hechicería y seguramente murió a causa de ella. Su misteriosa muerte fue lo que frenó a los pictos. Ninguno de los que la vieron siguió peleando. Regresaron al otro lado del río Negro. Los que cruzaron el río Trueno habían seguido camino antes de la muerte de Zogar Sag. Pero no fueron suficientes para tomar Velítrium. »Vine hasta aquí por un sendero paralelo al camino, por detrás del grupo principal —siguió diciendo—. Di un rodeo y conseguí entrar en la ciudad. Tú guiaste muy bien a los colonos, Conan, pero sus mujeres y niños llegaron a Velítrium cuando los demonios pintados les pisaban ya los talones. Si el joven Balthus y Lobo, el perro, no hubieran detenido a los pictos durante algún tiempo, dando muerte a muchos de ellos, los salvajes habrían matado a todas las mujeres y a los niños de Conajohara. »Yo pasé por el lugar en el que Balthus y el perro habían resistido hasta

morir. Estaban en medio de un grupo de pictos muertos —concluyó —. Conté hasta siete, algunos con el cráneo roto por el hacha del aquilonio, y otros con las entrañas al aire o el cuello desgarrado por los afilados colmillos de Lobo. Y encontramos más salvajes en el camino, traspasados por las flechas del arco de Balthus. ¡Cielos, qué lucha espantosa debió de haber sido aquélla!

—Balthus era todo un hombre —dijo Conan—. Levanto mi vaso en honor de su espíritu y en recuerdo del perro, que tampoco conoció el miedo.

El cimmerio bebió la mitad del vino y derramó el resto sobre el suelo, en un extraño gesto pagano. Luego estrelló la copa contra la pared.

—Muchos pictos pagarán por esa muerte con su cabeza, y también por la de Lobo, que era más noble que ellos y mejor luchador que muchos hombres.

Conan guardó silencio, y el trampero, al contemplar los sombríos pero brillantes ojos azules, comprendió que el cimmerio cumpliría su juramento. —¿No piensan reconstruir el fuerte? —preguntó el trampero al cabo de un rato.

—No, la provincia de Conajohara está perdida para el reino de Aquilonia —respondió el cimmerio—. La frontera ha retrocedido. El río Trueno será el nuevo límite.

El trampero suspiró y se miró las manos encallecidas, que se habían curtido con el contacto del mango del hacha y de la empuñadura de la espada.

Conan alargó el brazo para coger una jarra de vino. El trampero se quedó mirándolo y lo comparó con los hombres que había a su alrededor. También lo comparó mentalmente con los hombres que habían muerto a lo largo del río Negro, e incluso con los salvajes que habitaban al otro lado de dicho río.

Conan no pareció darse cuenta de su mirada.

—La barbarie es el estado natural de la humanidad —dijo el trampero mirando sombríamente al cimmerio—. La civilización, en cambio, es artificial, es un capricho de los tiempos. La barbarie ha de triunfar siempre al final.



ROBERT E. HOWARD (Peaster, Estados Unidos, 1906 - Cross Plains, 1936). Escritor estadounidense de aventuras históricas y fantásticas, publicadas principalmente en la revista *Weird Tales* en los años 1930. Se le considera como uno de los padres del subgénero conocido como «espada y brujería» y es mundialmente conocido por ser el creador de afamados personajes populares como Conan el Bárbaro, Kull de Atlantis y Solomon Kane. Es, junto con
J. R. R. Tolkien
, uno de los escritores más influyentes de la fantasía heroica moderna.

Hijo de Isaac Mordecai Howard y Hester Jane Ervin Howard. Su familia vivió en varios lugares del sur, este y oeste de Texas, además del oeste de Oklahoma, antes de asentarse en pleno centro del estado, en Cross Plains (1919). Muy enfermizo, se transformó en adicto al gimnasio y llegó a ser un joven fornido y apuesto, pero solitario, introvertido y huraño, de forma que apenas tuvo amigos, salvo los epistolares que hizo entre los escritores del círculo de Howard P. Lovecraft, autor con quien empezó a cartearse en 1924. Los temas que le interesaban eran, sobre todo, los conflictos entre civilización y barbarie (con una preferencia nietzscheana por esta última), las teorías geológicas e históricas, la decadencia de las

razas y la eugenesia. Desde 1923 empezó a sentir fuertes depresiones y tuvo varios intentos de suicidio. Su madre, que se llevaba muy mal con su padre, fue con él sobreprotectora y la relación entre ellos se hizo tan estrecha que, cuando su madre quedó en coma irreversible, el escritor, a sus treinta años, prefirió suicidarse de un tiro.

Consagraba su tiempo a la lectura de libros de historia y llegó a acumular una erudición notable; empezó a escribir con quince años y a los dieciocho vendió su primer relato, *La lanza y la espada* (diciembre de 1932), a la revista de ficción popular y papel barato (*pulp*) *Weird Tales*, lugar donde se publicó la mayor parte de su obra. En 1934 ya era el principal autor de la revista, en diez de cuyos doce números publicó, llevándose la portada en cuatro ocasiones; con este éxito se echó una novia, Novalyne Price, una maestra de Cross Plains, a pesar de la oposición de sus padres y empezó a hacer más realistas sus historias; pero en 1935 su novia le dejó por uno de sus escasos amigos y el editor de *Weird Tales*, que le debía 800 dólares, rechazó uno de sus relatos; su madre enfermó de tuberculosis y empezaron los problemas económicos no solo para él, sino para todo el país, postrado en medio de la Gran Depresión; entonces escribió el que consideraba su mejor relato, *Clavos rojos*, donde la barbarie desaparece y la civilización se destruye a sí misma en un relato protagonizado por Conan, a quien se disputan la pirata Valeria y la bruja Tascela en medio de una guerra civil que enfrenta a dos hermanos, presunta alegoría de la relación entre Howard, Novalyne Price, el amigo traidor y los padres del escritor. La crítica coincide en considerar este relato y *Más allá del río Negro* como las mejores historias de Conan.

En estas revistas *pulp*, de precio asequible, Howard creó una pléyade de héroes de la narrativa de ficción, casi siempre bárbaros que llegaban a ser reyes como Kull de Atlantis o Conan el Cimmerio; Solomon Kane, un puritano inglés armado con un talismán vudú; aventureros pictos y celtas en la Britania romana; el boxeador Steve Costigan; novelas del oeste estadounidense y un sinfín de géneros, incluido el erótico, que lo avergonzaba. El espacio en que se mueven estos personajes en realidad es un trasunto de las tierras fronterizas de Texas.

Su personaje más importante fue Conan, que el público descubrió en el relato *El fénix en la espada*, publicado por primera vez en diciembre de 1932. Fue probablemente para este personaje para quien Howard escribió sus mejores páginas.

Howard coincidió con otros autores de la época como Lovecraft (quien le otorgaría el apelativo amistoso de *Bob Two-Gun*, «Bob Dos Pistolas», en alusión a su origen texano) y Clark Ashton Smith, que influyeron de alguna manera en su obra en lo que vino en llamarse el «Círculo de Lovecraft». Así, los protagonistas de algunos relatos de Howard llegan a encontrarse con las criaturas ideadas por Lovecraft y viceversa.

El 11 de junio de 1936, hacia las ocho de la mañana, después de que su madre entrara en coma debido a la tuberculosis, Howard se sentó en la parte delantera de su coche y se disparó en la cabeza con un Colt del calibre 38. Murió a las cuatro de ese mismo día y su madre falleció al día siguiente. Compartieron funeral el 14 de junio y ambos fueron enterrados en el cementerio de Greenleaf en Brownwood.